Los usos de Gramsci

Colección EL TIEMPO DE LA POLÍTICA
Director: José Aricó

Los usos de Gramsci

Juan Carlos Portantiero



I. Estado y crisis en el debate de entreguerras

1. La propuesta gramsciana

¿Cuál es el núcleo básico de ruptura que Gramsci aporta al marxismo occidental? Focalizada su contribución en el plano del análisis de los procesos políticos, de las relaciones que se establecen bajo el capitalismo entre estado y sociedad, el marxismo de Gramsci, la lectura particular que él hace de sus orientaciones básicas (dentro de un cuadro ideológico datado como es el de su adscripción a la III Internacional), y el cotejo que establece entre ellas y la cultura política de su tiempo, podría cifrarse en lo siguiente: allí donde el marxismo buscó construir una teoría de las determinaciones generales del estado y la política, él trató de colocar otro espacio analítico más acotado: el que puede alojar a *una sociología de las transformaciones del estado capitalista y de la política burguesa.*

En este cuadro, definidos históricamente los modos cambiantes de la dominación, dos serán sus ejes problemáticos. Uno, las características de la crisis, pensada como contradicción económica que es, a la vez, por medio de un solo movimiento orgánico, contradicción política: conflicto y compromiso de clases, equilibrio y desequilibrio de fuerzas en correlación histórica.

Otro eje de indagación (privilegiado porque Gramsci es un dirigente político con un proyecto de transformación revolucionaria) es el cambio en la situación de las masas, las consecuencias de su activación, de su movilización, de su participación crecientes, como problema planteado a los organizadores de las clases fundamentales.

Ambos motivos –crisis y masas– formarán en Gramsci un único tema contrapuntístico, un haz reflexivo que le otorgará sentido a la totalidad de su pensamiento y su actividad. Para Gramsci es la presencia de las masas como sujetos de acción lo que definirá los precisos rasgos de la crisis, de los proyectos revolucionarios y de los intentos de recomposición capitalista, en un movimiento conceptual que permite superar críticamente el juego de pinzas del "objetivismo" y del "voluntarismo", clásicamente presentes en la tradición socialista. De ahí su rechazo a hipostasiar las metáforas de "base" y "superestructuras", a las que veía como soportes del reduccionismo. Su lenguaje, para el análisis de situaciones históricas y políticas, es el de las "relaciones de fuerzas", condensaciones de economía, cultura política y organización, a través de las cuales "las clases" devienen sujetos de acción histórica. Este criterio le permite abrirse a la consideración de *fases* y *formas* en el desarrollo de las relaciones entre estado y clase dominante, más allá de una conceptualización abstracta que define relaciones sociales genéricas y descuida el análisis concreto que especifica la vinculación entre gobernantes y gobernados.

La historia del capitalismo es una historia de transformaciones que califican no sólo las modificaciones internas del grupo dominante en su relación con la economía (pasaje del predominio de una a otra forma del capital en el proceso de reproducción), sino también la articulación de este proceso de "etapas" del capitalismo con la asimismo cambiante presencia de las clases subalternas. Analíticamente, cada *fase* del capitalismo supone una relación entre estado y economía pero también entre estado y masas; modificaciones en el patrón de acumulación pero también en el patrón de hegemonía.

La indagación gramsciana no puede ser aislada de un debate de época. Aun en los momentos más ásperos de su crítica fue un hombre de la III Internacional y su debate tiene siempre ese punto de referencia privilegiado. Pero sus interlocutores son también otros: la socialdemocracia europea y ciertos puntos altos del pensamiento burgués de su tiempo: Mosca, Michels, Weber, Croce, Sorel. Vive en pleno centro de la crisis del pensamiento europeo y sin este aliento su obra difícilmente puede ser entendida.

2. Weber: La forma moderna de la dominación

En el verano de 1917 Max Weber escribe una serie de artículos en el *Frankfurter Zeitung* en los que trata de analizar las características de la situación alemana, a la vez que trazar las bases para una reconstrucción de su sistema político tras la crisis abierta por la guerra y el proceso hacia la disolución del imperialismo guillermino. Esa reflexión política que "no pide la autoridad protectora de ninguna ciencia" constituye el resumen más claro –dado el polémico espíritu propagandístico, cargado de valores, que lo atraviesa– de la visión que Weber tiene no sólo de la coyuntura de su país sino de la total relación que entre economía y política, entre capitalismo y estado, habrá de plantearse para toda Europa en la posguerra.[1]

¿Cuál es el objetivo central que Weber se traza en esas notas? Dibujar el esquema más racional posible para relacionar democracia, capitalismo y sistema político en una Alemania reconstruida como "estado de masas" en el que seguramente la izquierda (socialdemocracia y sindicatos) ha de jugar un papel central. Como el propio Weber lo señala al introducir explícitamente una abierta dimensión valorativa en sus análisis, se trata de la visión que propone un intelectual liberal-nacionalista que acepta ya para Alemania el sufragio universal y la centralidad del Parlamento como los medios más idóneos para una recomposición del estado, pero que simultáneamente no duda que "los intereses vitales de la nación se colocan por encima de la democracia y el parlamentarismo". Y esta tensión recorre todas las páginas, escritas al compás de una crisis revolucionaria en permanente ascenso, en Alemania y en Europa, que lo obligará a algunas ambigüedades y zonas oscuras sobre los roles respectivos que la institución cesarista y la parlamentaria han de tener finalmente en su modelo político.

Weber comienza por recuperar la preocupación de sus textos primeros [2] sobre la decadencia política alemana a partir del legado que dejó el cesarismo de Bismarck: "una nación sin ninguna sofisticación política", muy por debajo del nivel que tenía en 1870, acostumbrada a la idea de que las decisiones políticas las deben tomar "los grandes hombres de estado" y que el parlamento sólo debía cumplir un papel secundario. [3]

El objetivo explícito de las notas de 1917 era el de proponer,

en las nuevas condiciones de la dominación política que colocaban en el centro de las decisiones a las "rutinas de la administración" y por lo tanto al personal burocrático, un papel de mayor relevancia para el parlamento. Como se verá, era la problemática de la "democracia posible" en una situación de emergencia de masas y de concentración capitalista; el tema del nacimiento de una sociedad posliberal y de sus instituciones viables, la dominante de su pensamiento en un período de su vida en el que sintió fuertemente la tentación de la política activa.

Su punto de partida (y los borradores de *Economía y sociedad* que estaban entonces en pleno proceso de producción cargaban a esas notas puntuales del *Frankfurter Zeitung* de un invisible sostén analítico e histórico) era lo ineluctable para la humanidad de un futuro de burocratización creciente. La organización burocrática, dice, con su especialización y sus relaciones jerárquicas de autoridad, constituye una "máquina inanimada", "inteligencia objetivada", el reino invulnerable de la Racionalidad formal. En ese cuadro la pregunta es ¿cómo serán posibles, aunque fuera en sentido limitado, las libertades individuales y las garantías para el control del poder? ¿Cómo será posible moderar con una Racionalidad de fines ese avasallante empuje de la "máquina inanimada" que sólo atiende a los medios? [4]

Sólo el talento político aplicado a *dirigir* a la burocracia puede ser eficaz para levantar esos límites, y el espacio fundamental en el que esa dirección debe ser constituida es el que engloba al parlamento y al sistema de partidos.

Este privilegiamiento está lejos de reflejar, sin embargo, una recurrencia en los temas perimidos del liberalismo constitucionalista o de la democracia roussoniana. Weber forma parte de otra tradición, la del realismo político, y está mucho más cerca de Maquiavelo o de Hobbes que de Kant o de Locke. El problema central de la política es el de la eficiencia del poder y no el del ejercicio de la representación. Menos aún si esta representación es pensada como una relación entre individuos ("ciudadanos") y el estado, en el marco de una idea racionalista de los derechos naturales. La realidad contemporánea es una realidad de grupos y de instituciones y no podría ser abordada a partir del contractualismo individualista. En ese reconocimiento de la centralidad de grupos e instituciones como unidad analítica, se basa su concepción de que sólo a través de un *enfoque sociológico* es posible penetrar en la esencia de la política.

Para Weber (y esto, como se verá, lo distingue netamente de la

ideología levantada en su tiempo por la II Internacional sobre esos mismos temas) la resolución de la crisis política mediante una expansión del demoliberalismo clásico es inviable. "En los estados de masas –dice– el elemento cesarista es inevitable"; la acción política está siempre determinada por el "principio del pequeño número", esto es, el de la mayor capacidad de maniobra de los pequeños grupos dirigentes.[5] Si de todos modos alguna forma de democracia (o sea de control sobre las decisiones de la cúpula burocrática que permita mantener la vigencia de las libertades) debe ser postulada, ella tendrá que derivar de una reformulación de los temas ya caducos de la democracia representativa e insertarse en un proceso global de reorganización de las relaciones entre sociedad y estado en los niveles exigidos por las nuevas formas del desarrollo capitalista. Lo que Weber va a proponer es un esquema institucional; la reconstrucción en sentido estricto de un *sistema político,* sostenido sobre un pacto estatal en el que puedan equilibrarse la burocracia (civil y militar), los partidos políticos, los grupos de intereses y la institución presidencial, en un contradictorio juego plebiscitario, representativo e impersonal. Este esquema era, a su juicio, el único que podía construir funcionalmente las relaciones entre capitalismo y estado cuando se había entrado en una etapa de concentración imperialista y de activación de masas.

En la propuesta, el papel del parlamento era el de recomponer en el nivel político los intereses corporativos de los grupos de interés y elevar desde allí una trama societal capaz de controlar por un lado a la burocracia y por el otro al inevitable elemento cesarista presente en los "estados de masas". El Parlamento debía ser el terreno en que se procediera a la selección de los liderazgos: en la medida en que la política es lucha, sólo aquellos que han sido seleccionados en el curso de la lucha política pueden alcanzar la competencia suficiente para una dirección nacional. Pero ese Parlamento debía ser reformado hasta transformarse en un cuerpo de trabajo y no en una máquina de pronunciar discursos. Por añadidura el Parlamento así reformado podría cumplir con otra misión: la de controlar a la burocracia, quitándole a ésta el doble privilegio que marca su capacidad de dominio: el monopolio del conocimiento técnico y el monopolio de la información.

Ésta es, sucintamente, la propuesta weberiana: fortalecimiento del Parlamento, elección popular directa del presidente. Como señalaba él mismo "para un estado de masas hay sólo un limitado número de alternativas" y "para un político racional la forma de

gobierno más apropiada para cada momento depende de las tareas políticas de la nación".[6]

Proponerse, como lo hacía Weber, reformar las instituciones para permitir una relación más ajustada entre estado y capital en condiciones "de masas" suponía riesgos. "No sabemos todavía –dice– hasta qué punto una reconstrucción parlamentaria efectiva tendrá lugar en Alemania: puede ser desbaratada por la derecha o confiscada por la izquierda." [7] El peligro mayor de ese proceso era el de la demagogia, el lado incontrolado del reconocimiento que debía hacerse de la activación de las masas y de su voluntad de participación. Democratización y demagogia marchan juntos en el estado moderno, *«desde que las masas no pueden ser tratadas como objetos pasivos de administración, esto es, desde que sus actividades tienen alguna importancia activa.»*[8] Y agrega: "La democratización activa de masas significa que ya no más el líder es proclamado candidato porque se ha puesto a prueba en un círculo de *honoratiores* (. . .) sino porque ha ganado la confianza y la fe de las masas en los medios de la demagogia de masas." [9] Ése es el camino al que tiende toda democratización: el de la técnica cesarista de elección plebiscitaria, debido a lo cual la gestación de la política no puede pensarse ya desde los pequeños círculos.

El sistema reconstituido debe pensar en sus garantías. Una es, por supuesto, la fuerza: "todo gobierno, incluso el más democrático o el más socialista, deberá utilizar la ley marcial si no quiere sufrir los riesgos de lo que está sucediendo en Rusia",[10] pero el camino debe ser otro. No caben dudas acerca del peligro que significa, en la democracia de masas, que en política predominen los elementos irracionales. Como las masas piensan en términos inmediatos están siempre expuestas a influencias emocionales. Ese riesgo aparece con redoblada fuerza cuando esas masas están desorganizadas y tienden, por lo tanto, a practicar "la democracia en las calles". Sin "partidos organizados racionalmente" o con Parlamentos débiles y políticos desacreditados, la probabilidad de que la activación sea incontrolable es aún más cercana. Weber pronostica que la posguerra implicará un *test* severo para la disciplina de las masas. En Alemania, por ejemplo, no es impensable que florezca un "sindicalismo inmaduro" con tendencias "putschistas", embebido de un radicalismo emocional que exalte "la furia ciega de las masas". La mejor garantía para evitar el humor político caprichoso de los "espartaquistas" es la integración de los sindicatos y de la socialdemocracia en el sistema político. Ése es el

punto en el que el reconocimiento de la nueva conflictualidad por parte de Weber avanza más en términos de reorganización política. "Las organizaciones como los sindicatos pero también el partido socialdemócrata constituyen un contrapeso muy importante frente al dominio de la multitud típico de los pueblos plebiscitarios."[11]

El futuro dependerá en buena medida de la actitud que asuman sindicatos y partidos obreros: o la búsqueda de participación en la responsabilidad del gobierno o el "ghetto" político de la "hermandad proletaria". Obviamente la expectativa weberiana va hacia la coalición y la co-responsabilidad, que supere "la esterilidad negativa frente al estado" a que habían sido llevados los sindicatos y la socialdemocracia por la cerrazón del sistema posbismarckiano y por sus propios temores a "participar de un gobierno inevitablemente limitado por las condiciones de una sociedad y de una economía que permanecerán capitalistas en el futuro previsible."[12]

Este análisis puntual de la coyuntura crítica alemana, realizado por Weber en momentos en que aspira a jugar un papel importante como consejero áulico o quizás como protagonista de la reconstrucción política de su país (según su viuda no desalentó a quienes propusieron por entonces su nombre como canciller pese al disgusto de los políticos profesionales), no puede ser desvinculado de una concepción más estratégica y a largo plazo trazada en esa misma época por Weber sobre los cambios en curso en las formas de la dominación capitalista. Más allá de Alemania y aun de Europa, para todo el mundo capitalista, lo que Weber planteaba era la conciencia sobre la necesidad de un replanteo de las formas de la hegemonía burguesa, a partir de la crisis irrecuperable de la relación entre estado y sociedad civil tal como la había planteado el liberalismo. Serán los procesos de reestructuración capitalista de las décadas del 20 y del 30 los que darán razón a los análisis weberianos, pese a que la historia habría de corregir su ilusión parlamentarista.

Por la misma época en que redactaba los artículos para el *Frankfurter Zeitung*, Weber pronuncia dos conferencias en las que estas preocupaciones son retomadas en un marco más amplio.[13] Pero será recién en la edición póstuma de sus trabajos inéditos colocados por el compilador bajo el título de *Economía y sociedad*, donde aparecerá con claridad, a la manera de un fresco conceptual, el lugar que esas reflexiones políticas tienen dentro de un riguroso sistema categorial retroalimentado, a su vez, por ese im-

pulso político por superar la crisis del capitalismo competitivo y de las formas clásicas del liberalismo.

Precisamente en la sección IX del segundo tomo de *Economía y sociedad* y bajo el título de "La institución estatal racional y los partidos políticos y parlamentos modernos (Sociología del estado)", el compilador sistematiza y resume, recurriendo a distintos textos (*Historia económica general*, *La política como vocación*, *Parlamento y gobierno en una Alemania reconstruida*) los lazos que conectan las reflexiones más "epocales" de Weber con aquellas más coyunturales.

Un enfoque *sociológico* del estado moderno obliga a abandonar los cuadros del formalismo juridicista que relaciona linealmente al individuo con el soberano para colocarse, en cambio, en el interior del análisis de las *organizaciones* que aseguran la reproducción de la dominación.

No es el contenido de sus acciones lo que define sociológicamente al estado y a la política sino su vinculación con un medio específico y peculiar: la coerción física. Sin la posesión de este recurso el concepto de estado desaparecería. La característica del estado moderno es que se ha constituido en la única fuente del derecho a la violencia, expropiando del uso legítimo de la coerción física a todas las asociaciones o individuos y estableciendo a su favor el monopolio de la coacción.

La historia del capitalismo como tipo de dominación basado en la asociación necesaria entre el desarrollo de una forma económica con una forma de estado, es la historia de un proceso de expropiación, de *separación*, que disocia a los productores directos de todos los medios de producción. El núcleo histórico y analítico de la conceptualización weberiana sobre la dominación en el capitalismo es la conocida asimilación entre estado y empresa que aparecerá en *La política como vocación* y en *Parlamento y gobierno*... y que en el capítulo citado de *Economía y sociedad* vertebrará la totalidad de su discurso sociológico sobre el estado.

Según Weber los ordenamientos estatales se pueden clasificar en dos tipos extremos, de acuerdo a cuál sea en ellos la distribución de los medios materiales de administración. En unos los funcionarios poseen en propiedad esos medios; en los otros –de los cuales el ejemplo más claro pero no el único es el estado moderno– "el cuerpo administrativo [está] separado de los medios de administración, en el sentido que actualmente el empleado y el proletario están separados en la empresa capitalista de los medios materiales de producción".[14]

El tema aparece recurrentemente en Weber: el desarrollo del estado moderno coincide con el proceso por el cual el Príncipe empieza a expropiar a los portadores de poder administrativo que tiene a su lado. "El proceso conjunto forma un paralelo completo con el desarrollo de la empresa capitalista, con su expropiación paulatina de los productores independientes." [15] El resultado de ese proceso es el estado actual, en el que la expropiación ya ha llegado a su ápice, concentrando en una sola cúpula "la disposición de la totalidad de los medios políticos de explotación". La separación se ha llevado a cabo por completo y ello ha dado lugar al nacimiento de una época en la que a su vez "se intenta expropiar a este expropiador de los medios políticos y por lo tanto también del poder político".[16]

El rasgo sociológico específico del estado moderno como organización es que es una "empresa" con el mismo título que una fábrica. "La separación del trabajador de los medios de producción en la economía, de los medios bélicos en el ejército, de los medios materiales administrativos en la administración (y de los medios monetarios en todos ellos), de los medios de investigación en el instituto universitario y en el laboratorio, es común como tal fundamento decisivo tanto a la empresa política militar-estatal moderna como a la economía capitalista privada." [17] La forma que asume esa "concentración de los medios materiales de explotación" es la burocracia: *«la socialización creciente significa hoy, inexorablemente, burocratización creciente.»* [18]

Es la percepción de la crisis del capitalismo competitivo lo que está detrás del planteo weberiano; el fin del "mundo del mercado autorregulador" y del liberalismo como su principio organizador, en el sentido definido por Polanyi.[19]

Este proceso habrá de manifestarse como transformación del estado capitalista a través de un doble movimiento contradictorio que quebraba la relación clásica entre estado y sociedad civil al "politizar" a ésta y, simultáneamente, autonomizar la esfera político-decisional: a mayor socialización mayor burocratización.[20]

De este fenómeno quiere dar cuenta Weber y su pensamiento es incomprensible fuera de este cuadro en el que la crisis del capitalismo liberal se combina con la emergencia activa y organizada de las masas.

La "socialización" creciente significa para Weber el definitivo pasaje del tipo de acción comunitaria al tipo de acción societaria; el predominio del proyecto por sobre la "mano invisible" en to-

dos los órdenes de la vida humana: la burocratización no es otra cosa que el instrumento de la socialización de las relaciones de dominación; la victoria del cálculo y la planeación centralizada; de *la organización* sobre el individuo.

"En los sectores políticos –dice– el suelo clásico sobre el cual se ha edificado la burocratización ha sido el gran estado y el partido de masas." [21] Pero no sólo es la expansión de la política lo que incita a la burocratización, sino también "las crecientes exigencias administrativas motivadas por la complicación cada vez mayor de la cultura".[22] Aparece así "una creciente imprescindibilidad (. . .) de la intervención burocrática en las más diferentes necesidades vitales, necesidades que antes fueron desconocidas o que eran satisfechas de un modo local o mediante la economía privada".[23] Todo este proceso es el que configura la existencia de una "democracia de masas" y tal es la situación típica del capitalismo moderno. Pero esa democracia está muy lejos de la imagen ideal según la cual el jefe puede considerarse como un servidor de los dominados. La realidad empírica de la actual democracia ligada a la socialización y a la burocratización crecientes del mundo moderno, diverge substancialmente de la forma pura: "Cuando se trata de un gobierno de masas el concepto de 'democracia' altera de tal forma su sentido sociológico que sería absurdo buscar la misma realidad bajo aquel mismo nombre común." [24] "El *demos* en el sentido de una masa inarticulada no 'gobierna' nunca por sí mismo en las sociedades numerosas sino que es gobernado, cambiando sólo la forma de selección de los jefes de gobierno y la proporción de la influencia que puede ejercer, o mejor dicho puedan ejercer, otros círculos procedentes de su seno por medio del complemento de una llamada 'opinión pública' sobre el contenido y la actividad del gobierno. En el sentido acá apuntado, la 'democratización' no debe significar necesariamente el aumento de la participación activa de los dominados dentro de la organización considerada." [25]

La emergencia de esas masas que ya no pueden ser tratadas como "objeto pasivo de administración" pero que a la vez deben ser disuadidas de toda acción social brotada de sentimientos irracionales, es la trama conectiva de los juicios de valor de Weber, temeroso, frente a la crisis europea, de la posibilidad de un socialismo que si asume las formas de "socialismo de estado" no hará sino extender el proceso de burocratización a todos los niveles de la sociedad y si toma formas "consiliares" llevará a una regresión del desarrollo técnico de la humanidad.[26]

Pero ese cambio en la situación de las masas; la subordinación de los mecanismos "automáticos" de mercado; la interrelación entre poder y conocimiento especializado; la asociación contradictoria entre expansión de "lo social" y concentración de "lo político"; el rol fundamental, en fin, de las superestructuras en la reproducción del sistema cuando la producción se ha "politizado" y es otra la forma de unidad entre sociedad y estado, llevan a Weber a plantear la necesidad de una reestructuración de la hegemonía, en la segura convicción de que el viejo liberalismo ya ha muerto.

3. Reconstrucción hegemónica en el "estado de masas"

Consideradas puntualmente, las predicciones de Weber fallaron. La República de Weimar, que debió haber sido un banco de prueba para sus pronósticos, terminó en un colapso, y la articulación institucional para una democracia posible en las nuevas condiciones de socialización y burocratización se transformó, tras sólo una década, en el desnudo cesarismo nazi.[27] En la Alemania de principios de los 30 –frente al estallido de la crisis económica y a la incapacidad de socialdemócratas y comunistas para dar una respuesta a la altura de los cambios reales que se operaban en la relación entre estado y economía– triunfó finalmente uno de los sesgos posibles del pensamiento weberiano: aquel que enfatizaba la necesidad de la *decisión* centralizada en la política y que, para ello, reivindicaba la figura cesarista y plebiscitaria. El nuevo constitucionalismo cuyo portavoz más señalado fue un seguidor crítico de Weber, Carl Schmitt, ocupó totalmente el panorama teórico germano con un discurso antisocialista y antiparlamentario centrado en la unidad tripartita entre estado, pueblo y movimiento bajo el principio de la jefatura.[28]

De todos modos, el "estado totalitario" de los 30 no implicó una modificación substancial de las líneas de desarrollo político que habían comenzado a manifestarse en la posguerra.[29] Esas líneas perdurarían durante años y el replanteo hegemónico que proponían para el orden burgués habrá de caracterizar una larga fase del estado capitalista, que recién ahora parece haber entrado

en crisis. Ellas han estado ligadas a "la gran transformación" señalada por Polanyi en su libro clásico y eran inseparables no sólo de modificaciones "económicas" (imposibles por otra parte de ser aisladas orgánicamente de una totalidad social) sino también de esa especificidad sociológica de la emergencia de masas que, desde la perspectiva de la reproducción del orden capitalista, Weber subrayó como dimensión central de nuestra época. Como lo ha señalado Sheldon Wolin, "el concepto de masas desvela a la teoría política y social moderna".[30] Su contrapunto necesario, tanto en la teoría como en la organización, estuvo constituido por un recrudecimiento del enfoque elitista de la acción política, expresado sea por la derecha como por la izquierda. Ni el marxismo soviético, ni la planificación democrática de Mannheim, ejecutada por los "intelectuales desinteresados", ni obviamente toda la reacción derechista, podría ser explicada fuera de esta centralidad problemática de la articulación entre masas y élites colocada por Weber como uno de los ejes de su reflexión. Emblemáticamente Mannheim resumía la cuestión diciendo: "Los grandes cambios de los que hoy somos testigos pueden ser finalmente imputados al hecho de que estamos viviendo una sociedad de masas."[31]

La extensión de los problemas planteados a la teoría social por esta percepción es tan grande que no podría ser abordada aquí. Sólo un aspecto me interesará desarrollar por sobre otros dentro de la economía de este discurso: el de la influencia de esta situación sobre la praxis estatal y política, sobre las transformaciones en el estado y en las estrategias alternativas.

En un reciente y notable estudio el historiador norteamericano Charles Maier ha trazado las líneas de la reconstitución política de la "Europa burguesa" en la década posterior a la primera guerra mundial, como la respuesta elaborada por el orden capitalista a la crisis revolucionaria surgida a partir de la Revolución Rusa y de sus precoces y fallidos intentos de trascender las fronteras del antiguo imperio zarista.[32] Esa respuesta implicó una profunda operación de reestructuración de la hegemonía: la estabilización no podía resolverse como simple reacción sino que debía involucrar reestructuración y renovación. A un cambio en el patrón de acumulación –que venía de antes, de la "salida" de la gran crisis del último cuarto del siglo XIX– habría de articularse en la década de los 20 un nuevo modelo de hegemonía, cuyas líneas esenciales encontrarían el apoyo más alto en las reflexiones de Weber, que fue quien mejor "discernió las emergentes estructuras del poder".[33]

La década del 20 alumbrará la instauración de un nuevo sistema político, de nuevos mecanismos para la transacción entre los intereses sociales. Las viejas instituciones del demoliberalismo eran ya incapaces de mediar esos conflictos dado el avanzado nivel de organización de las masas y de su movilización. Si el parlamento había sido el centro en el que la burguesía elaboraba su unidad política como clase, esa función de equilibrio ya no podría ser más cumplida: la presencia activa de clases subalternas en los grandes partidos de masas obligaba a la burguesía a buscar otras formas de articulación institucional. Los planteos weberianos sobre la función parlamentaria serían desmentidos por la realidad: la cohesión de clase del proletariado y el resto de las masas subalternas determinaría la necesidad de otras formas de cohesión para las clases dominantes (sometidas a su vez a un proceso intenso de fragmentarización) y para la articulación de éstas con las demandas inestables y peligrosas de las clases medias.

Maier llama al nuevo modelo institucional, al sistema político emergente en esa década de estabilización burguesa, como "corporativo".[34] Franz Neumann, por su parte, al analizar las características de la estructura política pluralista de la Alemania de Weimar, detallará la serie de "pactos" organizacionales constitutivos que estuvieron detrás de su funcionamiento, construyendo un sistema político en el cual "la adopción de las decisiones (. . .) debía lograrse no sólo mediante la suma de voluntades de los votantes individuales sino a través de organizaciones sociales autónomas".[35]

En la medida en que la estabilización política de posguerra no implicaba una mera restauración, debieron crearse nuevos mecanismos institucionales de distribución del poder que implicaban un desplazamiento a favor de las fuerzas *organizadas* de la economía y de la sociedad, en desmedro de un parlamento debilitado. Aunque, en la medida en que se mantuvieran algunos supuestos del liberalismo, las decisiones debían ser periódicamente ratificadas por el electorado, "el nuevo corporativismo buscaba menos el consenso a través de la aprobación ocasional de las masas, que por medio de una negociación continuada (*continued bargaining*) entre intereses organizados".[36]

El *locus* de la política y las modalidades de ejercer presión, consecuentemente, se modificaron también: la estabilidad del sistema requería una negociación mucho más burocrática y centralizada. Un dato decisivo para acelerar la estructuración de ese neocorporativismo pluralista que operaba como un sistema de regateo entre organizaciones, era que también los sindicatos de trabajadores se

integraban a ese mecanismo, lo que les otorgaba un poder de presión mucho más grande que el que poseían, por ejemplo, las fragmentadas clases medias. Este hecho sería sociológicamente decisivo para explicar el viraje de masas subordinadas hacia el autoritarismo, en la década de los 30.

El nuevo sistema funcionaba como una tensión entre fragmentación corporativa y centralización tecnocrática. El resultado no era la extinción de la política sino su desplazamiento a otros espacios, su sublimación en otros planos que antes eran considerados como privados. Como señala Wolin, lo significativo es desde entonces "la difusión de lo político", la absorción de esa función en instituciones y actividades no políticas.[37]

Estado y sociedad ya no aparecían como sistemas autónomos, unidos por lazos externos, como lo entendía la perspectiva liberal. Los límites entre lo público y lo privado, los roles políticos y los económicos y sociales, no constituían ya "fronteras" sino más bien "zonas de intersección" entre el estado y las organizaciones sociales, en el interior de un sistema en el que participan no sólo "sujetos jurídico-constitucionales" sino también "actores político-institucionales".[38]

El cambio en el modelo hegemónico implicó la constitución de un sistema político complejo que hizo variar la estructura del estado. Un nuevo modo de articulación entre economía y sociedad comenzaba a dibujarse en los 20 como recomposición burguesa de la hegemonía y este esquema –realimentado tras la crisis económica del 29 y sus consecuencias– abarcará a la vez formas "democráticas" y "totalitarias" de representación y englobará tanto a sociedades centrales como a tardodependientes. El "estado de compromiso" en las sociedades latinoamericanas de los 40 no podría ser explicado fuera de estas premisas.

La "democratización de masas" y la transición de una economía en la que predominaba la competencia hacia otra de "capitalismo organizado" se halla en las raíces de esa transformación de las funciones y la estructura del estado. Aunque de manera subordinada, las masas penetraron en el sistema político que, al comprender instituciones hasta entonces "privadas", interioriza en su espacio a las contradicciones. Como lo ha señalado en una fórmula Pietro Ingrao, la "politización de lo social" implica la necesidad de una "socialización de la política".[39] Al entrar el estado capitalista en una nueva fase –de ningún modo coyuntural sino de larga duración– se modifican también los presupuestos de la acción política de las clases subalternas.

En esta encrucijada, en este desafío que obligaba a repensar tácticas y estrategia, a dibujar nuevos proyectos de acción contrahegemónica a la altura de los cambios que el proceso sociopolítico planteaba, se empantanó la teoría y la práctica socialista y democrática durante décadas; la crisis del 30 y el surgimiento del nazismo acentuarían esta *impasse*. La "revolución pasiva", conceptual e histórica, que la burguesía logró poner en marcha como respuesta a la crisis revolucionaria de los primeros años de la posguerra, no iba a encontrar sino algunas respuestas teóricas solitarias en el terreno del socialismo: Gramsci, desde la cárcel, sería una de ellas. Si según un *slogan* que hizo fortuna "Weber fue el Marx de la burguesía", no sería provocativo decir que en la crisis del marxismo de los años 30 Gramsci fue el Weber de las clases subalternas, el único que intuyó el proceso de cambios en curso y en lo posible razonó, desde el punto de vista de la voluntad socialista y revolucionaria, la necesidad de reconstruir una alternativa contrahegemónica.[40]

4. Los socialismos y el estado: dilemas

Fueron los procesos que llevaron a la brusca obtención de su ciudadanía por las clases subalternas los que en rigor le plantearon al marxismo la urgencia de la reflexión sobre el estado.[41] Dicho de otra manera: hasta el momento en que el marxismo no se transformó –en confrontación con otras perspectivas– en principio ideológico articulador de un movimiento de masas, la problemática estatal (entendida como examen específico de esa relación de dominación pero también como objetivo de la acción de clase) no se reveló en su verdadero alcance de principal dimensión analítica. Hostigada por los extremos teóricos de Bakunin y Lassalle, la conceptualización de Marx sobre la cuestión siempre actuó *en negativo*: de los anarquistas rechazaba el antiautoritarismo ingenuo (sobre todo por el desdén que éstos manifestaban frente a la lucha política) y del lassallismo su intención de desarmar la movilización autónoma de la clase obrera al confiar los objetivos socialistas a una intervención política desde lo alto mediante una alianza de los trabajadores con el estado. Las notas marxianas acerca del libro de

Bakunin relativo al estado y la *Crítica del programa de Gotha* (escritas con una diferencia aproximada de un año, entre principios de 1874 y el primer tercio de 1875), ilustran respectivamente acerca de las ideas de Marx sobre el asunto, como deslinde polémico frente a otros planteos. Es cierto que en los momentos de crisis política Marx se acercaba más a las posiciones "antiestatalistas": basta ver sus observaciones sobre la comuna de París. Invulnerable, en cambio, fue el rechazo al lassallismo y su proyecto de *Real Politik*, una perspectiva que jamás armonizaría con la matriz ideológica sobre el tema que Marx adoptara en sus años juveniles. De todos modos a principios de los 90 la herencia lassalleana parecía liquidada: tal era la opinión de Engels al publicar en 1891 la *Crítica al programa de Gotha*; "lassalleanos específicos –dice– ya sólo quedan en el extranjero como ruinas aisladas . . .". Pero la realidad iba a indicar otra cosa.

En la frontera del siglo la evolución política del movimiento obrero europeo iba a colocar el tema estatal en un primer plano. El crecimiento de la cohesión de clase del proletariado, la legalización de la actividad de los sindicatos, el avance súbito de los partidos socialistas, todo ello en el cuadro de un proceso profundo de "revolución pasiva" a través del cual eran incorporados al discurso liberal dominante temas democráticos y se modificaban, en extensión y densidad, las funciones del estado, constituía un desafío nuevo para el pensamiento marxista en momentos en que éste comenzaba a hegemonizar ideológicamente al movimiento social.

En la línea de ingreso a una distinta fase del capitalismo, sería Engels el encargado de plantear los nuevos problemas que enfrentaría a partir de entonces el movimiento socialista. En el año de su muerte la aparición de su introducción a *La lucha de clases en Francia* de Marx implicará un verdadero parteaguas en el desarrollo del "socialismo científico", transformado en pocos años de una secta intelectual en el elemento ordenador de grandes movimientos sociales. Con la introducción engelsiana de 1895 el marxismo penetra definitivamente en la hora de su madurez política; repliega sus rasgos de *crítica* y se asume como *doctrina*.

Es sabido que la línea de sentido de ese texto, polémico y sometido a una serie de vicisitudes partidarias, es la reflexión autocrítica sobre las expectativas revolucionarias que Marx y Engels se habían trazado a mediados del siglo.[42] "La historia nos dio también a nosotros un mentís y reveló como una ilusión nuestro punto de vista de entonces", escribe. Y agrega: "fue todavía más allá: no sólo destruyó el error en que nos encontrábamos, sino que además

transformó de arriba abajo las condiciones bajo las cuales tiene que luchar el proletariado. El método de lucha de 1848 está hoy anticuado en todos los aspectos y éste es un punto que merece ser investigado ahora más detenidamente".[43] La *Introducción* no es otra cosa que un examen de esas modificaciones en las que el principal elemento político de cambio es la presencia *organizada* de las masas, no sólo en Alemania, donde con casi dos millones de votos la socialdemocracia capturaba ya a un cuarto del electorado, sino también en toda Europa. En la percepción de Engels el proceso era tan avasallador que incluso Rusia entraría tarde o temprano en él.

El dato central –y a partir de él la necesidad de una modificación en la táctica de los socialistas– era que esa presencia organizada de las masas cambiaba la situación de éstas en el sistema político: la conquista de la ciudadanía las *interiorizaba* (aunque conflictivamente) en el estado, que así perdía su exterioridad frente a ellas. Ese estado modificado ya no podía ser percibido linealmente como "comité administrativo" de la burguesía: la forma de la dominación se había complejizado a punto tal, mediante la democratización arrancada al antiguo esquema liberal restringido, que ahora "prosperamos mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión".[44] La paradoja de la que viene a dar cuenta Engels es ésta: la legalidad burguesa mata a la burguesía y da vida al movimiento socialista de masas.

La divisoria en la historia de la acción socialista expresada por la *Introducción* se cruza con la modificación de las instituciones estatales a través de las cuales comienza a organizarse la dominación burguesa desde fines del siglo XIX.

La percepción de estos cambios por parte de Engels es el núcleo alrededor del cual gira todo su discurso: en la mirada engelsiana están los cambios en la morfología del capitalismo pero sobre todo los que se producen en el status político de las masas subalternas; las transformaciones en el patrón de acumulación pero especialmente en el modelo hegemónico. La complejización estatal ya no es meramente "bonapartista", como un resultado de luchas y compromisos entre fracciones de la clase dominante: «*las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra esas mismas instituciones*».[45]

En este punto, a la altura de la perplejidad que al movimiento socialista le crean estas modificaciones, surgirá la polémica sobre el "revisionismo", cuyo eje de discusión será doble: por un lado la

relación economía-sociedad; por el otro, más activo, la relación estado-masas.

Un año después de la publicación de este texto de Engels, Eduard Bernstein, uno de los socialistas alemanes más cercanos a aquél, inicia la publicación en la *Neue Zeit* de una serie de artículos que, en medio de una tensa polémica, habrá de refundir en el libro publicado en 1899 bajo el título de *Los presupuestos del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Quedaba abierta así la polémica sobre el "revisionismo", la *Bernstein-Debatte* que, cruzando las fronteras de Alemania, involucrará a todo el marxismo de la II Internacional. ¿Cuáles eran sus temas centrales?

> El desarrollo de masas del movimiento y la manera en que el mismo retroactuaba sobre las estructuras organizativas y sobre la estrategia de la socialdemocracia (no sólo alemana); la nueva relación entre estado y sociedad civil y la capacidad del primero para radicarse en la segunda alterando así las formas tradicionales de la mediación política y creando otras en su lugar; el pasaje, en fin, a una nueva fase de la lucha política: esto es, según Gramsci, el pasaje de la "revolución permanente" a la "hegemonía civil": son éstos los temas o, al menos, algunos de los nudos centrales con los cuales el marxismo de la II Internacional, los intelectuales cercanos a la organización del movimiento obrero y sus respectivos dirigentes se confrontaron en este debate que se desarrolló a caballo del ochocientos y el novecientos.[46]

Bernstein habría de llevar mucho más lejos el arco de la autocrítica abierto por Engels: en rigor, su "revisión" ponía en cuestión ya no la *táctica* sino la *estrategia*; era la lectura "ortodoxa" del pensamiento de Marx la que debía ser revisada para que el socialismo pudiera hacerse cargo de la nueva situación. Casi un siglo después resultaría pedantesco y vacío subestimar el enorme significado de las preguntas que Bernstein planteó, en nombre de la insuficiencia de sus respuestas. Su aporte –versátil, autodidacta– implicaba sin embargo, en un mundo cultural socialista penetrado por la retórica de "los principios", introducir preguntas sociológicas, trabajar con estadísticas, conmover con la provocación de la realidad a un escaparate de dogmas. Bernstein no erraba en la intuición de que el capitalismo estaba cambiando, que la superación de la "Gran Depresión" de los 70 era la transformación y no el derrumbe. Sus respuestas fueron débiles, sus conclusiones políticas ingenuas, pero tuvo la audacia de plantear

las preguntas. Como señala Coletti: "por la rapidez con que intuye la nueva situación y no manifiestamente por la interpretación que da de ello, [está] más próximo a la generación de los Lenin y los Hilferding que a la de los Kautsky y los Plejanov".[47]

Los planteos bernsteinianos iban dirigidos contra el "catastrofismo", esa interpretación apocalíptica de la historia que acompaña, como la sombra al cuerpo, a toda teología revolucionaria.

Pero si bien su hilo polémico conductor era la crítica a la hipótesis mecanicista que ligaba crisis con derrumbe y revolución social, está en el problema del estado la clave unificadora de su pensamiento y finalmente el sustento de sus errores de juicio.

Bernstein coloca sus reflexiones bajo la protección de la *Introducción* de Engels. En su mensaje al congreso de la II Internacional reunido en Stuttgart en 1907 dice: "La hipótesis de la evolución de la sociedad moderna expuesta en el *Manifiesto Comunista* era exacta en cuanto caracteriza las tendencias generales de esta evolución, pero era errónea en varias conclusiones específicas y especialmente en lo que concierne al tiempo que necesitaría esa evolución. Este último error fue reconocido sin reservas por Federico Engels en la introducción a *La lucha de clases en Francia*." [48]

Su propuesta explícita era avanzar en el análisis de esas transformaciones que colocaban como obsoletas a algunas conclusiones del marxismo clásico. Como Engels, Bernstein consideraba como punto de partida la nueva situación de las masas en el espacio político, su presencia organizada en el estado vehiculizada por el sufragio universal. Pero allí donde Engels veía un fenómeno de mayor complejidad de la dominación, Bernstein, y luego de 1914 toda la socialdemocracia, introducía un agregado que modificaba totalmente la lúcida percepción engelsiana: para el "revisionismo" el crecimiento de la complejidad en la relación estado-masas implicaba un proceso hacia la "neutralidad" del estado.[49] La ingenuidad sociológica y política de esta posición era grave: frente a ella resalta aún más la contemporánea clarividencia de Weber.[50]

El error de perspectiva más notable del "revisionismo" y en general de toda la visión estatal elaborada por la II Internacional —expresada paradigmáticamente en esa obra maestra que para sus ideales fuera la república "democrática y social" de Weimar— fue la incomprensión de las tendencias centralizadoras y autoritarias que acompañaban al proceso de "democratización", cuando la hegemonía burguesa debía compadecerse con la presencia de masas y no con la de "individuos". A diferencia de la realista

apreciación weberiana, para la II Internacional "socialización" y "democratización" del estado marchaban a un mismo compás; el socialismo, diría Bernstein, no es otra cosa que la expansión del liberalismo.

Quizás fue Heinrich Cunow quien a principios de la década del 20 más lejos avanzó teóricamente en el camino de ese optimismo. "En los años sesenta y setenta del siglo pasado el estado comienza a adquirir nuevas tareas y funciones (. . .) Sobre la base del enorme desarrollo económico [se inicia] una transformación y una proliferación de las funciones del estado que cambian cada vez más su carácter." [51] Hasta aquí la caracterización parece correcta, pero el razonamiento daba un paso más: "El estado, pues, ya no es desde hace tiempo lo que era en el siglo XVIII y comienzos del XIX: una simple organización de defensa y dominación con un aparato burocrático de gobierno para proteger intereses dinásticos y estatales (. . .) El sentir creciente [de las masas] de que el propio bienestar está ligado en gran medida al ser del estado y de que sólo con él puede llegar a realizarse, hizo surgir de modo natural el conocimiento de una cierta comunidad que, posteriormente, se fue convirtiendo en un consciente y deseado tomar parte en la comunidad estatal; en las capas más pobres del pueblo esto no se produjo, desde luego, hasta que consiguieron una parte de la fuerza estatal. En lugar de la antigua expresión de fuerza dinástica: 'El Estado soy Yo' aparece ahora, en un círculo de ciudadanos que se agranda cada vez más, la fortificante conciencia de que 'El Estado somos nosotros'." [52]

Esta convicción penetró absolutamente en el pensamiento socialdemócrata: el "revisionismo" se transformó por el peso de los hechos en doctrina oficial sobre el estado y, a través de esa victoria, Lassalle consumó su póstuma venganza teórica sobre Marx y Engels. En efecto, lo que triunfaba era la visión lassalleana sobre la penetración de los trabajadores en el estado y, por lo tanto, la idea de la "neutralidad" del aparato, de su potencialidad *instrumental* para proteger diferentes intereses sociales según la capacidad, históricamente variable, que manifestaba el sector social que predominara en ese espacio originalmente vacío. Si para Bernstein el movimiento obrero se iba convirtiendo progresivamente en una fuerza *del* estado, entendido éste como el "cuerpo administrativo político de la comunidad",[53] para el Kautsky de fines de la década del 20 el desarrollo del capitalismo y la presión de las masas organizadas modificaba la propia *esencia* del estado: "la igualdad de todos los ciudadanos ante el derecho, el reconoci-

miento en cada uno de ellos de los mismos derechos y deberes políticos y ciudadanos significaba ya una ruptura con el Estado tal como era desde su comienzo (. . .) Si se convierte en el órgano de una minoría explotadora ello no se debe a la manera de ser del Estado sino a la de las clases trabajadoras, a su desunión, a su ignorancia, a su falta de autonomía o incapacidad para la lucha." [54] Estamos ya en pleno Lassalle. Bernstein habría de reconocerlo expresamente en 1922: "En este sentido Lassalle (. . .) a pesar de algunas exageraciones se ha adelantado acertadamente a la historia, tal como nosotros podemos abarcarla desde nuestra perspectiva".[55]

Pero alrededor de 1905 habrá comenzado a madurar otra generación socialista. Ella irá desplazando geográficamente el asiento de la discusión desde Alemania hacia el este de Europa, incluyendo como zona de fractura a Viena, donde se entremezclaban con la tradición marxista germana otros ecos más atentos a la problemática de lo nacional y de la marginación cultural y política.

Esta nueva leva socialista conformará lo que Lichteim habrá de calificar como "generación de 1905" y agrupará principalmente a rusos, polacos (casi todos radicados en Alemania) y austríacos.[56] Hilferding, Bauer, Luxemburg, Adler, Lenin, Trotsky, Bujarin, llevaron al marxismo de la II Internacional, apresado aún por las resonancias de la *Bernstein-Debatte*, nuevos temas. El catalizador histórico fue la revolución de 1905 en Rusia que, 35 años después de la Comuna de París, replanteaba el tema de la revolución social, de la insurrección de masas, de la ruptura de la integración entre éstas y el estado. Desde la atrasada Rusia el marxismo volvía a los temas del 48, a la problemática de la "revolución permanente", a la relación planteada a mediados del siglo XIX entre revoluciones plebeyas democrático-nacionales y revolución socialista.

Esta generación, más allá de las diferencias que es necesario establecer entre sus integrantes, intentó colocarse en el interior de la discusión sobre las transformaciones operadas en la relación entre estado y capitalismo y estado y masas, pero para dar a ese nudo problemático una respuesta diferente (sea como análisis del capitalismo, sea como estrategia socialista) a la que proponía el "revisionismo". La doble dimensión conceptual con la que trabajaron esa nueva realidad fue, por un lado, el reconocimiento de las transformaciones que llevaban al capitalismo competitivo a una fase imperialista y, por el otro, como hipótesis de trabajo

político, el considerar a esos cambios como una antesala del socialismo (como su "condición objetiva", precisamente) en caso de que una correcta iniciativa de masas, pensada en términos de ofensiva revolucionaria, fuera capaz de incidir sobre la situación. Las diversidades en el interior de esta mirada común (que los separaba del viejo "antirrevisionismo" postulado por el *centro* kautskiano) eran, sin embargo, significativas: teóricamente cortaban por la mayor o menor impregnación que este tema de las "condiciones objetivas" tenía con una concepción "catastrofista" sobre la crisis del capitalismo y también, políticamente, por la manera en que eran vistos los problemas de la articulación entre masas y organización y entre ruptura insurreccional y acumulación de fuerzas en el plano de la legalidad.

Desde perspectivas a veces antagónicas un significativo cuerpo textual intenta hacerse cargo de las transformaciones profundas a través de las cuales el capitalismo "sale" de la crisis del último cuarto del siglo XIX. La nueva forma de articulación entre estado y mercado, los fenómenos de "cartelización" de la economía, el predominio del capital financiero, la emergencia de un imperialismo moderno, serán, entre otros, rasgos de la descripción económica compartida, ya en los 20, por las visiones opuestas de la III Internacional sobre el "capitalismo monopolista del estado" o por la imagen hilferdinguiana del "capitalismo organizado". El común denominador era la idea de que el capitalismo había llegado a una etapa parasitaria, la cual podía o no prolongarse (y ése era un plano de corte con el "catastrofismo"), pero que había encontrado su techo expansivo. Lo que faltaba era una conceptualización paralela sobre el papel activo del estado burgués en estas nuevas condiciones, sobre su capacidad para "introducirse" en la economía y en la sociedad, ausencia sostenida sobre el mantenimiento de una visión dicotómica de la relación entre "base" y "superestructura". Salvo excepciones marginales, la visión instrumentalista del estado presente en todas las formulaciones de la II Internacional no será superada, y con esa limitación el marxismo, *reformista o revolucionario*, entrará a la década de los 20, precisamente a la etapa en que madura el proceso de reorganización hegemónica burguesa; la reestructuración del sistema con eje estatal.

No será ésta la preocupación, el nexo que articula la reflexión posrevisionista, sino la vinculación entre crisis y (en palabras del joven Lukacz) "actualidad de la revolución".

Esa centralidad en la preocupación política por la relación en-

tre imperialismo, guerra y revolución alcanzará su cima en el pensamiento de Lenin y, sobre todo, en el giro que su conducción táctica da a los sucesos rusos a partir de febrero de 1917. La "actualidad de la revolución" implica, a su vez, una dimensión mundial, la posibilidad de que el proceso de cambios socialistas se expanda a partir de los "eslabones más débiles" de la "cadena imperialista". Pero ese estallido –y ésta será la vinculación retórica con el marxismo clásico, como las realidades nacionales fragmentadas del siglo xx lo mostraron luego– sólo podía ser pensado como prólogo de una revolución mundial; en palabras de Lenin, con la "constitución de una república mundial de los soviets" que, por añadidura, se veía (o se deseaba ver, porque Lenin era, sobre todo, un "genio nacional"), como un problema de semanas o meses.

Es claro que en estas condiciones palingenésicas, la temática del estado capitalista, la indagación sobre las nuevas características de la hegemonía (larvadas desde fines de siglo), sobre la penetración del estado en la sociedad civil mediante la construcción de un "sistema de trincheras" que protegía a la dominación de un asalto súbito por parte de las masas, no tenía cabida o aparecía como un tema de segunda importancia.

Cuando Lenin escribe sobre el estado en 1917 su inspiración es el texto marxiano sobre la comuna, es decir, sobre el último episodio de una etapa táctica que Engels en 1895 consideraba ya superada. Con una forma ya casi rutinaria al emerger una crisis política general, el marxismo revolucionario respondía –como lo había hecho Marx en 1870– en clave neoanarquista, colocando el eje de su discurso en el tema antihegeliano de la *extinción* del estado, para lo cual era necesario extremar los rasgos instrumentales de éste. La paradoja era que *revisionistas* y *revolucionarios* coincidían, por motivaciones antagónicas, en esta apreciación que ignoraba la densidad de las nuevas formas de dominación, la nueva complejidad del hecho estatal. Los primeros suponían que este estado-instrumento podía ser "ocupado" molecularmente mediante la expansión que las masas lograban desde el interior de un liberalismo que no tenía límites fijos. Los segundos –salvo quizás Rosa Luxemburg, que alcanzó a intuir la mayor complejidad de la situación– se afirmaban en la idea de la destrucción-transformación del estado burgués por parte del proletariado autónomamente organizado, que crearía un estadio de transición en el que la figura del "ciudadano" sería reemplazada por la del "productor", en un proceso en el que sería posible transformar la

administración estatal en un mecanismo simple gracias a que el desarrollo capitalista "simplifica la administración del estado [y] permite desterrar la administración burocrática", al reducir todo el manejo de los asuntos públicos a operaciones de "inspección y anotación accesibles a cualquiera que sepa leer y escribir y para las cuales basta conocer las cuatro reglas aritméticas y con extender los recibos correspondientes".[57]

Quizás sea en otro texto de Lenin, contemporáneo a *El estado y la revolución*, donde esta concepción sobre el estado aparezca con más claridad. Lenin distingue en ese escrito dos "aparatos" que se entrelazan en el interior del estado capitalista: uno de clase, opresivo; otro "técnico" y *por lo tanto*, neutral. El primero está formado por "el ejército permanente, la policía y los funcionarios". "El proletariado –agrega– no puede adueñarse del aparato del Estado y ponerlo en marcha. Pero sí puede destruir todo lo que hay de opresor, de rutinario, de incorregiblemente burgués en el antiguo aparato de Estado, sustituyéndolo por uno nuevo, por su propio aparato." [58]

Pero al lado de este instrumento de opresión existiría otro "aparato" estatal: "el estado moderno posee un aparato entrelazado muy íntimamente con los bancos y los consorcios, un aparato que efectúa, si vale expresarse así, un vasto trabajo de cálculo y registro. *Este aparato no puede ser destruido.* Lo que hay que hacer es arrancarlo de la supeditación de los capitalistas, cortar, romper, desmontar todos los hilos por medio de los cuales los capitalistas influyen en él, subordinarlo a los soviets proletarios y darle un carácter más vasto y popular. Esto se *puede* hacer apoyándose en las conquistas ya realizadas por el gran capitalismo." [59]

La conclusión, a partir de esa premisa sobre la dualidad del estado, parecía simple: "De este *aparato del Estado* (que bajo el capitalismo no es totalmente del Estado pero que en nuestras manos, bajo el socialismo, será íntegramente del Estado) podemos *apoderarnos* y *ponerlo en marcha* de un solo golpe, con un solo decreto, pues el trabajo efectivo de contabilidad, de control, de registro, de estadística y de cálculo corre aquí a cargo de empleados, la mayoría de los cuales son por sus condiciones de vida proletarios o semiproletarios." [60]

Si el "revisionismo" verá al estado como un espacio neutral que puede ser ocupado, como una forma vacía maleable para asumir contenidos diversos, el leninismo distinguirá entre un aparato *técnico* que como tal puede y debe ser utilizado y un aparato *polí-*

tico que, en cambio, debe ser destruido. Lenin afirma, en el texto antes citado, que cuando Marx habla de destrución del estado se refiere exclusivamente a esta última dimensión.

La divergencia entre ambas posiciones fue políticamente significativa al punto que marca el principal plano de ruptura entre los marxismos de la II y la III Internacional, pero a un nivel teórico más general las dos resaltan una similar inadecuación frente a la necesidad de una sociología del estado capitalista, de sus formas cambiantes de hegemonía, capaz de ver a éstas (y al sentido de sus modificaciones) en la complejidad de su función principal como espacio de reproducción de la totalidad de las relaciones sociales.

Weber operará, desde la crítica al marxismo, una paradojal reconstrucción de los lazos entre relaciones sociales y relaciones técnicas (ambas como relaciones de dominación) mucho más correcta. Precisamente será por medio de ese "saber especializado" que la dominación comenzará a ejercerse una vez que el capitalismo ha ingresado en su etapa de mayor desarrollo. El papel de la ciencia y de la técnica se fusionaría entonces, en una única instancia, como la forma moderna del poder. La distinción entre dominación y saber ya no podía ser trazada porque la dinámica del funcionamiento burocrático no está ligada a las características del personal que ocupa los roles sino que es un modo estructural de la relación de dominación. Desde el propio reino de la "racionalidad formal" y no desde la voluntad de "los fines" se determinaban las condiciones de la reproducción del sistema. Ya no bastaba con apoderarse de ciertos puntos del estado cuyo control era estratégico para poder utilizar, al servicio de otros fines, la neutralidad de la técnica: la esencia de la razón instrumental es la dominación; fuerzas productivas y relaciones sociales forman un único tejido. El pesimismo de Weber se instalaba sobre esa convicción: si la "racionalidad material" derrotaba a la "racionalidad formal", sería posible la democracia plena (o el socialismo), pero a costa del estancamiento de la sociedad; si, en cambio, otros fines eran servidos por los mismos medios la perspectiva no podría ser sino la burocratización universal: el mundo aprisionado en una "jaula de hierro".[61]

El desafío de esta temática es lo que el socialismo no pudo vencer, ni a través de la ingenuidad "revisionista" que soñaba con una vinculación creciente entre democratización y socialismo, ni a través de la vertiente revolucionaria que tampoco supo captar las nuevas formas hegemónicas de la burguesía operadas a través de

un estado que cada vez penetraba más en la sociedad pero que, como señalaba Mannheim, cada vez concentraba más "por razones objetivas", "la inteligencia social y la capacidad de mando", en un doble proceso de "concentración del hacer y monopolización del saber".[62]

5. La década del 20 y "la tragedia del movimiento obrero"

La crisis revolucionaria de los primeros años de la posguerra pondrá a prueba la capacidad de la burguesía para recomponer los mecanismos de su hegemonía sobre la sociedad. El proceso de transformaciones en la relación entre estado y economía que se había iniciado a fin de siglo se profundizará en la década del 20 a través de una reformulación de las relaciones entre estado y masas, cuya expresión se dará en un nuevo sistema político que dejará atrás al viejo modelo liberal. La nueva manifestación de la crisis económica, en 1929, acentuará las características de esta nueva época del capitalismo caracterizada por una "primacía de la política" o, como diría Kalecki años después, por la vigencia de un "ciclo económico-político".[63] Intervencionismo económico, asistencialismo social y neocorporativismo político serán, por toda una fase, los rostros del estado burgués posliberal.

Pero el mundo que nace en la década del 20, básicamente caracterizado por este proceso de recomposición hegemónica, ha cambiado también en otro aspecto: como un nuevo interlocutor frente a los otros estados se ha instalado en el antiguo imperio zarista un gobierno socialista revolucionario al que se suma la constitución de un contingente internacional de partidos comunistas. La URSS y la III Internacional implicarán un nuevo punto de referencia para la historia de un movimiento obrero ya dividido de manera irreconciliable, y para el marxismo teórico, la introducción de una temática –inusitadamente reforzada por el soporte que le otorga la presencia de un estado– que redefinirá, frente al "reformismo" de los partidos de la II Internacional (poderosamente reconstituidos) los problemas de la transición al socialismo.

En este marco de recomposición burguesa y de fragmentación de las filas socialistas entrará el movimiento obrero a la tercera década de este siglo.

Adolf Sturmthal ha calificado como "tragedia" para los proyectos de las clases subalternas el período de veinte años que separa la primera de la segunda guerra mundial.[64] Dos decenios en que fueron ahogados dramáticamente los intentos políticos de la socialdemocracia alemana y austríaca (los destacamentos más poderosos de la II Internacional) y en que, por parte de la III Internacional, no fue posible tampoco abrir nuevas brechas revolucionarias en Europa, tras el período de auge que cubrió de 1917 a 1921, mientras a mediados de los 30, el stalinismo, por añadidura, desangraba a la élite que había dirigido la Revolución de Octubre.

La incomprensión que las dos versiones del proyecto socialista manifestaron sobre las transformaciones en curso en la etapa madura del capitalismo, la errada percepción sobre las nuevas relaciones que se planteaban entre estado y sociedad, se transformaron en límites infranqueables para la expansión del movimiento. La perspectiva del tiempo permite ya pensar a esa trayectoria teórica y política de las dos Internacionales fuera de la mirada moralizante con que habitualmente se la apreció, de uno o de otro lado. La historia de los grandes movimientos de masas es siempre demasiado compleja como para absorberla en epítetos.

A partir de esa incomprensión sobre lo que realmente estaba sucediendo en el capitalismo, los marxistas de la II y de la III entraron en una gran parálisis teórica, mientras el capitalismo encaraba una "revolución pasiva" de grandes dimensiones. La socialdemocracia alemana demostró en el trágico final de la República de Weimar su total incapacidad para hacerse cargo de un proceso de transición al socialismo en las nuevas condiciones. A su vez, los partidos comunistas, partiendo de las líneas que fijaba la III Internacional (crecientemente sometida a la razón de estado" soviética), tampoco encontraron respuestas políticas que fueran más allá de una "guerra civil" contra la socialdemocracia: era, en rigor, muy difícil encontrarlas si el punto de partida teórico era el análisis del capitalismo en clave "catastrofista". Es cierto que en ambos campos hubo excepciones a la ceguera; signos de una apertura que intentaba –en los límites de un pensamiento y una práctica global cada vez más estrecha y penetrada de dogmas– replantear los problemas. Emblemáticamente esas excepciones podrían representarse en dos nombres: Antonio

Gramsci en las filas de la III Internacional y Max Adler, como momento más alto de la elaboración de la II Internacional en el interior del "austromarxismo", ese notable movimiento político y cultural de entreguerras, cuya revaloración recién se está haciendo ahora.[65] (Es claro que también estuvo Trotsky, pero él siempre fue mucho más un sobreviviente del 17 preocupado por reivindicar frente a Stalin la pureza de su "leninismo", que un precursor de la nueva temática, salvo en ciertos momentos de brillante intuición política especialmente reflejados en algunos análisis sobre el aventurerismo de la III Internacional en la Alemania de principios de los 30.)

La socialdemocracia alemana realizará la experiencia weimariana bajo una conducción teórica que ya dejó atrás a sus líderes ideológicos históricos. Su figura central será ahora Rudolf Hilferding, una de las personalidades más interesantes que el socialismo produjo en este siglo. Integrante de aquella "generación de 1905" que buscó, a partir del desafío polémico bernsteiniano, interpretar los nuevos rasgos del desarrollo capitalista, Hilferding llega a transformarse a principios de los 20 en figura principal de la experiencia weimariana, de ese modelo casi perfecto de neocorporativismo pluralista que indicaba la línea de tendencia de la recomposición capitalista, y en el cual la socialdemocracia habría de jugar el papel de "garante obrero" de un sistema político democrático sostenido por un complicado tejido de pactos institucionales. En el interior de ese espacio, como expansión molecular y progresiva del mismo, la II Internacional insertaba la posibilidad de transición al socialismo. Bajo supuestos analíticos diferentes a los de Bernstein, Hilferding será el encargado de teorizar esa estrategia, tan similar en su ingenuidad final a la del "revisionismo": una pretensión de *Realpolitik* que se revelará como *Illusionspolitik* cuando en 1933, sin necesidad de un golpe de estado, sin una "marcha sobre Berlín", Adolfo Hitler, por los mecanismos de la constitución de Weimar, llega a ser designado canciller del Reich.

Si los temas de Bernstein (en la medida en que sus razonamientos puedan ser simplificados de esta manera) llevaban a una imagen casi idílica de la expansión capitalista enlazada con un proceso de democratización ininterrumpida, a partir de un liberalismo mitologizado, el razonamiento de Hilferding era más complejo, aunque concluyera en una misma visión "lassalleana" del rol del estado.

El eje ordenador de los planteos de Hilferding será su con-

cepto de "capitalismo organizado", que aparece en 1915, pocos años después de la edición de *El capital financiero*.[66] En ese momento los lazos que vinculaban al concepto con los desarrollos teóricos contenidos en su libro famoso eran básicamente de continuidad. El capitalismo financiero, en su expansión, llevaba al reforzamiento del poder estatal (tema de la última sección de su trabajo de 1910); así, escribe en 1915, "en lugar de la victoria del socialismo parece hoy posible el advenimiento de una sociedad de economía organizada, pero organizada en el sentido patronal y no democrático, a cuya cabeza estarían las fuerzas organizadas de los monopolios capitalistas y del estado, bajo la cual las masas trabajarían a escala jerárquica, como empleados de la producción. En lugar de la superación de la sociedad capitalista tendríamos la sociedad del capitalismo organizado, más adecuado a las necesidades materiales de las masas de cuanto lo había sido hasta ahora." [67]

El término habrá de reaparecer sucesivamente a partir de 1920 pero su significado variará, sobre todo en cuanto a sus implicaciones políticas, en la medida en que la instauración, con la presencia protagónica de los socialistas, de la República de Weimar introducirá en la concepción hilferdinguiana una nueva categoría analítica: la de "Estado Democrático". Si durante la Alemania Imperial el proletariado tendía a negar al estado, pues en tanto forma autoritaria no podía ser visto sino en oposición frontal, con las transformaciones de posguerra esa percepción debía variar. Los fines que un estado cumple están determinados por la clase que ocupa ese instrumento que, como tal, puede servir a distintos proyectos. El proletariado alemán había creado, como alternativa frente al absolutismo monárquico, un sistema político democrático que era permeable a sus presiones. En esas condiciones el estado ya no era más un obstáculo, sino un medio político posible de ser utilizado en la transición al socialismo.

Este "estado democrático" era la expresión de la presencia de las masas en el "capitalismo organizado", es decir, en la fase en que se realiza el pasaje de la libre competencia al principio de la planeación. En ese sentido, era un *estado de organizaciones*, un sistema político complejo y plural, no una relación que abarcaba a "ciudadanos" portadores individuales de derechos naturales. La presencia de las masas organizadas se interiorizaba en el estado a través no sólo del partido socialdemócrata sino también de los sindicatos.

Franz Neumann ha señalado que ese estado, concebido como

síntesis contradictoria de organizaciones, era una *democracia contractual*, articulada a partir de una serie de "pactos" expresos entre fuerzas sociales. En el esquema del pluralismo weimariano "el Estado debía permanecer neutral frente a las organizaciones (...) La soberanía del Estado no habría de ser ejercida ya por una burocracia independiente, por la policía y el ejército; se suponía en cambio que estaba en manos del pueblo todo que, con este fin, se organizaría en asociaciones voluntarias. Este sistema pluralista no ignoraba la lucha de clases; antes bien, intentó convertirla en una forma de cooperación entre las clases." [68]

El modelo político correspondía mucho más, en realidad, a la reconstitución de la hegemonía burguesa en condiciones de masas que a ninguna forma de transición al socialismo. Más que a las ilusiones de la socialdemocracia se ajustaba a la descripción que Maier ha hecho del "pluralismo corporativo" como modo de ajuste institucional del capitalismo de posguerra; "envolvía el desplazamiento del poder de los representantes electivos o de la burocracia de carrera a las más importantes fuerzas organizadas de la economía y de la sociedad (...) algunas veces negociando directamente entre ellas, otras ejerciendo influencia a través de un debilitado parlamento y ocasionalmente buscando ventajas a través de nuevas autoridades ejecutivas. En todos los casos el corporativismo significaba crecimiento del poder privado y crepúsculo de la soberanía." [69]

Para Adolf Sturmthal el esquema weimariano era el típico de una situación de "empate social", en la que los trabajadores actuaban, a través de sus partidos y sindicatos, más como "grupo de presión" que como un núcleo con vocación política hegemónica, pese a coparticipar, efectivamente, en el sistema político.[70]

En tal sentido lo que se producía era una mezcla contradictoria de reivindicaciones sindicales y defensa del *laissez-faire* económico, sin que apareciera una voluntad global, un proyecto que pudiera elevarse por sobre la trama del neocorporativismo y ser capaz de abarcar, en un solo haz, política y economía.[71] Frente a una estrategia hegemónica de la burguesía, el proletariado no tenía ninguna que oponer.

Es que el estado era concebido de una manera estrechamente institucionalista, como un mecanismo de gobierno en sí mismo "neutral", externo a la economía: como señala Rusconi, no era visto por la socialdemocracia como un *momento* de la contradicción social sino como un *campo* en el que chocaban contradicciones exógenas a la instancia de regulación que él expresaría.[72] A

partir de esta percepción, que deja fuera del conflicto de clases a todo lo no institucionalizado, se yergue la "hipótesis social-tecnocrática" de transición al socialismo: la tarea a emprender será la de transformar, *con el apoyo del estado*, a la economía organizada dirigida por los capitalistas en una economía planificada por los trabajadores.[73]

La mezcla entre una concepción puramente institucionalista de la política y otra racionalista-tecnocrática de la gestión económica confluirá en una imagen instrumentalista del estado, definido como un lugar en sí mismo vacío donde operan voluntades y proyectos de clase. La imagen, basada en una separación orgánica entre lo político y lo económico, paralizará la actividad de la socialdemocracia ya no sólo a favor de la transición al socialismo sino aun a favor de un mantenimiento de la técnica gubernamental democrática para la resolución de los conflictos. Como se verá a partir del estallido de la crisis en 1929, el institucionalismo llevará al partido a desarmar la posibilidad de movilizaciones y luchas fuera del sistema y el eficientismo desalentará la adopción de medidas estatales anticíclicas, como lo reclamaba un sector de los sindicatos.[74] Ambos instrumentos, la movilización extraparlamentaria y las propuestas anticíclicas de políticas económicas fueron, en cambio, puntos fundamentales del éxito de masas del nazismo.

Contemporáneamente las propuestas de la III Internacional, pese a su énfasis revolucionario, tampoco contribuían a resolver esa *impasse* del movimiento obrero. La historia que abarca desde sus primeros congresos hasta el VII en 1935, en que proclama la política de los "frentes populares", no podría ser trazada en este lugar.[75] Lo que interesa es marcar, aun al precio del esquematismo, una línea central que remite a similar base de error que el cometido por la socialdemocracia: la incapacidad para entender el sentido profundo de la recomposición burguesa en esa etapa, el rol del estado en ella (lo que plantea una distinta relación entre política y economía) y las características de la hegemonía en la época de masas.

Pese a los intentos de Lenin –también ellos en esbozo– por procurar una formulación diferente de la acción política en Europa –de los que es un testimonio la saga que va desde *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo,* hasta sus intervenciones en el III y en el IV Congresos de la Internacional– ésta no pudo quebrar los esquemas de razonamiento propio de la etapa de crisis revolucionaria que siguió a la posguerra. Este modelo de acción polí-

tica encontrará su realización teórica y práctica más completa a partir del VI Congreso de la Internacional en 1928, cuyo eje será la táctica de "clase contra clase".[76]

Como es sabido Lenin había incitado a los partidos comunistas en sus últimas intervenciones públicas en la Comintern a estudiar la situación occidental, convencido de que el modelo de 1917 era ya inviable en Europa. Pero esas exhortaciones no se plasmaron en hechos: en la crucial década de los 20 la III Internacional no pudo salir, pese a sus numerosas verbalizaciones en contrario, de la idea del estancamiento y de la crisis general capitalista como principal elemento impulsor de una transformación socialista. El VI Congreso –pero más aún que sus debates sus traducciones políticas posteriores– consolidará la imagen de la transición socialista como de lucha frontal "clase contra clase", con lo que se recuperaba para Europa el tema del "tiempo corto" y la "guerra de maniobras" como núcleo de la estrategia revolucionaria.

De acuerdo a las tesis de la IC se había entrado ya al "tercer período" del desarrollo de las contradicciones entre burguesía y clase obrera durante la posguerra. Cada período no era sino una manifestación particular de "la crisis general del capitalismo", premisa que organizaba a los análisis concretos. Esta omnipresencia de la crisis general disolvía cualquier posibilidad de un análisis específico: en un sentido genérico el capitalismo siempre está en crisis, pero la pretensión analítica no puede quedarse en ese plano de abstracción.

El "primer período", cuyo punto culminante había estado en 1921, se habría caracterizado por una combinación de crisis aguda del sistema y actividad revolucionaria, cuyo último eslabón fue la derrota de la insurrección alemana de 1923. El "segundo período", caracterizado por una *estabilización relativa* del sistema capitalista y por la intervención defensiva del movimiento obrero no era más, en rigor, que un tránsito hacia el "tercer período", "que conduce fatalmente (. . .) a un nuevo quebrantamiento de la estabilización capitalista y a una aguda agravación de la crisis general del capitalismo".[77]

De esta caracterización del "tercer período" se extraía una serie de conclusiones políticas para el desarrollo del movimiento socialista europeo: *1*) la caracterización de la socialdemocracia, en un primer momento como "social-traidora" y luego como "social-fascista"; *2*) la descalificación de la izquierda de la socialdemocracia como un enemigo aún peor del movimiento obrero, pues "engaña a las masas con métodos más sutiles"; *3*) la idea de que el

capitalismo ha llegado a su fase "moribunda", a su "quiebra definitiva", no sólo por las contradicciones sociales que genera su desarrollo sino, a la inversa, por su tendencia a "contener el desarrollo de las fuerzas productivas". La hipótesis de base es que hacia fines de la década se estaba en vísperas de una nueva guerra mundial, tema al que el VI Congreso dedica una tesis especial, y que por lo tanto era posible repetir la experiencia del "primer período"; transformar la guerra en revolución social. En la percepción de la III Internacional lo que se estaba viviendo, en fin, era un momento de ofensiva de masas en un cuadro de crisis decisiva del capitalismo.

Fue el partido comunista alemán, el más importante de Europa, el que llevó este razonamiento a sus extremos. La doble incapacidad para entender la reestructuración capitalista en curso (mediante el recurso de ver al sistema en situación perpetua de "crisis general"), y para apreciar el papel complejo que jugaba la socialdemocracia, como garante de la recomposición pero, a la vez, como poderosa fuerza obrera y democrática, llevó fatalmente a una minimización del peligro potencial del nazismo y a una forma de intervención política que era una trágica caricatura de "autonomía proletaria" sin ninguna capacidad hegemónica, en momentos en que, efectivamente, se estaban produciendo desgajamientos de masas del bloque en el poder. Para interpretar esa situación socialmente tan compleja Ernst Thälmann, máximo dirigente del comunismo alemán, trazaba este cuadro esquemático: "Hoy los frentes de clase son mucho más evidentes y, por lo tanto, la línea divisoria es también absolutamente clara entre las grandes masas obreras: o reformismo o comunismo, no existe una tercera fuerza." [78]

Esta ceguera de los comunistas corrió a la par de la de los socialdemócratas, también embarcados en similar "guerra civil" en el interior de la clase obrera e ilusionados, hasta último momento, en las garantías del sistema político democrático y, por lo tanto, en la pura lucha institucionalista. Arthur Rosenberg, el gran historiador alemán, resume ejemplarmente esta década que efectivamente marcó la tragedia del movimiento obrero alemán y europeo: "Aunque la socialdemocracia ganaba partidarios a costa de los comunistas, ello fue debido únicamente a que la marcha de la coyuntura económica parecía desmentir los siniestros augurios de los comunistas, justificando los métodos legales de la socialdemocracia (. . .) Pero con todo esto el movimiento socialista se constituía en prisionero de la legalidad republicana y no supo hallar una salida cuando se reprodujo, después de 1929, la situa-

ción revolucionaria. En las mismas fechas el partido comunista pasaba a depender totalmente de la política rusa de Stalin (...) Millones de electores obreros alemanes tuvieron que conformarse con un radicalismo puramente verbal que explotaba el prestigio de la Revolución Rusa: el partido comunista llegó a ser totalmente inservible para cualquier acción proletaria y revolucionaria auténtica." [79]

Entre un partido corporativo que sólo proponía integrar sus demandas reivindicativas en las formas democráticas del "capitalismo organizado" y otro, verbalista, que veía la inminencia permanente de la crisis económica sin entender que el proceso de politización de la reproducción capitalista era, desde la posguerra, mucho más complejo, la crisis de masas en Alemania de principios de los 30 fue finalmente capturada por el nazismo, presentado como la única fuerza que aparentemente daba una solución nacional-estatal para los problemas de la coyuntura.

6. Estado y crisis en Gramsci

Es en este cuadro donde emerge la propuesta gramsciana, en el interior de la opción abierta por la Revolución Rusa y, esencialmente, como un desarrollo de las líneas conceptuales que ordenan la estrategia fijada por el III y IV Congresos de la Comintern. Gramsci, detenido por la policía fascista a finales de 1926, comenzará la redacción de sus *Cuadernos* a principios de 1929, pero será luego de una visita de su hermano a la cárcel, quien le comunica a mediados de 1930 las características del "giro" impuesto por la III Internacional, así como las consecuencias que el mismo tiene en el interior del grupo dirigente del partido comunista italiano, cuando asuma su indagación de prisionero como una tarea directamente política, más allá de la apariencia "cultural" o "teórica" de los temas que aborda en sus cuadernos.

La táctica de "clase contra clase" y la concepción de la crisis propuesta por la Comintern a partir del VI Congreso le parecen un grave error, una desviación de las líneas trazadas por el Lenin de los últimos años para enfocar el problema del socialismo en Europa. En la soledad de la cárcel –honda soledad, porque impli-

cará también el aislamiento frente a sus propios camaradas– Gramsci habrá de repensar la entera y compleja problemática de la revolución en Occidente, obsesión que ya era advertible en su trabajo teórico y práctico como dirigente del PCI, después de superado el extremismo sectario que Bordiga le había impuesto al partido en los primeros años.

Sobre el telón de fondo de la parálisis de la II y III Internacional en momentos de un recrudecimiento de la crisis, Gramsci ubica sus preguntas específicas. Ellas giran alrededor de la capacidad que el capitalismo ha demostrado para recomponer su dominación a fin de poder entender, a partir de ello, qué características deberá tener la iniciativa política de los dominados. Sus nudos problemáticos serán, entonces, los rasgos modernos de la hegemonía y las características de la crisis en esa nueva situación. Teoría de la hegemonía y teoría de la crisis aparecerán así entrelazadas como temas complementarios y centrales de un enfoque que privilegiará la mediación que las instituciones operan en la relación entre masas y clases dominantes.

En una nota redactada entre 1932 y 1934 Gramsci escribe: "Concepto político de la llamada 'revolución permanente', nacida antes de 1848 como expresión científicamente elaborada de las experiencias jacobinas desde 1789 al Thermidor. La fórmula es propia de un período histórico en el cual no existían los grandes partidos políticos de masas ni los sindicatos económicos y la sociedad estaba aún, bajo muchos aspectos, en un estado de fluidez: mayor retraso en el campo y monopolio casi completo de la eficiencia político-estatal en pocas ciudades o directamente en una sola (París para Francia); aparato estatal relativamente poco desarrollado y mayor autonomía de la sociedad civil respecto de la actividad estatal; sistema determinado de las fuerzas militares y del armamento nacional; mayor autonomía de las economías nacionales frente a las relaciones económicas del mercado mundial, etc. En el período posterior al año 1870, con la expansión colonial europea, cambian todos estos elementos: las relaciones organizativas internas e internacionales del estado se transforman en más complejas y sólidas y la fórmula cuarentiochesca de la 'revolución permanente' es reelaborada encontrando la ciencia política su superación en la fórmula de la 'hegemonía civil' (. . .) Las estructuras macizas de las democracias modernas, sean vistas como organizaciones estatales o como complejo de asociaciones en la vida civil, constituyen para el arte político lo que las trincheras y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posi-

ciones: transforman sólo en 'parcial' el elemento de movimiento que antes era 'toda' la guerra." [80]

Es en el último cuarto del siglo pasado que Gramsci coloca el momento en que comienza una nueva fase del estado y de la política. Ella supone modificaciones en el patrón de acumulación, pero el rasgo que la especifica es la mayor complejidad de las funciones estatales, que se despliegan en una multiplicidad de prácticas "como organizaciones estatales o como complejo de asociaciones en la vida civil", hasta construir una serie de trincheras institucionales que median la relación entre las masas y el estado-gobierno.

El estado comienza a penetrar en la sociedad civil y en el interior de ésta, a su vez, las masas se organizan en grandes partidos y sindicatos.

En la medida en que el estado se transforma en un "estado de masas", el tema de la hegemonía, de la guerra de posiciones, pasa a primer plano porque esa transformación implica la puesta en marcha por las clases dominantes de un nuevo proceso de "revolución pasiva". "La Revolución Francesa –escribe– habría sido una guerra de movimientos y la época liberal del siglo XIX una larga guerra de posiciones." [81]

Es a través de esta "revolución pasiva" (proceso de transformaciones "desde lo alto" en el que se recupera una parte de las demandas "de abajo", pero quitándoles toda iniciativa política autónoma) como Gramsci alude a la ampliación del liberalismo operada por el capitalismo, notablemente a finales del siglo XIX. En este sentido, la temática de Gramsci se coloca en el parteaguas político de la *Introducción* de Engels de 1895 y de ahí arranca para desarrollar su pensamiento.

La característica de la revolución cumplida por la burguesía en lo que respecta a "la función del estado" es que tiende a absorber, superando una posición de casta, a las otras clases, "a ampliar su esfera de clase". "La clase burguesa se considera a sí misma como un organismo en continuo movimiento, capaz de absorber toda la sociedad, asimilándola a su nivel cultural y económico: toda la función del estado es transformada; el estado se convierte en educador." [82]

A través de la recuperación –en clave más hegeliana que marxiana– que hace del concepto de *sociedad civil*, "en el sentido de hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la sociedad entera, como contenido ético del estado",[83] Gramsci logra superar el concepto "unilateral" de estado para explicar el fun-

cionamiento hegemónico a medida que el capitalismo se desarrolla como una trama organizacional mucho más compleja. En una nota titulada "Organización de las sociedades nacionales", señala: "...en una determinada sociedad nadie está desorganizado y fuera de un partido, en la medida en que se entienda organización y partido en un sentido amplio y no formal. En esa multiplicidad de sociedades particulares de doble carácter, natural y contractual o voluntario, una o más prevalecen relativa o absolutamente, constituyendo el aparato hegemónico de un grupo social sobre el resto de la población (o sociedad civil), base del estado entendido estrictamente como aparato gubernativo-coercitivo." [84]

El estado, así concebido, no es un *instrumento*: "es todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio, sino también logra obtener el consenso activo de los gobernados".[85] La hegemonía es dirección política y dirección cultural ("además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral"); "el estado es concebido como organismo propio de un grupo destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del grupo, pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de la expansión universal, de un desarrollo de todas las energías 'nacionales'. El grupo dominante se coordina con los intereses generales de los grupos subordinados, y la vida estatal es concebida como una formación y superación continua de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los cuales los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, no al del mezquino interés económico-corporativo." [86]

En este plano analítico Gramsci coloca su interpretación del hecho estatal como un modelo de dominación mucho más complejo del que puede derivarse de las teorías del *estado-instrumento*, en cualesquiera de sus versiones: la de la socialdemocracia o la de la III Internacional.

La distinción analítica que Gramsci establece sobre "lo social", es trinaria: estructura económica, estado (gobierno) y sociedad civil. "El estado –escribe– es el instrumento para adecuar la sociedad civil a la estructura económica." [87] Hay, entonces, una concepción *doble* del estado (prácticas y organizaciones "públicas" y "privadas" a través de las cuales se ejerce la dominación), que se asocia con un *tertium datum*: la estructura económica. "Entre la

estructura económica y el estado con su legislación y coerción está la sociedad civil." [88]

¿Cómo opera esa relación? En un texto recién conocido tras la publicación completa de los *Quaderni*, Gramsci traza algunas líneas para la comprensión del estado "según la productividad (función) de las clases sociales".[89]

El tema de la nota es la relación entre el estado francés nacido de la Revolución de 1789 y los otros estados modernos europeos, para poder definir la peculiaridad de estos últimos. Para Gramsci –en contra de la mentalidad que ve un *continuum* entre Francia y Europa– la construcción del estado burgués a través de una mutación revolucionaria con violentos cambios de las relaciones sociales y políticas es, en realidad, la excepción y no la regla. Los estados modernos europeos surgieron por "pequeñas ondas reformistas sucesivas", y no por explosiones revolucionarias. Esas ondas sucesivas estuvieron constituidas "por una combinación de luchas sociales, de intervenciones desde lo alto del tipo monarquía iluminada y de guerras nacionales, con prevalencia de estos dos últimos fenómenos". El período de la Restauración es, en ese aspecto, ejemplar. "La restauración se transforma en la forma política a través de la cual las luchas sociales encuentran cuadros lo bastante elásticos como para permitir a la burguesía llegar al poder sin rupturas clamorosas, sin el aparato terrorista francés. *Las viejas clases feudales son degradadas de dominantes a 'gobernantes' pero no son eliminadas ni se busca liquidarlas como un conjunto orgánico: de clases se transforman en 'castas' con determinadas características culturales y psicológicas pero no más con funciones económicas prevalecientes*." [90]

En este cuadro –anota Gramsci– se coloca el problema de los intelectuales en relación con el estado y de éste en relación con las clases. "Si bien es cierto que para las clases productivas fundamentales (burguesía capitalista y proletariado moderno) el estado no es concebido sino como forma concreta de un determinado mundo económico, de un determinado sistema de producción, no está dicho que la relación entre medios y fines sea fácilmente determinable y asuma el aspecto de un esquema simple y obvio a una primera evidencia. Es verdad que conquista del poder y afirmación de un nuevo mundo productivo son inescindibles, que la propaganda por una cosa lo es también por la otra y que en realidad sólo en esta coincidencia reside la unidad de la clase dominante que es conjuntamente económica y política; pero se presenta el problema complejo de las relaciones de fuerzas

internas al país dado, de las relaciones de fuerza internacionales, de la posición geopolítica del país dado." [91]

Es decir que una determinación general y abstracta que define a las relaciones sociales (entre ellas el estado) en el interior de un modo de producción como articulación necesaria entre cierta base y cierta superestructura, debe ser replanteada, para su utilización en análisis concretos, con la presencia de otros elementos mediadores (históricos, ideológicos, organizativos), para hacer que la relación entre estado y clases dominantes, entre medio y fines, "no asuma el aspecto de un esquema simple y obvio a una primera evidencia". Cada forma estatal es un modo particular de nexo entre economía y política; un modo particular de compromiso entre gobernantes y gobernados. El análisis del estado no se agota en la descripción de su funcionamiento como modelo de acumulación sino que requiere también ser pensado como modelo de hegemonía.

El estado, de tal manera, aparece como el espacio en que se organizan las relaciones entre dominantes y dominados y esa función mediadora la cumplen los intelectuales: hay, pues, una correspondencia entre teoría de los intelectuales y teoría de la burocracia. Con el análisis de los intelectuales y la burocracia, el problema de la relación entre estado y clases dominantes se hace más complejo: no basta con una ligazón lineal surgida del modo de producción, sino que es necesario ahondar en las formas específicas con que la *mediación* entre economía y política es constituida.

La relación de los intelectuales con los grupos dominantes es compleja, especialmente en aquellas sociedades en las que la dominación burguesa, por la debilidad de sus fuerzas, debió recurrir a un personal gubernamental provisto por las viejas clases, o cuando, por esa misma debilidad, "el portador de las nuevas ideas no es el grupo económico sino la capa intelectual". En ese caso –agrega en el mismo párrafo– "la concepción del estado (. . .) cambia de aspecto: es concebido como una cosa en sí, como un absoluto racional. El problema puede ser planteado de este modo: siendo el estado la forma concreta de un mundo productivo y siendo los intelectuales el elemento social del cual se extrae el personal gubernamental, es propio del intelectual no anclado fuertemente a un grupo productivo el presentar al estado como un absoluto: así, es concebida como absoluta y preeminente la función misma de los intelectuales y su existencia y dignidad histórica es relacionada abstractamente." [92] "Así ocurre que muchos

intelectuales piensan que ellos son el estado: creencia que, *dada la masa imponente de la categoría, tiene notables consecuencias y lleva a complicaciones desagradables para el grupo fundamental económico que realmente es el estado.*" [93] Cada proceso histórico de conformación de las relaciones entre intelectuales y clases dominantes es particular, y de esa particularidad derivan las características de la dominación política. A partir del caso francés, único en el que ve "un tipo de desarrollo armónico de todas las energías nacionales y especialmente de las categorías intelectuales", Gramsci analiza una serie de casos (Italia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, China, Japón, América Latina), "con la advertencia de que estas observaciones deberán ser controladas y profundizadas", que expresan diferentes modos de desarrollo de la relación intelectuales-clases dominantes, especialmente (pero no sólo) como procesos de construcción de burocracias estatales modernas.[94]

El examen de los casos nacionales tiene el sentido de marcar la complejidad de la relación, la necesidad de tratarla históricamente y no de modo abstracto.

"La relación entre los intelectuales y el mundo de la producción no es inmediata, como sucede con los grupos sociales fundamentales, sino que es 'mediada' en grados diferentes por todo el tejido social, por el complejo de las superestructuras del cual precisamente los intelectuales son los 'funcionarios'." La "organicidad" de los distintos sectores intelectuales, esto es, su conexión más o menos estrecha con las clases dominantes, se podría medir según Gramsci mediante la distinción de dos planos de la superestructura: el de la hegemonía ejercida a través de organismos "privados" y el del dominio directo que se expresa en el gobierno jurídico.

"Los intelectuales –agrega– son los 'empleados' del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y el gobierno político"; funciones "conectivas y organizativas" que estructuran a la vez el consenso y la disciplina para aquellos grupos que no consienten ni activa ni pasivamente.[95]

Pero como "funcionaria" del grupo dominante, la burocracia intelectual tiende a generar comportamientos de casta, a absolutizar al estado y su posición dentro de él, lo que, según lo ya recordado, "lleva a complicaciones desagradables para el grupo fundamental económico que realmente es el estado".

Es interesante ver cómo Gramsci plantea –en un nudo problemático que se vinculará, como se verá más adelante, con su con-

cepción de la "crisis orgánica"– la contradicción entre crecimiento burocrático y forma liberal del estado. En una nota titulada "Sobre la burocracia", escribe: "El hecho de que en el desarrollo histórico de las formas políticas y económicas se haya venido formando el tipo de funcionario 'de carrera', técnicamente adiestrado en el trabajo burocrático (civil y militar) tiene una importancia primordial en la ciencia política *y en la historia de las formas estatales*." Y agrega: "¿Se trató de una necesidad o de una degeneración con respecto al autogobierno (*selfgovernment*), como pretenden los liberales 'puros'?" [96] En otro texto Gramsci plantea que se trata de una "necesidad",[97] que crece de "modo inaudito (...) en el sistema social democrático-burocrático".[98] Éste "ha creado masas enormes, no todas justificadas por las necesidades sociales de la producción sino por la necesidad política del grupo fundamental dominante".[99]

El conflicto entre dirección política representativa (Parlamento y partidos) y dirección técnicamente adiestrada (burocracia) caracteriza para Gramsci –en una, al parecer, clara reminiscencia del tema weberiano de *Parlamento y gobierno* ...– la crisis política a cierta altura del desarrollo capitalista. En una nota que titula "Hegemonía (sociedad civil) y división de poderes", señala la "importancia esencial de la división de poderes para el liberalismo político y económico: toda la ideología liberal, con su fuerza y su debilidad, puede ser aprehendida en el principio de la división de poderes y así aparece la fuente de la debilidad del liberalismo: la burocracia, esto es, la cristalización del personal dirigente que ejercita el poder coercitivo y que hasta cierto punto se transforma en casta".[100] Y en otra nota amplía la idea: "¿Y qué fundamento tienen las acusaciones lanzadas al parlamentarismo y al régimen de los partidos, que es inseparable del parlamentarismo? (fundamento objetivo, se entiende, esto es, ligado al hecho de que la existencia de los parlamentos, de por sí, obstaculiza y retarda la acción *técnica* del gobierno). Que el régimen representativo pueda políticamente fastidiar a la burocracia de carrera se entiende, pero éste no es el punto. El punto es si el régimen representativo y de partidos en lugar de ser un mecanismo idóneo para escoger funcionarios electivos que integren y equilibren a los burócratas designados impidiéndoles petrificarse se haya convertido en una dificultad, en un mecanismo dado vuelta y por cuáles razones." [101]

Pero Gramsci detecta en la crisis del liberalismo otro elemento, realimentador del proceso, que se suma a la contradicción entre

Parlamento y Burocracia: la activación de las masas, el peso de su presencia organizada en la sociedad. Este nexo entre burocratización, emergencia de masas y crisis del liberalismo aparece así como un nudo unitario significativo para la comprensión del pensamiento gramsciano.

"...Todos reconocen –escribe– que la guerra de 1914-18 representa una fractura histórica en el sentido de que toda una serie de cuestiones que se acumulaban molecularmente antes de 1914 'se amontonaron' entonces modificando la estructura general del proceso precedente: basta pensar en la importancia que adquirió el fenómeno sindical, término general en el que se reúnen distintos problemas y procesos de desarrollo de diferente importancia y significación (parlamentarismo, organización industrial, democracia, liberalismo, etc.) *pero que objetivamente refleja el hecho de que una nueva fuerza social se ha constituido, tiene un peso que no se puede pasar por alto*." [102] En el mismo cuaderno, pocas notas atrás, analizando la significación de la crisis política como lucha entre parlamento y burocracia, advierte sobre el nexo existente entre ese fenómeno y la activación de las masas: "Me parece que el único camino para buscar el origen de la decadencia de los regímenes parlamentarios es (...) la investigación en la sociedad civil. En ese camino no se puede dejar de estudiar el fenómeno sindical, pero no entendido en su sentido de asociacionismo de todos los grupos sociales para la realización de cualquier fin, sino en el típico por excelencia *de elementos sociales de nueva formación que hasta el momento 'no tenían la palabra' y que, por el solo hecho de unirse, modifican la estructura política de la sociedad*." [103]

Gramsci ubica la primera manifestación de la crisis del estado liberal en el momento de la primera guerra mundial. El rasgo que la define es que "los grupos sociales se separan de los partidos tradicionales", en tanto "ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella".[104] La crisis es crisis de representación.

Si la genealogía de la crisis es diversa según cada país, su contenido es siempre el mismo: "ocurre porque la clase dirigente fracasó en alguna gran empresa para la cual demandó o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas (...) o porque vastas masas (...) pasaron de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantearon reivindicaciones que en su inorgánico conjunto constituyen una revolución. Se habla de 'crisis de autoridad' y esto es precisamente la crisis de hegemonía o *crisis del estado en su conjunto*." [105]

La pregunta *política* de Gramsci, elaborada en nítida polémica con la concepción de la III Internacional, es aparentemente simple: ¿Qué es la crisis; a qué situación se puede calificar como de crisis? La respuesta que dará al interrogante será el núcleo de su concepción antieconomicista sobre las relaciones entre política y economía. Si para plantear correctamente el tema de la crisis –error fundamental que advertía en la política de la III Internacional– Gramsci debe desarrollar complementariamente su teoría de la dominación hegemónica, otros conceptos deberán ser también integrados a la cadena de su razonamiento: "revolución pasiva", "guerra de posiciones", "trama privada del estado", hasta formar con todos ellos una batería categorial que le permita construir un sistema más complejo de proposiciones para analizar las relaciones entre economía y política, entre base y superestructuras; para poder plantear correctamente lo que es, en fin, "el problema crucial del materialismo histórico".[106]

Ante todo, la crisis no es para Gramsci un derivado necesario de los movimientos de la economía: "se puede excluir que las crisis económicas produzcan por sí mismas acontecimientos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que hacen a todo el desarrollo ulterior de la vida estatal".[107] Pero la crisis tampoco es puramente política: Gramsci acuña el concepto de "crisis orgánica" para referirse a un proceso largo y complejo en el que es necesario distinguir "lo orgánico" de "lo coyuntural", para fundar a partir de ello las probabilidades de la iniciativa política.

La crisis orgánica es "una crisis del estado en su conjunto"; esto es una crisis de los modos habituales con que se había constituido hasta entonces el compromiso entre dominantes y dominados: implica una situación de *des-agregación* de la vida estatal por parte de grandes masas. La presencia de una crisis orgánica es indicativa de que "la clase burguesa está 'saturada'; no sólo no se expande sino que se disgrega; no sólo no asimila nuevos elementos sino que se desprende una parte de ella misma (o al menos los desprendimientos son enormemente más numerosos que las asimilaciones)".[108] En esas condiciones lo que se ha producido es una "separación de la sociedad civil y la sociedad política: se ha planteado un problema de hegemonía; es decir *la base histórica del estado se ha desplazado*".[109] Por definición, se trata de un proceso largo que no debe ser confundido con sus manifestaciones episódicas ni con sus formas "estruendosas". Tampoco puede encon-

trar "una definición única o (. . .) una causa y un origen único: se trata de un proceso social en el que las causas y efectos se complican y superponen". "Toda la posguerra es crisis, con tentativas de evitarla, que a veces tienen éxito en este o en aquel país." [110] Por añadidura, y para desalentar a los que piensan en los efectos políticamente mágicos de la crisis como prólogo de la revolución, "el desarrollo del capitalismo ha sido 'una continua crisis', si se puede decirlo de esta manera; esto es, un rapidísimo movimiento de elementos que se equilibraban e inmunizaban".[111]

El hecho fundamental que otorga carácter de "orgánico" a la crisis es la forma de la relación que ella plantea entre masas y estado. En este sentido la manifestación "desarrollada" de la crisis remite a una vinculación compleja entre economía y política; su análisis (y su captura a favor de la iniciativa política de las clases dominadas) es imposible fuera de una teoría amplia y no unilateral del estado, de una teoría de la hegemonía.

"En el período de la posguerra el aparato hegemónico se agrieta y el ejercicio de la hegemonía se hace permanentemente difícil y aleatorio." [112] Pero ese "agrietamiento" puede dar lugar –y de hecho así sucedió– a una recomposición de la dominación, a partir de un nuevo planteo hegemónico: "En realidad, la 'conciencia crítica' estaba reducida a un pequeño sector, hegemónico aunque limitado; el 'aparato de gobierno espiritual' se ha reducido a pedazos y ésta es la crisis, pero ella también es de difusión, lo que llevará a una 'hegemonía' más segura y estable." [113]

Esta crisis del "aparato de gobierno espiritual" trae consigo que "las grandes masas que se han separado de las ideologías tradicionales, no crean más en lo que creían antes. La crisis consiste justamente en que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer; en este terreno se verifican los fenómenos morbosos más diversos".[114]

Lo políticamente decisivo de la construcción gramsciana del concepto de crisis es que ella excluye toda idea catastrofista; por el contrario, su núcleo analítico es la preocupación por determinar la forma de las *contratendencias* que la crisis genera, por estudiar la capacidad de recomposición que el sistema posee y que las crisis estimulan. Analizando específicamente la crisis de posguerra Gramsci coloca su pregunta central: ¿cómo se ha reconstruido el aparato hegemónico "agrietado"? Las posibilidades para esa reconstrucción están ya contenidas en la respuesta que pueda darse a otra pregunta, absolutamente conexa con la anterior: ¿cuáles han sido las causas de la disgregación? Al respecto,

Gramsci se cuestiona: "¿Tal vez porque se ha desarrollado una fuerte voluntad política antagónica? Si así fuera, el problema se resolvería a favor de tal antagonismo." [115] La realidad es que la crisis de hegemonía burguesa en Europa, expresada por el agotamiento del liberalismo parlamentario como eje del equilibrio político, se produjo por lo que califica como "causas mecánicas": "...1) porque las grandes masas, antes pasivas, se pusieron en movimiento pero en un movimiento desordenado, sin dirección, o sea sin una voluntad política colectiva; 2) porque las clases medias, que en la guerra habían tenido funciones de mando y responsabilidad, con la paz resultaron privadas de lo anterior, quedando desocupadas justamente después de haber hecho un aprendizaje de mando; 3) porque las fuerzas antagónicas fueron incapaces de organizar en su provecho este desorden real".[116]

La recomposición de la hegemonía burguesa en la década de los 20 tendrá dos formas. Como justamente señala Franco de Felice, una política ("gobierno de las masas"), y otra ligada con el "gobierno de la economía".[117] Ambas operarán una reestructuración de las relaciones entre esas dos instancias; un proceso complejo de "revolución pasiva" que comenzará a desplegarse en los 20 para consolidarse tras el estallido "ruidoso" de la crisis en el otoño de 1929.

La consecuencia principal que Gramsci deriva de esta recomposición para la estrategia revolucionaria es "la transformación de la guerra de maniobras y del ataque frontal en guerra de posiciones en el campo político"; "el más importante –dice– problema de teoría política planteado en el período de posguerra",[118] en la medida en que el modelo de la Revolución Rusa resulta ya inviable "al menos en los estados más avanzados, donde la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las 'irrupciones' catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.)".[119] Estos razonamientos lo llevan a la segura convicción de que la crisis económica de 1929 no tenía en sí misma el carácter "catastrófico" que le atribuía la III Internacional. En aquellas situaciones en las que la sociedad civil no era "primitiva y gelatinosa" sino "robusta" –y tal era el caso europeo–, la táctica del enfrentamiento frontal "clase contra clase" no sólo era errónea sino también suicida.

Como salida a la primera manifestación moderna de la crisis (guerra del 14, Revolución Rusa) la burguesía europea había reorganizado un "sistema de trincheras" dentro del cual el estado-gobierno era sólo una más: el tejido entre estado y socie-

dad había sido recompuesto mediante una extensión de "la trama privada del estado".

Desde el punto de vista político esa reestructuración transformista (que como toda expresión de un proceso de "revolución pasiva" no implicaba una simple "restauración") asumió como forma principal de organización del compromiso estatal la del *cesarismo*, "aun sin un César, sin una gran personalidad 'heroica' y representativa".[120] Para Gramsci podrían ser agrupadas en esa definición genérica experiencias aparentemente tan distintas como las del fascismo italiano (en una progresión de formas, desde 1922 hasta su expresión "más pura y permanente" en 1926), y las de los gobiernos laboristas en Gran Bretaña. Es que "en el mundo moderno, con sus grandes coaliciones de carácter económico-sindical y político de partido, el mecanismo del fenómeno cesarista es muy diferente del que existió en la época de Napoleón III".[121]

El resultado de la crisis hegemónica como crisis de representación es un proceso por el cual las formas tradicionales de organizar la relación entre gobernantes y gobernados se desplazan del campo político parlamentario y refuerzan "la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de las altas finanzas, de la iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes de las fluctuaciones de la opinión pública".[122]

En la caracterización de la forma cesarista como prevaleciente en el proceso de recomposición política de la hegemonía, Gramsci retoma el tema de la burocracia y de su conflicto con el parlamento: la crisis de representación se expresa en un reforzamiento del poder burocrático. En una nota en la que se remite expresamente al texto de Weber sobre *Parlamento y gobierno . . .* para utilizarlo como referente de una similar situación italiana, vincula la crisis de los partidos con el ascenso burocrático, en un proceso progresivo a través del cual "la burocracia se transformaba justamente en el partido estatal bonapartista".[123]

Las dos grandes respuestas capitalistas a la crisis, el fascismo y el New Deal, testimonian sobre la centralidad burocrática. En el interior de ese marco de reconstrucción neocorporativa del sistema político, que comienza antes de la explosión de la crisis de 1929, ubicará Gramsci las que virtualmente fueron sus últimas reflexiones sistemáticas en la cárcel. Me refiero al cuaderno 22 (1934-1935) sobre "Americanismo y fordismo" que ha sido considerado justamente "una clave de lectura" para la totalidad de sus textos.[124] El "americanismo", como fenómeno complejo y

de largo plazo que cortará verticalmente a todo el tejido social y cultural del mundo moderno, expresará la forma más desarrollada de transición de un modelo burocrático tradicional a un modelo tecnocrático.

En el cuaderno 12 (1932), y dentro de un largo fragmento sobre la historia de los intelectuales como categoría, Gramsci escribe: "Se puede observar en general en la civilización moderna que todas las actividades prácticas se han hecho tan complejas y las ciencias se han entrelazado de tal manera a la vida que cada actividad práctica tiende a crear escuelas para sus propios dirigentes y especialistas y por tanto a formar un grupo de intelectuales especialistas de grado más elevado que enseñe en esas escuelas (...) *La crisis del programa y de la organización escolar o sea de la orientación general para una política de formación de los modernos cuadros intelectuales es, en gran parte, un aspecto y una complicación de la crisis orgánica más compleja y general.*" [125]

En vinculación con ese fenómeno, agrega, "también se puede observar cada vez más que los órganos deliberativos tienden a distinguir su actividad en dos aspectos 'orgánicos': la actividad deliberativa que les es esencial y la técnico-cultural por la cual los problemas sobre los que es necesario tomar una resolución son previamente examinados por expertos y analizados científicamente. *Esta actividad ha creado ya todo un cuerpo burocrático con una nueva estructura*: junto a los oficios especializados del personal competente que prepara el material técnico para los cuerpos deliberantes se crea un segundo cuerpo de funcionarios más o menos 'voluntarios' y desinteresados, seleccionados de la industria, la banca o las finanzas. *Es éste uno de los mecanismos a través de los cuales la burocracia de carrera terminó por controlar a los regímenes democráticos y parlamentarios; ahora el mecanismo se va extendiendo orgánicamente y absorbe en su círculo a los grandes especialistas de la actividad práctica privada que así controla a los regímenes y a la burocracia.*" [126]

Lo que Gramsci en otra parte de los cuadernos llamará "el sistema social democrático-burocrático", como expresión de este proceso neocorporativo y tecnocrático, adquirirá su forma tendencial de "época histórica" en esa gran "revolución pasiva" del siglo que es el "americanismo".

"El americanismo y el fordismo –escribe– derivan de la necesidad inmanente de llegar a la organización de una economía programada (...) como eslabones de una cadena que signa el pasaje del viejo individualismo económico a una economía progra-

mada." [127] La propuesta en tanto involucra la estructura de una *fase* del desarrollo capitalista no se agota en el colocar las pautas de un proceso de "racionalización productiva" (ése sería tema del "fordismo") sino que va más allá, implicando en sí objetivos de "nueva cultura".

Para Gramsci el análisis del "americanismo" supone una modificación importante de sus puntos de vista sobre la capacidad expansiva del capitalismo, motivada por el análisis del fracaso de la prolongación de la Revolución Rusa hacia Occidente y por la percepción del proceso de recuperación hegemónica burguesa de la década de los 20. En su etapa "consiliar", siguiendo la visión que está en la base del pensamiento de la III Internacional, había acentuado los rasgos parasitarios de un capitalismo al que se consideraba "moribundo", en el que la separación entre propiedad y control de las fábricas condenaba al sistema a un retroceso pues "las funciones tradicionales de la clase capitalista en el ámbito de la producción han pasado a las manos de una clase media irresponsable, sin lazos de interés ni psicológicos con la producción".[128]

El eje del análisis del "americanismo" es, por el contrario, la emergencia de "un nuevo mecanismo de acumulación y distribución del capital financiero basado inmediatamente sobre la producción industrial", en alianza con el estado. "Este desarrollo –señala explícitamente– debe tener su punto de partida en el seno mismo del mundo industrial y productivo o puede provenir del exterior, a través de la construcción cautelosa y sólida de un andamiaje jurídico-formal que guíe desde el exterior los desarrollos necesarios del aparato productivo." [129]

El nuevo modelo reclama una reorganización global de la sociedad que abarca todos sus planos: desde su forma de estratificación (lo que Gramsci llama "racionalización de la composición demográfica") hasta sus valores, en dirección de "hacer girar toda la vida del país sobre la producción". Bajo el "americanismo", "la hegemonía nace de la fábrica y para ejercerse sólo tiene necesidad de una cantidad mínima de intermediarios profesionales de la política y de la ideología". Se produce un proceso de reducción hacia la economía "que significa, precisamente, reducción de las superestructuras más elevadas a aquellas más adherentes a la estructura, o sea la probabilidad y la necesidad de la formación de una nueva cultura".[130] La forma de este tipo de sociedad será "de masas": "en la cual la estructura domina de una manera más inmediata a las superestructuras y éstas son 'raciona-

lizadas' (simplificadas y disminuidas en número)".[131] Toda su discusión sobre la reorganización de la escuela y la cultura como "aspecto y complicación de la crisis orgánica" tiene que ver con este proceso de racionalidad de las superestructuras frente a las nuevas demandas de la economía.

Como justamente anota Franco de Felice, "la temática clásica producción-revolución es replanteada en los términos de producción-hegemonía".[132]

La probabilidad para el capitalismo de una *hegemonía que nazca de la fábrica* (propuesta que el Gramsci joven sólo apreciaba como viable a través del socialismo) se asienta no sólo en las potencialidades para construir un mundo social capaz de supeditar todas las actividades económicas a la producción, sino y sobre todo a que sea posible elaborar una nueva cultura "de masas" que, a partir del comportamiento cotidiano, pueda adherir los valores, las creencias y las actitudes a la estructura económica. El primer paso en ese camino es el de "la adecuación psicofísica a la nueva estructura industrial" mediante una combinación de fuerza (destrucción del sindicalismo territorial) y de consenso: altos salarios y beneficios sociales. Sólo a partir de allí es factible pensar en ulteriores "florecimientos superestructurales" que planteen "el problema fundamental de la hegemonía".[133]

Estos elementos de nueva cultura, como reconstrucción de una personalidad colectiva ajustada al mundo de la producción, requieren la introducción de cambios profundos en la vida cotidiana: "los nuevos métodos de trabajo están indisolublemente ligados a un determinado modo de vivir, de pensar y de sentir la vida".[134] Las "iniciativas puritanas" (en la vida sexual, en la prohibición del alcohol, etc.) tienen ese sentido en los Estados Unidos: modificar hábitos y costumbres para poder desarrollar "el nuevo tipo de hombre exigido por la racionalización de la producción y del trabajo." [135]

Pero no sólo el cambio en las condiciones socioeconómicas y en las costumbres constituye el terreno del "americanismo": el proceso requiere, además, de un nuevo tipo de estado. Dice Gramsci: "El estado es el liberal, no en el sentido de liberalismo aduanero o de la efectiva libertad política sino en el sentido más fundamental de la libre iniciativa y del individualismo económico que llega con medios propios, como sociedad civil, por su mismo desarrollo histórico al régimen de concentración industrial y del monopolio." [136]

Hay una mutación en el carácter del estado. En primer lugar,

se privilegian más aún sus roles en la esfera económica: "es investido de una función de primer orden en el sistema capitalista como empresa (*holding* estatal) que concentra el ahorro a disposición de la industria y de la actividad privada y como inversor a mediano y largo plazo".[137] Una vez asumida esa función ya no puede el estado desinteresarse de la organización de la economía; debe cumplir otras misiones que no son simplemente de control (para *conservar* el aparato productivo), sino que busca reorganizarlo.

Pero, entrelazado con ese proceso, se produce otro cambio: al modificar su relación con la economía transforma también su relación con las masas, especialmente con las capas medias que, en la depresión, buscan un *garante* de su expansión en el estado, de manera inversa al compromiso clásico –liberal– que mediaba hasta entonces. "La masa de los ahorristas –escribe– quiere romper toda ligazón directa con el conjunto del sistema capitalista privado pero no le niega su confianza al estado: desea participar en la actividad económica pero a través del estado, que le garantiza un interés módico pero seguro." [138] De este hecho "deriva que teóricamente el estado parece tener su base social en la 'gente del común' y en los intelectuales, mientras que en la realidad su estructura permanece siendo plutocrática", lo que lleva a una "exaltación del estado en general, concebido como algo absoluto".[139]

Esta "revolución pasiva" enormemente abarcadora como propuesta, que recorre desde la estructura social y las costumbres hasta el papel del estado en la producción y su nuevo compromiso con las masas, es la respuesta de largo plazo del capitalismo para una situación de crisis orgánica, algo mucho más profundo y denso que la lógica catastrofista de los "tres períodos" que proponía contemporáneamente la III Internacional como clave para el análisis del capitalismo.

El "americanismo" es para Gramsci la más alta expresión, el intento más serio de *contratendencia* que el desarrollo del capitalismo genera, en los momentos de crisis, para superar la ley (tendencial) a la caída de la tasa de ganancia, mediante la producción de mayor plusvalía relativa. Es una manifestación de la crisis; la de su "superación" en términos del crecimiento de un sistema que siempre se ha desarrollado "en la crisis", en medio "de elementos que se equilibraban e inmunizaban". Cierto que el "americanismo" nada cambia "en el carácter y en las relaciones de los grupos sociales fundamentales", pero es la respuesta capitalista

de nivel más alto a las contradicciones insanables que nacen de la estructura y que "las clases dominantes tratan de resolver y superar dentro de ciertos límites".[140] Al involucrar un nuevo nexo entre economía y política, entre clases y estado, entre producción y reproducción, entre base económica y superestructuras, coloca en un nuevo terreno la lucha corporativa y hegemónica de las clases.

El nuevo terreno de confrontación excluye la idea mecanicista de una "crisis final" como subyacía en los análisis de la III Internacional y la otra idea, tecnocrática, de la II Internacional, sobre la posibilidad de modificaciones moleculares a la situación mediante la acción de un estado-gobierno sólo parcialmente controlado. La propuesta analítica gramsciana deja fuera también toda tentación "fatalista" sobre la invulnerabilidad del capitalismo, a partir de su capacidad para reconstruirse: las fuerzas contratendenciales tienen límites naturales y sobre todo sociales: "la contradicción económica –dice– deviene contradicción política y *se resuelve políticamente por la subversión de la praxis*".[141]

La solitaria lección del Gramsci prisionero en las cárceles fascistas es, precisamente, la de haber tratado de pensar esa "subversión" desde una confrontación con las nuevas realidades en desarrollo; su forma de analizar el nudo crisis-revolución a principios de la década de los 30 queda como uno de los ejemplos más densos, creativos y de larga duración que el marxismo occidental ha producido.

[1981]

Notas al capítulo I

[1] Los ensayos fueron publicados en volumen en Alemania en 1918 bajo el título de *Parlamento y gobierno en una Alemania reconstruida*. Utilizo su traducción al inglés que aparece como Apéndice II de la edición de *Economy and Society* preparada por Guenther Roth y Claus Wittich, University of California Press, 1978, pp. 1381-1469.

[2] Especialmente "El estado nacional y la política económica alemana", de mayo de 1895. Ver *Scritti politici*, Catania, 1970, pp. 71-110.

[3] *Parlamento y gobierno . . ., op. cit.*, p. 1392.

[4] *Ibid.*, p. 1402.

[5] *Ibid.*, p. 1414.

[6] *Ibid.*, p. 1383.

[7] *Ibidem.*

[8] *Ibid.*, p. 1450.

[9] *Ibid.*, p. 1451.

[10] *Ibid.*, p. 1461.

[11] *Ibid.*, p. 1460.

[12] *Ibid.*, p. 1428.

[13] Se trata de "La política como vocación" y "El socialismo".

[14] *Economía y sociedad*, México, 1977, II tomo, p. 1058.

[15] *Ibid.*, p. 1059.

[16] "La política como vocación" en Max Weber, *El político y el científico*, Madrid, 1967, p. 91.

[17] *Economía y sociedad, op. cit.*, p. 1061.

[18] *Ibidem*, p. 1061. El subrayado es mío.

[19] Karl Polanyi, *La gran transformación*, Buenos Aires, 1947.

[20] Cfr. Giacomo Marramao, "Sistema politico, razionalizzazione, 'cervello sociale' ", en *Discutere lo stato*, VVAA, Bari, 1978.

[21] *Economía y sociedad, op. cit.*, p. 727.

[22] *Ibid.*, p. 729. En la p. 746 señala: "el conocimiento especializado es, en creciente medida, la base del poder alcanzado por los funcionarios". Sobre la relación entre saber y poder, entre conocimiento especializado y forma moderna de la dominación, ver "La ciencia como vocación" en *El político y el científico, op. cit.*, pp. 180-231.

[23] *Economía y sociedad, op. cit.*, p. 730.

[24] *Ibid.*, p. 704.

[25] *Ibid.*, p. 739.

[26] El tema aparece recurrentemente en Weber. La tensión hacia el socialismo es ineliminable, porque nace de la divergencia entre Racionalidad formal (de medios) y Racionalidad material (de fines), pero técnica y democracia son incompatibles. De ahí el carácter finalmente utópico del movimiento "consiliar" que, según Weber, puede ser democrático pero jamás será eficiente. "Los dominados no pueden prescindir del aparato de dominio burocrático ya existente ni sustituirlo por otro, pues se basa en una metódica síntesis de entrenamiento especializado, división de trabajo y dedicación fija a un conjunto de funciones habituales diestramente ejercidas. Si el mecanismo en cuestión suspende su labor o queda dete-

nido por una fuerza poderosa, *la consecuencia de ello es un caos para dar fin al cual difícilmente pueden improvisar los dominados un organismo que lo sustituya*." (*Economía y sociedad*, *op. cit.*, p. 741). Todo socialismo que busque hacer funcionar la economía y el estado no puede sino recurrir a métodos e instituciones burguesas; en ese caso la única diferencia entre nueva y vieja sociedad es, según Weber, que "una vez eliminado el capitalismo privado la burocracia estatal dominará ella sola". (*Economía y sociedad*, *op. cit.*, p. 1074. Cfr. también "El socialismo", en *Scritti politici*, *op. cit.*, pp. 243-292.)

[27] Sobre la República de Weimar y los orígenes del nazismo, ver el libro clásico de Franz Neumann, *Behemoth*, México, 1945. Una notable reconstrucción de la época se encuentra en Gian Enrico Rusconi, *La crisi di Weimar*, Turín, 1977.

[28] Un puntual análisis del pensamiento schmittiano puede encontrarse en el libro de Jürgen Fijalkowski *La trama ideológica del totalitarismo*, Madrid, 1966.

[29] La discusión sobre el estado totalitario es especialmente deudora de los desarrollos que, en la década de los 30, hicieran los representantes de la "Escuela de Frankfurt" durante su exilio estadounidense. Para Franz Neumann, a diferencia de una opinión corriente en su tiempo, el nazismo incluía poderosos elementos de continuidad con el desarrollo político de la década anterior, ligados con la monopolización creciente de la economía. La "primacía de la política" con que aparecía revestido el "estado totalitario" no cerraba el sistema a los conflictos dentro de las propias clases dominantes. Sobre el tema, además del ya citado *Behemoth*, puede verse la comunicación de T. W. Mason, "La primacía de la política: política económica en la Alemania nacional-socialista", presentada a la conferencia sobre el fascismo organizada por la Universidad de Reading en 1967 (ahora en S. J. Woolf [ed.] *La naturaleza del fascismo*, México, 1974), y el imprescindible texto de Martin Jay, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*, Madrid, 1974, especialmente su capítulo V.

[30] Sheldon S. Wolin, *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento occidental*, Buenos Aires, 1973, p. 453.

[31] *Diagnosis of our time*, Londres, 1943, p. 1.

[32] Charles S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe. Stabilization in France, Germany and Italy in the Decade after World War I*, Princeton University Press, 1975.

[33] *Ibid.*, p. 10.

[34] *Ibid.*, p. 8. El autor prefiere "corporativo" a "pluralista", porque el término le permite aludir tanto a situaciones fascistas como democráticas.

[35] Franz Neumann, "El cambio en la función de la ley en la sociedad moderna", en *El estado democrático y el estado autoritario*, Buenos Aires, 1968, p. 53.

[36] Maier, *op. cit.*, p. 10.

[37] Wolin, *op. cit.*, p. 378.

[38] Ver sobre el tema Manuel García Pelayo, *Las transformaciones del estado contemporáneo*, Madrid, 1977.

[39] Pietro Ingrao, *Las masas y el poder*, Barcelona, 1978, p. 53.

[40] Gramsci cita ocasionalmente a Weber en sus cuadernos de la cárcel. Las referencias son a *Economía y sociedad* (filtrada a través de una lectura de Michels), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y la traducción italiana de *Parlamento y gobierno . . .* (*Parlamento e governo nel nuovo ordinamento della Germania. Critica politica della burocrazia e della vita dei partiti*, Laterza, Bari, 1919.) El más citado por Gramsci es este último; el libro, sin embargo, no estaba en su biblioteca de la cárcel, por lo que las citas que hace no son textuales sino apelando a su memoria. Creo que es posible demostrar la gran influencia que ese texto de Weber tuvo sobre las reflexiones políticas de Gramsci, como análisis general de las transfor-

maciones del estado en Europa y como marco de referencia comparativo para el caso italiano. El tratamiento que hace Gramsci de los temas de la burocracia y del cesarismo, por ejemplo, guarda significativas similitudes con el *approach* weberiano a la cuestión. Hasta donde llega mi conocimiento sólo Luisa Mangoni ("Il problema del fascismo nei 'Quaderni del carcere' ", en *Politica e storia in Gramsci*, Roma, 1978, pp. 391-438) ha llamado la atención sobre este punto. Biagio de Giovanni ha tocado también la relación entre Weber y Gramsci pero en un sentido más general: ver, entre otros, "Intellettuali e potere", *Critica Marxista*, noviembre-diciembre de 1977, pp. 11-35; "Crisi organica e Stato in Gramsci", en *Politica e storia . . ., op. cit.*, pp. 221-257, y "Lenin, Gramsci y la base teórica del pluralismo", en *Dialéctica*, año IV, nº 7, diciembre de 1979, Puebla (México).

[41] Sobre el tema sigue siendo un clásico *Estado nacional y ciudadanía*, de Reinhardt Bendix, Buenos Aires, 1973, especialmente su capítulo 3, pp. 61-104.

[42] Cfr. Liana Longinotti, "Federico Engels y la 'revolución de la mayoría' ", en *La revolución de la mayoría*, Barcelona, 1975, que incluye también la introducción de Engels.

[43] *Ibid.*, p. 104.

[44] *Ibid.*, p. 120.

[45] *Ibid.*, p. 112.

[46] Roberto Racinaro, *La crisi del marxismo nella revisione di fine secolo*, Bari, 1978, p. 7.

[47] Lucio Coletti, *Ideología y sociedad*, Barcelona, 1971, p. 94.

[48] Eduard Bernstein, *Socialismo evolucionista. Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Barcelona, 1973, p. 173.

[49] Sobre la relación entre Engels, la II Internacional y el proceso lleno de dificultades para la formulación de una política de masas que no perdiera "espíritu revolucionario", ver el clásico libro de Arthur Rosenberg, *Democracia y socialismo* (Buenos Aires, 1966). La "revolución de las mayorías" no significaba para Engels el abandono de los objetivos revolucionarios, pero estos últimos eran difíciles de ser aprehendidos por partidos que cada vez más ingresaban en una dialéctica corporativa de acción política. Dice Rosenberg: "La relación entre Engels y la II Internacional se basaba desde un comienzo en un profundo malentendido. La suposición de que el marxismo revolucionario y los partidos obreros modernos tenían las mismas finalidades, fue admitida tácitamente. Pero esta suposición no correspondía" (*op. cit.*, p. 253). Una aguda visión de la obra histórica de Rosenberg puede verse en la introducción de Leonardo Paggi a *Origini della Repubblica di Weimar*, Florencia, 1972, pp. V-XXV. Sobre la articulación propuesta por Engels entre insurrección y lucha de masas, ver de W. B. Gallie, *Filósofos de la paz y de la guerra*, México, 1978, cap. IV.

[50] Cfr. Giuseppe Zarone, "Bernstein e Weber: revisionismo e democrazia", en *Study Storici*, 2/abril-junio 1978, pp. 255-298; Giacomo Marramao, *Il politico e la trasformazione*, Bari, 1979, p. 30.

[51] *La teoría marxista de la historia de la comunidad y del estado* (primera edición, Berlín 1920-1921), en Iring Fetscher, *El marxismo, su historia en documentos*, tomo III (Sociología y Política), Madrid, 1976, p. 32.

[52] *Ibid.*, p. 33.

[53] Eduard Bernstein, *El movimiento obrero* (primera edición, Frankfurt, 1910), en Fetscher, *op. cit.*, p. 29.

[54] Karl Kautsky, *La concepción materialista de la historia* (primera edición, Berlín, 1927), en Fetscher, *op. cit.*, p. 27.

[55] Eduard Bernstein, *El socialismo antes y ahora* (primera edición, Berlín, 1922), en Fetscher, *op. cit.*, p. 29.

[56] George Lichteim, *El marxismo. Un estudio histórico y crítico*, Barcelona, 1964, p. 348.

[57] V. I. Lenin, *El estado y la revolución*, en *Obras escogidas*, tomo II, Moscú, s/f, pp. 335 y 377.

[58] V. I. Lenin, *¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?* en *op. cit.*, pp. 426-427.

[59] *Ibid.*, p. 430.

[60] *Ibidem.*

[61] Una interesante comparación entre *El estado y la revolución* de Lenin y *Parlamento y gobierno . . .* de Weber se encuentra en Erik Olin Wright, *Class, Crisis and the State*, Londres, 1978, capítulo 4.

[62] Karl Mannheim, *El hombre y la sociedad en la época de crisis* (primera edición, 1929), Buenos Aires, 1969, p. 33.

[63] Michal Kalecki, "Aspectos políticos de la ocupación plena", en *Ensayos escogidos sobre dinámica de la economía capitalista (1933-1970)*, México, 1970, p. 165.

[64] Adolf Sturmthal, *La tragedia del movimiento obrero*, México, 1975.

[65] De Max Adler existen sólo tres libros al alcance del lector en español: *Democracia política y democracia social* (primera edición, Berlín, 1926), México, 1975; *Consejos obreros y revolución* (primera edición, Viena, 1919), México, 1972, y *El socialismo y los intelectuales* (primera edición, Viena, 1910), México, 1980. Una visión sobre el movimiento (con una antología de textos) puede encontrarse en Giacomo Marramao, *Austromarxismo e socialismo di sinistra fra le due guerre*, Milán, 1977. Una interpretación sobre dicha corriente, muy discutible en cuanto la aprecia como simple continuadora del *centrismo* kautskiano, en Raimund Loew, "The politics of austromarxism", *New Left Review*, Londres, nº 118, noviembre-diciembre 1979.

[66] La primera edición de *El capital financiero* es de 1910. A partir de allí fue considerado como el principal economista marxista de su tiempo.

[67] Citado en Wilfried Gottschalch, "Desarrollo y crisis del capitalismo en Rudolf Hilferding", *Historia del marxismo contemporáneo I, La socialdemocracia y la II Internacional*, Barcelona, 1976, p. 318.

[68] Franz Neumann, *El estado democrático y el estado autoritario*, *op. cit.*, p. 53.

[69] Ch. S. Maier, *op. cit.*, p. 9.

[70] A. Sturmthal, *op. cit.*, capítulo II, pp. 30-37.

[71] *Ibid.*, p. 106.

[72] G. E. Rusconi, *La crisi di Weimar*, *op. cit.*, p. 200.

[73] *Ibid.*, cap. 14, "Ipotesi socialtecnocratica e politica istituzionale: la diagnosi di Rudolf Hilferding", pp. 337-377 y Giacomo Marramao, " 'Tecnica sociale', Stato e transizione tra socialdemocrazia weimariana e austromarxismo", en *Il politica e la trasformazione*, *op. cit.*, pp. 153-162.

[74] La discusión entre un ala sindical de la socialdemocracia y la dirección del partido, en la que los primeros abogaban por una activa intervención del estado para paliar los efectos de la crisis, aparece glosada en el capítulo VII del libro de Sturmthal. Para una visión más detallada, ver Rusconi, *op. cit.*, cap. 15.

[75] Cfr. Fernando Claudin, *La crisis del movimiento comunista*, I, *De la Komintern al Kominform*, París, 1970; ver también Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, México, 1972.

[76] Milos Hajek, "La táctica de la lucha de 'clase contra clase' en el VI Congreso", en *VI Congreso de la Internacional Comunista* (dos volúmenes), Cuadernos de Pasado y Presente, número 66, México, 1977, pp. 7-83.

[77] *Ibid.*, pp. 96-97.

[78] Citado en Hajek, p. 30.

[79] Arthur Rosenberg, "El fascismo como movimiento de masas", en la recopilación de Wolfgang Abendroth *Fascismo y capitalismo*, Barcelona, 1976.

[80] Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, Edizione critica dell'Istituto Gramsci, Turín, 1975, cuaderno 13, nota 7, p. 1565. También en *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*. México, 1975, pp. 112-113. A partir de ahora citaré las referencias a la edición crítica de los Cuadernos, señalando la correspondencia con la edición mexicana de los libros de Gramsci.

[81] Q 8, nota 236, p. 1089. No aparece textualmente en ninguna edición de los libros.

[82] Q 8 (2), p. 937; *Maq.*, 163.

[83] Q 6 (24), p. 703; *Pasado y Presente*, 203.

[84] Q 6 (136), p. 800; *Maq.*, 167.

[85] Q 15 (10), p. 1765; *Maq.*, 107.

[86] Q 13 (17), p. 1584; *Maq.*, 72.

[87] Q 10 (15), p. 1253. No figura en las traducciones al español.

[88] *Ibidem.*

[89] Q 10 (61), pp. 1358-1362.

[90] *Ibid.*, p. 1358.

[91] *Ibid.*, p. 1360.

[92] *Ibid.*, pp. 1360-1361.

[93] Q 12 (1), pp. 1522-1523; *Los intelectuales y la organización de la cultura*, p. 21.

[94] Q 12 (1), pp. 1524-1530; *Int.*, 23-28.

[95] Q 12 (1), p. 1518; *Int.*, 17-18.

[96] Q 13 (36), p. 1632; *Maq.*, 102.

[97] Q 8 (55), p. 974; *PyP*, 204.

[98] Q 12 (1), p. 1520; *Int.*, 18.

[99] *Ibidem.*

[100] Q 6 (81), p. 751; *Maq.*, 116.

[101] Q 14 (49), p. 1708; *Maq.*, 158-159.

[102] Q 15 (59), p. 1824; *El Risorgimento*, p. 144.

[103] Q 15 (48), p. 1808; *Maq.*, 173.

[104] Q 13 (23), p. 1602; *Maq.*, 76.

[105] *Ibid.*, p. 1603.

[106] Q 4 (38), p. 455. La frase no figura en las traducciones al español.

[107] Q 13 (17), p. 1587; *Maq.*, 74.

[108] Q 8 (2), p. 937; *Maq.*, 163.

[109] Q 7 (28), p. 876; *Maq.*, 201.

[110] Q 15 (5), p. 1755.

[111] *Ibidem.*

[112] Q 13 (37), p. 1638; *Maq.*, 136.

[113] Q 1 (76), p. 84; *PyP*, 253.

[114] Q 3 (34), p. 311; *PyP*, 52. Cabe señalar que la traducción cambia totalmente el sentido de la frase: en lugar de "las grandes masas", prefiere "las clases dominantes".

[115] Q 7 (80), p. 912; *PyP*, 104.

[116] *Ibidem.*

[117] Franco de Felice, "Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci", en *Politica e storia in Gramsci*, *op. cit.*, p. 179.

[118] Q 6 (138), p. 801; *PyP*, 91.

[119] Q 13 (24), p. 1615; *Maq.*, 94.

[120] Q 13 (27), p. 1619; *Maq.*, 85.

[121] *Ibid.*, p. 1620; *Maq.*, 86.
[122] Q 13 (23), p. 1603; *Maq.*, 76.
[123] Q 3 (119), p. 388; *PyP*, 81.
[124] Franco de Felice, "Una chiave di lettura in 'Americanismo e Fordismo' ", en *Rinascita*, 27 de octubre de 1972.
[125] Q 12 (1), p. 1530-1531; *Int.*, 107.
[126] *Ibid.*, p. 108.
[127] Q 22 (1), p. 2139; *Maq.*, 281.
[128] "L' operaio in fabbrica", en *L'Ordine Nuovo*, 21 de febrero de 1920 (ahora en *Scritti politici*, Roma, 1967, p. 356).
[129] Q 22 (1), p. 2140; *Maq.*, 282.
[130] Q 3 (34), p. 312; *PyP*, 53.
[131] Q 22 (2), p. 2146, *Maq.*, 287.
[132] Franco de Felice, introducción a *Americanismo e fordismo*, Turín, 1978, p. XXX.
[133] Q 22 (2), p. 2146; *Maq.*, 288.
[134] *Ibid.*, (11), p. 2164; *Maq.*, 301.
[135] *Ibid.*, (3), p. 2150; *Maq.*, 297.
[136] *Ibid.*, (6), p. 2157; *Maq.*, 293.
[137] *Ibid.*, (14), p. 2176; *Maq.*, 313.
[138] *Ibidem*.
[139] *Ibid.*, p. 2177; *Maq.*, 314.
[140] Q 13 (16), p. 1580.
[141] Q 10 (33), p. 1279; *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, pp. 209-210.

II. Los usos de Gramsci

1. ¿Cuál Gramsci?

> Yo no hablo nunca del aspecto negativo de mi vida, en primer lugar porque no quiero ser compadecido: fui un combatiente que no ha tenido suerte en la lucha inmediata y los combatientes no pueden ni deben ser compadecidos cuando han luchado no por obligación sino porque lo han querido conscientemente.
>
> Carta a la madre, 24 de agosto de 1931, Cárcel de Turi

Como para otros en la historia del movimiento socialista, la pregunta resulta también pertinente para él. Sobre su obra, sobre su vida política, sobre sus reflexiones y sus actitudes en los largos años de la cárcel se ha desplegado una multitud de operaciones, tendientes todas a descifrar de sus textos y de su práctica claves capaces de convalidar alternativamente orientaciones políticas opuestas.

Existe, por ejemplo, un Gramsci precursor del "togliattismo", esto es, de la política prudente del comunismo italiano en la segunda posguerra, considerada por algunos como una reedición de la que llevara a cabo la socialdemocracia alemana en vísperas de la primera guerra mundial. Ésta es la versión más difundida, más estable, apuntalada por un enorme aparato partidario que la ha colocado en el plano más alto de su santoral.

Otro Gramsci, en el extremo opuesto, alimenta desde sus "escritos de juventud", una visión espontaneísta de los procesos revo-

lucionarios en los que el papel de la organización política, como instrumento de la transformación social, estaría subordinado a un plano casi inexistente. Éste es el Gramsci "consiliar"; profeta exclusivo de la organización obrera en las fábricas, mentor de una democracia proletaria que no se articularía, sino por adición, en una fracción política. Padre fundador para cierta izquierda "obrerista" europea de mediados de la década del 60, su obra, en esta tradición, se deslinda de Lenin y prefiere las cercanías de Rosa Luxemburg o de Sorel.

Así fragmentado, Gramsci fue (y es) sometido a usos diversos. Los recortes intencionados han llegado también a sus escritos. Recién hoy estamos en condiciones de conocer en forma completa sus "cuadernos de la cárcel", porque las anteriores ediciones estuvieron sometidas a filtros de censura partidaria. La publicación a partir de 1948 del contenido de sus apuntes de prisión, con un agrupamiento en "libros" que Gramsci jamás escribió, no permitió una reconstrucción cronológica y lógica de sus reflexiones de prisionero.

Pero el conocimiento parcializado sigue abarcando a sus artículos publicados en la prensa comunista entre 1921 y 1926. Hasta 1966 los mismos no habían empezado a ser recopilados en volumen: en ese año es editado un primer tomo y en 1971 un segundo. Ambos son, además, incompletos.

No hace mucho que está al alcance de todos la correspondencia intercambiada entre Gramsci, Togliatti y otros dirigentes del PCI entre 1923 y 1924, ni la carta dirigida por Gramsci al comité central del PC de la URSS en 1926, acerca de las luchas internas entre el stalinismo y la oposición de izquierda. También es reciente el conocimiento que se posee, a través de la publicación de los recuerdos de algunos testigos, del distanciamiento operado entre Gramsci, preso político sometido a durísimas condiciones, y la dirección del PCI, a propósito de los cambios de línea que ésta propicia para ajustarse a las indicaciones del VI Congreso de la Internacional Comunista.

Por fin, hasta las cartas enviadas por Gramsci desde la cárcel han sido retaceadas: recién en 1965 se tiene una edición amplia, aunque la misma no es tampoco completa. La primera, de 1947, había sido zafadamente recortada: no estaban en ella las cartas que podían disgustar a la historia oficial del PCI, las que podían comprometer las relaciones con la URSS y ni siquiera aquellas que pudieran dar la imagen de un hombre desalentado, solo y enfermo, que enfrenta a la cárcel con una voluntad admirable

pero que es capaz, también, de desfallecimientos y de angustias íntimas.

Con todas estas limitaciones para su conocimiento integral, Gramsci se presta más aún que otros para transformarse en un espacio vacío, apto para recibir cualquier contenido, para ser sometido a usos diversos según las necesidades de cada momento. Refiriéndose a las zigzagueantes formas de acercamiento al legado gramsciano realizadas por el PCI, escribe Rossanna Rossanda que "el modo a través del cual un partido reflexiona sobre su propio pasado nunca es un problema de historia, sino un problema de política: una confesión acerca de lo que se es o se desea ser en el presente".[1] En efecto, si a mediados de la década del 50 los comunistas italianos se preocupan en presentar a un Gramsci "ortodoxamente leninista", el hecho tiene que ver con el temor que la crisis del stalinismo involucrara, especialmente entre los intelectuales, una crítica a las condiciones que en Rusia hicieron posible la dictadura burocrática, y que esa crítica se basara en el desarrollo del pensamiento gramsciano, como alternativa *también* frente al leninismo.[2] Parece claro, simultáneamente, que una década después, cuando el operativo cambia de dirección y el Gramsci que se presenta es una suerte de precursor de vastas alianzas democráticas, las que han variado son las necesidades políticas coyunturales del grupo dirigente del PCI, parecidas en ese momento a las que motivaron, terminada la guerra, la publicación de sus "cuadernos de la cárcel". Otra vez como entonces, ahora tras el fracaso de la coalición de "centroizquierda", el PCI parece cerca del poder: se hace necesario un Gramsci que apuntale la política del "compromiso histórico".[3]

"Espontaneísta", "leninista", anunciador del "amplio frente popular", Gramsci ha sido siempre sospechado en América Latina de "socialdemocratismo".[4] A ello ha contribuido, sin duda, la forma marginal, casi subrepticia, con que el "ala liberal" del partido comunista argentino lo introdujo en español. Se trataba de un Gramsci despolitizado, con una biografía que no atravesaba las tensiones internas al movimiento comunista de su tiempo; un Gramsci ejemplarmente antifascista (hasta el límite de sacrificar su vida), pero además "culto", amplio en sus horizontes para juzgar la literatura y la estética; un contendor, a su misma altura, de Benedetto Croce.

Encerrados en esos límites estrechos, jamás utilizados para un desarrollo político de sus premisas, vistos como la obra de un "humanista", los libros de Gramsci dejaron escasa huella en el

debate político latinoamericano, rebajando el significado histórico de un revolucionario a la altura de los más grandes. No un anti-Croce, comunista y mártir, sino mucho más: uno de los jefes socialistas más lúcidos que ha dado el siglo, comparable a Lenin, superior a Lenin en muchos aspectos.

Las relaciones entre Gramsci y Lenin han sido –y son– un tema polémico. Cuando, por ejemplo, se hace mención a los textos publicados entre 1915 y 1918 de crítica al socialismo positivista italiano y de elogio a la Revolución Rusa; o cuando los que se analizan son los trabajos aparecidos en el período del primer *L'Ordine Nuovo*, el del "bienio rojo" de 1919-1920, en los que notoriamente los temas de la democracia obrera, de los consejos de fábrica y del sovietismo como forma de organización estatal están más presentes que el problema del partido, su importancia es minimizada: los mismos serían "pre leninistas". Como si el interés por la obra de un revolucionario se agotara en descubrir el "antes y el después" de la Revelación, del momento en que a la misma le llegó "el olor de santidad" y no en verla como un proceso permanente de producción de conocimientos en contacto con la realidad que se quiere transformar, y en el que siempre se suceden los errores y los aciertos parciales.

Para el socialismo del siglo veinte esa divisoria de aguas parece haber sido establecida en el leninismo, como si éste fuera un punto de llegada definitivo, un texto sagrado, la frontera que separa la ignorancia de la verdad. Y si el leninismo fue una ruptura en la tradición socialista, lo fue porque condensó *políticamente* el salto revolucionario que exigía la crisis europea planteada por la guerra y que la socialdemocracia (producto de una etapa anterior pero no por ello ajena a la historia del socialismo) fue incapaz de dar. Lenin le introdujo al marxismo *voluntad de poder* y no una doctrina canónica.[5] Quebró los sueños evolucionistas alentados por el espectacular crecimiento de la socialdemocracia desde 1890 y expresó así una reverberación revolucionaria, cuyo primer nudo histórico se planteó alrededor de 1905, en relación con la revolución rusa de ese año. Ese proceso popular, que venía a cerrar el paréntesis reformista abierto en el movimiento socialista tras la derrota de la Comuna de París, influyó decisivamente sobre toda una generación y permitió delinear, frente a la oposición entre "revisionistas" y "reformistas" que dividía a la socialdemocracia, una tercera alternativa. Esa tercera alternativa, revolucionaria, tendrá su eje en los bolcheviques, pero abarcará en la misma Rusia a un sector de los mencheviques

(Trotsky lo fue entonces) y se extenderá, como minoría, a otros países y partidos: los austromarxistas en Viena, por ejemplo, y el grupo entre alemán y polaco de Rosa Luxemburg, Liebknecht y Radek.

Esta izquierda de la socialdemocracia coagulará su primera intención organizativa de tipo internacional en Zimmerwald (1915) y tendrá como detonante la actitud de solidaridad con las burguesías de cada uno de sus países, adoptada por las direcciones de la socialdemocracia.

El producto más homogéneo de ese proceso fue el que tuvo lugar en Rusia, bajo la dirección de Lenin y los bolcheviques. El resto de las nuevas izquierdas fracasó en su camino hacia el poder y ese fracaso, sobre todo el del grupo alemán, tuvo consecuencias muy graves para el desarrollo del proceso revolucionario, incluido, por supuesto, el propio proceso revolucionario en Rusia. Gramsci fue un actor ardoroso de ese ciclo que encuentra su vértice entre 1917 y 1921. En ese sentido, no hay dudas que era un "leninista", como podría decirse que lo fue Rosa Luxemburg, quien se enfrentó duramente con Lenin sobre muchas cuestiones decisivas. Pero es que el "leninismo" no era entonces un cuerpo cerrado de doctrina. Cuando sus textos fueron sacralizados y la ortodoxia fue amparada como mensaje ecuménico por el estado soviético, recién aparece el juicio por comparación: correctamente leninista, medianamente leninista, escasamente leninista.

La operación es cómoda, pero no necesariamente imaginativa ni útil. En el caso de Gramsci, si se aplica ese patrón de medida, podría decirse que en muchas cosas, algunas de ellas centrales, se aparta de la letra de Lenin, aun cuando como jefe político de un partido miembro de la Internacional Comunista manifieste siempre una fidelidad explícita con su pensamiento. El hecho no debería ser demasiado grave: lo que interesa ver es la relación entre la teoría y la práctica que va construyendo y la sociedad que procura subvertir; no la relación de unos textos con otros textos. La forma, en fin, en que Gramsci trató de resolver para Italia lo que Lenin trató de resolver para Rusia y, además, el modo en que esos análisis pueden integrar una herencia teórica y práctica universal. Por eso, calificarlo en tren de elogio casi insuperable como el "Lenin de Occidente", el Lenin de hoy para las sociedades industrializadas, no significa más que una metáfora que, en el mejor de los casos, no nos permite avanzar demasiado en la evaluación crítica de una trayectoria política.[6]

La herencia de Gramsci no se valida en relación con la cercanía o el alejamiento frente a los cuarenta y tantos tomos de Lenin, sino en tanto pueda servir de estímulo para una tarea revolucionaria concreta. Nuestra propuesta implica ver a su obra como el testimonio ideológico y político de una estrategia de largo alcance para la conquista del poder; como el desarrollo más consecuente de las hipótesis planteadas en el III y en el IV Congresos de la Internacional Comunista (1921 y 1922), que suponen la revisión primera de los planteos clásicos de "toma del poder" inscritos en la acción de los bolcheviques en 1917. Revisión que en otras condiciones Mao realizará en los hechos y que en su desarrollo incluye, además, otras modificaciones sustantivas: no jacobinismo de los partidos, formas diferentes de plantear la relación entre espontaneidad y conciencia, vigorización de la autonomía de los "movimientos de masas" frente a las "vanguardias políticas", necesidad de análisis pormenorizados de cada sociedad nacional como sistema hegemónico particular.

La propuesta involucra, al fin, también un uso de Gramsci. Este uso no es el único posible y ni siquiera el único "verdadero". Se adapta a nuestras necesidades y permite reconstruir, en clave política y desde el presente, la globalidad de una obra considerada como producción permanente (aunque no siempre infalible) y no como una sumatoria de posiciones parciales (el Gramsci "consiliar", el Gramsci "político", el Gramsci "teórico") a las que se valoriza unilateralmente. La reconstrucción no implica negar la existencia de cortes, de etapas en la obra, en cada una de las cuales un aspecto de la indagación dibuja un sesgo que deforma el conjunto. Esos momentos existen y, entre otras cosas, son resultado de condiciones históricas particulares sobre las que se vuelca una misma obsesión. Esta diferencia de condiciones no es neutral: actúa sobre el pensamiento estimulando ciertos aspectos y desalentando otros, modificando el pulso en una u otra dirección de análisis que se sobredimensiona en relación con el resto.

La unidad política del pensamiento gramsciano no es una premisa sino un resultado y supone esas tensiones que autorizan a aislar analíticamente tres grandes cuerpos textuales: el que abarca hasta 1921; el de la construcción del partido comunista italiano (1921-1926) y el que incluye los "cuadernos de la cárcel". De ese tríptico, las partes más trabajadas y discutidas han sido la primera y la tercera, en desmedro de la segunda, que marca el núcleo ideológico más rico para entender las claves de una unidad estratégica de pensamiento y de acción militante.

Los tres momentos teóricos están cargados de historicidad. No son capítulos de una especulación, sino trozos de vida en el interior de un proceso alternativamente glorioso y cruel: el transcurrido durante las dos décadas que van desde la revolución rusa de 1917 hasta la miseria de los procesos de Moscú. Gramsci es actor primordial de ese ciclo y lo es aún durante los diez años que permanece en prisión, porque en ese período, como lo testimonian los 33 cuadernos que va dibujando con letra diminuta, el vigor de su reflexión no se atenúa. Hasta tal punto, que "las ideas más importantes que se expresaron en ese entonces en las filas de la Internacional sobre problemas de estrategia nacieron en una celda de la cárcel de Turi".[7]

Esos cuadernos, inevitablemente secretos, contenían, en su obligada privacidad, la posibilidad de su existencia frente a un movimiento comunista ya totalmente obediente a las necesidades de la burocracia stalinista y por lo tanto dispuesto a castigar el menor asomo de herejía. La cárcel mussoliniana, paradójicamente, permite el despliegue de un pensamiento que desde la práctica política Gramsci no hubiera podido desarrollar como dirigente de un partido comunista. Él lo sabía y por eso pensaba en su libertad como un nuevo acto de aislamiento. En una de sus últimas cartas, en la que señala que al ser liberado se retirará a vivir en Cerdeña, cerca de su pueblo natal, agrega la convicción que ese nuevo ciclo de vida ha de ser de "aislamiento completo, de degradación intelectual más acentuada que la actual, de anulación o casi anulación de algunas formas de expectativa que en estos años, aunque me han atormentado, me han dado también algo de contenido que vivir".[8]

Penetrados por la historia, los tres momentos gramscianos se redefinen en cuanto a su periodización. El primero abarca el tiempo de la ofensiva revolucionaria; el segundo, el del reflujo, el de la defensiva; el tercero, por fin, el de la reflexión desde la doble derrota: la impuesta por el fascismo y por la degradación que progresivamente corroe a la Internacional Comunista.

Se trata, pues, de buscar el hilo que otorgue unidad a esos fragmentos. Ese hilo conductor no puede encontrarse en la génesis, concreción y desarrollo de una batería de conceptos teóricos ("hegemonía", "bloque histórico" o el que quiera elegirse), porque Gramsci no era un profesor de ciencia política. La unidad está dada por una concepción sobre la revolución y desde este punto de vista (y no al revés) debe ser leído su aparato conceptual. Esto, que aparece claro en los textos escritos en libertad, lo

es también para los redactados en la cárcel: todo, absolutamente todo, de lo madurado y anotado en las sucesivas celdas sobre las que transitó su voluntad increíblemente fuerte en el interior de un cuerpo devastado por la enfermedad, está directamente inspirado por la polémica política. Él mismo no pensó, cuando trazaba sus primeros planes de estudio y de trabajo en la cárcel, que esa contigüidad con la política iba a ser tan estrecha. Creía que con mayor facilidad iba a recuperar al filólogo e historiador de la cultura que quiso ser en su paso por la universidad de Turín. En esa dirección trazó sus proyectos de prisionero, que luego insensiblemente no cumplió, para ir anotando, en cambio, las reflexiones más hondas y estimulantes producidas en esos años como base para una teoría de la revolución socialista en su país y, en general, para el diseño de una estrategia no reformista ni insurreccionalista de la conquista del poder.

¿Cuál es esa estrategia política? Él mismo la define, en términos militares: la de la "guerra de posiciones", como alternativa frente a la "guerra de maniobras". Gramsci reflexiona el pasaje de una a otra, a partir de la terminación del ciclo de ofensiva revolucionaria que vivió Europa entre la primera guerra mundial y –para dar una fecha indicativa– el fracaso de la insurrección alemana de marzo de 1921. Detrás de esa derrota se acumulan varias: en Alemania en 1919 y 1921, en Hungría en 1919, en la propia Italia en 1929 y en Varsovia en ese mismo año, cuando el ejército rojo es detenido frente a la capital polaca y obligado a retroceder.

La reflexión sobre la necesidad de un viraje estratégico se expresa en Lenin y también, aunque con más vacilaciones, en los cuadros soviéticos que dirigen la Internacional. "Hay que terminar con la idea del asalto para remplazarla por la del asedio", proclama Lenin, quien ya en 1920, en las páginas de *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*, proponía un giro político a los jóvenes destacamentos revolucionarios europeos. Doblaban las campanas para una etapa heroica cuyo más notorio signo de esperanza había brillado en aquellos días de 1917 en que anunciara: "El triunfo de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha." [9]

Cuatro años después, la revolución en Europa no había estallado, el capitalismo se restablecía de sus heridas y lo que era más grave, el terror blanco del fascismo se descargaba sobre el continente. El III y el IV Congresos de la Internacional intentarían explicitar, en las sucesivas "tesis sobre la táctica", el viraje que

era necesario producir, "del asalto al asedio". Toda la obra de Gramsci, desde entonces hasta el momento de su muerte, ha de estar fijada a esa matriz. En una nota escrita en la cárcel en 1931, que titula "Pasaje de la guerra de maniobras (y del ataque frontal) a la guerra de posiciones también en el campo político", apunta: "Ésta me parece la más importante cuestión de teoría política planteada en el período de posguerra y también la más difícil de ser resuelta justamente."

El tema se sucede en distintos cuadernos. El pasaje de la guerra de maniobras a la guerra de posiciones como estrategia política para la conquista del poder, no es algo que se elige libremente sino que "se impone por las relaciones generales de las fuerzas que se enfrentan". El predominio de la guerra de posiciones como opción estratégica no implica, por otra parte, el total abandono de la guerra de maniobras; sólo supone que la presencia de ésta se limita a una función táctica.

La lucha política es para Gramsci una estructura compleja en la que coexisten formas diversas. Pero su carácter global está fijado por una estrategia que ordena el conjunto. En esta definición que busca asimilar, aunque sólo como "estímulo para el pensamiento" a la política con el arte militar, podría coincidir Mao, quien a fines de la década del 20 piensa en la "guerra prolongada", encarnada en una tenaz y paciente revolución campesina dirigida por cuadros comunistas, como la alternativa viable frente a los sucesivos fracasos de los intentos de "asalto al poder" intentados por los núcleos urbanos del partido comunista chino dentro de los moldes insurreccionalistas del año 17. Este módulo ideológico, que comienza a madurar en la Internacional al iniciarse los años 20, permite reconstruir toda la biografía política gramsciana. Por eso, en 1930, se manifestará contrario al nuevo giro propuesto por el VI Congreso: la táctica de "clase contra clase", el retorno a un sectarismo primitivo cuya trágica consecuencia será, en Alemania, el triunfo del nazismo y la destrucción –hasta los días presentes– del partido comunista más importante del mundo capitalista. En los años 1923-1926 Gramsci consolida para sí las claves de una teoría de la revolución y a ella le será permanentemente fiel. Todos los conceptos de ciencia política que irá decantando en la cárcel tienen que ver con esa opción.

En tal sentido, es parcializar a Gramsci considerarlo como un teórico de "Occidente", como un jefe político cuyos planteos sólo valen para los países industrialmente avanzados. Cierto que la posibilidad de esa calificación está sugerida en sus propios escri-

tos, notoriamente en los que hace mención a las diferencias entre "Oriente" y "Occidente" como justificación para el pasaje de la estrategia de la guerra de maniobras a la guerra de posiciones. "Oriente" no es para Gramsci, sin embargo, una zona geográfica sino la metáfora para aludir a una situación histórica. "Oriente" equivale a "las condiciones generales económico-cultural-sociales de un país donde los cuadros de la vida nacional son embrionarios y desligados y no pueden transformarse en trinchera o fortaleza". En "Oriente", el estado es todo y la sociedad civil una relación primitiva. En "Occidente", una poderosa línea de trincheras en la sociedad (las instituciones de la sociedad civil, los aparatos hegemónicos) custodia cualquier "temblor del estado". En una palabra, esa situación calificada como "Occidente" se presenta en cada nación en que "la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las irrupciones del elemento económico inmediato".

La guerra de posiciones, como contrapartida a la de maniobras, no implica, por añadidura, plantear una antinomia entre "lucha política" y "lucha violenta". La lucha política incluye siempre un momento militar; más aún, la relación de fuerzas militares es la inmediatamente decisiva. Pero este momento tiene dos grados: uno técnico-militar, otro político-militar. Ambos, a su vez, se combinan. Gramsci toma, como demostración límite de esa combinación, la que se establece en una nación oprimida que lucha por su independencia nacional. "La relación –escribe– no es puramente militar sino político-militar; y en efecto, un tipo tal de opresión sería inexplicable sin el estado de disgregación social del pueblo oprimido y la pasividad de su mayoría; por lo tanto, la independencia no podrá ser lograda con fuerzas puramente militares, sino político-militares". El problema es el de *la primacía de la política*, como condición para elegir una u otra forma concreta de lucha: "sólo la política –dice– crea la posibilidad de la maniobra y del movimiento".

Impuesta por la concreta relación de fuerzas en situaciones donde los intercambios entre sociedad política y sociedad civil son equilibrados, la estrategia de la guerra de posiciones implica una modificación de los instrumentos clásicos de la acción política. El supuesto es que el poder no se "toma" a través de un asalto porque el mismo no está concentrado en una sola institución, el estado-gobierno, sino que está diseminado en infinidad de trincheras. La revolución es así un proceso social, en el que el poder se conquista a través de una sucesión de crisis políticas

cada vez más graves, en las que el sistema de dominación se va disgregando, perdiendo apoyos, consenso y legitimidad, mientras las fuerzas revolucionarias concentran crecientemente su hegemonía sobre el pueblo, acumulan fuerzas, ganan aliados, cambian, en fin, las relaciones de fuerza.

La guerra de posiciones requiere "enormes sacrificios de la población; por eso es necesaria una concentración inaudita de la hegemonía" que permita al sector más avanzado de las clases subalternas dirigir al resto, transformarse efectivamente en la vanguardia de todo el pueblo.

La primera etapa histórica de la reflexión gramsciana se detiene en el análisis de las instituciones –partidos, sindicatos, consejos– a través de las cuales esa hegemonía debe realizarse, como embrión de una nueva vida estatal. La segunda etapa, que recupera y no pierde de vista a la primera, atiende en especial a las características de la organización partidaria y a las formas en que, dentro de cada específica situación nacional, los grupos que intentan representar al proletariado deben articular su dirección sobre el resto de las clases subalternas.

Este segundo momento, que abarca nítidamente el período que va desde 1921 hasta la prisión, en 1926, es el de la reflexión sobre el Frente Único, como fórmula que expresa la estrategia de la guerra de posiciones en la lucha política. Lenin –anotará Gramsci en los cuadernos– no tuvo tiempo de profundizar esa fórmula. Y agrega: de todos modos sólo hubiera podido profundizarla en términos teóricos, generales, y "la tarea fundamental era nacional, es decir, exigía un reconocimiento del terreno y una fijación de los elementos de trinchera y de fortaleza representados por los elementos de la sociedad civil".

Tocamos aquí otro eje de la preocupación gramsciana: la guerra de posiciones, la conquista de la hegemonía, no es un esquema abstracto (cosmopolita, en suma), sino que supone el análisis profundo de cada sociedad histórica, en su pasado y en su presente. "El concepto de hegemonía –dice en los cuadernos– es aquel donde se anudan las exigencias de carácter nacional." Y en la misma nota agrega: "La relación nacional es el resultado de una combinación original, única (en cierto sentido) que debe ser comprendida en esta originalidad y unicidad si se desea dominarla y dirigirla."

El reclamo gramsciano –nudo de su labor que acicateará todas sus reflexiones teóricas– tiene que ver con la dura convicción de que no basta la formulación de una estrategia internacional; es

necesario pensar para cada sociedad, para cada nación, cuáles son sus características como sistema hegemónico.

La revolución socialista –dirá– es internacional por su dirección, por su objetivo final, "pero el punto de partida es nacional y es de aquí que es preciso partir". La revolución socialista, en fin, debe ser el producto de una "voluntad colectiva nacional y popular". Su tarea como dirigente político y la totalidad de sus cuadernos de la cárcel apuntarán a develar esas características precisas que puedan hacer del socialismo "un gran hecho de pueblo".[10]

En ese camino, Gramsci irá elaborando aspectos más específicos de esa relación entre socialismo e historia del pueblo-nación. Ésos serán los "temas" de Gramsci, los que permiten trazar líneas de continuidad dentro de un pensamiento en permanente tensión. Esas líneas aparecerán en el momento de la ofensiva política, en el del reflujo revolucionario y del ascenso del fascismo y se condensarán finalmente en los bosquejos agrupados en los cuadernos de la cárcel.

El poder como una relación de fuerzas sociales que debe ser modificada y no como una institución que debe ser "tomada"; la organización partidaria como fracción interna a la clase y no como vanguardia externa a ella; la pluridimensionalidad organizativa de las clases subalternas; el papel protagónico de las masas, de su cultura y de sus instituciones propias en el proceso de conquista del poder; el socialismo no como empresa de iluminados jacobinos sino como autogobierno del pueblo y, en fin, la revolución como un acontecimiento inscrito en el desarrollo de cada historia del pueblo-nación, éstas son, apretadamente, sus obsesiones, los eslabones que permiten leer en clave unitaria a un pensamiento que madura y crece hasta convertirse en uno de los estímulos más poderosos para la teoría y para la acción que han producido los movimientos revolucionarios en este siglo.

2. El tiempo de la ofensiva

> El hecho esencial de la revolución rusa es la instauración de un nuevo tipo de estado: el estado de los consejos. Hacia ello debe dirigirse la crítica histórica. Todo el resto es contingente.
>
> *L'Ordine Nuovo*, 15 de mayo de 1919

A los veinte años, en 1911, Antonio Gramsci llega a Turín, la ciudad de la Fiat, la capital industrial de Italia, el centro que los obreros tratarán de transformar pocos años después en "el Petrogrado de la revolución proletaria italiana".

Viene de Cerdeña arrancado de su aldea tras un breve paso por Cagliari, a descubrir el mundo. Hará su aprendizaje aceleradamente, hasta transformarse, entre 1919 y 1920, en uno de los jefes políticos de la más formidable movilización de trabajadores que ha conocido Italia. Pero jamás abandonará su "cáscara sarda".

Gramsci era algo más que un provinciano en Turín; era un meridional, un italiano de segunda clase, testimonio humano de una gran fractura histórica que había segmentado en dos partes a Italia, transformando a la unidad nacional en mera unidad estatal. Hombre del sur, postergado, hijo de la secular pobreza campesina, no perderá nunca la percepción de sus orígenes: será en el Norte un vocero de los estratos de población desalojados del esquema de alianzas procesado por el régimen de Giolitti entre burguesía industrial y aristocracia obrera, que los sectores dominantes septentrionales lograron montar, hasta la guerra, con la complicidad de la socialdemocracia.

Este casi aldeano, agraciado con una beca universitaria para estudiantes pobres, descubre en Turín dos cosas: el mundo del trabajo fabril y el Partido Socialista. Descubre también que el futuro de Italia, la del norte y la del sur, tiene que ver con ambas realidades, pero que la forma en que se ha establecido la atadura entre ellas es incorrecta.

La socialdemocracia italiana, sobre todo a través de la orientación de Turati y de Treves, era una copia mediocre del socialismo alemán. Profesoral, positivista, anticlerical, mezclaba a Marx con Darwin y con Spencer. Este carácter pedantesco y seudocientífico de su dirección le había costado algunas sangrías: primero, la de los sindicalistas sorelianos; más tarde, en el momento en que nacen las inquietudes políticas de Gramsci, la que impulsará un joven socialista de la Romagna, aventurero y exuberante, que comienza a transformarse en fuente de discordias para la vieja dirección. Se trata, es claro, de Benito Mussolini, que en 1912 accede a la dirección del *Avanti*, el órgano partidario, como expresión de la inquietud de los más jóvenes frente a ese partido libresco y exangüe.[11]

Gramsci tardará bastante en decidir su ingreso al partido. Repudia esa tradición reformista, ese cientificismo de los doctos, esa

falsa cultura que aleja al socialismo de las grandes multitudes, que le impide comprender la importancia del problema meridional en la revolución italiana. Que le veda, en suma, la posibilidad de reunificar políticamente a las clases populares, traicionando así los intereses históricos que decía defender.

Frente a la concepción naturalizada de la sociedad presentada por el "quietismo" de la socialdemocracia, irá construyendo lentamente, entre lecturas de Croce, de Salvemini, de Labriola, otra visión de la política cuyos ejes serán la voluntad histórica, el papel de las ideas como suscitadoras de grandes emociones colectivas, el respeto a los sentimientos profundos de las masas, la definición del socialismo como tipo nuevo de vida moral. Esto le valdrá a Gramsci y al pequeño grupo que se forma a su lado –primero a través de un periódico de edición única, *La Città Futura*; luego en *Il Grido del Popolo*– la acusación de idealismo y espontaneísmo. La verdad es que, más allá de los rótulos, Gramsci se mantendrá constante al signo ideológico que marcó su juventud: el del rechazo a las "incrustaciones positivistas y naturalistas" en el socialismo que en un escrito de 1917, "La revolución contra el capital", atribuía aún al propio Marx.

Desconfiado frente al marxismo libresco, como "doctrina de la inercia del proletariado", Gramsci recién da un viraje profundo en su actividad política con la Revolución Rusa. Antes que marxista es "maximalista"; un bolchevique en Italia. "Ellos –escribe refiriéndose a los comunistas rusos– encarnan la idea límite del socialismo: quieren *todo* el socialismo." [12] Ése será su programa.

El proletariado turinés ha de recibir al proceso ruso del año 1917 como parte de su propia historia. La guerra había cambiado bruscamente a Italia y la estabilidad de la fórmula giolittiana trastabillaba. "La guerra –dirá Gramsci– ha vuelto de cabeza la situación estratégica de la lucha de clases." [13]

En agosto de 1917 estalla una insurrección popular en Turín que dura cinco días. Años después, en un informe a la Internacional Comunista, Gramsci describirá ese hecho y sus consecuencias:

"La insurrección estalló el 23 de agosto de 1917. Durante cinco días los obreros combatieron en las calles de la ciudad. Los insurrectos, que disponían de fusiles, granadas y ametralladoras, lograron incluso ocupar algunos barrios de la ciudad e intentaron tres o cuatro veces apoderarse del centro donde se encontraban las instituciones del gobierno y los comandos militares. Pero los dos años de guerra y de reacción habían debilitado la fuerte

organización del proletariado y los obreros, inferiores en armamento, fueron vencidos. En vano esperaron un apoyo de los soldados; éstos se dejaron engañar por la insinuación de que la revuelta había sido urdida por los alemanes. El pueblo erigió barricadas, excavó trincheras, circundó algunos barrios con alambradas electrizadas y rechazó durante cinco días los ataques de las tropas y de la policía. Más de 500 obreros cayeron y más de 2 000 fueron gravemente heridos. Después de la derrota los mejores elementos fueron arrestados y alejados y el movimiento proletario perdió intensidad revolucionaria. Pero los sentimientos comunistas del proletariado de Turín no se habían apagado." [14]

Este clima de agitación social no cederá hasta 1920 y será particularmente intenso a partir de 1919. Huelgas, movilizaciones, acciones de masas, recorren todo el país y en especial las zonas industriales del norte. Hitos remarcables en esa etapa fueron las huelgas políticas de julio de 1919 y en especial el movimiento que arranca en abril de 1920 y culmina en septiembre de ese año. Su último impulso se vivió en el mes de agosto, cuando todas las grandes fábricas quedaron bajo control de los obreros organizados en consejos, siguiendo el ejemplo de los trabajadores de Fiat que un año antes habían transformado a las comisiones internas en consejos de fábrica elegidos por todos los obreros, al margen de la afiliación sindical y que ejercían a la vez funciones de lucha económica y de lucha política. El inspirador ideológico de este viraje organizativo era el grupo turinés del Partido Socialista, liderado por Gramsci y que se expresaba a través de *L'Ordine Nuovo*, semanario fundado en mayo de 1919.

La realidad mostraba que la participación de Italia en la guerra había desencadenado fuerzas sociales inmensas. Cómo dominarlas, cómo encuadrarlas en favor de la revolución socialista, es la pregunta gramsciana durante todo ese período y el punto de partida, neto y definitivo, de su ruptura política con la socialdemocracia. El desafío planteado por las clases populares durante la guerra y los primeros años de la posguerra era superior a la envergadura de ese partido, transformado en un conglomerado de fracciones. Presionado desde la izquierda, el Partido Socialista se había adherido a la reunión de Zimmerwald, convocada por Lenin en 1915, y luego se había mostrado partidario de la revolución rusa. Era en realidad la única sección de la socialdemocracia europea que se alineaba orgánicamente con la opción de los bolcheviques. Pero el compromiso se reveló como formal, salvo

en la acción de las fracciones izquierdistas encabezadas por Gramsci en Turín y por Amadeo Bordiga en Nápoles.

Pese a esas vacilaciones, la movilización popular determinó que la socialdemocracia y los sindicatos controlados por ella se encontraran de pronto transformados en el principal punto de referencia de las masas. La Confederación General del Trabajo creció, entre 1913 y 1920, de 321 000 afiliados a 2 200 000; el Partido Socialista de 50 000 miembros pasó a 300 000 y sus diputados se triplicaron: de 50 a 150. "En el período entre el armisticio y la ocupación de las fábricas, el Partido Socialista representó a la mayoría del pueblo trabajador italiano, constituido por tres clases fundamentales: el proletariado, la pequeña burguesía, los campesinos pobres." [15] Pero en realidad esa unificación era artificial, provocada por la crisis del liberalismo italiano y de sus formas estatales. El socialismo no fue capaz de soldarla fuertemente y el "bienio rojo" –que demuestra la incapacidad de políticos reformistas y de sindicalistas para forzar una salida revolucionaria de la situación– acelerará la disgregación. La rebelión antigubernamental de la pequeña burguesía se transformará en alimento del fascismo. Los campesinos, por su parte, se orientarán hacia el Partido Popular, el primer antecedente de la democracia cristiana. Quedaba el proletariado, pero después del fracaso político de las ocupaciones de fábrica, era un derrotado.

Ese fracaso, dice Gramsci, "desordenó completamente al Partido Socialista". En enero de 1921, en Livorno se fundaba el Partido Comunista bajo la dirección política e intelectual de los "izquierdistas" de Bordiga. El grupo turinés no tiene virtualmente influencia: ni Gramsci ni Togliatti formarán parte de su primer comité ejecutivo.

Desde ese momento comenzará otra historia, también difícil y por demás trágica. El PCI se crea en las vísperas del fascismo, ante una clase obrera derrotada políticamente y bajo la sectaria conducción bordiguiana que aislaba aún más de las masas a ese pequeño núcleo. La desorganización de la sociedad italiana de posguerra –lo que años después definirá Gramsci como "crisis orgánica"– desembocará en el orden fascista. En 1924, recapitulando esos días de Livorno, escribirá: "Fuimos sin quererlo un aspecto de la disolución general de la sociedad italiana, convertida en horno incandescente donde todas las tradiciones, todas las formaciones históricas, todas las ideas prevalecientes se fundían a veces sin residuo." [16] Mil novecientos veintiuno es para la estrategia revolucionaria, en Italia, en toda Europa y en la propia

URSS, el año que marca definitivamente la necesidad del pasaje de la "guerra de maniobras" a la "guerra de posiciones". En Rusia, es el año de la NEP; en Europa el del último capítulo del ciclo insurreccional.

Pero lo que importa ver ahora es al Gramsci que va desde la revolución rusa hasta la fundación del PCI; al Gramsci del tiempo de la ofensiva, director de *L'Ordine Nuovo*, intérprete italiano del momento histórico que encuentra su vértice en la derrota del zarismo.

El impacto de la revolución se extendió por toda Europa. En el interior de las socialdemocracias la acción de los bolcheviques fue un fermento poderoso que abrió camino a diversas crisis desde la izquierda, cuyo resultado fue la fundación de los partidos comunistas que constituirían la III Internacional. Pero ese proceso no fue privativo de las élites políticas: se correspondía con el crecimiento de la efervescencia revolucionaria de las masas obreras, en el cuadro de una desorganización global de la sociedad.

La ola fue de corta duración pero tuvo muy intensos efectos. En el plano ideológico, el socialismo, desleído desde principios de siglo como una fuerza puramente parlamentaria y sindical, intentará reencontrarse con la voluntad de poder. Este proceso de resurgimiento de una izquierda revolucionaria reconocerá distintas tradiciones ideológicas y culturales y se explayará a través de varias situaciones sociales y políticas, pero confluirá en una única dirección: el reconocimiento de la organización de los soviets en Rusia como una nueva experiencia estatal, como la forma socialista de articular la democracia. Todo el período del ascenso revolucionario de la posguerra es el período del "sovietismo" para el naciente movimiento comunista. No es el tema del partido el que primará en esos años sino el del estado, el del nuevo estado inherente a una revolución socialista. Y esa discusión tendrá un eje: la dilucidación del modelo político de la dictadura del proletariado.

Los aportes serán muchos y de variado signo, teóricos y prácticos: el movimiento inglés de los *shops stewards committees*; las propuestas de Karl Korsch en Alemania y la organización en ese país del sistema de los *Arbeiterräte*; las teorías de Pannekoek en Holanda; Daniel de León y su movimiento *Industrial Workers of the World* en los Estados Unidos; en fin, Rosa Luxemburg y Georges Sorel, sin contar el desarrollo que la temática tiene por esos años en la URSS.[17]

Todo ese material, aunque motivado por una misma situación histórica y aun por una misma intencionalidad, no tuvo, sin em-

bargo, idénticos signos. Gramsci, desde las columnas de *L'Ordine Nuovo*, virtual vocero de los consejos de fábrica turineses, aporta al debate rasgos diferenciales, hasta lograr diseñar un encuadre teórico original para una estrategia revolucionaria que irá luego desarrollando y completando.

En efecto: paralelamente con el crecimiento de la lucha de clases en Italia y en Europa, el Gramsci *ordinovista* irá echando las bases para una teoría del estado y para una teoría de la revolución, que coagulará luego en los cuadernos de la cárcel. Mejor: lo que Gramsci hará entre 1919 y 1921 es formular una teoría de la revolución tomando como punto de partida la crisis política y social –estatal, en sentido amplio– que tiene lugar en Italia tras la guerra y el fracaso del modelo liberal.

En este aspecto, la comparación con la estrategia de análisis de Lenin resulta pertinente. A diferencia de Gramsci, en Lenin se produce primero la construcción de una teoría de la sociedad rusa erigida a partir del examen del nivel económico de esa formación histórica. De ella surgirá una teoría de la revolución cuyo eje está constituido por la caracterización del enfrentamiento entre las clases, y luego una teoría de los procesos políticos que incluye, privilegiadamente, una teoría de la organización revolucionaria. Es el camino que recorre desde 1893 hasta 1905; desde *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y el conjunto de textos polémicos contra el populismo, hasta *Dos tácticas*, pasando por el *¿Qué hacer?* Ésa es la matriz del método y la teoría leninista, aunque, ciertamente, jamás totalmente cerrada a las modificaciones que podía provocar la historia de la lucha de clases. Pero hasta que ésta, primero en 1905 y luego más intensamente entre febrero y noviembre de 1917, introduce el problema de los soviets, esto es, la existencia de instituciones políticas de masas independientes de los partidos, el gérmen de la nueva vida estatal está, para los bolcheviques, encerrado en el partido. Lenin construye una teoría de la toma del poder basada en una teoría del partido y sólo en 1917, a través de *El estado y la revolución*, comienza a bosquejar una teoría del estado.[18]

La línea de desarrollo del pensamiento gramsciano es otra. No hay en su obra un equivalente a *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, ni ningún otro análisis pormenorizado de la estructura económico-social de Italia. Recién en 1926, a través de *Alcuni temi della quistione meridionale*, desarrollará este nivel de hipótesis –sistematizadas también en las tesis al III Congreso del PCI reunido en Lyon– pero el examen de las clases fundamentales, burguesía,

proletariado, pequeña burguesía y campesinado, aparecerá siempre ligado con determinaciones políticas, culturales y regionales que especificarán el contenido económico de las definiciones.

Aunque todavía no esté formulada como teoría, la perspectiva de análisis en Gramsci arranca de una caracterización de la situación italiana como crisis orgánica, crisis de hegemonía, crisis a la vez política y social, "crisis del estado en su conjunto". El estado, como ordenador de la sociedad, como condensación de sus contradicciones, es lo que entra en crisis. Y esa crisis expresa y a su vez realimenta la crisis de la sociedad como un todo. Otra vez se trata, en Gramsci, de la primacía de la política. En un escrito de 1918 apunta estas ideas que reaparecerán en él permanentemente: "Las revoluciones son siempre y solamente revoluciones políticas; hablar de revoluciones económicas es hablar con metáforas y con imágenes. Pero en tanto economía y política se hallan íntimamente ligadas, la revolución política crea un ambiente nuevo a la producción y ésta se desarrolla de modo distinto".[19]

La originalidad gramsciana en su etapa *ordinovista* consiste en poner las bases, no siempre de manera sistemática, para un planteamiento distinto de las relaciones entre economía y política, entre lucha económica y lucha política, en un esfuerzo por liberar al materialismo histórico de los riesgos del economicismo. Esta lucha ideológica que permanecerá en él como una constante –hasta el punto que el antieconomicismo es el principio teórico ordenador de sus cuadernos de la cárcel– tiene siempre una última motivación política.

La lucha contra el economicismo –anotará en la cárcel– "no sólo en la teoría de la historiografía sino también y especialmente en la teoría y en la práctica política (. . .) puede y debe ser conducida desarrollando el concepto de hegemonía". Y en efecto, es este concepto, aún en estado larval, aún como intuición política, el que puede ser rastreado en la teoría de la revolución y del estado que Gramsci comienza a bosquejar entre 1917 y 1921.

¿En qué consiste esa teoría, en rasgos generales? *En primer lugar*, ella es antijacobina y, por lo tanto, antiautoritaria. "La revolución rusa –escribe en 1918– ha ignorado el jacobinismo." El término reaparecerá después de 1921 y en los cuadernos de la cárcel, pero entonces tendrá otro sentido.[20] En el Gramsci *ordinovista* el significado de jacobinismo es el de revolución desde arriba por obra de una minoría iluminada. Su concepción de la conquista del poder, en cambio, supone que ésta es el resultado de un proceso de masas, de una "revolución desde abajo".

En segundo lugar, su teoría de la revolución lleva implícita una teoría del ejercicio del poder y de realización final del socialismo como "reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil", como autogobierno de las masas.

En tercer lugar, ubica como pilar de la acción política la organización de lo que calificará más adelante como "reforma intelectual y moral", entendida como terreno crítico para el desarrollo de "una voluntad colectiva nacional-popular". El socialismo aparece así como una nueva cultura, como un hecho de conciencia sostenido por la historia de cada pueblo-nación.

Estos tres niveles que se despliegan en su teoría de la revolución se sintetizan en la noción de hegemonía como clave teórica para la acción política en su sentido más alto: el de fundadora de estados.

La experiencia militante de Gramsci durante el período de la ofensiva revolucionaria frente a la crisis del estado liberal italiano, centrada en el desarrollo de los consejos de fábrica como gérmen del estado socialista, equivale a la redacción de un primer capítulo, todavía sesgado, de esta teoría de la hegemonía.

La hegemonía, como capacidad para unificar la voluntad disgregada por el capitalismo de las clases subalternas, implica una tarea organizativa capaz de articular diversos niveles de conciencia y orientarlos hacia un mismo fin. Tres han de ser, básicamente, los soportes orgánicos de esa estrategia hacia el poder: consejos, sindicatos y partido. Ellos integran "la red de instituciones dentro de las cuales se desarrolla el proceso revolucionario".

"El estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social características de la clase trabajadora explotada. Ligar entre sí a esas instituciones, coordinarlas y subordinarlas en una jerarquía de competencias y de poderes, centralizarlas fuertemente si bien respetando su necesaria autonomía y articulaciones, significa crear desde ya una verdadera democracia obrera en contraposición eficiente y activa con el estado burgués, preparada desde ya para sustituir al estado burgués en todas sus funciones esenciales de gestión y de dominio del patrimonio nacional." [21] Anotemos tres rasgos: intimidad del nuevo estado con las experiencias institucionales *internas* a las clases populares; pluralidad de esas experiencias y necesidad de coordinarlas; papel político y a la vez económico que esas instituciones cumplen en la lucha de clases.

El nuevo estado, "que existe ya potencialmente en las instituciones de vida social características de la clase trabajadora explo-

tada", deberá instituir formas de representación que sustituyan al modelo liberal-parlamentario. Su institución básica no puede ser otra que los soviets.

La pregunta inicial de *L'Ordine Nuovo* arranca de esta inquietud. "¿Existe en Italia alguna institución que pueda ser parangonada al soviet, que participe de su naturaleza? ¿Alguna que nos autorice a afirmar que el soviet es una forma universal y no una institución rusa y solamente rusa?" La respuesta es afirmativa: en Turín, en Italia, el gérmen del gobierno obrero es la comisión de fábrica. No es el sindicato, como quería Tasca o el partido como lo planteaba Bordiga, sino la organización de los trabajadores en la fábrica capitalista como organismo político, como "territorio nacional del autogobierno obrero".[22]

Los sindicatos no podrían serlo, porque ellos "son el tipo de organización proletaria específico del período histórico dominado por el capital". Su función primaria es conseguir "la legalidad industrial", esto es, la capacidad de negociación con los empresarios. Esta tarea implica un compromiso necesario y representa una conquista de los trabajadores, pero es todavía inherente a la naturaleza competitiva del régimen capitalista.

¿Y el partido? Gramsci milita aún en el socialismo, una organización que pese a su adhesión a la experiencia soviética no constituye una unidad sino un conglomerado en el que finalmente priva un espíritu pequeñoburgués y reformista. El dato es menester tenerlo en cuenta, porque permite calibrar más exactamente el tantas veces aludido "espontaneísmo" del Gramsci *ordinovista*. Fundador poco tiempo después del PCI, del que se transformaría en su dirigente principal y en uno de los más sistemáticos defensores de su estructuración orgánica, la negligencia de Gramsci por la temática del partido no es cierta siquiera en el período 1917-1921. Lo que sí es verdadero, tanto en uno cuanto en otro momento, es que su concepción acerca del partido en el proceso revolucionario y acerca de las características internas del partido, difiere en aspectos importantes de la clásica, especialmente de la traducción que de ella va a hacer el stalinismo. Las formas de relación entre partido y masas se regulan siempre en Gramsci a partir de la hipótesis de que el partido revolucionario no es *órgano* sino *parte* de la clase obrera.

Ni los sindicatos ni el partido pueden abarcar a la totalidad de las clases subalternas. Ambos son organismos de tipo "privado", contractuales, la adhesión a los cuales implica un acto voluntario. En tanto instituciones, no habrán de ser absorbidas por el

nuevo estado, sino que deberán mantenerse autónomas, como órganos de propulsión (el partido) y de control (los sindicatos). La importancia que Gramsci le otorga a los consejos (y no sólo a los de fábrica) es porque ellos han de constituir la trama del estado como organismos que abarcan a la totalidad de las clases populares. Contrapartida del parlamento burgués, la red de consejos encarna la representación política de los trabajadores desde su propia condición de tales y no de ciudadanos "libres", aislados entre sí.

"El consejo de fábrica –escribe– es una institución de carácter 'público', mientras que el partido y el sindicato son instituciones de carácter 'privado'. En el consejo de fábrica el obrero entra a formar parte como productor, como consecuencia, por lo tanto, de su carácter universal, como consecuencia de su función y de su posición en la sociedad, del mismo modo que el ciudadano entra a formar parte del estado democrático parlamentario. En el partido y el sindicato el obrero entra a formar parte 'voluntariamente', firmando un compromiso escrito, firmando un contrato que puede romper en cualquier momento: el partido y el sindicato, por su carácter contractual, no pueden ser de ningún modo confundidos con el consejo, instituto representativo que se desarrolla no aritméticamente sino morfológicamente y que tiende, en sus formas superiores, a darle la fuerza proletaria al aparato de producción y cambio creado por el capitalismo a los fines del beneficio." [23]

Parte principal de una teoría de la revolución que es a la vez una teoría del estado, los consejos, como instrumento de acción política, encarnan en el período de ofensiva la posibilidad de creación del "doble poder". En ese sentido, el énfasis que Gramsci les otorga entre 1918 y 1921 no puede ser tampoco disociado de la coyuntura. Si después de 1921 el eje se corre hacia la organización del partido revolucionario –sin que por ello desaparezca el tema de los consejos– la causa hay que buscarla menos en un viraje teórico que en un cambio de oportunidad política.

En todo momento la revolución es un vasto proceso social en el que las fuerzas de las masas se despliegan en una pluralidad de instituciones que se complementan. En esa combinación, aún durante el período *ordinovista,* es el partido quien "sigue siendo la jerarquía superior" del movimiento de masas, su "máximo agente".[24] Pero de lo que se trata es de mantener una relación correcta entre los tres canales principales de la acción política. "El partido y el sindicato no deben colocarse como tutores o como

superestructuras ya constituidas de esta nueva institución en la que toma forma histórica controlable el proceso histórico de la revolución: ellos deben colocarse como agentes conscientes de su liberación de las fuerzas de compresión que se agrupan en el estado burgués; deben proponerse organizar las condiciones externas generales (políticas) en las que el proceso de la revolución tenga su máxima celeridad, que las fuerzas productivas liberadas encuentren la máxima expansión". Se trata, pues, de una relación entre estructuras, de una complementación de instituciones que permite a la clase obrera ir construyendo las condiciones para su hegemonía sobre el resto de las clases subalternas, como prefiguración del nuevo estado.

El Gramsci *ordinovista* propone en ese tramo de su obra no sólo las bases para una teoría del estado hegemónico, sino también la clave para su instrumentación práctica: una teoría del movimiento de masas. Esta teoría de la articulación orgánica de las distintas formas institucionales en que se agrupan las clases populares, está en las antípodas de la metodología de la organización revolucionaria que subestima la autonomía de las instancias no partidarias de las clases populares. Cuando Stalin proclama que los sindicatos y toda otra forma de asociación de los trabajadores deberían ser "órganos auxiliares y correas de transmisión que unen al partido con la clase", el círculo de jacobinismo y autoritarismo abierto por el *¿Qué hacer?* se cierra lógicamente.[25]

El papel concedido por Gramsci a los consejos de fábrica se implanta, en cambio, en una matriz ideológica que piensa a la revolución como un proceso social de conquista del poder, como un hecho de masas, y que concibe a la realización del socialismo como lucha permanente contra la alienación política, como "reforma intelectual y moral" tendiente a cerrar la fisura que separa a gobernantes de gobernados.

Pero los consejos –tanto antes como después de la revolución– tienen, además de funciones de lucha política, un rol en la lucha económica. La fundamentación que hace Gramsci de este carácter de "órgano técnico de la producción" que asumirían los consejos obreros, no es siempre teóricamente justa y aparece ligada con una interpretación incorrecta de la crisis del capitalismo. La separación entre propiedad y control en las fábricas se le presenta como un signo de abandono que el capitalista hace de su función de organizador de la producción, la que transfiere a "una clase media irresponsable, sin lazos de interés ni psicológicos con la producción misma".[26]

Este vacío dejado por un capitalismo que ha entrado en una fase parasitaria, sería llenado por la propia clase obrera, transformada en el eje social para el retorno a la racionalidad de la empresa como unidad de trabajo.

Parece claro que en esta caracterización se acumulan varios errores de perspectiva. Uno, con respecto a concebir el proceso de separación entre propiedad y control como crisis del capitalismo, como ingreso del mismo a un estadio parasitario. Otro, en cuanto a la presunción de que la técnica industrial es "independiente del modo de apropiación de los valores producidos", como señala en un texto, aunque luego aminore el énfasis de la afirmación al recalcar, en el mismo párrafo, que esta neutralidad de la técnica vale "en cierto sentido".

De todos modos no caben dudas que en los escritos gramscianos de ese período subyace la noción (falsa) acerca de la neutralidad de las fuerzas productivas frente a las relaciones de producción. Como señala uno de sus críticos actuales, pareciera que "para Gramsci no está en discusión la organización capitalista de la producción sino su dirección".[27]

De este efectivo núcleo de error surge, por ejemplo, la publicación en las páginas de *L'Ordine Nuovo* de artículos en los que se valora positivamente, desde un punto de vista tecnológico, al "taylorismo". Pero cabe decir que este problema no estaba entonces muy claro para la totalidad del movimiento revolucionario; el filón "productivista" dentro del marxismo puede encontrarse en textos de Lenin, de Engels y del propio Marx. El stalinismo y el trotskismo participan de esta concepción, que sólo comenzará a ser puesta en duda a partir de la Revolución Cultural en China.[28]

Con ser importante, esta vacilación determinista y naturalista en el examen de la ligazón entre fuerzas productivas y relaciones de producción, no llega a ser en Gramsci políticamente decisiva. En efecto: a partir de una fundamentación que fácilmente puede ser invalidada como incorrecta, llega a elaborar intuiciones significativas sobre un tema central, el de la relación entre lucha económica y lucha política, tratando de darle a la misma una solución institucional original.

En este terreno debe buscarse el aporte mayor del planteo gramsciano dentro de la corriente "sovietista" que predomina entonces en el movimiento revolucionario europeo. Su originalidad resalta en comparación con las tensiones ideológicas que rodean, desde Lenin hasta la III Internacional, al tratamiento del papel de los consejos. Para Lenin, por ejemplo, hasta abril de 1918 en

que en *Las tareas inmediatas del poder soviético* amplía el radio de acción de los soviets, la función de éstos era puramente política, como uno de los canales de participación popular en la vida estatal. Al final del ciclo, ya muerto Lenin, la III Internacional invertirá la adjudicación de roles: el papel de los consejos sería puramente económico.[29]

Para Gramsci, en cambio, tanto en el período *ordinovista* como más adelante, los consejos fusionan la lucha económica con la lucha política –como instrumentos de control técnico de la producción y como organismos de movilización de las masas– en combinación con las tareas propias de sindicatos y partido. Su convicción es que, a través del despliegue que efectúan en una pluralidad de instituciones, las clases populares tienen la posibilidad de superar la fragmentación a que las condena el régimen del capital. Además, sólo esta múltiple potencialidad organizativa de las masas puede derrotar a un enemigo que no está presente exclusivamente en el aparato gubernamental, sino que se halla diseminado en todas las instituciones de la sociedad civil. Una clave para superar esa disgregación es suprimir la fisura entre lucha económica (sindicatos) y lucha política (partidos). La separación tajante entre esos dos niveles, planteada con fuerza en el movimiento comunista tras los funerales del movimiento "sovietista", no hace más que reproducir, aunque con matices más autoritarios, la ficción liberal de la disociación entre sociedad civil y sociedad política.

El principal espacio para la reunificación de ambas instancias son los consejos, "forma concreta de un proceso político de nuevo tipo que, por el hecho de partir desde la producción, no es absorbible a través de maniobras políticas o modificaciones parciales del estado burgués".[30]

Como estrategia global, la sutura de la brecha entre acción económica y acción política de las clases subalternas sólo puede ser pensada a partir de una teoría de la revolución que articule, desde planos de autonomía, a los movimientos de masas con el partido.

Esta primera aproximación gramsciana a la complejidad institucional del proceso de conquista del poder (y de realización del socialismo), realizada en el período de *L'Ordine Nuovo*, se irá completando a partir de 1923 y 1924 con la precisión sobre lo que fue el déficit mayor de ese período de ofensiva: *la carencia de una fórmula política a escala nacional que homogeneizara la presencia social de las masas, virtualizándola como germen de estado*. Ese instru-

mento será el frente único, primera condensación programática que elabora la III Internacional para resolver el pasaje de la guerra de maniobras a la guerra de posiciones en la acción política.

3. El reflujo

> Para todos los países capitalistas se plantea un problema fundamental, el del pasaje de la táctica de frente único en sentido general a una táctica determinada que se plantee los problemas concretos de la vida nacional y opere sobre la base de las fuerzas populares tal cual ellas están históricamente determinadas.
>
> *Un esame della situazione italiana*, agosto de 1926

En 1926 Gramsci vuelve su mirada al "bienio rojo". Han pasado más de cinco años desde entonces, una nueva generación ha entrado en la producción y sin embargo –anota– "la ocupación de las fábricas no ha sido olvidada por las masas y no sólo por las masas obreras sino tampoco por las campesinas". El saldo de aquel momento de ofensiva de los trabajadores fue de fracaso. ¿Dónde estuvieron las fallas? "Como clase, los obreros italianos que ocuparon las fábricas se mostraron a la altura de sus tareas y de sus funciones. Todos los problemas planteados por la realidad del movimiento fueron brillantemente resueltos. No pudieron resolver los problemas de los abastecimientos y de las comunicaciones porque no fueron ocupados los ferrocarriles ni la flota. No pudieron resolver los problemas financieros porque no fueron ocupadas las instituciones de crédito ni las empresas comerciales. No pudieron resolver los grandes problemas nacionales e internacionales porque no conquistaron el poder del estado. Estos problemas deberían haber sido afrontados por el Partido Socialista y por los sindicatos que, en cambio, capitularon vergonzosamente pretextando la inmadurez de la clase. Quienes eran en realidad inmaduros e incapaces eran los dirigentes y no la clase. Por eso tuvo lugar la ruptura de Livorno y se creó un nuevo partido, el Partido Comunista." [31]

La construcción de ese partido pasa a ser para Gramsci el objetivo fundamental en el momento del reflujo del movimiento de masas y de ofensiva del fascismo, relegando la temática consiliar. ¿Se trata de un viraje total con respecto a sus posiciones de 1918-1920, como lo sugieren algunos autores? Hay, indudablemente, un cambio de acento, un desplazamiento del énfasis antiguamente puesto en los consejos, a favor de la organización del instrumento partidario. Una razón de ello es la coyuntura; otra, la maduración de su propio pensamiento, que advierte, tras la experiencia del "bienio rojo", la necesidad de construir una fórmula política –cuyo eje debe ser el partido– capaz de quebrar el aislamiento del movimiento obrero y de articular un esquema estratégico nacional.

Pero este momento necesario no implica un abandono de la temática *ordinovista* sino, en todo caso, su redimensionamiento en el interior de un modelo más equilibrado de acción revolucionaria. La continuidad con sus reflexiones anteriores se muestra en la búsqueda consecuente de un modo de operar político distinto al tradicional, especialmente en lo que se refiere a las características que debe asumir el partido en su relación con las masas y en su ordenamiento interno. Como señala Spriano, esos estímulos que Gramsci tratará de introducir en el movimiento revolucionario arrancan de su convicción acerca de un proceso de conquista del poder "que no puede no partir de abajo, que no puede no recoger elementos de espontaneidad".[32] Esos estímulos no decaerán jamás.

En 1924, al presentar la aparición de una tercera serie de *L'Ordine Nuovo*, vinculaba la nueva experiencia con la vivida por la clase obrera en el período anterior. "Nuestro programa actual –escribe– debe reproducir en la situación hoy existente en Italia la posición asumida en los años 1919-1920, debe reflejar la situación objetiva actual con las posibilidades que se ofrecen al proletariado para una acción autónoma, de clase, independiente (. . .) El problema urgente, la consigna necesaria hoy, es la del gobierno obrero y campesino: se trata de popularizarla, de adaptarla a las condiciones concretas italianas, de demostrar cómo se deduce de todo episodio de nuestra vida nacional, cómo resume y contiene en sí todas las reivindicaciones de la multiplicidad de partidos y de tendencias en que el fascismo ha disgregado la voluntad política de la clase obrera y especialmente de las masas campesinas." [33]

En esta consigna general del gobierno obrero-campesino –que

luego devendrá más prolija, transformada en fórmula político institucional– se anuda toda la temática que Gramsci afrontará en el segundo momento de la maduración de su pensamiento: los rasgos particulares del fascismo; la alternativa de frente único y sus instrumentos de realización; las alianzas de clase y la definición del problema campesino en la revolución italiana; las características de la organización política y su relación con las masas. Se trata de un momento clave, pues en él se sintetizarán los elementos que aún permanecían desasidos en su teoría de la revolución; los cuadernos de la cárcel, posteriormente, no serán otra cosa que una pausada puesta a punto de esta práctica política que comienza a definirse globalmente alrededor de 1923.

Su arranque es la consideración del fascismo como salida regresiva a una situación de crisis orgánica, por medio de la cual las clases dominantes consiguen recomponer el orden social fragmentado, instrumentando para ello a la pequeña burguesía.

La discusión sobre el fascismo recorre virtualmente toda la historia de la III Internacional y en ella se expresa una rica problemática teórica con precisas consecuencias prácticas.[34] A través de sucesivos vaivenes, el Partido Comunista Italiano fue modificando su enfoque sobre el problema; recién hacia 1925, cuando el grupo turinés logra desplazar a Bordiga de la dirección partidaria, se consolida una interpretación que no va a ser modificada hasta 1944.

Para Gramsci, el fascismo no podía ser evaluado fuera del marco de la historia del pueblo italiano, desde el momento de la constitución del estado unitario a fines del siglo XIX y aun desde antes.[35] Estas características en la formación de las clases y el proceso tardío de constitución de la unidad nacional, influirán sobre la falta de homogeneidad política de la burguesía. La guerra de 1914 abrió aparentemente la posibilidad para la construcción de esa unidad ausente, pero en realidad, como se vio en el período inmediatamente posterior al armisticio, lo que la guerra trajo fue una exasperación de todos los problemas sociales y políticos irresueltos, creando una situación en la que la presencia de las clases populares movilizadas agravaba aún más la crisis de hegemonía. Así, la posguerra se caracterizó por ser un período de paralelismo de fuerzas. "De un lado, las fuerzas burguesas que carentes de una unidad de acción política luchan por imponer las cargas de la guerra a la clase trabajadora y, por el otro, esta última que, bajo la guía del partido socialista, lucha por la conquista del poder sin haber realizado la unidad de clase." [36] En esa situación,

el fracaso de la dirección socialista lleva al proletariado a una derrota, mientras la burguesía trata de componer rápidamente su unidad política ante la amenaza de la movilización popular.

La primera aparición del fascismo es como grupo de choque de la burguesía agraria; se trata de una política puramente terrorista para la que recluta a elementos marginales. Esta base social se desplaza, en un segundo momento, a la pequeña burguesía rural y luego a la pequeña burguesía urbana, en un proceso muy rápido de crecimiento de sus soportes de masa que coincide con el reflujo de la ola revolucionaria provocado por la derrota de las ocupaciones de fábrica.

La crisis de los partidos liberales y el repliegue de los obreros facilita el asalto al poder por parte de Mussolini. Desde allí, el fascismo articulará la unidad política de la burguesía italiana, en un movimiento convergente con el proceso de centralización del capital que se da en la economía. El fascismo, por lo tanto, utilizando a las clases medias como masa de maniobras, unificará a la burguesía pero bajo el predominio del capital financiero, "a los intereses del cual toda [su] política estará subordinada". De esta caracterización general que, pese a atravesar por distintas tensiones, es la que preside la labor de los comunistas italianos desde 1925 hasta el retorno de Togliatti en 1944, es necesario destacar algunos rasgos.

Primero: la definición del fascismo como un movimiento de masas con bases sociales amplias y no como un mero agrupamiento terrorista, lo que le plantea al partido obrero la necesidad de disputar la adhesión de las clases intermedias, urbanas y rurales.

Segundo: la definición del contenido del fascismo como el de un régimen que realiza la unidad política de la totalidad de la burguesía, de modo tal que la lucha antifascista debe ser, simultáneamente, lucha anticapitalista.

Tercero: la definición, dentro de esa unidad, del predominio del sector más moderno y no del más atrasado de la clase dominante: el capital monopolista. Estos tres rasgos impondrán, a su vez, las características de la acción revolucionaria a desarrollar. Ella, para ser exitosa frente a esa situación creada por el fascismo, deberá articular: la reconstrucción de la unidad de la clase obrera; la constitución de un bloque entre ésta y el campesinado, principal componente de la pequeña burguesía; la estructuración de una fórmula política que logre fijar los objetivos de transición, "no como fin en sí, sino como medio".[37]

En este proceso complejo de acción política el modelo estraté-

gico será el de la guerra de posiciones, su traducción social la táctica del frente único, su consigna política la república de los consejos obreros y campesinos. Este proyecto gramsciano se corresponde con las tesis del III y IV Congresos de la Internacional, reunidos en 1921 y 1922. Pero Gramsci deberá esperar la caída de Bordiga para comenzar a instrumentarlo y luego, cuando la propia Internacional lo abandona –sea en el viraje izquierdista de 1928-1930 o frentista de 1934-1935– se mantendrá consecuente a esas proposiciones que marcaron el punto más alto en la elaboración revolucionaria de la III Internacional. Más aún: entre 1923 y 1926, como dirigente del PCI, y más tarde en la cárcel, será Gramsci quien habrá de elaborar como *estrategia* lo que para muchos dirigentes (si no todos) era meramente una *táctica*. Es precisamente en esta secuencia cuando más cerca se halla del pensamiento de Lenin, tal cual éste lo desarrollara en los últimos años de su vida.

Es Lenin quien pronuncia en el III Congreso de la Internacional, el 1º de julio de 1921, una encendida defensa de la nueva táctica: si el congreso no despliega una acción profunda –dice– "contra estas necedades 'izquierdistas', todo el movimiento está condenado a perecer".[38] El autor de esas "necedades" era el representante del PCI, Terracini. Españoles, franceses e italianos rechazan la táctica del frente único y mantienen la caracterización de la situación mundial como de ofensiva del movimiento revolucionario. Contra esta perspectiva se batirá Lenin, defendiendo la justeza de un viraje en la táctica fundado en la convicción de que había concluido la etapa que unía a la guerra con la revolución. "La revolución mundial –señalarán las tesis del III Congreso– no es un proceso que avanza en línea recta; es la disolución lenta del capitalismo, es el sabotaje revolucionario cotidiano que se intensifica de tiempo en tiempo y se concentra en crisis agudas." [39]

En el discurso pronunciado por Lenin durante las sesiones del III Congreso, la precisión sobre el necesario giro de la acción de los partidos comunistas –definida ahora como un sostenido "ir hacia las masas"– es aún más clara y dramática. "Quien no comprenda que en Europa –donde casi todos los proletarios están organizados– debemos conquistar a la mayoría de la clase obrera (. . .) está perdido para el movimiento comunista y jamás aprenderá nada." [40] Párrafos después, esa advertencia se amplía: ". . .Para triunfar, para mantener el poder, no sólo es necesaria la mayoría de la clase trabajadora (. . .) sino también la mayoría de la población rural explotada y trabajadora." [41]

El III Congreso aprobará finalmente la nueva definición de la situación mundial y la consigna del frente único: "La tarea capital del partido comunista en la crisis que atravesamos es la de dirigir los combates defensivos del proletariado, ampliarlos, profundizarlos, agruparlos, transformarlos –según el proceso de desarrollo– en combates políticos por el objetivo final." [42] El llamamiento para la concreción de un frente único de las clases trabajadoras –reafirmado con mayor claridad en los plenarios de diciembre de 1921 y febrero de 1922– colocaba en el primer plano el problema de las relaciones de los partidos comunistas con la socialdemocracia, tras la crisis provocada por la revolución rusa. Esta situación, la de convocar para una tarea común a quienes sin disimulo se percibía como rivales políticos y enemigos ideológicos, iba a contribuir a desnaturalizar la estrategia trazada. Pocos años después la IC calificará a los socialistas como "social fascistas" y en lugar de convocar a una política de alianzas llamará al combate directo "clase contra clase".

Entre 1921 y 1923, bajo la presión directa de Lenin, las perspectivas trazadas por la Internacional intentaron la ruptura del aislamiento político. Claudin resume ajustadamente los motivos de este cambio. "Inicialmente –dice– la táctica de frente único es concebida como una política defensiva, partiendo de los siguientes datos: reflujo del movimiento revolucionario en la generalidad de los países capitalistas; contraofensiva capitalista contra el nivel de vida de las masas y sus conquistas sindicales y políticas; escisión de la clase obrera, cuya mayoría seguía encuadrada en los partidos y sindicatos reformistas. En esas condiciones, la lucha por el poder se alejaba y en cambio ante la clase obrera se planteaba como cuestión urgente oponer un frente unido a la ofensiva patronal y estatal." [43]

En la realidad, la dirección de la IC siempre relativizó el problema, primero de hecho y luego a través de pronunciamientos expresos: el objetivo implícito de la táctica del frente único fue, para la mayoría de los dirigentes comunistas, simplemente "desenmascarar" a la socialdemocracia. Es que, en el fondo, la caracterización del período hecha por la IC avalaba esta disminución de los alcances del viraje. De acuerdo con las "Tesis sobre la unidad del frente proletario" aprobadas en el IV Congreso, la crisis económica mundial se agudizaba y con ella se generaba una creciente quiebra de las ilusiones reformistas de las masas, las cuales, girando su estado de ánimo hacia la izquierda, buscaban espontáneamente la unidad de acción. En esas condiciones, en las que

los obreros socialdemócratas perdían su fe en el reformismo, las direcciones políticas y sindicales tradicionales habrían de ser desbordadas por las masas: se presentaba, por lo tanto, la posibilidad de enfrentarlas a sus propios trabajadores movilizados. Los hechos no corroboraron esas previsiones: el capitalismo remontó la crisis y la socialdemocracia y los sindicatos reformistas no sólo no perdieron fuerza sino que la acrecentaron: entre 1921 y 1928 los partidos afiliados a la Segunda Internacional levantaron el número de sus adherentes de 3 a 6 millones; los partidos comunistas, en cambio y durante el mismo período, decrecieron de 900 000 a 450 000 afiliados.

Lo importante es que, como estrategia de más largo alcance, la problemática elaborada entre 1921 y 1923 debía significar mucho más que la historia de los encuentros y los desencuentros, las enemistades y los acuerdos entre las cúpulas de los partidos comunistas y socialistas.

Muerto Lenin no es exagerado decir que fue solamente Gramsci quien en el movimiento comunista entendió con profundidad el sentido de los cambios propuestos, a los que calificará –como ya quedó anotado– de "la más importante cuestión de teoría política planteada en el período de posguerra y también la más difícil de ser resuelta justamente". Gramsci, en efecto, va a percibir con claridad que la problemática del frente único implica mucho más que un mezquino ajuste de cuentas con los partidos de la Segunda Internacional: en el fondo, la clave del frente único remite a la necesidad de construcción de la unidad *política* de las clases populares, cualquiera fuese su encuadramiento partidario, a través de la creación de organizaciones de masas capaces de superar las divisiones ideológicas. La estrategia del frente único dará a Gramsci la posibilidad de coagular políticamente su teoría de la revolución como proceso de conquista del poder. Temas como la hegemonía, las alianzas, la construcción de un nuevo bloque histórico, pueden ser anudados con los requerimientos prácticos de la estrategia planteada entre 1921 y 1923. Como señala correctamente Poulantzas, "Gramsci y el grupo turinés de *L'Ordine Nuovo* parecen haber sido en la III Internacional en Europa y a pesar de sus errores, los únicos que comprendieron los problemas planteados por la realización del frente único".[44] Es que la nueva línea retomaba en gran parte los avances del "bienio rojo": "en las circunstancias actuales –se señala en la resolución del IV Congreso– un movimiento no podrá ser considerado como sistemáticamente organizado en medio de las ma-

sas proletarias, si no logra crear para la clase obrera y sus organizaciones comités de fábrica como base de su movimiento".[45]

Pero este aliento estratégico no duraría mucho en los cuadros de la IC, cada vez más preocupados por la defensa de la URSS y por la competencia con la socialdemocracia europea. Así, ya el V Congreso, en 1924, revisa parcialmente la política adoptada, llevándola "hacia la izquierda": el frente único pasa a ser un simple medio de agitar a las masas. En 1928, el VI Congreso borrará los últimos trazos de la opción diseñada en 1921. Finalmente, en 1934, otro golpe de timón revivirá los proyectos frentistas, pero ya en absoluta supeditación a las necesidades de la política exterior soviética: no se tratará de la unidad política de obreros y campesinos para la realización del socialismo, sino de una fórmula mucho más amplia, la del frente popular, cuyo eje es la coalición entre partidos antifascistas.

Como quedó dicho, el Partido Comunista –bajo la dirección de Bordiga– rechazó la línea del III y IV Congresos, limitando la aplicación de la estrategia del frente único sólo a la acción sindical, con lo que la distinción tajante entre "lucha económica" (para la que correspondería la unidad de acción) y "lucha política" (reservada con exclusividad al partido) quedaba consagrada. El período que corre desde la fundación del PCI hasta 1924 es el más oscuro de la vida política de Gramsci. En el Congreso de Livorno su grupo es relegado a un segundo plano: los turineses de *L'Ordine Nuovo* pagaban así la derrota sufrida por el movimiento de los consejos. Poco después de Livorno parte al exterior. Primero a Moscú, luego a Viena, permaneciendo en total dos años fuera de Italia, desde mayo de 1922 a mayo de 1924, en que es elegido diputado. Frente al bordiguismo que controla el partido, guardará silencio. En 1922, para el II Congreso del PCI, que se realiza en Roma, redacta junto con Tasca unas tesis sindicales en las que está presente el estilo *ordinovista*, pero las mismas no serán siquiera consideradas por la asamblea.

Durante todo ese período, en el que consolida su posición personal como miembro de la dirección de la Internacional, irá madurando las bases para una ofensiva política en el interior del PCI. Su paso por Moscú y su presencia en las deliberaciones del IV Congreso –el último al que asiste Lenin, ya gravemente enfermo– tendrán una influencia decisiva en el proceso político de Gramsci. El discurso que en esa ocasión pronuncia Lenin, publicado luego bajo el título de *Perspectivas de la revolución mundial a los cinco años de la revolución rusa*, gravitará fuertemente sobre él y aún en las notas

escritas en la cárcel se pueden rastrear sus huellas. Lenin planteará en esa oportunidad a los dirigentes de los partidos comunistas del mundo la necesidad de encarar los problemas revolucionarios –especialmente los referidos a la organización, pero también al contenido de su acción política– a partir de un estudio particularizado de cada situación nacional. Refiriéndose a las "Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los partidos comunistas", aprobadas en el III Congreso de la IC, Lenin señalaba que el defecto de esa resolución consistía en que era "rusa hasta la médula". "Mi impresión –agregaba– es que hemos cometido un gran error, que nos hemos puesto nosotros mismos un obstáculo en el camino de nuestros futuros éxitos. Repito que la resolución está muy bien redactada y acepto sus 50 o más párrafos; pero no hemos comprendido cómo hacer llegar nuestra experiencia a los extranjeros." [46] El llamado final de Lenin es a estudiar: los partidos comunistas que actúan en los países capitalistas "deben hacerlo en particular, llegar a comprender realmente la organización, estructura, método y contenido de la labor revolucionaria".[47]

El núcleo ideológico que Gramsci habrá de rescatar de esos debates de la Internacional estará atravesado por dos ejes: el desarrollo de la capacidad hegemónica del proletariado sobre el resto de las clases subalternas; la necesidad de "traducir" la lucha revolucionaria a las características nacionales de cada sociedad. Esta última condición –que es la de la guerra de posiciones, la de la hegemonía– se plantea para una escena política y social que no es la misma de Rusia en 1917. "La determinación que en Rusia era directa y lanzaba las masas a las calles al asalto revolucionario, en Europa central y occidental se complica por todas estas superestructuras políticas creadas por el mayor desarrollo del capitalismo que hacen más lenta y más prudente la acción de las masas y exige por lo tanto al partido revolucionario toda una estrategia y una táctica mucho más compleja y de larga duración que las que fueron necesarias para los bolcheviques en el período entre marzo y noviembre de 1917." [48] Ambos ejes conforman una matriz que suelda el pensamiento de Gramsci desde el momento consiliar hasta las reflexiones en prisión. Sobre ellos se recostará para iniciar una lucha frontal contra Bordiga que recién culminará en 1926.

En mayo de 1923, desde Moscú, comienza un intercambio de cartas con sus compañeros del grupo turinés, especialmente con Togliatti, volcado entonces al bordiguismo. Desde ese momento hasta marzo de 1924 se sucede una sostenida correspondencia en la que Gramsci plantea la necesidad de ajustar la línea del PCI a los

acuerdos de la Internacional, desalojando a Bordiga de la dirección. Señala Paggi que "la correspondencia mantenida entre 1923 y 1924 representa un ejemplo incomparable de ciencia política aplicada, de la manera con la cual un partido, llegado al límite de una crisis organizativa y política que amenaza su misma existencia física, puede, a través de la individualización de una línea política, colocarse en el transcurso de pocos meses como elemento resolutivo de la crisis histórica de un país. Nacen allí los elementos centrales del análisis gramsciano del fascismo".[49]

Efectivamente, en esa dura correspondencia, en la que llega a insinuar la posibilidad de quebrar al PCI si el bordiguismo no es derrotado, Gramsci anticipa los temas centrales que luego desarrollará en el más importante documento que elabora en su trayectoria como dirigente político: las tesis para el III Congreso del PCI, reunido en Lyon en enero de 1926, con las que el grupo *ordinovista* culmina su victoria sobre el "ultraizquierdismo". Esas Tesis de Lyon constituyen, como afirma Cortesi, el acta de nacimiento de "un nuevo liderazgo político-intelectual".[50]

A partir de considerar que "no existe en Italia la posibilidad de una revolución que no sea la revolución socialista", el documento define las fuerzas motrices de ese proceso: la clase obrera industrial y el proletariado agrícola; los campesinos del sur. Todo el texto supone una cuidada elaboración en términos del presente y el pasado de la sociedad italiana, de las relaciones –elaboradas por un "programa de transición"– que ligan el "momento democrático" con el "momento socialista" de la revolución. Estas precisiones no están presentadas propagandísticamente, sino articuladas con consignas específicas y con las instituciones concretas que han de confluir en el proceso. Pensadas a la luz de la construcción del frente único, las tesis encadenan el progresivo crecimiento de la lucha de las masas a través de organismos aptos para abarcarlas, con las tareas del partido, en tanto instrumento unificador y centralizador de un vasto movimiento popular.

El papel de las llamadas reivindicaciones inmediatas es valorizado "como momento necesario para llegar a la movilización progresiva y a la unificación de todas las fuerzas de la clase trabajadora". Pero esas reivindicaciones no se agotan en lo económico, sino que abarcan lo político. Si el eje político movilizador en sentido democrático está constituido por la lucha antimonárquica, los revolucionarios, en el interior de esa agitación, deberán plantear el problema de las formas del estado en conexión continua con el contenido que se proponen darle a ese estado. La consigna por lo

tanto será ésta: "Asamblea republicana sobre la base de los comités obreros y campesinos; control obrero sobre la industria; tierra a los campesinos".

Para llevar adelante este proceso, la estrategia organizativa es la del frente único, cuya función política está así concebida:

"El frente único de lucha antifascista y anticapitalista que los comunistas se esfuerzan en crear debe tender a ser un frente único organizado, esto es, a fundarse sobre organismos alrededor de los cuales las masas se congregan". Por fin, su expresión orgánica concreta serán los comités obreros y campesinos, consigna que "debe ser considerada como una fórmula que resume toda la acción del partido en tanto ella se propone crear un frente único organizado de la clase trabajadora." (Tesis 40.)

"Los comités obreros y campesinos –agregan las tesis– son órganos de unidad de la clase trabajadora movilizada sea por una lucha de carácter inmediato o sea por acciones políticas de más largo aliento. La consigna de la creación de comités obreros y campesinos es, por lo tanto, una consigna a poner en práctica inmediatamente en aquellos casos en que el partido alcanza con su actividad a movilizar una parte de la clase trabajadora lo suficientemente grande (. . .) pero es, al mismo tiempo, una solución política y una consigna agitativa adecuada a todo un período de la vida y la acción del partido. Ella pone en evidencia y concretiza la necesidad de que los trabajadores organicen sus fuerzas y las contrapongan de hecho a las de todos los grupos de origen y naturaleza burguesa, con el fin de poder transformarse en elemento determinante y preponderante de la situación política". (Tesis 41.)

Más adelante volveremos sobre el significado ideológico de las Tesis de Lyon en tanto ellas coronan políticamente la relación entre movimientos de masas y partido revolucionario, que Gramsci había comenzado a diseñar en la etapa consiliar. Interesa marcar ahora que pocos meses después del congreso, en noviembre de 1926, es detenido por la policía fascista. Nacen los casi 11 años de reclusión y marginamiento, sobre el fondo de un viraje de la Internacional que relegará a un segundo plano la opción planteada en Lyon. Hoy ya no caben dudas de que Gramsci, desde la cárcel, rechazó los cambios estratégicos propuestos desde Moscú y detrás de los cuales se alineó también el PCI. Si bien su actitud sólo se conoce fragmentariamente, las ya citadas memorias de Athos Lisa, entre otros documentos, despejan toda duda al respecto.[51]

"Es necesario, decía, ser más políticos, saber usar el elemento político, tener menos miedo de hacer política", narra Lisa. "No se

cansaba de repetir que el partido estaba enfermo de maximalismo"; "no se saben adecuar los medios a las diversas situaciones históricas"; "se es en general más propenso al verbalismo que a la acción política o se confunde una cosa con la otra". Lisa –que no compartía los juicios de Gramsci– agrega que en octubre de 1932 "me hablaba con el mismo profundo convencimiento y el mismo entusiasmo que en 1930". Gramsci suspenderá esas conversaciones en la cárcel, pues no quería aparecer estimulando una ruptura con la dirección del partido. Pero su orientación se mantiene, como lo revelan las notas que escribe entre 1930 y 1931: la primera versión sobre Maquiavelo y el nuevo Príncipe, la caracterización del economicismo como desviación principal y la necesidad de combatirlo en la lucha ideológica y en la práctica política. Preocupado por el "ultraizquierdismo" de la táctica de clase contra clase con que la Internacional, en su VI Congreso, borra los acuerdos de 1921 y 1923 y descarta de hecho toda alianza y todo objetivo intermedio, Gramsci escribirá en un cuaderno que abarca de 1930 a 1932: "En la política el error sucede por una torpe comprensión de lo que es el estado (en su significado integral: dictadura más hegemonía)."

Durante las conversaciones en la cárcel, según la versión de Lisa, Gramsci se detiene particularmente a analizar el problema campesino: sin una alianza con este sector –dice– "le estará cerrado al proletariado cualquier movimiento revolucionario serio". Retoma allí una preocupación expresada años antes en un texto que quedó inconcluso: *Alcuni temi della quistione meridionale.* Redactado en 1926, conforma con las Tesis de Lyon un único movimiento teórico con el que concluirá el diseño de la estrategia revolucionaria propuesta, enfocando por primera vez de manera sistemática el problema crucial de la unidad obrero-campesina. Su punto de partida será una reivindicación de la línea propuesta en 1919. "En el campo proletario –escribe– los comunistas turineses han tenido un mérito incontrastable: el haber impuesto la cuestión meridional en la atención de la vanguardia obrera, colocándola como uno de los problemas esenciales de la política nacional del proletariado revolucionario."

Y añade esta precisión sobre los objetivos implícitos de la práctica llevada a cabo por *L'Ordine Nuovo*, que anticipa los temas centrales de los cuadernos de la cárcel: "Los comunistas turineses se habían planteado concretamente la cuestión de la hegemonía del proletariado, esto es, de la base social de la dictadura proletaria y del estado obrero. El proletariado puede transformarse en clase dirigente y

dominante en la medida en que logre crear un sistema de alianzas de clases que le permita movilizar contra el capitalismo y el estado burgués a la mayoría de la clase trabajadora, lo que significa en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes en Italia, en la medida que logre obtener el consenso de las grandes masas campesinas."

El problema, para un político que trabaja sobre hombres reales, sobre colectividades situadas culturalmente y no sobre categorías censales, es cómo transformar este análisis sociológico acerca de la necesidad de determinada alianza de clases en la construcción concreta de un bloque político activo.

Es en este plano en el que legítimamente puede hablarse del *método* de Gramsci para el abordaje de una realidad sociopolítica. Para él, las clases sociales son algo más que datos estadísticos; son realidades históricas definidas –más allá de los criterios objetivos que pueden universalizar sus rasgos– por peculiaridades nacionales.

No se trata, por lo tanto, del planteo gèneral acerca de la alianza obrero-campesina, sino de responder a esta pregunta mucho más específica: ¿cómo se presenta, en la revolución italiana, el problema agrario? "(. . .) La cuestión campesina en Italia –responde– está históricamente determinada, no es la 'cuestión campesina y agraria en general'; en Italia, a raíz de una tradición determinada, a raíz de determinado desarrollo de la historia, la cuestión campesina ha asumido dos formas típicas y peculiares: la cuestión meridional y la cuestión vaticana. Conquistar a la mayoría de las masas campesinas significa por lo tanto, para el proletariado italiano, hacer propios estos dos problemas desde el punto de vista social, comprender las exigencias de clase que ellas representan, incorporar estas exigencias con su programa revolucionario de transición, colocar esas exigencias entre sus reivindicaciones."

Esta condición aparece como la piedra de toque para evaluar la capacidad revolucionaria de la principal clase subordinada; si no hegemoniza a campesinos e intelectuales, el proletariado no podrá construir el socialismo. Si no obtiene el apoyo de esos sectores, "el proletariado no se transforma en clase dirigente y estos estratos que en Italia representan a la mayoría de la población, permaneciendo bajo la dirección burguesa, dan al estado la posibilidad de resistir al ímpetu proletario y de quebrantarlo".

Para Gramsci la característica del sur de Italia es la gran disgregación social: los campesinos meridionales (a diferencia de los del norte) no poseen ninguna cohesión como clase. La sociedad es, en

esa zona, un gran bloque agrario constituido por tres estratos: la masa campesina amorfa y atomizada; los intelectuales de la pequeña y mediana burguesía rural; los grandes terratenientes y los grandes intelectuales. Estos dos últimos grupos dominan al conjunto del bloque, pese al permanente fermento campesino. Así, un "gran intelectual", como Benedetto Croce, representa la síntesis del sistema meridional. El problema de los intelectuales, como expresión de un bloque social, tema sobre el que volverá sistemáticamente en las notas de la prisión, aparece aquí por primera vez orgánicamente presentado.

"El campesino meridional se halla ligado al gran propietario terrateniente a través del intelectual. Los movimientos de los campesinos, en cuanto se compendian no en organizaciones de masa autónomas e independientes aunque fuere formalmente (. . .) terminan por integrarse siempre en las articulaciones del aparato estatal –comunas, provincias, cámara de diputados–, a través de la composición y descomposición de los partidos locales, cuyo personal está constituido por intelectuales, pero que se hallan controlados por los grandes propietarios y sus hombres de confianza."

La destrucción de ese bloque agrario meridional sólo puede darse a través de la creación de organizaciones autónomas de campesinos pobres. Impulsar esa tendencia es una tarea central del partido político de los obreros industriales; su éxito en la empresa será función de su "capacidad de disgregar el bloque intelectual, que es la armadura flexible pero muy resistente del bloque agrario".

Alcuni temi della quistione meridionale quedó inconcluso. Pero se trata de un sólido puente que vincula su obra anterior con los escritos de la cárcel. Las notas sobre los intelectuales, sobre el Risorgimento como nudo decisivo de la historia italiana y sobre el papel cultural de Croce están estrechamente vinculadas con este texto de 1926, escrito en las vísperas de su prisión.

Para Gramsci, la burguesía italiana consolidó un esquema de poder a principios de siglo, a través de un proceso transformista, buscando alianzas con los obreros del norte para enfrentar la posibilidad de una sublevación simultánea de los campesinos del sur y los trabajadores de las grandes ciudades industriales. En ese esquema se alojó el partido socialista, que se transformó en un instrumento de la política burguesa al consolidar un "sentido común" de los obreros del norte, en el que los campesinos meridionales aparecían como "biológicamente inferiores". La ruptura operada en el seno del socialismo a partir de la guerra involucraba también

la necesidad de superar ese esquema y replantear el problema meridional como forma específica de la "cuestión campesina" en la revolución italiana. El primer paso para ello era despojar al proletariado de su "corporativismo de clase", transformándolo en dirigente de la totalidad de los grupos subalternos, en lugar de ser un aliado reformista de la burguesía septentrional. La traducción a las condiciones de Italia del problema agrario, aparece en la maduración del pensamiento gramsciano como el nudo que enlaza la temática del frente único con la preocupación por la forma "nacional y popular" de la revolución socialista y con el papel del partido como sintetizador de una voluntad colectiva.

El 12 de septiembre de 1923 Gramsci dirige una carta a la dirección del PCI proponiéndole la edición de un periódico. Sugiere que su título sea *L'Unità*, "porque creo que luego de la decisión del Ejecutivo Ampliado (de la IC) sobre el gobierno obrero y campesino debemos dar especial importancia a la cuestión meridional, esto es, a la cuestión en la cual *el problema de las relaciones entre obreros y campesinos se plantea no sólo como un problema de relaciones de clase sino también y especialmente como un problema territorial, esto es, como uno de los aspectos de la cuestión nacional*". Y agregaba: "Creo personalmente que la consigna de gobierno obrero y campesino tiene que ser adaptada así en Italia: república federal de los obreros y campesinos."

El frente único, la cuestión meridional, el gobierno obrero y campesino, la fase de transición cuyo eje son las reivindicaciones intermedias, contienen políticamente la temática teórica de la hegemonía, del bloque histórico, del estado concebido en sentido amplio, eslabones ideológicos de la concepción estratégica de la revolución como "guerra de posiciones". Suponen, además, una puesta a punto del tema ya esbozado en la etapa *ordinovista*: las articulaciones entre el partido y los movimientos de masas. En este período el núcleo de elaboración estará en el partido, pero la percepción de la revolución como un proceso de conquista y no de toma del poder tiñe toda la elaboración acerca del instrumento partidario.

En una de las cartas en las que insta a sus amigos turineses a romper con Bordiga, fechada el 9 de febrero de 1924, expresa así sus críticas a la concepción vigente sobre el papel del partido: "No se concibió al partido como el resultado de un proceso dialéctico en el que convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizativa y directiva del centro, sino como algo apoyado en el aire, que se desarrolla por sí y para sí, y adonde

las masas llegarán cuando la situación sea propicia o cuando el centro del partido juzgue tener que iniciar una ofensiva y se rebaje hasta la masa para estimularla y llevarla a la acción." Para Gramsci el partido debe ser "parte" de la clase obrera y no su "órgano". El partido está unido a la clase no sólo por vínculos "ideológicos" sino también por lazos de carácter "físico"; "por tanto, al definir al partido hay que subrayar particularmente la parte de la definición que da importancia a la intimidad de las relaciones que existen entre el partido y la clase de la cual surge".[52]

Esta caracterización se reafirma en las Tesis de Lyon, en las que se plantea que "la organización de la vanguardia proletaria en partido comunista es la parte esencial de nuestra actividad organizativa". (Tesis 24.)

Pero, ¿qué tipo de partido? "Según la extrema izquierda el proceso de formación del partido es un proceso 'sintético'; para nosotros, en cambio, es un proceso de carácter histórico y político, estrechamente ligado con todo el desarrollo de la sociedad capitalista. La distinta concepción lleva a determinar de modo distinto la función y las tareas del partido. Todo el trabajo que el partido debe realizar para elevar el nivel político de las masas, para convencerlas y llevarlas al terreno de la lucha de clase revolucionaria queda subestimado y obstaculizado por la errada concepción de la extrema izquierda, por la separación inicial que produce entre el partido y la clase obrera." Partido de clase, esa condición no debe ser sólo atribuible a su ideología sino también a su estructura. Su base organizativa debe ser el lugar de producción, porque los obreros no son –como lo cree el espíritu pequeño burgués de algún intelectual socialista– "el instrumento material de la transformación social [sino] el protagonista consciente e inteligente de la revolución". (Tesis 29.)

Frente a quienes criticaban esa opción organizativa que ponía el eje en las células de empresa, Gramsci retomaba explícitamente el discurso *ordinovista*: "La práctica del movimiento de fábrica (1919-1920) ha demostrado que sólo una organización adherida al lugar y al sistema de la producción permite establecer un contacto entre los estratos superiores e inferiores de la masa trabajadora (calificada, no calificada, peones) y crear vínculos de solidaridad que quiebren las bases de todo fenómeno de aristocracia obrera". (Tesis 30.) La finalidad del partido es organizar y unificar alrededor de la clase obrera a todas las fuerzas populares; esto es, *dirigirlas* en el proceso de conquista del poder.

¿Qué significa dirigir? En las tesis se anticipa un tema clave de los

cuadernos: dirigir no es dominar. "Un grupo social –escribirá Gramsci en la cárcel– es dominante de los grupos adversarios que tiende a 'liquidar' o a someter aun mediante la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines y aliados." La distinción vale también para la relación entre el grupo político y la clase que tiende a representar.

"El principio que el partido dirige a la clase obrera –dice la tesis 36– no debe ser interpretado de un modo mecánico. No hay que creer que el partido puede dirigir a la clase obrera por una imposición autoritaria externa; esto no es así ni para el período que precede ni para el que sigue a la conquista del poder. El error de una interpretación mecánica de este principio debe ser combatido en el partido italiano como una posible consecuencia de las desviaciones ideológicas de extrema izquierda; *estas desviaciones llevan en los hechos a una arbitraria sobrestimación formal del partido en lo que respecta a su función de guía de la clase. Nosotros afirmamos que la capacidad de dirigir a la clase está en relación no al hecho de que el partido se proclame el órgano revolucionario de ella, sino a que efectivamente logre, como parte de la clase obrera, ligarse con todas sus fracciones e imprimir a las masas un movimiento en la dirección deseada según las condiciones objetivas. Sólo como consecuencia de su acción entre las masas el partido podrá conseguir que ellas lo reconozcan como su partido (conquista de la mayoría) y sólo cuando esta condición está cumplida puede presumir de conducir a la clase obrera. Las exigencias de esta acción dentro de las masas son superiores a cualquier 'patriotismo' de partido.*"

Cuando en la cárcel reflexione sobre las manifestaciones de sectarismo de los años 30, anotará estas palabras que claramente traen ecos de su combate de 1925: "Pensamiento sectario es aquel a partir del cual no se alcanza a percibir que el partido político no es sólo la organización técnica del partido mismo, sino la de todo el bloque social del cual el partido es guía porque es su expresión necesaria."

Sobre este modelo antijacobino de partido –tan diferente al propiciado por la "bolchevización" impulsada en esos años por el stalinismo– deberá articularse el resto de las organizaciones de las clases populares: sindicatos y sobre todo consejos y comités de base, expresiones concretas del frente único. Si el partido es el principal impulso político para el frente, las organizaciones de masas deben ser la trama compleja en el interior de la cual la totalidad de las clases populares despliegan su iniciativa histórica. La teoría del partido, así, no es teoría de su organización técnica sino de su relación con la clase y con el pueblo. Por eso, el impulso consiliar de la posguerra no desaparecerá jamás en Gramsci. Más allá de acen-

tos distintos, lo que permanece es su concepción de la revolución, a la que se supeditan los instrumentos organizativos. Esa concepción se basa en que partido y sindicatos no pueden abarcar a la totalidad del pueblo y sin la participación de las grandes multitudes encuadradas en instituciones específicas, la revolución es imposible.

La teoría de la organización en Gramsci es mucho más que una teoría del partido: es una teoría de las articulaciones que deben ligar entre sí a la pluralidad de instituciones en que se expresan las clases subalternas. La "guerra de posiciones", en tanto supone una "concentración inaudita de la hegemonía", requiere una metodología del movimiento de masas capaz de soldar la "espontaneidad" de éste con la "dirección consciente". Bajo este título redactará en la cárcel una nota en la que resume esta concepción y en ella defenderá también la acción desarrollada entre 1919-1921. La dirección que ejerció entonces el partido –dice– no fue abstracta; "se aplicaba a hombres reales formados en determinadas relaciones históricas, con determinados sentimientos, modos de concebir, fragmentos de concepción del mundo, etc., que resultaban de las combinaciones 'espontáneas' de un determinado ambiente de producción material con la 'casual' aglomeración de elementos sociales dispares. Este elemento de 'espontaneidad' no se descuidó, ni menos se despreció: fue educado, orientado, depurado de todo elemento extraño que pudiera corromperlo, para hacerlo homogéneo, pero de un modo vivo e históricamente eficaz, con la teoría moderna." Y agrega: "Esta unidad de la 'espontaneidad' y la 'dirección consciente', o sea, de la 'disciplina', es precisamente la acción política real de las clases subalternas en cuanto política de masas y no simple aventura de grupos que se limitan a apelar a las masas."

4. La reflexión desde la derrota

> La guerra de posición en política es el concepto de hegemonía.
>
> *Cuaderno VIII*, fragmento 52

"Mi vida transcurre con la misma monotonía. Hasta el estudio resulta muchísimo más difícil de lo que parece. Recibí algunos

libros y realmente leo mucho –más de un volumen por día, además de los diarios– pero no es a esto que quiero referirme. Es a otra cosa: me obsesiona –supongo que es éste un fenómeno propio de los presos– la idea de que debería hacer algo *für ewig*, para la eternidad, de acuerdo con un concepto goethiano que según recuerdo atormentó mucho a nuestro Pascoli. En una palabra: quisiera ocuparme intensa y sistemáticamente, de acuerdo con un plan preconcebido, de alguna materia que me absorba y centralice mi vida interior." La carta, enviada desde la cárcel de Milán el 19 de mayo de 1927, es la primera en que Gramsci anuncia su intención de elaborar un plan de trabajo para desarrollar en prisión.

Añade en ella que le preocupan cuatro temas "lo que ya de por sí es un indicio de que no acabo de concentrarme": *1*) un estudio sobre los intelectuales italianos, *2*) un estudio de lingüística comparada, *3*) un estudio sobre Pirandello y la transformación del gusto teatral italiano, *4*) un ensayo sobre la literatura de folletín. La homogeneidad que encontraba en estas cuatro materias consistía en que ellas expresaban "el espíritu popular creador a través de sus distintas manifestaciones y grados evolutivos".

Este plan *für ewig* no fue cumplido, aunque haya aspectos del mismo que aparecen en sus cuadernos de cárcel. Mejor: el cambio que Gramsci va produciendo en relación con sus proyectos iniciales no tiene tanto que ver con una mudanza de temas sino con un viraje en cuanto al criterio ordenador de ellos; todos quedarán subordinados a una intención política directa. Desde los análisis históricos hasta los temas culturales, filosóficos o literarios que se despliegan en sus textos.

Detenido en Roma el 8 de noviembre de 1926, es condenado a 20 años, 4 meses y 5 días de prisión, el 4 de junio de 1928. Entre su arresto y la emisión del fallo por el Tribunal Especial deambula por varias prisiones: Nápoles, Palermo, Ustica, Milán. Ya recluido en la cárcel de Turi, cerca de Bari, donde permanecerá hasta octubre de 1933 en que es trasladado, siempre como prisionero, a una clínica en Formia y luego, en 1935, a otra en Roma, Gramsci recibirá recién en enero de 1929 autorización para escribir en la celda. El 9 de febrero de ese año comenzará la redacción de sus cuadernos, proponiéndose un plan de trabajo mucho más circunstanciado que el anterior, en el que anota ya 16 temas centrales. En 1932 volverá a reformularlo, con mayor amplitud pero siempre dentro de pautas parecidas. Castigado por una despiadada acumulación de males físicos, de dolores afectivos, de aislamiento político, Gramsci llega a cubrir, con una escritura maniáticamente prolija,

33 cuadernos de escolar, equivalentes a alrededor de 4 000 páginas dactilografiadas. Tras su muerte a los 47 años, el 27 de abril de 1937 (6 días después de haber cumplido su condena que había sido rebajada por una amnistía parcial) los cuadernos fueron llevados a Moscú. A fines de 1938 llegan a manos de Togliatti y luego de la guerra vuelven a Italia para iniciarse así la etapa de su publicación.

Nacen entonces los "libros" de Gramsci, jamás escritos como tales. En lugar de publicarlos siguiendo el orden cronológico de su confección (un elemento importantísimo para reconstruir las ligazones entre su pensamiento y el mundo externo) una comisión especial del PCI presidida por Togliatti decidió agruparlos por argumento, a fin de facilitar su notoriamente difícil lectura. Entre 1948 y 1951 fueron editados seis volúmenes: *Il materialismo storico e la filosofia de Benedetto Croce* (1948), *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura* (1949), *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno* (1949), *Il Risorgimento* (1949), *Letteratura e vita nazionale* (1950) y *Passato e Presente* (1951), todos ellos traducidos al español a partir de los años 60.

Son estos cuadernos de cárcel, ordenados de forma ahistórica, lo que conoce de Gramsci el lector latinoamericano. Así presentados ¿qué transmiten esos textos? Una visión fragmentaria, sin hilo conductor, sin soldaduras entre trozos aislados de reflexión, sin tiempo; un discurso inteligente pero a menudo críptico. Una suma de partes, en fin, como si en realidad el material tan vasto de las notas fuera nada más que apuntes personales para esa obra *für ewig*, desinteresada, que Gramsci anunció en 1927 como su objetivo de trabajo en la prisión.

Pero los cuadernos no son eso. "El no haber comprendido el significado de amarga ironía sobre sus propias condiciones de recluso implícito en el 'für ewig' de la primera exposición de su programa de estudio, ha contribuido quizás a ver en los cuadernos una suerte de intencionado retiro de la pasión política inmediata que había animado a toda la precedente reflexión gramsciana. Hoy sabemos con certeza que aquellas notas fueron concebidas por un hombre que veía en su detención un paréntesis de su actividad política y que colocaba en el centro de sus pensamientos y de sus preocupaciones el desarrollo de la política del partido." [53]

Efectivamente, como lo señala el comentario de Paggi, la política concreta, la trama real de la historia del movimiento comunista mundial, la discusión sobre la revolución socialista en Italia, es la materia viva de los cuadernos. Conceptos como hegemonía, bloque

histórico, estado o intelectuales no pueden ser comprendidos cabalmente fuera de ese marco polémico. Sin la captación de un eje político, su aparato teórico resulta ininteligible o apenas un pretexto para ejercicios de crítica intelectual. En concreto: sin las Tesis de Lyon o las notas sobre el problema meridional, las reflexiones desde la prisión –desde la derrota; desde el fascismo y el stalinismo– no pueden ser leídas salvo como enfoques "teóricos". Pero los cuadernos no proponen una nueva teorización y ni siquiera una nueva estrategia; son –como señala Salvadori– "la maduración y la reflexión sobre una estrategia".[54]

El desencadenante político de los apuntes es el viraje sectario de la IC en 1930, que borra los aportes elaborados entre el III y IV Congresos y propone para la revolución italiana un camino totalmente opuesto al fijado por las Tesis de Lyon. El núcleo de los cuadernos es ése: defender y fundamentar en una dimensión más profunda una opción política que estaba siendo desvirtuada. Cuando, a través de una de las escasas visitas que recibía en la cárcel, se entera de la nueva línea del PCI, escribe el 16 de junio de 1930: "Acabo de tener una entrevista con mi hermano que ha impreso un verdadero zig-zag a mis pensamientos." Es de entonces que nacen las charlas en la cárcel con los otros presos comunistas, tendientes –como detalla Athos Lisa– "a la creación de un núcleo de elementos capaces de aportar al partido una contribución ideológica más sana".

Otro de sus compañeros de prisión, Giuseppe Ceresa, brindó en 1938 el siguiente testimonio de la actitud de Gramsci en aquel momento: "Se indignaba ante la superficialidad de algunos camaradas que en 1930 afirmaban que era inminente la caída del fascismo (dos o tres meses, este invierno como máximo, afirmaban aquellos profetas de la facilonería) y que sostenían que de la dictadura fascista se pasaría inmediatamente a la dictadura del proletariado. Gramsci combatía estas posiciones mecanicistas, abstractas, antimarxistas, que se basaban en gran parte en el factor 'miseria' como un factor decisivo para hacer desembocar los movimientos de las masas en la revolución proletaria y en la dictadura del proletariado. Él decía: 'la miseria y el hambre pueden provocar convulsiones, revueltas que lleguen incluso a destruir el equilibrio establecido, pero hacen falta muchas otras condiciones para destruir el sistema capitalista'."[55]

No es por azar, entonces, que daten de 1930 los apuntes de crítica al economicismo en los que se incluye la necesidad de desarrollar el concepto de hegemonía como forma de combatir esa "supersti-

ción", "no sólo en la teoría de la historiografía sino también y *especialmente en la teoría y en la práctica política*". Si el *eje político* de los cuadernos de la cárcel es la crítica al viraje de los años 30, su ordenador teórico es la confrontación con el economicismo. Pero no como crítica filosófica, de principios, sino articulando en ella un aparato de conceptos aptos para el análisis político, coherentes con su teoría de la revolución como proceso de conquista del poder, como hecho de masas, como realización de una nueva voluntad colectiva nacional-popular. Cuando anota que la guerra de posiciones es en política el concepto de hegemonía, traza la equivalencia entre su indagación teórica y su preocupación política.

Cuatro unidades componen la estructura fundamental de ese discurso en el cual por primera vez se realiza en el campo de la ciencia política la maduración del socialismo. Ellas son: *1*) la definición del estado como síntesis de un sistema hegemónico; *2*) la caracterización de la crisis del estado; *3*) las condiciones para la creación de un nuevo bloque histórico; *4*) los rasgos del principal instrumento de transformación social, el partido, el "nuevo príncipe". Estos cuatro núcleos vertebran todos los desarrollos parciales, integran en un solo *corpus* a textos aparencialmente tan autónomos como por ejemplo los referidos al papel de los intelectuales, a los problemas del Risorgimento y la unidad italiana, a la literatura folletinesca, a la ideología del "fordismo" o los apuntes metodológicos desplegados en las críticas a Croce o a Bujarin. Anudan también a lo que sólo son esbozos, reseñas, como los agrupados en *Passato e Presente*, la recopilación menos orgánica, casi residual de los cuadernos de la cárcel.

El punto de arranque lógico es la definición del estado como combinación de coerción y consenso, como articulación entre sociedad civil y sociedad política, porque ella supone, simultáneamente, la base para su teoría de la revolución, entendida como guerra de posiciones. El estado, en la concepción gramsciana, no es sólo el aparato de gobierno, el conjunto de instituciones públicas encargadas de dictar las leyes y hacerlas cumplir. El estado bajo el capitalismo (y sólo allí es lícito hablar de estado para referirse al poder político) es un estado hegemónico, el producto de determinadas relaciones de fuerza sociales, "el complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio sino también logra obtener el consenso activo de los gobernados". En ese sentido, integran el estado capitalista, como "trincheras" que lo protegen de "las irrupciones catastróficas del elemento económico inmediato", el conjunto de instituciones

vulgarmente llamadas "privadas", agrupadas en el concepto de sociedad civil y que corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en la sociedad. Familia, iglesias, escuelas, sindicatos, partidos, medios masivos de comunicación, son algunos de estos organismos, definidos como espacio en el que se estructura la hegemonía de una clase, pero también en donde se expresa el conflicto social. Porque la caracterización de una sociedad como sistema hegemónico no supone postular un modelo absolutamente integrado de la misma: las instituciones de la sociedad civil son el escenario de la lucha política de clases, el campo en el que las masas deben desarrollar la estrategia de la guerra de posiciones.

El razonamiento gramsciano se implanta sobre la primacía de la política, no como "esencia" sino como momento superior de la totalidad de las relaciones de fuerza sociales. Si para analizar las condiciones de funcionamiento de un sistema hegemónico debe considerarse a la economía como su "determinación en última instancia", para operar su desestructuración el camino es inverso: lo dominante son los conflictos en el plano de la política. La definición amplia de estado ("hegemonía acorazada de coerción") virtualmente lo identifica con el concepto marxista tradicional de superestructura. Explícitamente Gramsci señala que "el sistema de las superestructuras debe ser concebido como distinciones de la política". El papel de la ciencia política en la construcción de una ciencia social global, pasa así a ser decisivo; "es evidente –dice– que todas las cuestiones esenciales de la sociología no son más que cuestiones de la ciencia política".[56]

Pero la concepción gramsciana del estado no aparece en toda su dimensión si no se la vincula con su concepción de la crisis. Allí se manifiesta claramente la continuidad con los análisis políticos contenidos en las discusiones de la IC entre 1921 y 1923: la superación de una teoría insurreccionalista de "toma del poder" necesariamente debe completarse con una redefinición del estado que se desea subvertir. En las sociedades capitalistas, donde la sociedad civil es compleja y resistente y sus instituciones son "como el sistema de las trincheras en la guerra moderna", la ruptura del sistema no se produce por el estallido de crisis económicas; ellas "sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que hacen a todo el desarrollo ulterior de la vida estatal".

El reverso lógico de la teoría del estado en Gramsci es su teoría de la crisis, en la que piensa sobre todo en términos de la historia de Italia entre la terminación de la guerra y el ascenso del

fascismo. ¿Cuándo puede decirse que un sistema ha entrado en crisis? Sólo cuando esa crisis es social, política, "orgánica". Sólo, en fin, cuando se presenta una crisis de hegemonía, "crisis del estado en su conjunto". Estas crisis orgánicas, que pueden o no tener como estímulo a una crisis económica, se originan casi siempre por la convergencia entre el fracaso de los viejos grupos dirigentes en alguna gran empresa para la que convocaron a las masas populares (el ejemplo que tiene presente es la primera guerra mundial) y el crecimiento de la movilización de sectores sociales hasta ese momento pasivos. La presencia de la crisis de hegemonía no garantiza la revolución: sus resultados pueden ser diversos, dependen de la capacidad de reacción y reacomodamiento que tengan los distintos estratos de la población; en suma, de las características que adopte la relación entre las fuerzas.

Una salida es el cesarismo: la emergencia de algún grupo que se mantuvo relativamente independiente de la crisis y que opera como árbitro de la situación. De la relación concreta entre los grupos enfrentados depende que el cesarismo sea progresivo o regresivo.

Otra salida es el transformismo: la capacidad que las clases dominantes poseen para decapitar a las direcciones de las clases subalternas y para integrarlas a un proceso de revolución-restauración. Ambas son, de algún modo, salidas "impuras" que suponen compromisos. En los extremos quedan la reconstrucción lisa y llana del control que mantenían los antiguos representantes de las clases dominantes, o la revolución de las clases subalternas. La preparación de las condiciones para facilitar este último camino es el problema que le interesa a Gramsci cuando insta a analizar cada sociedad como un sistema hegemónico particular, como el resultado de una compleja relación de fuerzas.

Estos análisis, para los que propone un canon metodológico, sólo son útiles, salvo si nos referimos al pasado, si "sirven para justificar una acción práctica, una iniciativa de voluntad. Ellos muestran cuáles son los puntos de menor resistencia donde la fuerza de la voluntad puede ser aplicada de manera más fructífera, sugieren las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede lanzar mejor una campaña de agitación política, qué lenguaje será mejor comprendido por las multitudes, etcétera".

En ese mismo apunte, destinado a refutar la idea de que las crisis históricas son determinadas por las crisis económicas, figura este párrafo que marca el pasaje a otro nivel de su reflexión: "El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanente-

mente organizada y predispuesta desde largo tiempo, que se puede hacer avanzar cuando se juzga que una situación es favorable (y es favorable sólo en la medida en que una fuerza tal exista y esté impregnada de ardor combativo)."

La teoría de la crisis se enlaza de tal modo con la estrategia para la constitución de un "bloque histórico" alternativo, capaz de sustituir la dominación vigente e instalar un nuevo sistema hegemónico. Ese nuevo bloque histórico, orgánico, en el que estructura y superestructura se articulan en una unidad dialéctica, supone, como base, la conformación de una coalición política de las clases subalternas, bajo la hegemonía del proletariado. Analíticamente desagregado, este proceso que integra sociedad con política se despliega en varios pasos. Así, lo que se conoce clásicamente como "alianza de clases" sería la consideración objetiva acerca de los clivajes estructurales que, en función de *intereses*, se plantean en una sociedad entre las distintas clases y fracciones de clase, más allá de la percepción de los actores.

Esta primera dimensión debe completarse con el desarrollo de las formas políticas, esto es subjetivas, voluntarias, con que esa alianza (o campo común de intereses objetivos) debe realizarse. Estamos ya en el nivel orgánico de constitución de un bloque de fuerzas representativas de las contradicciones sociales, que debe replicar, en el plano de las relaciones de fuerzas políticas, en el espacio de la lucha por el poder, al enfrentamiento tal cual éste se da en la estructura social. Este bloque no es aún el "bloque histórico", en tanto éste supone el control del poder del estado (y no sólo siquiera del aparato del estado), pero es su condición de posibilidad.

La realización del bloque histórico sólo es pensable desde el poder, como construcción de un nuevo sistema hegemónico, en el que una clase dirige y domina a la totalidad social desde las instituciones de la sociedad política (estado-gobierno) y las instituciones de la sociedad civil (estado-sociedad). El bloque político de las clases subalternas incluye como principio ordenador de su estructura, la capacidad hegemónica de la clase obrera industrial sobre el conjunto del pueblo. Más aún: sin hegemonía el bloque no existe, porque éste no equivale a una agregación mecánica de clases. En este aspecto la hegemonía aparece como la potencialidad para *dirigir* a las otras clases subalternas a través de la elaboración de un programa de transición y de la construcción de instituciones aptas para estimular y abarcar sus movilizaciones "espontáneas".

"El hecho de la hegemonía –aclara– presume indudablemente

que se tienen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejerce la hegemonía, que se forme un cierto equilibrio de compromiso, es decir, que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo, pero es también indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden concernir a lo esencial, ya que si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica." La hegemonía tiene como espacio de constitución a la política: grupo hegemónico es aquel que representa los *intereses políticos* del conjunto de los grupos que dirige. Si está claro que el concepto de hegemonía excede el campo de lo económico, parece necesario recalcar también que el mismo no se agota en el nivel de lo ideológico. La hegemonía se realiza (y esto vale para el bloque en el poder y para el bloque revolucionario) a partir de *aparatos hegemónicos* que articulan cada bloque, instituciones de la sociedad civil que contienen en su interior el despliegue de las relaciones de fuerza o, si se prefiere, de la lucha de clases en todos sus niveles.

Hegemonía y alianzas se complementan así en una unidad conceptual: todo bloque supone la articulación política entre clases fundamentales y clases auxiliares. Más aún: el eje de la estrategia de la clase subalterna fundamental consiste en desplazar hacia el interior de un bloque hegemonizado por ella, a quienes actúan como clases auxiliares del bloque en el poder. La díada del conflicto de clases se transmuta así en tríada; para el revolucionario el razonamiento no debe ser dualista sino ternario.[57]

En los cuadernos, muchas veces de manera poco sistemática, aparecen análisis específicos de las formas históricas de construcción de la hegemonía. El estudio sobre el Risorgimento, por ejemplo, no puede ser entendido fuera de esta clave teórico-política. Como señala Ragionieri, estos textos sobre la unidad italiana no son otra cosa que "reflexiones políticas ejemplificadas históricamente".[58] Refiriéndose al fracaso de los jacobinos de Mazzini frente a los moderados dirigidos por Cavour, señala Gramsci que "un grupo social puede e incluso debe, ser dirigente antes de conquistar el poder gubernamental (y ésta es una de las condiciones principales para la misma conquista del poder); después, cuando detenta el poder e incluso si lo tiene firmemente en un puño, se transforma en dominante, pero debe continuar igualmente siendo 'dirigente' ". Dicha nota, finalmente titulada "El problema de la dirección política en la formación y en el desarrollo

de la nación y del estado moderno en Italia", tenía, en su redacción primera de 1929, un título que hablaba elocuentemente del alcance más general que Gramsci pretendía darle a la misma: "Dirección política antes y después de la conquista del gobierno."

La constitución del bloque revolucionario, condición del nuevo bloque histórico, plantea en la práctica dos temas conexos: las formas de expresión de las clases subalternas y la constitución del "nuevo príncipe", del partido revolucionario, como sintetizador de una voluntad colectiva nacional-popular. Teóricamente, este discurso incluye la discusión acerca de las relaciones entre "espontaneidad y conciencia", planteada por primera vez de manera sistemática por Lenin en el *¿Qué hacer?* a partir de la matriz kautskiana. Gramsci elude –a diferencia del discurso leninista– una distinción tajante entre ambos niveles, lo que implica una apreciación distinta, ya en una esfera más abstracta, acerca de la diferenciación existente entre un plano propio de la "ciencia" y otro de la "ideología". En este campo, el corte más nítido que Gramsci establece con el paradigma leninista –que simultáneamente lo acerca a la perspectiva gnoseológica desarrollada por Mao–, está referido al problema de la relación intelectuales socialistas-clase obrera, vista por Lenin, en las huellas de Kautsky, como una relación de exterioridad.

"Una masa humana –escribe en los cuadernos– no se distingue y no se torna independiente *per se* sin organizarse (en sentido lato) y no hay organización sin intelectuales, o sea sin organizadores y dirigentes, es decir, sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se distinga concretamente en una capa de personas 'especializadas' en la elaboración conceptual y filosófica. Pero ese proceso de creación de intelectuales es largo, difícil, lleno de contradicciones, de avances y retrocesos, desbandes y reagrupamientos y en él la 'fidelidad de las masas' (y la fidelidad y la disciplina son inicialmente la forma que asume la adhesión de la masa y su colaboración al desarrollo de todo fenómeno cultural) es puesta a dura prueba. El proceso de desarrollo está vinculado a una dialéctica intelectuales-masa."

En este plano se inserta, por un lado, la teoría gramsciana de los intelectuales como representantes de las clases sociales en el ejercicio de las funciones de hegemonía social y de gobierno político y, por otro, la consideración acerca de la historia y la cultura propias de las clases subalternas. De otro modo: la problemática acerca de la conexión entre la "conciencia" y la "espontaneidad", cuyo núcleo de unificación será la teoría del partido revolucionario.

Las clases se homogeneizan en el estado, entendido éste no como institución jurídica sino como resultado de las relaciones orgánicas entre sociedad política y sociedad civil. En ese sentido, la historia de las clases subalternas es una función disgregada y discontinua de la sociedad civil: no podrán unificarse realmente mientras no se constituyan en estado y para ello necesitan, como primer paso, la producción de intelectuales orgánicos capaces de otorgarles la conciencia de su propia función no sólo en el campo económico sino también en el social y el político. En las sociedades modernas, esa función se corresponde primordialmente con la que realizan los partidos políticos. "Que todos los miembros de un partido político deban ser considerados como intelectuales, he ahí una afirmación que puede prestarse a la burla y a la caricatura; sin embargo, si se reflexiona, nada hay más exacto." Pero la historia de las clases subalternas, aunque "disgregada y discontinua", no configura un espacio en blanco. Todos los hombres, hasta los más simples, son "filósofos": ello se expresa en el lenguaje, en el sentido común, en el buen sentido, "en todo el sistema de creencias, supersticiones, opiniones, maneras de ver y de obrar que se manifiestan en lo que se llama generalmente folklore".

Desde ese terreno (y no fuera de él) debe ser elaborada una visión crítica que supere las limitaciones de esa concepción tradicional popular del mundo, que sea capaz de arrancar de los núcleos de "buen sentido" que la misma aloja para depurarla de sus residuos y convertirla en algo unitario y coherente. En las ya citadas notas sobre "Espontaneidad y dirección consciente", anota: "¿Puede la teoría moderna encontrarse en oposición con los sentimientos 'espontáneos' de las masas? (. . .) No puede estar en oposición: hay entre una y otros diferencias 'cuantitativas', de grado, no de calidad: tiene que ser posible una "reducción' por así decirlo, recíproca, un paso de los unos a la otra y viceversa."

Los análisis sobre la función de los intelectuales y los fragmentos sobre la historia de la cultura italiana, agrupados por los editores en *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura* y en *Letteratura e vita nazionale*, encuentran su justificación en estas preocupaciones políticas relacionadas con la necesidad de resolver la constitución de un bloque de acción revolucionaria a partir de la condensación y superación de la historia del pueblo-nación expresada en configuraciones culturales particulares. Lo mismo cabe para las notas metodológicas de "Introducción al estudio de la filosofía y del materialismo histórico" y sobre "Algunos problemas para el estu-

dio de la filosofía de la praxis", agrupadas en *Il materialismo storico e la filosofia de Benedetto Croce.* Por fin, los apuntes sobre Maquiavelo y el "nuevo príncipe" no hacen más que reflejar la misma perspectiva para el análisis de las características de la organización revolucionaria, fundamentando teóricamente lo que ya había sido diseñado como proyecto político.

En un escrito de 1925, Gramsci anotaba tres áreas principales de problemas en relación con la construcción del partido político. En primer lugar, el problema de la relación entre la dirección y la base del partido; luego, las relaciones entre la dirección del partido y la clase obrera; finalmente, las relaciones entre la clase obrera y las demás clases anticapitalistas. Sobre estas tres áreas se encuentra abundante material en los cuadernos. La teoría del partido, como parte de una teoría de la revolución centrada en la guerra de posiciones, en la lucha por la hegemonía, debe estructurarse a partir de la elaboración de dos puntos fundamentales: "la formación de una voluntad colectiva nacional-popular de la cual el moderno príncipe es al mismo tiempo el organizador y la expresión activa y operante; y la reforma intelectual y moral". Ambos conceptos están entrelazados: la reforma intelectual y moral, la lucha por socializar una nueva concepción del mundo, es el terreno en el que se constituye la voluntad colectiva nacional-popular "hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna".

En ese sentido, la historia de un partido no es la historia de sus modos de existencia internos sino la historia de un grupo social determinado. Más aún: "escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país". Aunque "el sectario se exaltará frente a los pequeños actos internos que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo", la gravitación de un partido deriva solamente de "la medida en que su actividad particular haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país". La crítica al "patriotismo de partido" planteada en las Tesis de Lyon reaparece en los cuadernos como proyección de la "vanidad de las naciones" de la que habla Vico. Pero "la predestinación no existe para los individuos ni menos para los partidos: existe sólo la actividad concreta, el trabajo ininterrumpido, la continua adhesión a la realidad histórica en desarrollo, que dan a los individuos y a los partidos una posición de preeminencia, una tarea de guía y de vanguardia". El texto es de 1924 pero su aliento es de larga duración: perdura en todas las reflexiones desde la prisión.

Un partido deviene "necesario" históricamente y no puede ser destruido por medios normales, cuando logra articular tres niveles internos: *1*) una masa de hombres que va más allá de sus afiliados y penetra en el interior de los grupos sociales que el partido tiende a representar; *2*) un elemento de cohesión que disciplina y centraliza en el campo nacional a fuerzas que abandonadas a sí mismas poco contarían; *3*) un conjunto de cuadros medios que articulan el primero y el segundo nivel, poniéndolos en contacto "no sólo físico, sino moral e intelectual". La combinación de esos tres estratos –base, cuadros medios, dirección; réplica de la estructura de las fuerzas armadas– debe lograrse a partir de un "teorema de proporciones definidas" que en cada caso permita una mayor eficacia en la acción.

Si esa eficacia exige que el partido conforme un bloque monolítico, el problema consiste en el modo en que esa condición puede ser cumplida. Una salida sería el centralismo burocrático, pero de ese modo "el partido es solamente ejecutor, no deliberante; técnicamente es un órgano de policía y su nombre de 'partido político' es una pura metáfora de carácter mitológico". La contraposición a ese centralismo es el "centralismo democrático". Éste es "un centralismo en movimiento, vale decir una adecuación continua a la organización del movimiento real, una capacidad de equilibrar el impulso de la base con las orientaciones de la dirección, una inserción continua de los elementos que surgen de lo profundo de la masa en el sólido cuadro de dirección, el cual asegura la continuidad y la acumulación regular de las experiencias. Tal centralismo es realmente orgánico –concluye– porque tiene en cuenta al movimiento, que es la forma orgánica en que se revela la realidad histórica y no se esteriliza mecánicamente en la burocracia." Si quisiéramos sintetizar en pocos rasgos el núcleo de la teoría del partido en Gramsci –claramente diferenciada de la matriz kautskiana-leninista y mucho más de la práctica de "bolchevización" impulsada por el stalinismo– ellos nos podrían mostrar la absoluta contigüidad entre ella, su teoría de la crisis revolucionaria y su teoría del socialismo. Esos rasgos son:

Primero: A partir de su propia historia las masas tienden a organizarse de manera autónoma; el partido mantiene una relación con ellas tratando de conquistar la hegemonía *desde el interior* del movimiento popular;

Segundo: La organización partidaria nace en los lugares de producción; de modo que su ligazón con la clase no es sólo "ideológica" sino también "física":

Tercero: La revolución es un hecho de masas, la realización de una voluntad colectiva expresada en instituciones propias;

Cuarto: El poder es ejercido por las masas, pues el objetivo del socialismo es liquidar la distinción entre gobernantes y gobernados a través de una progresiva reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil.

El eje es siempre la necesaria relación del partido con las masas, la articulación entre intelectuales y pueblo, entre conciencia y espontaneidad, entre teoría y práctica social. Su clave no es organizativa sino gnoseológica. El eslabón que une a la economía, las clases y la política se condensa en el concepto de hegemonía, como éste, a su vez, se despliega históricamente en la guerra de posiciones. Esa posibilidad hegemónica, como "paso del saber al comprender, al sentir y viceversa, del sentir al comprender, al saber", es definida por Gramsci en una nota bajo ese título redactada en 1932:

"El elemento popular 'siente' pero no siempre comprende o sabe. El elemento intelectual 'sabe' pero no comprende o, particularmente, 'siente' (. . .) El error del intelectual consiste en creer que se pueda *saber* sin comprender y especialmente sin sentir ni ser apasionado (no sólo del saber en sí, sino del objeto del saber), esto es, que el intelectual pueda ser tal (y no un puro pedante) si se halla separado del pueblo-nación, o sea, sin sentir las pasiones elementales del pueblo, comprendiéndolas y, por lo tanto, explicándolas y justificándolas por la situación histórica determinada; vinculándolas dialécticamente a las leyes de la historia, a una superior concepción del mundo, científica y coherentemente elaborada: el 'saber'. No se hace política-historia sin esta pasión, sin esta vinculación sentimental entre intelectuales y pueblo-nación. En ausencia de tal nexo, las relaciones entre el intelectual y el pueblo-nación son o se reducen a relaciones de orden puramente burocrático, formal; los intelectuales se convierten en una casta o un sacerdocio (. . .) Si las relaciones entre intelectuales y pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos, –entre gobernantes y gobernados– son dadas por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber (no mecánicamente sino de manera viviente), sólo entonces la relación es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; sólo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea el 'bloque histórico'."

5. ¿Por qué Gramsci?

> Toda verdad, incluso si es universal y también si puede ser expresada con una fórmula abstracta de tipo matemático (para la tribu de los teóricos) debe su eficacia al ser expresada en los lenguajes de las situaciones concretas particulares: si no es expresable en lenguas particulares es una abstracción bizantina y escolástica, buena para el solaz de los rumiadores de frases.
>
> *Cuaderno IX*, fragmento 63

Discurso teórico desplegado desde la defensa de una estrategia política concreta, el rescate del pensamiento gramsciano requiere, por lo tanto, una justificación particular. Si sólo nos limitáramos a valorar su contribución como la de un precursor en el desarrollo de la ciencia política marxista, la pregunta que encabeza este epílogo tendría menos vigencia. Pero ese Gramsci no sería el real.

Su obra, para nosotros, implica una propuesta que excede los marcos de la teoría general para avanzar, como estímulo, en el terreno de la práctica política. Sus preguntas se parecen a nuestras preguntas, sus respuestas se internan en caminos que creemos útil recorrer. Escribiendo para una Italia de hace cincuenta años, en sus textos reconocemos una respiración que es la nuestra, en otra punta del tiempo y del mundo. Educados en el hábito "consumista" tan reiterado en las izquierdas latinoamericanas, las referencias a esta actualidad de Gramsci podrían ser sospechadas como parte de los cíclicos enamoramientos hacia modelos lejanos, a los que se acata sumisamente para luego cambiarlos por otros.

Ciertamente ¿por qué Gramsci, si él mismo señala que la estrategia propuesta "se plantea en los estados modernos y no en los países atrasados ni en las colonias, donde aún tienen vigencia las formas que en las primeras han sido superadas transformándose en anacrónicas"?

Esta propia estimación de su pensamiento parece avalar a quienes sostienen que el uso de sus conceptos es sólo pertinente en las sociedades capitalistas avanzadas, en el centro del mundo, en el "Occidente" imperialista. Sin embargo su problemática, tal cual la hemos visto, se evade de esos límites rígidos y nos alcanza. Más aún: en uno de sus últimos trabajos previos a la prisión, Gramsci

propone otro criterio para la distinción entre sociedades que, aunque nada más que indicativo, resulta más matizado que el extremo enfrentamiento entre "Oriente" y "Occidente".

Analizando la situación internacional y las posibilidades revolucionarias, define entonces dos tipos de países: los de capitalismo avanzado y los de "capitalismo periférico". En los primeros, "la clase dominante posee reservas políticas y organizativas que no poseía en Rusia, por ejemplo (...) el aparato estatal es mucho más resistente de lo que a menudo suele creerse y logra organizar, en los momentos de crisis, fuerzas fieles al régimen".

En los segundos –y cita como ejemplo a Italia, España, Polonia y Portugal– pese a que el estado está menos consolidado y sus fuerzas son menos eficientes, entre el proletariado y el capitalismo se extiende un amplio espectro de clases intermedias que llegan a conducir una política propia y a influir sobre el resto de las clases populares. "Incluso Francia –dice– aún cuando ocupa una posición eminente en el primer grupo de estados capitalistas, participa por algunas de sus características de la situación de los estados periféricos." [59]

A partir de estas indicaciones que el mismo Gramsci proporciona, es posible pensar en la existencia de dos grandes tipos de sociedades "occidentales", definidas principalmente en términos de las características que en ellas asume la articulación entre sociedad y estado, dimensión que de manera nítida aparece en Gramsci como privilegiada para especificar diferenciaciones dentro de la unidad típica de un "modo de producción".

"Occidente", en sentido clásico, sería aquella situación en la que la articulación entre economía, estructura de clases y estado asume forma equilibrada, como anillos entrelazados de una totalidad. Se trata de un modelo fuertemente societal de desarrollo político, en el que una clase dominante nacional integra el mercado, consolida su predominio en la economía como fracción más moderna y crea al estado. La política toma la forma de un escenario reglamentado en el que las clases van articulando sus intereses, en un proceso creciente de constitución de su ciudadanía a través de expresiones orgánicas que culminan en un sistema nacional de representación que encuentra su punto de equilibrio en un orden considerado como legítimo a través de la intersección de una pluralidad de aparatos hegemónicos. Ése sería el "Occidente" puro (al menos luego de pasado el tránsito "impuro" de la acumulación originaria) cuya manifestación ideológica sería el liberalismo de cepa sajona, propio del capitalismo "temprano".

Pero Gramsci permite pensar en otro tipo de situación "occidental", aquella en la que, a diferencia de "Oriente", puede hablarse de formas desarrolladas de articulación orgánica de los intereses de clase que rodean, como un anillo institucional, al estado, pero en la cual la sociedad civil así conformada, aunque compleja, está desarticulada como sistema de representación, por lo que la sociedad política mantiene frente a ella una capacidad de iniciativa mucho mayor que en el modelo clásico. Sociedades, en fin, en las que la política tiene una influencia enorme en la configuración de los conflictos, modelando de algún modo a la sociedad, en un movimiento que puede esquematizarse como inverso al del caso anterior. Aquí, la relación economía, estructura de clases, política, no es lineal sino discontinua.

En realidad, la propuesta analítica gramsciana está pensada mucho más desde esta segunda perspectiva que desde la primera: basta repasar las características de la Italia de los 20 y los 30 sobre la que él trabajó, para confirmar esta obviedad no siempre advertida por los comentaristas que lo sacralizan como el teórico del "Occidente" más desarrollado. Como señala exactamente Coletti, la obra de Gramsci "consiste realmente en un estudio sociológico de la sociedad italiana".[60] Por ello, su esquema metodológico, el impulso de su indagación, resulta sobre todo pertinente para el estudio de aquellas sociedades cuyo desarrollo gira alrededor del estado y de sus crisis, como las llamadas de "capitalismo tardío" (Italia, Alemania, España, etc.; las que en el texto gramsciano citado aparecen como de "capitalismo periférico"). Sociedades aún no "maduras", dinamizadas por el estado y por la política, pero en las que el estado es mucho más "bonapartista" que "despótico-oriental". El modelo que Gramsci propone en los cuadernos para analizar el "bonapartismo", ejemplo clásico de discontinuidad entre economía y política, entre clases y estado, puede mostrar esta plasticidad de su metodología para enfocar situaciones políticas escasamente probables en los países clásicos de "Occidente", pero típicas bajo el capitalismo tardío y el dependiente, cuyo modo regular de crisis –fractura entre clases y estado, crisis de representación, en suma– toma como estímulo de pensamiento. El fragmento forma parte de una nota crítica contra el economicismo, pero sus alcances metodológicos tienen una concreta resonancia empírica para nosotros.

Luego de refutar la posibilidad de analizar a los movimientos "bonapartistas" como expresión inmediata de una clase, escribe:

"Cuando se produce un movimiento de tipo boulanguista el

análisis debería ser conducido, siguiendo una visión realista, según esta línea: *1*) contenido social de la masa que adhiere al movimiento; *2*) ¿qué función tiene en el equilibrio de fuerzas que se va transformando, como lo demuestra el nuevo movimiento por el hecho de nacer?; *3*) ¿qué significado, desde el punto de vista político y social tienen las reivindicaciones que presentan los dirigentes y que encuentran una aprobación?, ¿a qué exigencias efectivas corresponden?; *4*) examen de la conformidad de los medios con el fin propuesto; *5*) sólo en última instancia y presentada en forma política y no moralista se plantea la *hipótesis* de que un movimiento tal será necesariamente desnaturalizado y servirá a fines muy distintos de aquellos que esperan las multitudes adheridas. Por el contrario esta hipótesis es afirmada en previsión cuando ningún elemento concreto (y que aparezca, por lo tanto, con la evidencia del sentido común y no a través de un análisis 'científico', esotérico) existe aún para confirmarla. De allí que tal hipótesis aparezca como una acusación moral de doblez y de mala fe o de poca astucia, de estupidez para los secuaces. La lucha política se convierte así en una serie de hechos personales entre quienes lo saben todo y han pactado con el diablo y quienes son objeto de burla por parte de sus dirigentes sin querer convencerse de ello a causa de su incurable estupidez".

El texto parece un retrato ex profeso de tanta lectura "clasista" que se ha hecho (y se hace) en América Latina de los movimientos populistas. He tratado de desplazar la posibilidad del método gramsciano a los casos de capitalismo tardío, desde la indicación más habitual que tiende a confinarlo como teórico de la porción "madura" del sistema internacional. Pero América Latina, continente marcado por una secular situación de dependencia en el que ni una clase dominante autónoma ni un fuerte estado han asumido la tarea del desarrollo nacional, ¿dónde se ubicaría? ¿No sería legítimo incluirla en "Oriente", esto es, verla como ejemplo de una sociedad simple en donde "el estado [es] todo y la sociedad civil (. . .) primitiva y gelatinosa"?

Sociedades con más de siglo y medio de autonomía política, con una estructura social compleja, en las que, además, han tenido vigencia movimientos políticos nacionalistas y populistas de envergadura y en las que existe una historia organizacional de las clases subalternas de larga data, las latinoamericanas no entran sino por comodidad clasificatoria en la categoría general de "tercer mundo", categoría residual que quizá pueda describir mucho mejor a algunas sociedades agrarias de Asia y África. Es cierto

que es necesario distinguir en el interior de esa generalidad que puede ser América Latina: cada una de las sociedades que integra el continente refleja un modo particular de articulación al mercado mundial y un entrelazamiento específico de economía, sociedad y política. No introduciré acá lo que es ya suficientemente conocido, es decir, una caracterización tipológica de ese universo confuso, indiferenciado que para el observador europeo o norteamericano es América Latina: ciertamente esta zona del mundo no constituye una unidad o si se prefiere usar la frase rutinaria, es una diversidad dentro de una unidad.

Nuestro discurso abarca, dentro de ese conjunto, a aquellos países que han avanzado en un proceso de industrialización desde principios de siglo y más claramente tras la crisis de 1930, con todas sus consecuencias sociales conocidas: complejización de la estructura de clases, urbanización, modernización, etc. Estos países, Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México, Uruguay y últimamente, por las consecuencias notables de su "boom" petrolero, Venezuela, unificados entre sí porque todos ellos se insertan en la economía mundial a partir de un proceso de industrialización, conforman también sistemas hegemónicos específicos, caracterizados por el modo particular de articulación entre sociedad y estado.

Comparables por su tipo de desarrollo, diferenciables como formaciones históricas "irrepetibles", estos países tienen aún en ese nivel rasgos comunes: esa América Latina no es "Oriente", es claro, pero se acerca mucho al "Occidente" periférico y tardío. Más claramente aún que en las sociedades de ese segundo "Occidente" que se constituye en Europa a finales del siglo XIX, en América Latina son el estado y la política quienen modelan a la sociedad. Pero un estado –y he aquí una de las determinaciones de la dependencia– que si bien trata de constituir la comunidad nacional no alcanza los grados de autonomía y soberanía de los modelos "bismarckianos" o "bonapartistas".

Todas las pujas políticas del siglo XIX son pujas entre grupos que desde el punto de vista económico se hallan escasamente diferenciados y que aspiran al control del aparato del estado para desarrollar desde él a la economía y promover, con ello, una estructura de clases más compleja. Sobre este virtual vacío social, en el que al amparo de la fuerza de los ejércitos, primera institución nacional, se crean los estados (y el espacio para el mercado económico) ha de penetrar el capital extranjero, configurando así la pareja de los principales protagonistas de la vida social y política latinoamericana en sus orígenes.

A estos dos grandes actores, con quienes se entrecruzan las fracciones dominantes nativas (y el peso original que tengan éstas será decisivo para determinar los modos particulares de la dependencia), se van agregando, como producto local del desarrollo capitalista dependiente, otros sectores sociales, desde una burguesía urbana que aprovecha los intersticios dejados por el dinamismo de un patrón de acumulación que no controla, hasta, en el otro extremo, masas marginales.

Toda la historia política de América Latina es la historia del proceso de incorporación y de las tentativas de exclusión de estos nuevos sectores en el modelo más simple surgido hacia finales del siglo XIX. Es dentro de esta dialéctica de inserción-rechazo en la comunidad política que se va constituyendo –coexistente con la presencia, aunque subordinada, de modalidades clasistas– una voluntad nacional-popular como expresión histórica de la realización de las clases subalternas. Es que la situación de dependencia redefine (sobredetermina, si se quiere una expresión más ilustre) tanto a las clases dominantes como a las clases populares y jerarquiza el papel ideológico de los sectores medios y de los intelectuales.

La historia de la emergencia de las clases populares no puede ser asimilada con el desarrollo de grupos económicos que gradualmente se van constituyendo socialmente hasta lograr coronar esa presencia en el campo de la política como fuerzas autónomas. Su constitución como sujeto social está moldeada por la ideología y por la política desde un comienzo: cuando aparecen en la escena lo hacen de la mano de grandes movimientos populares y su emergencia coincide con desequilibrios profundos en toda la sociedad, con crisis del estado.

En esa movilización colectiva, en la que coinciden todos los sectores excluidos del cerrado modelo "oligárquico", la identidad de las clases populares es difusa si se la compara con la imagen clásica según la cual los grupos conquistan prioritariamente su especificidad económica (corporativa) y luego una especificidad política. Los movimientos nacionalistas populares del continente (desde la revolución mexicana hasta el peronismo) no son coaliciones al estilo europeo, en las que cada una de las partes conserva su perfil propio luego de "contratar" con el otro, sino estructuras totalizantes del pueblo, generalmente con dirección ideológica de los sectores medios.

Las características de esta emergencia de las clases populares, señaladamente política pero a la vez cargada de "falsa conciencia"

según la terminología habitual, han llenado de perplejidad a las izquierdas latinoamericanas que jamás supieron qué hacer frente a ese desafío, demasiado extraño para su pétrea imaginación. El único caso triunfante de una voluntad socialista (excluido Chile, ejemplo que nos llevaría muy lejos en el análisis) fue precisamente un caso "desviado" para las expectativas clásicas: el castrismo en Cuba.

El nudo del problema es que las clases populares se constituyen históricamente como tales con un peso marcado de elementos ideológicos y políticos, dentro de sociedades desarticuladas por los fuertes criterios de exclusión que pusieron en vigencia desde un principio las clases dominantes. En estas condiciones la movilización popular ha sido siempre la única garantía para que los sectores medios quebraran las barreras de aislamiento levantadas por las "oligarquías".[61] Una conclusión calificaría escuetamente a las clases populares como "masa de maniobras" de un grupo de dominación contra otro. Observado desde la perspectiva del desarrollo capitalista, el juicio podría no estar errado. Pero sería parcial.

Esa movilización nacionalista y popular, integrada en un programa de reformas sociales y a menudo sólo posible a través de la utilización de medios violentos de lucha, no es sólo un capítulo de la historia de las burguesías: expresa también la experiencia, las tentativas de identificación de las clases populares que acumulan así características de clases históricamente "situadas" y no de una masa de cera virgen, apta para ser modelada desde afuera.

La observación gramsciana acerca de los campesinos italianos quienes, para poder ser incorporados a la lucha socialista, debían ser comprendidos no como categorías económicas sino como sujetos históricos marcados por determinaciones geográfico-culturales e ideológicas, vale como pauta de suma importancia para el análisis de las clases en América Latina.

Por supuesto que esta configuración particular de las clases populares no es un dato fatalista, tal como lo piensan los ideólogos nacionalistas. Pero es un punto de partida inevitable para todo proceso de superación política.

La primera forma de identidad de las masas arranca de su sentimiento de exclusión social, pero también nacional; económica, pero también política. Ese acento nacional, esa fragmentaria (aún) convicción de que frente al estado y al capital extranjero, la nación se identifica con el pueblo, marca toda su historia y exige para el desarrollo de la hegemonía que pretenden los grupos so-

cialistas la comprensión –señalada por Gramsci– que "la relación nacional es el resultado de una combinación original, única (en un cierto sentido) que debe ser comprendida y concebida en esa originalidad y unicidad si se desea dominarla y dirigirla". Por fin, como añadirá Gramsci, "la clase dirigente merece ese nombre sólo en cuanto interpreta esta combinación, *de la que ella misma es un componente*".

En este punto, en que la complejidad de las situaciones descarta las fórmulas absolutas, el pensamiento de Gramsci, obra abierta a cada historia nacional, concepción para la teoría y para la práctica política que busca expresarse en "lenguas particulares" para experimentar su certeza, aparece como un estímulo útil, como un instrumento crítico permeable, alejado de los esquemas impávidos, buenos "para el solaz de los rumiadores de frases".

Si es cierto que en la problemática de la hegemonía se anudan las exigencias de carácter nacional; si es cierto que las fórmulas políticas tendientes a agrupar a las clases populares bajo la dirección del proletariado industrial requieren un reconocimiento particular para cada espacio histórico; si es cierto que las clases populares, aún disgregadas, tienen su historia autónoma; si es cierto, en fin, que el partido "educador" tiene a su vez que ser "educado" por el pueblo, todo ello significa que la guerra de posiciones, la lucha por el socialismo y luego la realización del socialismo, no puede ser concebida sino como una empresa nacional y popular. Un bloque revolucionario se estructura en una sociedad en función *histórica* (no especulativa), a partir de una realidad que no está constituida sólo por un sistema económico sino que se halla expresada en una articulación cultural compleja que arranca del "buen sentido" de las masas y que tiene por terreno su historia como pueblo-nación. El socialismo sólo puede negar al nacionalismo y al populismo desde su propia inserción en lo nacional y en lo popular.

Tras la crisis vivida por todos los movimientos nacionalistas populares que caracteriza la etapa de desarrollo político latinoamericano desde comienzos de la década actual, esta reivindicación de sus temas de convocatoria puede sonar a inútil. Ya hace 10 años que algunos teóricos "dependentistas" resumieron en una consigna su apreciación acerca de las alternativas inmediatas para América Latina: "socialismo o fascismo". Era un pronóstico sobre la ineficacia irremediable de los movimientos políticos pluriclasistas que, sin haber alterado substancialmente el patrón de acumulación, habían abierto compuertas peligrosas de participa-

ción social y política. La esperanza del socialismo como una salida a ese camino ciego, estimulada por la revolución cubana y sus ecos, aparecía como una certeza; el populismo era un "perro muerto".

La predicción –es sabido– se autorrealizó: los límites *reales* del populismo fueron precipitados por lo que Gramsci había llamado, en un texto sobre el "cesarismo", un "avance precoz" de las fuerzas que invocaban la revolución. El resultado fue la consolidación de un "equilibrio catastrófico" y, a partir del mismo, un proceso regresivo que, sobre todo en el cono sur del continente, ha instalado las formas más bárbaras de terror blanco.[62]

Ciertamente, el populismo era ya impotente para resolver, como modelo de relación entre estado y sociedad, el equilibrio de las propias fuerzas que había desatado. Como forma política del desarrollo capitalista dependiente había perdido sentido: estaba asociado a una etapa anterior de ese proceso y, como proyecto burgués de crecimiento nacional, sólo podía mantener vigencia en aquellos países que no habían terminado aún con la etapa de unificación del mercado interior. Las burguesías nacionales de los países más maduros, preocupadas por encontrar su lugar en un universo económico caracterizado ahora por la penetración de las compañías trasnacionales, no podían ya resolver sus problemas de acumulación si no conjuraban la amenaza de la movilización populista, esto es, si no derrotaban a la forma política de lucha que las clases populares habían alcanzado *realmente*.

Es a partir de este cuadro de crisis política, que ponía al desnudo con una gravedad inusitada la desarticulación entre sociedad y estado, que las burguesías más concentradas de los países maduros proyectan una refundación del estado para colocarlo al servicio de lo que podría llamarse el tercer momento de la revolución burguesa en América Latina. Si la primera forma de ésta, desde el siglo XIX hasta la crisis del 30, marcó la consolidación de un patrón de acumulación basado en el papel que en el mercado mundial pudieron cumplir las fracciones más modernas, agroexportadoras y mercantiles; y su segunda expresión fue el proceso de crecimiento industrial en los intersticios dejados por la crisis del comercio internacional y luego por la segunda guerra, la tercera etapa es la actual, en la que la burguesía para recomponer las condiciones de la acumulación desquiciadas por el populismo, reorganiza al estado e intenta (con éxito variado, según las características de cada sociedad) poner en marcha un proceso de revolución-restauración. El punto de llegada ideal para este

nuevo orden de dominación sería la consolidación de un bloque social dinámico, integrado por las cúspides de la burguesía (internacionalizada y local) y una capa tecnocrático-militar. El punto de partida que, según las relaciones de fuerza en cada sociedad, puede no evolucionar más allá de su propia reproducción inercial, es la instalación de una fase represiva-militar capaz de intentar a cualquier costo la desactivación de toda la herencia participativa y movilizadora del populismo.[63]

Pero esta quiebra, este lógico abandono por parte de las clases dominantes de los recursos políticos del nacionalismo popular (que, vale decirlo, fue "burgués" mucho más por un proceso de sustitutismo que por la adhesión orgánica de la clase que le fijaba sus horizontes de posibilidad estructural) ¿implica necesariamente la superación de ese espacio de representación para las masas populares que nacieron a la historia dentro de él? La forma particular de conformación como sujeto social de las clases subalternas en la situación de dependencia, marcada por la ideología y por la política, determinada desde sus orígenes por un impulso "nacional y popular" hacia la constitución de su ciudadanía, es –al menos para el político– un dato de tanta "dureza" como los que pueden surgir de las estadísticas económicas.

¿Qué son los trabajadores argentinos sin la referencia al peronismo, o los chilenos sin su peculiar tradición socialista y comunista, o los mexicanos sin el proceso ideológico que se abre en su sociedad en la primera década del siglo? ¿Qué, sino una entelequia, una categoría libresca? (Por otro lado: ¿alguien podría entender a la clase obrera inglesa sin el laborismo?; los ejemplos podrían ir al infinito, porque se trata de un problema sustantivo para una teoría general, orgánica y no economicista, de las clases.) Todos estos procesos "políticos" son parte de su historia estructural, el terreno desde donde arranca su identidad colectiva nacional, su forma de superación del corporativismo como entrecruzamiento de economía, política y cultura en un concreto real.

Hay pues un principio nacional-popular que no es privativo de una etapa del desarrollo burgués sino que forma parte de la constitución de la conciencia de las clases subalternas en las sociedades capitalistas dependientes. "Visto así –señala Enzo Faletto– el populismo deja de ser sólo la capacidad de manipulación que se ejerce sobre las masas pasando a ser la expresión de conflictos entre alternativas." Desde la "izquierda", sólo una expresión también ella manipuladora, externalista, del proceso de constitución política de las clases populares podría negar la exis-

tencia de una historia propia de ellas, previa al momento de su "iluminación" por la "vanguardia".

En un fragmento de los *Cuadernos*, incorporado luego a *Il Risorgimento*, Gramsci traza un cuadro sugerente (que debe ser completado con el texto, ya citado, sobre "espontaneidad y dirección consciente" y con los apuntes sobre la relación entre sentido común y filosofía que encabezan la recopilación sobre Croce), acerca de los "criterios metódicos" que deberían seguirse para desplegar toda "historia de las clases subalternas".

Está claro –dice– que la unidad histórica de cualquier clase social sólo termina de realizarse en el estado. La historia de las clases subalternas, por consiguiente, "está entrelazada con la de la sociedad civil, es una función disgregada y discontinua de la sociedad civil". Pero esa historia existe y es también historia de instituciones. Agrega: "Hay que estudiar, por tanto: *1*) la formación objetiva de los grupos sociales subalternos, por el desarrollo y las transformaciones que se producen en el mundo de la producción económica, su difusión cuantitativa y su origen a partir de grupos sociales preexistentes, de los que conservan durante algún tiempo la mentalidad, la ideología y los fines; *2*) su adhesión activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes, los intentos de influir en los programas de estas formaciones para imponer reivindicaciones propias y las consecuencias que tengan esos intentos en la determinación de procesos de descomposición, renovación o neoformación; *3*) el nacimiento de partidos nuevos de los grupos dominantes para mantener el consentimiento y el control de los grupos subalternos; *4*) las formaciones propias de los grupos subalternos para reivindicaciones de carácter reducido y parcial; *5*) las nuevas formaciones que afirmen la autonomía de los grupos subalternos, pero dentro de los viejos marcos; *6*) las formaciones que afirmen la autonomía integral, etc. La lista de esas fases puede precisarse todavía. El historiador debe observar y justificar la línea de desarrollo hacia la autonomía integral desde las fases más primitivas y tiene que observar toda manifestación del 'espíritu de escisión' soreliano."

Todo proceso de composición de las formas organizativas de una voluntad nacional y popular por parte de las clases subalternas y sus intelectuales orgánicos supone, pues, un trabajoso trámite concreto de articulación entre "espontaneidad" y "dirección consciente", en el que ésta debe insertarse en el "espíritu de escisión" presente hasta en las formas más elementales. Ciertamente, la "masa" debe organizarse y esa organización es impensable sin

"intelectuales", esto es, sin organizadores y dirigentes. En palabras de Gramsci, "sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se distinga concretamente en una capa de personas especializadas en la elaboración conceptual y filosófica". Pero este proceso se vincula a una dialéctica intelectuales-masa y no a una "evangelización" unidireccional de la masa por los portadores de la "conciencia".

Del mismo modo que la tercera etapa de la revolución burguesa latinoamericana tiene como punto de partida una reorganización del estado y de la política, para la que se sirve de las tendencias mesiánicas y "fundacionales" que subyacen en los ejércitos, y que pretende subsumir en la idea de estado a la idea de nación, la posibilidad que se abre a las clases populares para implementar una lucha contrahegemónica desde la situación de defensiva en que se encuentran, no puede sino arrancar de una consecuente reorganización de sus alternativas políticas, en la que lo "popular" (entendido en los 60 como afirmación voluntarista de un socialismo verbal que pronto engendró su negación sangrienta) sea, a la vez, "lo nacional". Cuando las clases dominantes identifican nación con estado, las clases populares y los intelectuales que buscan articularse orgánicamente con ellas no pueden sino intentar recobrar críticamente (y organizativamente también) su propio pasado, la memoria histórica de una identidad entre nación y pueblo.

Para todo este proceso de autorreflexión desde la derrota, pocos estímulos mejores que los de Gramsci. Pero una relación política con Gramsci no implica "gramscianismo". Reivindicar su estrategia como camino para la conquista del poder, significa para nosotros el respeto de ciertos ejes fundamentales como incitación para un desarrollo específico, que la lectura de los textos no brinda necesariamente de manera puntual, porque no se trata de libros sagrados.

Esos ejes –tan repetidos ya– suponen: que la revolución es un hecho de masas; que la historia de cada pueblo-nación es irrepetible; que el socialismo es (debe ser) el autogobierno de las masas y no una dictadura "para el pueblo"; que en la nueva sociedad, en fin, se intenta condensar una nueva moral, como crítica y superación humana de la alienación capitalista, pero también del "socialismo" de las cárceles psiquiátricas.

Como premisa metodológica para la orientación de la acción política esta propuesta no puede basarse sino en una redefinición de las relaciones entre estructura y superestructura, entre socie-

dad y política, entre crisis económica y crisis social. Éste es el plano en que una práctica específica reclama una teoría que la sirva. Definición del estado en sentido amplio; caracterización de cada sociedad como sistema hegemónico particular; determinación de las formas concretas de las clases sociales por su inclusión en un determinado bloque histórico que organiza la relación entre "estructura" y "superestructura"; todos ellos temas teóricos que implican un enorme avance en la maduración de la ciencia política son, asimismo, el correlato indispensable para el desarrollo de la práctica revolucionaria.

Ellos abarcan, en un nivel más específico de la reflexión, la problemática de la organización partidaria, de su articulación con los movimientos obreros no partidarios y con los movimientos en que se expresan otras clases populares; la problemática, en fin, de la constitución de un bloque revolucionario en el que deben darse, simultáneamente, la dirección socialista y la autonomía de cada organización popular.

El modelo gramsciano supone, como punto de partida para el político socialista, la formulación de tres preguntas centrales. Ellas se refieren: al carácter de la sociedad que se quiere transformar; al carácter del estado que se quiere destruir; a la distinción amigo-enemigo que debe trazarse en cada uno de los campos anteriores. Todo esto, dinamizado, vivificado, por el modelo de sociedad que se quiere construir, presente ya en la etapa de la destrucción, como su sentido.

La primera pregunta incluye el conocimiento de la estructura social en sentido amplio; esto es, las clases fundamentales, las fracciones de clase, las categorías que no son estrictamente clases, los estratos de población que constituyen –como las mujeres o los jóvenes, por ejemplo– campos homogéneos de problemas. Al análisis de esta estratificación interna se agrega el de la posición de la sociedad en una escala internacional de estratificación. Finalmente entran en el campo de la estructura social las diferencias regionales, los cortes internos de la sociedad nacional.

La segunda pregunta incluye el análisis del estado entendido en sentido amplio, como articulación entre fuerza y consenso, entre el aparato estatal jurídico-político en sentido estricto y la constelación de instituciones "privadas" en que el poder se fragmenta. El análisis abarca, pues, no sólo al estado sino al sistema político, como conjunto de instituciones orgánicamente relacionadas cuya presencia sobredetermina la estructura social. En uno y otro nivel

opera la distinción fundamental de la política: la que corta amigos de enemigos.

La sociedad que se quiere transformar es un sistema hegemónico (esto es, una unidad orgánica entre estructura y superestructura, ordenada, a través de la política, por un bloque de fuerzas que desde el estado –en sentido amplio– expresan los intereses económicos, políticos e ideológicos de las clases dominantes), pero a la vez es un campo de relaciones de fuerza; un sistema sometido a contradicciones sociales, penetrado por la lucha de clases en todos los niveles.

El análisis de la estructura social y del sistema político comienza siendo un análisis estático, descriptivo de la sociedad como sistema hegemónico. Sólo al pasar al trazado de la distinción amigo-enemigo ese análisis se dinamiza, porque incorpora explícitamente a las contradicciones. Pero en este pasaje –que es de alguna manera el pasaje de la estructura a la historia, de la reproducción del sistema a su transformación– hay una discontinuidad entre el análisis de las contradicciones en la estructura social y el análisis de las contradicciones en el sistema político. La distinción amigo-enemigo en la estructura social no se despliega simultáneamente en el sistema político. Se construye, y ésa es la tarea de los grupos revolucionarios: que el alineamiento de las fuerzas en el terreno de la política corte igual que el alineamiento de las clases en la estructura social. Que los intereses "objetivos" de las clases populares pasen a ser intereses "subjetivos" de los actores sociales. Que el sistema de contradicciones en la política sea equivalente al sistema de contradicciones en la estructura social, que las coaliciones de fuerzas políticas recorten de manera equivalente a los campos sociales de interés.

El eje de toda estrategia revolucionaria se construye alrededor de la capacidad que tiene el grupo que se postula como hegemónico para construir un programa de transición que implique un nuevo modelo de sociedad y que articule la totalidad de las prácticas institucionales de las clases, fracciones, categorías y estratos de población que conforman, en una etapa histórica dada, al "pueblo", haciendo que sea la ideología socialista la que opere como principio ordenador del conjunto.

En esta línea de razonamiento aparece el aporte más original de Gramsci: su teoría (no siempre formulada con la rigurosidad de tal) acerca de la autonomía de los movimientos de masas frente al partido y su caracterización de la revolución como un hecho "social" antes que "político". Para sociedades complejas,

caracterizadas por la multiplicidad de experiencias asociativas de las clases populares, el modelo de articulación organizacional propuesto por Gramsci aparece como la forma más realista de abarcar las energías de las masas en una lucha constante por modificar las relaciones de fuerza sociales. Este abanico institucional abarca desde los instrumentos para realizar la hegemonía obrera (partido, consejos de fábrica, fracciones sindicales) hasta el resto de los movimientos de masas "no obreros" (barriales, estudiantiles, agrarios, etc.) articulándolos en un movimiento único a través del cual "el pueblo" reconstruye su propia historia y supera la fragmentación en que lo colocan las clases dominantes.

En este cuadro se ubican también las fuerzas específicamente políticas, generalmente expresión ideológica de las capas medias, aptas, por lo tanto, para incorporar -no sin crisis en su interior- otro nivel de representación. Pero en relación con el resto de los aparatos sociales que nuclean al pueblo, su papel es secundario, porque la trama institucional del nuevo estado está en aquéllos y no en los partidos, expresión típica del parlamentarismo liberal burgués e instrumento insuficiente, por lo tanto, para la democracia socialista. Esta compleja unidad política que incluye en su interior diversos grados, está amalgamada idealmente por un programa de transición que no es la suma de plataformas "reivindicativas" parciales de cada uno de los sectores, sino la expresión política de un nuevo modelo de sociedad.

Las líneas de acción que el pensamiento gramsciano permite desarrollar son las que aparecen como intuición, sin una formulación acabada, en el movimiento comunista tras el viraje de 1921 y que configuran la posibilidad de un segundo momento revolucionario luego de la ola insurreccionalista del 17. En una nota de 1932 titulada: "Cuestión del hombre colectivo o del conformismo social", Gramsci diseña las diferencias entre uno y otro tipo de estrategia. El modelo insurreccional sería propio "de un período histórico en el cual no existían los grandes partidos políticos de masa ni los grandes sindicatos y la sociedad estaba aún, bajo muchos aspectos, en un estado de fluidez: mayor retraso en el campo y monopolio casi completo de la eficiencia política-estatal en pocas ciudades o directamente en una sola; aparato estatal relativamente poco desarrollado y mayor autonomía de la sociedad civil respecto de la actividad estatal; sistema determinado de las fuerzas militares y del armamento nacional; mayor autonomía de las economías nacionales frente a las relaciones económicas del mercado mundial, etc.". En una segunda etapa

estos elementos cambian: "las relaciones internas de organización del estado y las internacionales devienen más complejas y sólidas y la fórmula cuarentiochesca de la 'revolución permanente' es sometida a una reelaboración, encontrando la ciencia política su superación en la fórmula de 'hegemonía civil' ".

El III y IV Congresos de la IC tratarán de fijar esas nuevas pautas. Fue Lenin, precisamente, quien con mayor ahínco intentó forzar las modificaciones estratégicas para adecuar el objetivo revolucionario a los nuevos términos de la lucha de clases: ese combate es el que le da sentido a los tres últimos años de su vida.

Pero el pasaje de una concepción teñida de jacobinismo a otra que ponía como centro la conquista de las masas, implicaba la necesidad de una reelaboración también teórica, que Lenin no llegó a desarrollar.

Para sociedades predominantemente agrarias, fueron el maoísmo primero y la experiencia vietnamita luego, quienes lograron efectivizar ese salto en la teoría y en la práctica, tanto a través de la estrategia de la guerra prolongada cuanto de una metodología de la organización que busca resolver de manera dialéctica la relación entre dirigentes y masas.

Gramsci es quien diseñará similar perspectiva para sociedades estructuralmente más complejas, en las que la revolución se presenta como un fenómeno esencialmente urbano. Preocupada por lograr la unidad *política* de las clases populares más allá de los cortes ideológicos que puedan fragmentarlas, la propuesta gramsciana se deslinda del neorreformismo de los "frentes populares" planteados por los partidos comunistas desde 1934 y transformados desde entonces en una línea constante de la que los latinoamericanos tenemos experiencia. Resumiendo sus supuestos básicos, el "frente populismo" considera:

1) que quienes articulan exclusivamente los intereses políticos de las clases son los partidos;

2) que los partidos comunistas, aunque sean minoritarios, son por el mero hecho de existir, la vanguardia de los intereses del proletariado, hablan en nombre de éste y articulan acuerdos tácticos y/o estratégicos con otros "partidos-clases";

3) que para complementar la acción de los partidos deben constituirse "movimientos de masas" puramente reivindicativos, expresión de intereses categoriales. Su iniciativa política es nula y sólo actúan como "correa de transmisión" entre las masas y la política;

4) que el desemboque de ese proceso es un gobierno de coalición sostenido por una estructura institucional de tipo parlamentario.

Desde los escritos *ordinovistas* hasta sus últimas reflexiones, el eje que recorre la obra de Gramsci es otro: el poder político debe apoyarse sobre la capacidad gestionaria de la sociedad. No hay revoluciones en "dos tiempos", escribía en 1919: sin una unión de poder político y poder social, la revolución se apoya en el vacío. Y esa unión se construye a través de una lucha prolongada, por medio del libramiento de una guerra de posiciones en la que se va desplegando la hegemonía de los obreros y de sus organizaciones sobre el conjunto del pueblo, modificando la relación de fuerzas sociales, políticas y militares y superando así la falsa oposición entre el combate cotidiano por una política de reformas y la lucha por la revolución.

Los nudos del discurso gramsciano elaboran pacientemente esta consideración esencial y es ella la que valida, para nosotros, la posibilidad de su uso. Pero queda todavía un recodo por explorar. Gramsci no era pensamiento puro, un hálito abstracto, la suma de unos libros, palabras desplegadas para "la tribu de los teóricos".

Fue un jefe revolucionario y finalmente fue un cautivo. Un prisionero atormentado que sintió varias veces estar al borde de la locura ("me he vuelto medio loco y no estoy seguro de no llegar a estarlo del todo dentro de poco", escribió el 6 de julio de 1933), pero que a pesar de que necesitaba salir a toda costa "de este infierno en el que muero poco a poco" jamás transó en solicitarle al régimen un pedido de gracia, como reclamaba Mussolini. "Estoy cansado inmensamente. Me siento separado de todo y de todos. Estoy vacío. En enero hice el último intento de vivir, tuve el último brote de vida." Esa agobiante desesperación había de acompañarlo todavía cuatro años más: "como dicen en Cerdeña, doy vueltas por la celda como una mosca que no sabe dónde morirse".

Meridional, contrahecho, solo, este Antonio desmoronado que envolvía al otro Gramsci es lo contrario al semidiós de una revolución. Pero le alcanzaron las fuerzas, sin embargo, para cumplir hasta el fin con la porfiada convicción que llevó consigo a la cárcel: "Para estar tranquilo, quiero que no te asustes ni te inquietes cualquiera que sea la pena a que me condenen. Quiero que comprendas bien, incluso sentimentalmente, que soy un detenido político y que ahora seré un condenado político, que no tengo ni

tendré nunca que avergonzarme de esta situación. Que, en el fondo, la detención y la condena las he querido yo mismo porque nunca he querido cambiar mis opiniones: por ellas estoy dispuesto a dar la vida y no sólo a sufrir la cárcel." Repetir la pregunta inicial puede adquirir, ahora, un nuevo sentido. ¿Por qué Gramsci? *También por esto.*

[1975]

Notas al capítulo II

[1] "Il nostro Gramsci", en *Il Manifesto*, Roma, 30 de abril de 1972.

[2] Este espíritu preside al coloquio de Estudios Gramscianos organizado en 1957 por el Instituto Gramsci, especialmente la intervención de Palmiro Togliatti, "Gramsci y el leninismo". Una selección en castellano de los trabajos presentados en esa oportunidad está incluida en *Gramsci y el marxismo*, Buenos Aires, 1965.

[3] Cfr. *Gramsci e la cultura contemporanea*, actas del congreso internacional de estudios gramscianos que tuvo lugar en Cagliari en 1967, Roma, 1969.

[4] Versiones "socialdemócratas" de Gramsci han tenido lugar también en Italia. La más conocida es la de Giuseppe Tamburrano, *Antonio Gramsci, la vita, il pensiero e l'azione*, Lacaita, 1963. El mismo juicio –pero como áspera crítica– ha sido vertido desde la "izquierda": cfr. la serie de artículos publicados en la *Rivista storica del socialismo* en los años 1964 y 1965, especialmente los de Stefano Merli ("Le origini della direzione centrista nel Partito Comunista", nº. 23, 1964) y de Luigi Cortesi ("Alcuni problemi della storia del PCI. Per una discussione", nº. 24, 1965).

[5] Éste no es el lugar para desarrollar el tema, pero es necesario anotar algunas reflexiones. El pensamiento de Lenin supone una ruta cargada de tensiones y no un perpendicular ascenso "hacia las cumbres". Como teórico sus temas principales son: *1*) la teoría del estado y de la toma del poder; *2*) la teoría del imperialismo como estadio superior del capitalismo; *3*) la teoría de la organización revolucionaria. En ninguna de estas áreas sus hipótesis son infalibles, aunque su enorme mérito histórico sea el haber planteado sistemáticamente esa problemática en momentos en que la socialdemocracia vivía confortablemente la ilusión del "siglo burgués". Pero en su pensamiento hay sesgos economicistas (etapa de la lucha contra el populismo y fundación de la socialdemocracia rusa, hasta 1905) que conviven con una concepción naturalizada de la ciencia cuyas repercusiones políticas se advertían en la teoría de la organización planteada en el *¿Qué hacer?* Su teoría del imperialismo, en fin, adolece de limitaciones y en algunos aspectos (por ejemplo, el nuevo rol del estado) Bujarin la supera. La "obra" de Lenin es la revolución de 1917, expresión de un genio político capaz de adherirse con más firmeza a la cambiante realidad de la lucha de clases que a la letra de sus propios textos.

[6] El calificativo aparece en el libro de Maria Antonietta Macciocchi, *Pour Gramsci*, Paris, 1974. (En esp.: *Gramsci y la revolución en Occidente*, México, 1975.)

[7] El juicio es de Milos Hajek, en *Storia dell'Internazionale Comunista (1921-1935)*, Roma, 1969, p. 214.

[8] Carta a su esposa, Julia Schucht, fechada en el verano de 1936. Cfr. Antonio Gramsci, *Antología*, selección de Manuel Sacristán, México, 1970, p. 502.

[9] Lenin, "Consejos de un ausente", en *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, tomo XXVI, p. 169.

[10] La expresión pertenece a un crítico de Gramsci desde la "izquierda". Vale la pena citarla porque implica una buena descripción del itinerario ideológico gramsciano, pese a la carga "obrerista" con que está hecha. "Tras la experiencia de *L'Ordine Nuovo*, y de los consejos de fábrica, la meditación sobre el Partido y sobre la revolución nacional italiana lleva a Gramsci cada vez más lejos de la tentativa entonces elaborada de teorizar y fundar las instituciones genuinamente obre-

ras de un estado fundamentalmente de clase y cada vez más cerca de una visión prudentemente realista de la historia italiana pasada y presente en la cual los elementos de la situación objetiva –nivel de desarrollo económico-social, función de la presencia histórica y tareas de la burguesía y de las otras capas no obreras– tienen una importancia decisiva. La literatura y en general la cultura alcanzan un relieve tan grande en su pensamiento de estos años porque Gramsci concibe entonces la revolución como un gran hecho del pueblo ("grande fatto di popolo") que arrastra energías aún extremadamente diferenciadas entre sí". Cfr. Alberto Asor Rosa, *Scrittori e Popolo*, Roma, 1965, p. 259.

[11] Angelo Tasca señala que tanto Gramsci cuanto Togliatti se pronunciaron, en la línea de Mussolini, a favor de la intervención italiana en la guerra. Gramsci tomó de hecho partido a favor del "concretismo realista" de Mussolini frente al "formalismo doctrinario del resto de la dirección del partido" en un artículo publicado el 31 de octubre de 1914 en *Il Grido del Popolo*: "Neutralidad activa y operante". De acuerdo con Tasca, la actitud del joven Gramsci –pronto abandonada– estaba motivada por el "carácter superficial, incoherente, que adquirió la campaña del partido en favor de la neutralidad absoluta: el nivel mediocre y el confusionismo de las discusiones, el carácter frenético y al mismo tiempo equívoco de los argumentos utilizados le resultaban insoportables". Cfr. *I primi dieci anni del PCI*, Bari, 1971, p. 96. Lo cierto es que la fama de "intervencionista" y "nacionalista" fue recurrentemente utilizada contra Gramsci en el Partido Socialista: en noviembre de 1920, durante una asamblea partidaria, fue vetada su candidatura para unas elecciones administrativas utilizando ese argumento. Sobre el tema puede consultarse, en español, Giuseppe Fiori, *Vida de Antonio Gramsci*, Barcelona, 1968, pp. 115, 116 y 171.

[12] "Los maximalistas rusos", publicado en *Il Grido del Popolo*, 28 de julio de 1917.

[13] "La conquista del estado", *L'Ordine Nuovo*, 12 de julio de 1919.

[14] "El movimiento de los consejos de fábrica de Turín", informe enviado en julio de 1920 al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

[15] "Los partidos y la masa", publicado en *L'Ordine Nuovo*, 25 de septiembre de 1921.

[16] "Contra el pesimismo", en *L'Ordine Nuovo*, 15 de abril de 1924.

[17] Sobre el tema, véase *Consejos obreros y democracia socialista*, varios autores, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 33, México, 1977. Una excelente introducción a la problemática puede encontrarse en la "Advertencia" de esa misma edición y en José Nun, "Control obrero y organización", *Pasado y Presente*, número 2/3 (nueva serie), julio/diciembre 1973, pp. 205-233.

[18] El surgimiento de los soviets durante la revolución de 1905 llenó de perplejidad a los bolcheviques que habían aprendido en el *¿Qué hacer?* a desconfiar absolutamente de la capacidad revolucionaria de las organizaciones "espontáneas" de las masas. Tanto fue así que en un principio se opusieron a ellos señalando que su existencia sólo sería legítima si los mismos asumían exclusivamente formas de organización sindical. La intuición revolucionaria y el realismo político de Lenin lograron modificar esas posiciones extremas, señalando por primera vez que los soviets constituían "embriones de poder revolucionario". Pero pasados los sucesos de 1905 esta decisión táctica no fue teorizada. Recién en 1917, y otra vez a favor del impulso que arrancaba de las luchas reales del proletariado, Lenin replantea la temática de los soviets y llega a desarrollar a partir de ella una teoría del poder obrero, expresada en *El estado y la revolución*. Cfr. Oskar Anweiler, *Les soviets en Russie (1905-1921)*, París, 1972.

[19] Antonio Gramsci, *Sotto la mole*, Turín, 1960, p. 352.
[20] Sobre el tema, véase Massimo Salvadori, *Gramsci e il problema storico della democrazia*, Turín, 1973.
[21] "Democracia obrera", en *L'Ordine Nuovo*, 21 de junio de 1919.
[22] "El programa de L'Ordine Nuovo", en *L'Ordine Nuovo*, 14 y 28 de agosto de 1920.
[23] "El consejo de fábrica", en *L'Ordine Nuovo*, 5 de junio de 1920.
[24] "El partido y la revolución", en *L'Ordine Nuovo*, 27 de diciembre de 1919.
[25] Stalin, "Sobre los fundamentos del leninismo", en *Cuestiones del leninismo*, Buenos Aires, 1947, p. 111.
[26] "L'operaio in fabbrica", en *L'Ordine Nuovo*, 21 de febrero de 1920.
[27] Cfr. Leonardo Tomasetta, *Participación y autogestión*, Buenos Aires, 1975, p. 157.
[28] En el capítulo XIII del tomo I de *El capital*, "Maquinaria y gran industria", pueden hallarse rastros de esa tensión conceptual entre una valoración de la organización de la producción como necesidad técnica "al implantarse la cooperación en gran escala y la aplicación de instrumentos de trabajo colectivos, principalmente la maquinaria" y su "uso" por parte del capitalista, "caricatura de la reglamentación del proceso de trabajo". En esa misma dirección puede consultarse un texto clásico de Engels, *De la autoridad*, publicado en 1874. En cuanto a Lenin y el "taylorismo", basta citar estos párrafos de *Las tareas inmediatas del poder soviético*, de abril de 1818. "Se debe plantear en la orden del día la aplicación práctica y la experimentación del trabajo a destajo, la utilización de lo mucho que hay de científico y progresista en el sistema Taylor, la coordinación del salario con el balance general de la producción (. . .) Aprender a trabajar, he aquí la tarea que el poder soviético debe plantear en toda su envergadura ante el pueblo. La última palabra del capitalismo en este terreno –el sistema Taylor– al igual que todos los progresos del capitalismo, reúne en sí toda la refinada ferocidad de la explotación burguesa y muchas valiosísimas conquistas científicas concernientes al estudio de los movimientos mecánicos durante el trabajo, la supresión de movimientos superfluos y torpes, la elaboración de los métodos de trabajo más racionales, la implantación de los mejores sistemas de contabilidad y control, etc. La República Soviética debe adoptar, a toda costa, las conquistas más valiosas de la ciencia y de la técnica en este dominio. La posibilidad de realizar el socialismo quedará precisamente determinada por el grado en que logremos combinar el poder soviético y la forma soviética de administración con los últimos progresos del capitalismo. Hay que organizar en Rusia el estudio y la enseñanza del sistema Taylor, su experimentación y adaptación sistemáticas." Cfr. *Obras completas*, *op. cit.*, tomo XXVII, pp. 254 y 255.
[29] Sobre el tema véase Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, México, 1972, especialmente pp. 248 y *ss.*
[30] Leonardo Paggi, *Antonio Gramsci e il moderno Principe*, Roma, 1970, p. 258
[31] "Otra vez acerca de la capacidad orgánica de la clase obrera", en *L'Unità*, 1º de octubre de 1926.
[32] En *Gramsci e la cultura contemporanea*, *op. cit.*, p. 182.
[33] "El programa de *L'Ordine Nuovo*", en *L'Ordine Nuovo* (quincenal), 1/15 de abril de 1924.
[34] Sobre el tema, véase Nicos Poulantzas, *op. cit.*
[35] Para sintetizar la posición de Gramsci sobre el fascismo, elegimos la versión que brinda Athos Lisa de las charlas mantenidas por Gramsci en la cárcel a fines de 1930, publicadas por primera vez en *Rinascita* el 12 de diciembre de 1964. Una

amplia selección de los trabajos de Gramsci sobre el fascismo, hecha por Enzo Santarelli, puede encontrarse en *Sul Fascismo*, Roma, Editori Riuniti, 1974.

[36] Athos Lisa, *op. cit.*

[37] Athos Lisa, *ibidem.*

[38] En *Obras completas*, ed. cit., tomo XXXII, p. 462.

[39] Cfr. *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 47, Córdoba (Arg.), 1973, p. 30.

[40] *Obras completas*, tomo XXXII, p. 464.

[41] *Ibidem*, p. 470.

[42] *Los cuatro primeros congresos . . ., op. cit.*, p. 28.

[43] Fernando Claudin, *La crisis del movimiento comunista*, I, *De la Komintern al Kominform*, París, 1970, p. 111.

[44] Nicos Poulantzas, *op. cit.*, p. 248.

[45] *Los cuatro primeros congresos . . .*, cit., p. 189.

[46] *Obras completas*, tomo XXXIII, p. 397.

[47] *Ibidem*, p. 398.

[48] Carta de Gramsci a Togliatti, Terracini y otros, del 9 de febrero de 1924.

[49] Leonardo Paggi, "Studi e interpretazioni recenti di Gramsci", en *Critica Marxista*, núm. 3, mayo-junio, 1966, p. 169.

[50] Luigi Cortesi, *op. cit.*, p. 162.

[51] La versión oficial brindada por el PCI –y compartida por algunos críticos de "izquierda" como el citado Cortesi– señala que las rectificaciones operadas desde 1934 por la Internacional Comunista que llevaron a la política de los frentes populares acercaron nuevamente a Gramsci a las posiciones del partido. Para otros autores (Paggi y Poulantzas, por ejemplo) Gramsci no fue, de ningún modo, un profeta del frentismo. Comparto ese juicio, básicamente porque Gramsci –firmemente alineado en las posiciones del III y IV Congresos de la IC– jamás disoció a la lucha antifascista de su carácter de lucha anticapitalista. En realidad el modelo unitario y revolucionario de Gramsci permaneció vivo en la Resistencia *partigiana* contra los nazis llevada a cabo por los comunistas en el norte de Italia. La percepción togliattiana sobre el carácter de la situación de posguerra y las tareas del partido puede verse nítidamente en este texto de julio de 1945, referido a un tema fundamental de Gramsci, el control obrero. Dice Togliatti entonces: "El control que reivindicaban los bolcheviques en 1917 se correspondía con el que nosotros reivindicábamos en 1919-1920. Era un elemento de la lucha de la clase obrera por la conquista del poder (. . .) *Hoy no existe una situación que se corresponda con esa reivindicación*" (citado en Fernando Vianello, "L'origine del potere democristiano", en *Fabbrica e Stato*, 13/14, enero-junio, 1975, p. 16.)

[52] Intervención en la Comisión Política preparatoria del III Congreso del PCI.

[53] Paggi, *Studi e interpretazioni . . ., op. cit.*, p. 177.

[54] Salvadori, *op. cit.*, p. 53.

[55] El testimonio figura en *Gramsci*, Roma, 1945, citado por Giuseppe Fiori, *op. cit.*, p. 301.

[56] El tema merecería un desarrollo especial. Gramsci es el primero que, desde el interior del marxismo, trata de poner las bases teóricas de la primacía de la política en la estructuración y desestructuración de las sociedades. Para ello, debe romper con los restos de la teoría liberal clásica que sobreviven en los análisis del marxismo vulgar sobre las relaciones entre economía y política, entre sociedad y estado. En efecto, el liberalismo mantiene una notable similitud metodológica con el economicismo, en tanto también tiende a tratar a los hechos económicos como coextensos con los hechos sociales y políticos. La teoría económica sustituye así a la especificidad de

la teoría política: La sociedad precede al estado y la función de éste se minimiza: no va más allá de tutelar el desenvolvimiento "natural" de la economía. Para el economicismo, por su parte, el estado no es más que el comité administrador de los intereses de la clase dominante. El cambio está dado en que el liberalismo ve al estado como el representante de los intereses de la sociedad y el marxismo vulgar como al representante de una clase, pero en ambos casos la relación es idéntica, aunque el economicismo busque "dialectizar" el esquema mediante la introducción de una teoría del conflicto social.

[57] Sobre el tema véanse las interesantes reflexiones de Regis Debray en "Tiempo y política", incluido en *Escritos en la prisión*, México, 1972, pp. 139 y ss.

[58] *Gramsci e la cultura contemporanea*, *op. cit.*, p. 139.

[59] "Un examen de la situación italiana", publicado en *Rinascita*, 14 de abril de 1967. El texto es de julio-agosto de 1926.

[60] Cfr. Perry Anderson, "Una entrevista política-filosófica con Lucio Coletti", publicada en español en *Cuadernos Políticos*, México, núm. 4, abril-junio de 1975, p. 80.

[61] La fragmentación de la clase dominante es una condición estructural del desequilibrio político latinoamericano, operando también como una variable importante para explicar las recurrencias "bonapartistas" de sus sistemas políticos. Un "bonapartismo", sin embargo, diferente al europeo porque suele implicar la constitución de un bloque entre fracciones de la clase dominante y fracciones de la clase dominada. En un escrito ocasional pero sumamente interesante redactado por Trotsky en México en 1938 aparece por primera vez, que yo sepa, una descripción de ese tipo de alianza del estado peculiar que ella proyecta: "En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un papel decisivo. De aquí la debilidad relativa de la burguesía nacional respecto del proletariado nacional. Esto da origen a condiciones especiales del poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el doméstico, entre la débil burguesía nacional y el proletariado relativamente poderoso. Esto confiere al gobierno un carácter bonapartista *sui generis*, un carácter distinto. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad puede gobernar, ya convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y aherrojando al proletariado con las cadenas de una dictadura policial o bien maniobrando con el proletariado hasta llegar a hacerle concesiones y obtener así la posibilidad de cierta independencia respecto de los capitalistas extranjeros." Cfr. "La industria nacionalizada y la administración obrera", en León Trotsky, *Escritos sobre América*, México, 1973, p. 168.

[62] Dice Gramsci: "La fase catastrófica puede emerger por una deficiencia política momentánea de la fuerza dominante tradicional y no ya por una deficiencia orgánica necesariamente insuperable. Hecho que se verificó en el caso de Napoleón III. La fuerza dominante en Francia desde 1815 a 1848 se había escindido políticamente [facciosamente[en cuatro fracciones: legitimista, orleanista, bonapartista y jacobino-republicana. Las luchas internas de facción eran tales como para tornar posible el avance de la fuerza antagónica B (progresista) en forma precoz; sin embargo la forma social existente no había aún agotado sus posibilidades de desarrollo, como lo demostraron abundantemente los acontecimientos posteriores."

[63] Sobre el tema, la bibliografía actual en América Latina es abundante. Quisiera citar sobre todo el estimulante, aunque a veces barroco, intento comprensivo de esta problemática realizado por Florestan Fernandes en "Problemas de la conceptualización de las clases sociales en América Latina" incluido en *Las clases sociales en América Latina*, compilado por Raúl Benítez Zenteno, México, 1976, pp. 191

a 276. Dos últimos libros de Fernando Henrique Cardoso, *Estado y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, 1972 y *Autoritarismo e democratização*, San Pablo, 1975, abundan en análisis sobre la cuestión. Por fin, como aporte europeo, la excelente recopilación de trabajos de Alain Touraine, *Les sociétés dépendantes. Essais sur l'Amerique Latine*, Duculot, 1976, en especial los ensayos "Les sociétés desarticulees" y "Les classes sociales dans une société dépendante", pp. 58 a 112. Del mismo autor, en español, *Vida y muerte del Chile popular*, México, 1974.

III. Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica

El objetivo de estas notas, en el marco de la convocatoria sugerida para el seminario, orientada a iniciar una discusión sobre la validez del concepto de hegemonía para analizar las características de las luchas sociales en América Latina,* será el siguiente:

a) plantear algunas características de la crisis estatal (crisis de hegemonía) en un grupo de países de América Latina, los que llamaré de modernización más temprana, aún sabiendo que esa misma generalización es riesgosa; [1]

b) discutir ciertas dimensiones del concepto de hegemonía –que llamaré institucionales u organizativas– aplicadas a la acción colectiva de las clases subordinadas, tratando de superar los peligros de ver en ese concepto una simple "traducción" a lenguaje marxista de la lectura que ha hecho el funcionalismo de la categoría weberiana de legitimidad, enfatizando así erróneamente una visión culturalista del "consenso social" como si fuera equivalente al concepto materialista de hegemonía;

c) analizar sucintamente las alternativas para la producción de acción hegemónica por parte de las clases subalternas como articulación entre distintos planos organizacionales, privilegiando la discusión de las relaciones entre la "forma partido" y la "forma sindicato" en la constitución política del conflicto social, teniendo en cuenta que la distinción entre formas de organización importa un problema histórico concreto y no es el producto de una determinación esencialista y metasocial.

* Ponencia presentada al seminario sobre "Hegemonía y alternativas políticas en América Latina", organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, en Morelia, Michoacán, febrero de 1980.

1. La crisis hegemónica como crisis de la relación entre clases populares y estado

Recurrentemente, los análisis más habituales sobre las crisis políticas que viven los países en consideración tienden a percibir a éstas como procesos de desagregación y reconstrucción de una "voluntad única" capitalista: por distintas razones empíricamente descritas (en las que se incluyen también, como "factor", los comportamientos de las clases dominadas) una forma estatal se disgrega, pierde legitimidad, se vacía de contenido. En la medida en que el estado es percibido como resultado lineal de una determinación burguesa, su crisis es a su vez vista, de manera privilegiada, como crisis de la relación entre modalidades de la acumulación de capital y forma del estado. Así, las crisis expresarían un proceso de disfuncionalidad entre las "necesidades" de la economía y las características de la oferta política. En este modelo (subyacente a todos los análisis reduccionistas que parten de la discusión de los cambios en el "patrón de acumulación" para *derivar* de allí modificaciones en el estado), las clases populares operan siempre como absolutamente externas a éste, como puro objeto de la dominación. La pobreza de la noción de estado que se halla en la base de estos análisis funcional-marxistas determina una paralela pobreza en la noción de crisis.

En rigor, y partiendo de una conceptualización más compleja del estado, como producto de una correlación de fuerzas que abarca a la sociedad como un todo, como composición de una riqueza contradictoria de articulaciones y mediaciones, la crisis de una fase estatal es siempre crisis de un tipo de articulación global entre estado y sociedad y no sólo entre estado y clases dominantes. En nuestro caso, la crisis es también crisis de las relaciones que las clases populares habían establecido con el estado, desagregación de los vínculos relativamente estables que las clases dominantes habían establecido, por vía estatal, con las clases populares.

Es éste el aspecto que me interesaría desarrollar: el de la crisis hegemónica vista como crisis de la relación entre clases subalternas y estado. Si la crisis estatal lo es de la totalidad de las relaciones de fuerza condensadas en una determinada fase de desarrollo social, el objetivo de estas notas será analizarla no desde la

perspectiva de la reconstrucción de la dominación sino desde la perspectiva de la (re)constitución política de las clases subalternas, esto es, de las opciones abiertas para la producción de una acción (contra)hegemónica como resultado y a partir de los datos de la crisis.

Rechazando el *approach* metodológico que conduce a un discurso genérico sobre unas clases populares ahistóricas manipuladas por un estado abstractamente concebido a partir de una determinación lineal como "voluntad única" del capital, la propuesta analítica alternativa nos llevaría, en lo específico, a considerar la crisis en las sociedades latinoamericanas de antigua modernización como crisis de un estado benefactor e intervencionista, agente principal de redistribución basado en un compromiso nacional-popular, en el que las clases subalternas (en primer lugar la clase obrera industrial) habían logrado ya niveles variables de efectiva presencia estatal. En este caso, la crisis no es *exterior* a las clases populares sino que las envuelve directamente, en tanto es crisis de las formas organizativas con las que procesaron su inserción en ese equilibrio, *o sea crisis de una fase de su propia historia de constitución como sujeto de acción colectiva*. La propuesta lleva a la necesidad de concebir analíticamente a la fase estatal de compromiso nacional-popular no como un capítulo de la historia de las clases dominantes (que lo es también) sino como un capítulo de la historia de las masas, y a las relaciones establecidas por éstas con ese estado, no como un modelo abstracto de "falsa conciencia" sino como el resultado de una elección activa entre opciones históricas. Sintéticamente, la característica fundamental que agrupa a los golpes militares que desde mediados de los 60 (Brasil, 1964) hasta mediados de los 70 (Argentina, 1976) estallaron en los países del cono sur, es que todos ellos revelan la intención de operar una reorganización, profunda y sin puntos de retorno, de la economía y la sociedad capitalista tal como ésta había comenzado a desarrollarse entre mediados de la década del 30 y finales de la del 50. Esta propuesta de reorganización implica como punto de partida transformaciones en el doble plano en que se configura el hecho estatal que, como ha quedado señalado, articula un modelo de desarrollo (relación estado-economía) con un modelo de hegemonía (relación estado-masas).

Es el proceso de desorganización y reconversión de esta última relación el que marca el sentido político de estas intervenciones militares: los golpes lo que hacen es expulsar a las masas de las

posiciones que habían conquistado en el sistema político como resultado exitoso de un proceso de lucha de clases.

Al clausurar para las masas y sus organizaciones la participación tal cual había sido establecida en el sistema político y normar nuevos patrones de inclusión-exclusión, los golpes militares quebrantan el sistema de mediaciones que fijaba las bases del equilibrio político anterior.

Clásicamente, esas instancias mediadoras de las clases populares que caracterizaban al estado de compromiso nacional-popular eran los partidos de masas ("socialistas" o "nacional-populares") y los sindicatos politizados que hablaban en nombre de los asalariados.

Estas dos formas organizativas, mediadoras entre las masas y el estado que caracterizaban a la configuración social hoy en crisis, representaban la modalidad más nítida de la identidad sociopolítica de las clases populares, su autopercepción como sujetos de acción colectiva. Es desde este punto de partida, adquirido institucionalmente y por lo tanto concebido como comportamiento global de clase, como deberían comenzar a pensarse los procesos de (re)construcción de hegemonía por parte de los sectores populares, en la medida en que es una fase de su propia historia y no de una historia ajena la que ha entrado en crisis.

2. La producción de hegemonía y la constitución política de las clases populares

El concepto de hegemonía no puede ser exclusivamente definido como configuración ideológica, como "superestructura", o como agregado de comportamientos individuales que acatan la legitimidad de un orden (aunque el consenso así logrado sea caracterizado como producto de una *dirección* de clase) por vía de la internalización de un sistema de valores. Tal sería una variación de la versión liberal sobre la construcción del sujeto, según la cual sería un sistema de creencias el que finalmente articularía una realidad caótica constituida por individuos atomizados. La hegemonía implica necesariamente una dimensión organizacional: no

hay producción de hegemonía sin desarrollo de instituciones o aparatos, sin una práctica estructurada materialmente, de la lucha ideológica, cultural y política. En el marxismo de Gramsci (y cabe citarlo porque la categoría comienza a asumir status científico con su obra), *la teoría de la hegemonía es parte fundante de una teoría de la organización*. En ese sentido el concepto de hegemonía, como categoría específica que cimenta la posibilidad del análisis político, incluye a la problemática de la constitución de las clases en voluntades políticas colectivas, a través de planos articulados de acción institucional. Así, lo político, como producción de hegemonía, no aparece como el "corolario" de un proceso social, sino como la modalidad del proceso mismo capturado en toda su complejidad, porque la distinción entre orden económico y orden político no posee carácter orgánico (como lo cree el liberalismo y su versión invertida, el marxismo vulgar) sino que sólo es una herramienta analítica.

El proceso formativo de la política como lucha hegemónica implica un mismo movimiento con el proceso de constitución de la conciencia de clase. En ese sentido, la hegemonía –que no puede ser pensada lógica e históricamente desde el exterior de las clases fundamentales, ya que, como dice Gramsci, debe estar "basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica"– condensa, en su propio proceso de producción, una reconversión dialéctica de las relaciones entre "estructura" (entendida como límite) e "historia", entendida como conflictualidad que transforma las "contradicciones" (marcadas por la morfología de un modo de producción en una fase determinada de su desarrollo) en luchas entre sujetos de acción colectiva. Acción hegemónica sería aquella constelación de prácticas políticas y culturales desplegada por una clase fundamental, a través de la cual logra articular bajo su dirección a otros grupos sociales mediante la construcción de una voluntad colectiva que, sacrificándolos parcialmente, traduce sus intereses corporativos en universales. Esto implica un proceso de constitución política de las clases que no puede ser visto fuera de un análisis de las relaciones de fuerza, de la historia de prácticas sociales expresadas en un nivel organizacional.

Vista como un elemento histórico, la noción de hegemonía permite especificar la dinámica de la lucha de clases como relación entre fuerzas que han pasado (y están pasando, en el caso de las clases subalternas) por un proceso de constitución tendiente a transformarlas de *clases corporativas* en *clases hegemónicas*. Se trata

de un proceso sociocultural complejo que las relaciones de producción contienen pero no agotan porque entre ellas (que definen a las clases como *lugares*) y el comportamiento político se establece una cadena de mediaciones que van plasmando la conexión entre economía y cultura en una configuración de prácticas organizacionales.

Estas prácticas van constituyendo a la sociedad civil –que es un espacio social en el que se dirimen las relaciones de fuerza y no un derivado de la dominación económica de clase– como una red de aparatos cortados por conflictos internos. Es en la sociedad civil donde la hegemonía se constituye (y no sólo donde se expresa), por lo que ese espacio es básicamente un lugar de lucha entre hegemonías: el "bloque histórico" estructurado por las prácticas (complejas) de la clase dominante no es estático sino tendencial y contradictorio, entre otras cosas porque para constituirse debe movilizar también a fuerzas opuestas a la dominación. Acción hegemónica y sociedad civil forman, junto con la estrategia institucional de la "guerra de posiciones", una trama conceptual que replica, en el plano de las categorías, al desarrollo de cada coyuntura como un *concreto* en el que se articula la cambiante correlación entre fuerzas sociales.

Las clases dominantes son tales porque tendencialmente han consolidado su unidad en el estado; su historia ha llegado a ser ya historia estatal. Las clases subalternas hasta que no devengan estado –recuerda Gramsci– tendrán una historia entrelazada con la de la sociedad civil, serán una "función disgregada y discontinua" de la historia de la sociedad civil.

Pero esa presencia de las clases populares en la sociedad civil, aunque subordinada, en tanto no estatal, no es silenciosa ni invisible. Procesada a través de instancias organizacionales, aún cuando no consigue por mera acumulación un cambio en el contenido del estado, contrasta al poder, cuestiona la automaticidad de la relación que las clases dominantes tratan de establecer entre estado y sociedad y transforma a ésta, en la medida en que comienza a recoger impulsos contrahegemónicos, en territorio de una guerra de posiciones que va modificando la correlación entre las fuerzas y desplazando el punto de equilibrio en que debe colocarse el estado, como instancia que sintetiza la dominación al procesar simultáneamente la prevalencia de los intereses de las clases dominantes y el compromiso con intereses emergentes de las clases dominadas.

La lucha política de clases consiste en la organización del con-

flicto alrededor de dos principios: uno nacional-estatal; otro nacional-popular. Para las clases dominantes, el referente de la nación es el estado; para las clases populares, su propia historia. El conflicto se produce porque hay un campo de disputa común. Una lucha es hegemónica cuando se plantea el control de ese campo y es corporativa cuando no lo cuestiona. Y esta distinción no se vincula linealmente con el tipo de organización que la lleva adelante (partido *vis à vis* sindicato, por ejemplo) o con el estilo de lucha: "reformas" frente a "revolución".

Ya en el *Manifiesto comunista* Marx planteaba que la conquista del poder político implicaba "elevarse a la condición de clase nacional" y que ello equivalía a "la conquista de la democracia".

En la concepción marxiana, elevarse a la condición de *clase nacional* supone para el proletariado la capacidad de producir un proceso político de recomposición que unifique a todas las clases populares. Para ello es la propia categoría de *pueblo* la que debe ser construida, en tanto voluntad colectiva. El pueblo no es un dato sino un sujeto que debe ser producido, una unidad histórica de múltiples determinaciones, un concreto que sintetiza a "las masas", su primera apariencia, y a "las clases", su principal determinación analítica.

Y si ideológicamente la clase que puede aspirar a ser hegemónica (en el interior de los límites que marca la estructura) debe recuperar en sí el sentido de la historia de todas las clases subalternas, políticamente debe hacer lo mismo con las formas de organización que esas clases (o grupos constituidos de interés que no podrían ser analíticamente considerados como "clases") se han ido dando a sí mismas. El análisis de clase de la hegemonía se transforma en *análisis político* de su producción, cuando coloca su atención en la relación con las instituciones.

El punto crucial del marxismo es el nada obvio pasaje de la situación "de clase" a la conformación de "lo popular", o sea la teoría y la práctica del proceso constitutivo de la acción política hegemónica. En la historia del socialismo, como configuración ideal y como movimiento social, este problema ha sido abordado de tal modo reduccionista que la "teoría del partido" (inexistente como tal, por otra parte, en Marx) subsumió en su interior a una teoría más compleja de la organización-constitución de las clases y grupos dominados.

En lugar de enfatizar en el análisis de las formas concretas, variables, de producción de proyectos y prácticas políticas, éticas, culturales, creadoras de voluntad y de conciencia e insertas en

específicas historias nacional-populares, se hipostasió una forma, la forma partido, cosificando en ella el privilegio de la organización de la acción hegemónica. La necesaria distinción analítica entre acción política corporativa y acción política hegemónica, fue reificada en formas institucionales estrictas.

Claramente desde la época de la Primera Internacional (como se sabe, un organismo en que el sindicalismo tuvo gran peso), el tema de la constitución del proletariado como actor político aparece como fundamental. Esta centralidad se acentuará después de la derrota de la Comuna de París y adquirirá notable vigencia con el crecimiento de los sindicatos y los partidos socialistas de masas, ya en tiempos de la Segunda Internacional. Una culminación de ese debate habrá de hallarse en los textos clásicos de Lenin y Rosa Luxemburg, en la primera década del siglo, cumbres visibles de una discusión extendida a través de todo el movimiento obrero, sindicalista o socialdemócrata.

Es en ese momento cuando el debate sobre tipos de acción de clase deriva a planos de enfrentamiento entre formas institucionales: nítidamente los dos polos de la discusión se encarnan en modelos organizativos; en esa clave, para el marxismo de finales de siglo, el sindicato sería el agente de la acción económica de clase y el partido de su acción política.[2]

Pero esta tajante distinción de ningún modo estaba presente en el pensamiento de Marx. Su problemática desde los años iniciales, desde las primeras reflexiones sobre la transformación de la "clase en sí" en "clase para sí", buscaba distinguir en el proceso de constitución del proletariado en "clase nacional" *tipos de acción* que favorecieran más que otros ese desarrollo. Es posible encontrar en el Marx volcado a la actividad política en la Primera Internacional múltiples referencias a la necesidad de que la clase obrera constituya su comportamiento colectivo como un proceso desde la acción corporativa a la acción hegemónica. En la famosa carta a Bolte del 23 de noviembre de 1871 Marx plantea que "el movimiento político de la clase obrera tiene como objetivo, desde luego, la conquista del poder político por la clase obrera y para esto es naturalmente necesario que previamente se haya desarrollado hasta cierto punto una organización de la clase obrera surgida a su vez de las luchas económicas de la misma". Pero esta distinción analítica jamás encontraba referentes organizativos estrictos.[3]

En rigor quien introduce la posibilidad de identificar agentes sociales unívocos de ambos tipos de acción es la socialdemocracia

alemana, porque su interpretación del marxismo como mera expansión del liberalismo suponía el principio de la ruptura entre lucha económica y lucha política. Por ejemplo, en el tercer congreso de la Segunda Internacional Bebel señalaba que "la acción específica de los sindicatos es la presión económica, mientras que la acción de los partidos es política". Por supuesto que para Bebel acción política equivalía a acción parlamentaria y la articulación entre ambos niveles de la acción de clase era vista como una sumatoria de acción corporativa y finalismo socialista. La distinción así trazada borraba el problema de la acción hegemónica de clase.[4] El problema del partido como "conciencia" y de los intelectuales como productores-inculcadores de la ciencia revolucionaria nace de esta separación entre economía y política, absolutamente alejada de las preocupaciones de Marx. En rigor, era el "trauma inglés" el que estaba presente: la situación de un poderoso movimiento obrero que, como el británico, al desarrollarse no expandía sus potencialidades socialistas sino que se transformaba en un instrumento de integración al sistema. La vehemencia "anti-espontaneísta" era una respuesta polémica contra los que planteaban la existencia de una relación directa entre proletariado y socialismo, teniendo en cuenta una situación –la inglesa– en la que la presencia del sindicalismo de masas coexistía con la virtual ausencia de un partido obrero socialista. La discusión con el anarcosindicalismo de matriz ideológica soreliana acentuaría esta tendencia a equiparar estrictamente los dos tipos de acción con dos formas de organización: el antipartidismo absoluto de anarquistas y sindicalistas forzaría aún más en el marxismo la tendencia a reificar la distinción.

Un análisis del contradictorio pensamiento de Georges Sorel o del grupo constituido alrededor de Hubert Lagardelle en la revista *Le Mouvement Socialiste* y de su influencia sobre la corriente anarcosindicalista –que por cierto tuvo gran importancia en la temprana constitución del gremialismo latinoamericano– nos alejaría de la línea central de argumentación. Pero es imposible no hacer alguna referencia siquiera marginal a la cuestión, aunque más no fuera por el estímulo que algunas ideas de Sorel tuvieran sobre autores marxistas como Gramsci.

Clásicamente la obra soreliana ha quedado como el exponente teórico mayor de una concepción exactamente contrapuesta a la del marxismo de la Segunda Internacional (que la Tercera Internacional no modificaría en sus rasgos básicos) en lo que se refiere a la relación entre sindicatos y partidos como instrumen-

tos para la acción revolucionaria. Su famoso opúsculo de 1898 *L'avenir socialiste des syndicats* termina con una frase emblemática de la corriente: "para sintetizar la totalidad de mi pensamiento en una fórmula diré que todo el porvenir del socialismo se basa en el desarrollo autónomo de los sindicatos obreros".[5] Sorel, a partir de una identificación entre acción política y acción parlamentaria, consideraba que la verdadera lucha revolucionaria era la que llevaban a cabo los sindicatos, únicos organismos internos de la clase que podían resistir –a diferencia de los partidos socialistas– la corrupción traída desde afuera por los intelectuales, cuya verdadera vocación no era otra que "la explotación de la política". Por ello, la primera regla del movimiento revolucionario era "permanecer exclusivamente obrero o sea, excluir de su seno a los intelectuales cuya dirección tendría (sobre la acción de clase) el efecto de restaurar las jerarquías y dividir a los trabajadores en categorías".[6] Esta fuerza motriz de la revolución organizada a través de los sindicatos, única institución capaz de expresar el "espíritu de escisión" de los trabajadores, debía expresarse a través de un método de lucha, la violencia, y de una ideología, el "mito" de la huelga general. Y efectivamente, la utilización de esta última consigna servirá para diferenciar en el movimiento obrero de principios de siglo al anarcosindicalismo del socialismo parlamentario y del sindicalismo reformista, al menos hasta que Rosa Luxemburg y Parvus, entre otros, introducen en la socialdemocracia germana el tema de la huelga de masas.[7]

La revolución rusa de 1905 vendría a modificar, con la aparición de estilos de organización no previstos, el esquema de discusión. Claramente será Rosa Luxemburg quien, fuera de Rusia, tratará de extraer de ese movimiento social (que después de 35 años replanteaba el tema de la revolución) las mayores consecuencias polémicas, teóricas y organizativas, para el movimiento obrero europeo. La tarea que ella se propone es, explícitamente, quitarle a anarquistas y sindicalistas el monopolio de la consigna de la huelga general. Teóricamente sus fundamentos se acercan a la concepción marxiana de los tiempos de la Primera Internacional: frente al "partido-conciencia" privilegia el "partido-proceso". Éste es el punto clave de su polémica con Lenin (y de hecho con Kautsky) en 1904: la organización política y la conciencia de clase no están ligadas mecánicamente; la lucha social une a ambas dimensiones en un proceso en el cual "causa y efecto se alternan sin cesar", en el que el conflicto económico y el conflicto político están ligados por una causalidad recíproca.

Lo que diferencia a estos planteos de los corrientes en Europa en su tiempo es la idea de que el movimiento hacia el socialismo implica una totalidad, aun cuando el centro de la misma sea el partido. Esta idea de totalidad del movimiento aparejaba a su vez una teoría acerca de la constitución de la conciencia de clase que, aunque no sistematizada, es sin duda el punto fuerte del aporte de Rosa Luxemburg. Lo que posteriormente la crítica vulgar del stalinismo llamara "culto a la espontaneidad" (y valga la pena señalar que entre los puntos de desacuerdo con la revolucionaria alemana que Lenin señala en ocasión de su asesinato no figura el mentado "espontaneísmo"), en realidad no era otra cosa que la exaltación de la *productividad política del conflicto social.* En ese sentido, y en tanto, como señalaba en su discusión con Lenin sobre problemas de organización, "en realidad la socialdemocracia no está ligada a la organización de la clase obrera; ella es el movimiento mismo de la clase obrera",[8] la conciencia no es el resultado de una relación de externalidad entre ciencia (dirigentes) e ideología (masas), sino una producción colectiva de la dialéctica social generada a partir del conflicto político y sindical. Esta virtualidad política de las luchas sociales alcanzaba su clímax en situaciones del tipo de las huelgas de masas, pues en ellas se producía la unificación, tan temida por el capitalismo, de acción económica y acción política de las clases subalternas.

Para Rosa Luxemburg los sucesos de 1905 demostraban que la separación entre luchas económicas (sindicatos) y luchas políticas (partido) era un producto del parlamentarismo. Y en su famoso y tan mal leído opúsculo sobre *Huelga de masas, partido y sindicatos* señalaba: "En una acción revolucionaria de masas, lucha política y lucha económica son una sola cosa y el límite artificial trazado entre sindicato y partido socialista, como entre dos formas separadas totalmente distintas del movimiento obrero, es simplemente cancelado. No existen dos luchas distintas de la clase obrera, una económica y otra política; existe sólo una única lucha de clase que tiende simultáneamente a limitar la explotación capitalista dentro de la sociedad burguesa y a suprimir la explotación capitalista y al mismo tiempo la sociedad burguesa." [9] El stalinismo habría de transformar este texto capital de Rosa en un ejemplo de "espontaneísmo", de disolución "basista" del problema de la organización y esta falacia interpretativa quedó incorporada por décadas al sentido común forjado por la Tercera Internacional.

Tal sentido común se fundó sobre la sacralización del *¿Qué ha-*

cer?, llevando las conclusiones del texto de Lenin a límites que su autor seguramente no hubiera imaginado ni deseado. Por ejemplo, la partidolatría staliniana que consideraba a los sindicatos como meros "órganos auxiliares y correas de transmisión" entre la clase y el partido. El texto de Lenin, aunque lastrado por la distinción entre acción económica y acción política reificada en formas institucionales, era bastante más complejo y está recorrido por una tensión conceptual que la "vulgata" posterior no recogió.[10]

Lenin partía de la necesidad de distinguir, en el proceso de constitución política del proletariado, dos formas centrales de comportamiento, una corporativa y otra hegemónica, estructuradas alrededor de las relaciones que la clase obrera establecía con el resto de las clases. El tipo de acción corporativa era aquel mediante el cual la clase obrera se enfrentaba inmediatamente con la clase burguesa. La acción política hegemónica sería, en cambio, aquella a través de la cual la clase obrera era capaz de relacionarse con *todas* las clases de la sociedad y con el estado. Incluso la poco feliz expresión acerca de que la conciencia debía ser aportada "desde el exterior" acepta la reserva de que, en algunos pasos del *¿Qué hacer?*, "desde el exterior" significa desde fuera de la acción corporativa, desde fuera de la esfera de las relaciones directas entre obreros y patrones.

Esta precisión de ninguna manera implica que Lenin haya dejado de caer en la reificación típica de la Segunda Internacional, al menos en su famoso opúsculo transformado luego en Libro Sagrado de la teoría marxista de la organización. La bien fundada distinción entre acción corporativa y acción hegemónica como momentos en el proceso de constitución política, establecida a partir de la calidad de las relaciones que la clase obrera podía entablar con las otras clases y con el estado, se transformaba en una precisa distinción entre formas naturalmente funcionales para uno y para otro tipo de acción.

En rigor, una fuente de la dicotomía tajante entre los instrumentos para la acción sindical y los instrumentos para la acción política era la ya recordada concepción –acorde con la imagen de sociedad que había brindado la etapa competitiva del capitalismo– sobre las relaciones de exterioridad entre economía y política. Mientras fuera posible distinguir entre Estado y Mercado, mientras la economía apareciera como externa al estado, tanto sindicalistas cuanto socialistas podían reivindicar, cada uno en un extremo, el privilegio de una forma de organización sobre la

otra. Esta separación está clara en el Lenin del *¿Qué hacer?* y en toda la dirección socialdemócrata europea de la época, salvo parcialmente en Rosa Luxemburg, quien llegó a comprender que la distinción era analítica pero no orgánica, que era el liberalismo parlamentario quien la transformaba en sustantiva y que, si era cierto que no necesariamente la acción económica llevaba directamente a la lucha política socialista, también lo era que la acción política de los partidos no llevaba ineluctablemente a la revolución.

El proceso revolucionario posterior a la primera guerra reforzaría las dudas acerca de la pureza de esa dicotomía institucional.

Toda la literatura y la práctica consiliar (en primer lugar la formidable experiencia "soviética" de los bolcheviques y el texto de Lenin sobre *El estado y la revolución*) habrá de reflejar los intentos, despertados por la propia realidad del movimiento social, de superar ese rígido modelo de enfrentamiento entre acción económica y acción política. Los textos que el joven Gramsci publicara en *L'Ordine Nuovo* forman un capítulo importantísimo de esa historia que el stalinismo después sepultará. Con vacilaciones teóricas, con intuiciones más que con certezas, a partir incluso de caracterizaciones incorrectas sobre la potencialidad del capitalismo para recuperarse de la crisis, esos escritos de Gramsci avanzan enormemente en el intento de replantear la relación entre acción corporativa y acción política, poniendo las bases para el desarrollo de la moderna problemática de la hegemonía.

Gramsci plantea en esos textos –sin nombrarla todavía– la noción de hegemonía (que literalmente ya había aparecido en el marxismo de Lenin aunque con alcances mucho más limitados), como una tarea organizativa capaz de articular distintos niveles de comportamiento y dirigirlos hacia una finalidad política de recomposición de las clases populares en un bloque de masas e instituciones. Sindicatos, partidos de clase y consejos formarán, en sus palabras, "la red de instituciones dentro de las cuales se desarrolla el proceso revolucionario".

La transformación revolucionaria es una compleja tarea social (Rosa Luxemburg la calificará en esos mismos años, con una frase perfecta, como "un trabajo gigantesco de civilización"), en la que la fuerza de las masas se manifiesta en una pluralidad de instituciones que se complementan para la producción de un proyecto hegemónico. Sólo así, a través de este despliegue imprevisible de iniciativas, las clases subalternas pueden ser capaces de quebrar la fragmentación a la que son condenadas por el capi-

talismo y unificarse como sujeto de acción. En este esquema los sindicatos constituirían un ejemplo de institución dual, de organización frontera entre la burguesía y el proletariado, entre el estado y el movimiento social: por un lado mecanismos internos de reproducción del sistema; por el otro espacio de la lucha de clases. En un texto de *L'Ordine Nuovo* de junio de 1920 escribe: "El sindicato no es esta o aquella definición de sindicato: el sindicato llega a ser una determinada definición y asume una determinada figura histórica en cuanto las fuerzas y la voluntad obrera que lo constituyen le imponen una dirección y otorgan a su acción los fines que son afirmados en la definición." [11]

La limitación del sindicalismo consistía en su proclividad a considerar la conquista de la legalidad industrial como una conquista a perpetuidad y no como un compromiso necesario pero no definitivo; esto es, la tendencia a no pasar del nivel corporativo de acción al nivel político. Pero el pasaje a ese estadio de acción hegemónica de clase no era garantizado mecánicamente por la presencia del partido (que en el esquema gramsciano era una "institución de propulsión"), sino por la articulación entre todas las instancias organizacionales que la clase producía, articulación en la que el principal rol estatal debía ser cumplido por los consejos. En un breve artículo de 1918, publicado en *Il Grido del Popolo*, notable por su lucidez, Gramsci señala que el error simétrico de sindicalistas y reformistas era el de sostener la escisión entre política y economía, no comprendiendo que "esa escisión constituye sólo una abstracción teórica de la necesidad empírica de seccionar provisionalmente la unidad actividad social a fin de estudiarla y comprenderla mejor. Se trata –agrega– de una necesidad absolutamente práctica; por razones de estudio al analizar un fenómeno nos vemos obligados a reducirlo a los elementos que constituyen ese fenómeno." Al disociarlos orgánicamente sólo se logra hacer "mala política y pésima economía".[12]

El punto de partida de su concepción plurinstitucional (hegemónica) de la acción política de los trabajadores era que "la vida social de la clase trabajadora es rica en instituciones [y] se articula en múltiples actividades. Hay que desarrollar estas instituciones y estas actividades, organizarlas en conjunto, reunirlas en un sistema vasto y ágilmente articulado que absorba y discipline a toda la clase trabajadora".[13]

En estos textos que van desde 1918 hasta 1921 aparecen, teóricamente borrosas todavía, las categorías que caracterizarán la escritura de los *Cuadernos de la cárcel*. Sobre todo, los intentos por

superar las barreras que parecían teóricamente infranqueables entre economía y política; la visión de la transformación socialista como un hecho de hegemonía en el que la clase se "descorporativiza" y constituye al *pueblo* a través de una articulación de prácticas ideales y organizacionales, creando desde el terreno de la sociedad civil a una nueva voluntad colectiva como producto de un proceso complejo de formación-constitución. Guerra de posiciones, en fin, que al modificar las relaciones institucionales entre fuerzas, produce la acción hegemónica como superadora de las falsas dicotomías entre acción económica y acción política.

3. Modificaciones en el patrón de hegemonía: el estado nacional-popular

El aspecto sobre el que me gustaría detenerme ahora se vincula con otro de los problemas mencionados: la crisis del estado de compromiso nacional-popular y sus repercusiones en el proceso de constitución política de las clases subalternas.

En la medida en que salimos de una determinación lineal del estado como "producto" de las clases dominantes para llegar a una fórmula más compleja que define la constitución de la dominación como "una formación y una superación continua de equilibrios inestables (en el marco de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en donde los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo" (Gramsci), lo que interesaría es analizar a las sucesivas fases estatales como diferentes modelos de hegemonía. Cada fase estatal implica, en efecto, una modificación en las relaciones que se establecen entre estado y economía (modelo de desarrollo) y entre estado y masas (modelo de hegemonía). Esta problemática, que nos saca del terreno de una teoría general del estado para acercarnos a una sociología de sus transformaciones, permite fundar el análisis político de la producción de hegemonía como una relación específica entre masas e instituciones.

La característica fundamental del estado capitalista frente a

otras formas de dominación es, según Gramsci, su capacidad de absorción; las crisis estatales tienen lugar cuando esta capacidad se satura: el estado no sólo no es capaz ya de asimilar nuevos elementos sino que comienza a disgregarse. Esta capacidad expansiva del estado capitalista ha sido probada históricamente en Europa y toda una línea de interpretación encuentra en Gramsci al primer teórico marxista que supo pensar las consecuencias políticas que para el movimiento obrero tuviera la recomposición del capitalismo posterior a la crisis del 30, cuando el estado penetra definitivamente en el mercado, asume el gobierno de la economía y modifica los perfiles de estratificación. La crisis del 30 y sus consecuencias políticas implicarían una aceleración del desmantelamiento de las bases del estado liberal y de sus mecanismos privilegiados de representación: la mediación parlamentaria se deteriora más desde entonces y crecen las funciones del ejecutivo que, a través de un personal tecnocrático, centraliza la contratación directa con las organizaciones de clase. Esta irreversible crisis del estado liberal, que se consolida después de 1930 pero que nace con la primera posguerra, habrá de dar lugar a la emergencia de nuevas formas de organización del poder que algunos autores califican como "corporativas" en el sentido de que el consenso se busca menos a través de la aprobación electoral que a través de la negociación permanente entre intereses organizados, que utilizan su poder de veto sobre un estado cada vez menos constituido como representación del "ciudadano" individual y cada vez más como articulación de organizaciones sociales, dentro de un abanico de regímenes que incluyen en sus extremos al fascismo y al New Deal.[14]

Para el status político de las masas activadas desde la guerra esta reorganización estatal habrá de provocar cambios notables: ya la dominación sobre ellas no podrá ejercerse por medio de la forma clásica de mantenerlas desorganizadas, sino que será necesario proponer su organización y aceptar su presencia mediatizada en el estado, que así amplía sus bases de compromiso político. En este sentido, el reconocimiento del sindicalismo como sujeto legítimo en el interior de un *bargaining system* implica una de las transformaciones políticas más sustantivas como parte de un contradictorio proceso de integración conflictiva de las masas.

En el plano de la producción de hegemonía por parte de las clases populares, estos cambios –asociados con el ingreso a la fase intervencionista y benefactora del estado– deberían provocar modificaciones estratégicas notables, en la medida en que dos su-

puestos básicos de la acción de clase se desmoronaban: la distinción entre estado y economía; la externalidad de las masas frente al estado. La crisis desnudaba la ficción liberal acerca de la escisión "natural" entre sociedad civil y estado, producción ideológica de la etapa competitiva del capitalismo. La posibilidad de distinguir a partir de entonces entre "lucha económica contra los patrones" y "lucha política contra el estado", que está en el núcleo de la polémica de principios de siglo, se torna empíricamente más difícil, en tanto cada vez más la política económica de la empresa depende de la política económica general, de las decisiones directas e indirectas del estado sobre inversión y sobre consumo.

Del mismo modo, el estilo de la acción política debía cambiar, porque la "difusión de la hegemonía" determinaba modificaciones institucionales, en especial la constitución de un sistema político que oficiaba de mediador entre sociedad y estado, procesando las demandas. En la medida en que en el mismo comenzaba a tener participación, como sujeto reconocido, el sindicalismo, esto alteraba también las características de la vinculación entre lo social y lo político, anteriormente de externalidad, ahora de interpenetración progresiva. El ciclo económico y las características que asumía la lucha de clases dependerían cada vez más de los movimientos del ciclo político, del "gobierno político de la economía".

Desde el punto de vista del movimiento obrero, el desarrollo del llamado capitalismo monopolista de estado, al cambiar las formas sociales de la dominación y reorganizar los mecanismos para la toma de decisiones en el sistema político, habría de alterar el planteo clásico de las relaciones entre sindicatos y partidos de masas, terminando progresivamente con la "división del trabajo" establecida en el siglo XIX a partir de la separación "objetiva" entre economía y política. El nuevo encuadre institucional del capitalismo liquida definitivamente las barreras que escindían "lo social" de "lo político".

En una primera etapa, la del capitalismo competitivo, la inexistencia de partidos de masas y la calidad de fuerzas de resistencia obrera que tenían los sindicatos había determinado que estos últimos combinaran de hecho funciones económicas con funciones políticas en una única lucha por la ampliación de la ciudadanía y por la legalidad industrial. La teorización de este momento inicial es la que propone Marx en la Primera Internacional: los límites entre acción económica y acción política eran imprecisos en la

medida en que eran borrosos también los perfiles de la constitución política de la clase obrera.

A esta etapa le sucederá otra –aún dentro de la fase del capitalismo competitivo– en la que la burguesía ya logra consolidar su hegemonía incorporando temas de participación democrática a su discurso liberal. Aparecen entonces partidos socialistas de masas que intentan con éxito la lucha política parlamentaria, mientras a su vez se otorga legalidad a la acción reivindicativa de los sindicatos. Esto, como hemos visto, refuerza la división de funciones entre sindicatos y partidos, como un reflejo de la dicotomía burguesa entre privado y público, entre sociedad y estado. Es el momento del crecimiento ideológico de la Segunda Internacional como inversión simétrica de un modelo liberal de desarrollo político.

El pasaje del estado "gendarme" al estado intervencionista; el progresivo proceso de organización y luego encuadramiento de las masas mediante la corporativización del estado, abriría por fin la etapa actual en que política y sociedad se interpenetran, a partir de "la progresiva constitución del estado nacional como unidad económica organizada".[15]

Estos rasgos genéricos, que califican la mutación hacia un nuevo modelo de desarrollo y nuevo modelo de hegemonía en los capitalismos centrales, pueden ser sin embargo replicados para explicar algunas de las características del estado de compromiso nacional-popular, ahora en crisis en América Latina.

Llegado a determinado nivel de desarrollo el estado capitalista dependiente convoca a una complejidad sociológica basada en un compromiso entre clases, para superar la etapa más simple del estado oligárquico-intermediario. La explicación usual de esto es conocida: en la medida en que las características particulares del tránsito a la industrialización no permiten a ninguna fracción asegurar por sí sola el control político de ese pasaje, la hegemonía debe ser el producto de una complicada estrategia de transacciones y de una incorporación permanente de clases auxiliares al sistema político. En esa situación, el aparato estatal refuerza sus roles arbitrales y acrecienta su peso como promotor del desarrollo y como regulador de la distribución. Este esquema, que sucintamente caracteriza los contenidos del estado de compromiso nacional-popular, tuvo aplicación en todos los países de industrialización temprana de América Latina, más allá de que en algunos de ellos asumiera formas autoritarias de régimen y en otras liberal parlamentarias.

En ellos, como lo ha planteado clásicamente Bendix para las sociedades centrales de industrialización tardía, la consecución de la ciudadanía por parte de las clases populares implicó, como condición, una modificación en el estado, un desplazamiento brusco de fuerzas en el cuadro político.[16]

Lo que interesará ver someramente es la forma en que esa ruptura afectó a *la historia de la constitución política* de las clases populares, que pasaron a ser desde ese momento un factor central del equilibrio estatal, un elemento clave de legitimidad.

La imagen que se ha dado habitualmente de la relación entre clases populares y estado en el interior del sistema político característico de estos regímenes ha sido la de la manipulación. Los análisis sobre los "contenidos de clase" de los regímenes que expresaron esa fase estatal han insistido sobre los aspectos subordinados de esa participación, enfatizando su carácter funcional para un estadio del desarrollo del capitalismo, pero no su otro costado posible: el que puede ubicarse como capítulo del proceso de constitución política de las clases populares y en especial de la clase obrera urbana, caracterizado por la aparición del sindicalismo de masas como un grupo de presión en el interior del sistema político. El estado de compromiso nacional-popular ha sido explicado casi siempre como el producto de una determinación de clase burguesa, pero no a partir de su otra dimensión –la de la temprana participación en él de las clases populares– a la que se ha tendido a ver solamente en términos de heteronomía y manipulación.

En tanto que el proceso de constitución de las clases populares en actores colectivos no siguió el rumbo "clásico" y en la medida, también, que la investigación latinoamericana se vio siempre forzada a operar en términos abstractos de comparación con respecto de aquél, la presencia obrera y popular en las situaciones "nacional-populares" fue imaginada como anómala. Si la forma "europea" de constitución política había implicado un sucesivo crecimiento de la participación a partir del desarrollo de luchas sociales que alcanzaban luego a expresarse como luchas políticas, la "desviación" latinoamericana estribaba en que ese crecimiento era constitutivo de una crisis política y fundante de una nueva fase estatal en la que las clases populares, y en especial la clase obrera, que se conformaban en el proceso de industrialización, penetraban en el juego político antes de haberse constituido como clase con perfiles claros de acción corporativa.[17]

Ciertamente, los "populismos" introducen una ruptura en esa

secuencia clásica que trata de articular los elementos de acción corporativa con los de acción hegemónica y plantea, para la discusión surgida en el movimiento obrero europeo hacia finales de siglo, elementos de novedad, en la medida en que la superación de la crisis política que acompañó a los procesos de industrialización en América Latina desde los 30 implicó un tipo de relación entre estado y clases, un módulo sociológico de recomposición política, que pone en cuestión la imagen clásica de las articulaciones entre sociedad civil y estado.

Las clases populares latinoamericanas atravesaron el pasaje de su acción corporativa a la acción política de una forma *sui generis*: llegaron a participar del sistema político sin expresar un impulso hegemónico, y quien las constituyó como "pueblo" no fue el desarrollo autónomo de sus organizaciones de clase (o de los grupos ideológicos que se reclamaban como de clase), sino la crisis política general y el rol objetivo que asumieron en ella como equilibradoras de una nueva fase estatal. Las organizaciones de clase (o reclamadas como de clase) preexistentes, fracasaron en su intento de procesar el pasaje de una acción corporativa a una acción hegemónica, porque concibieron a ésta meramente como una adición al "espíritu clasista" corporativo de elementos de finalismo socialista. De tal modo, fueron los populismos los que recompusieron la unidad política de los trabajadores a través –como ha sido reiteradamente señalado– de la acción de élites externas a la clase y de líderes como Cárdenas, Vargas o Perón.

Ésta fue la forma histórica específica de constitución de la clase obrera urbana en sujeto de acción política, a partir de los procesos de industrialización que modernizaron a estas sociedades: su memoria arranca de allí, de una identificación inmediatamente política como clase. Las clases populares abandonaron su externalidad con respecto al estado de la mano de movimientos nacional-populares, con lo que sus perfiles quedaron definidos por las peculiaridades del principal instrumento "propio" que operó como puente para esa constitución: el sindicalismo de masas.

Éste es un punto que interesa destacar: por más heterónomo que aparezca su comportamiento en términos de un modelo clásico de constitución, la presencia política de las clases populares estuvo mediada por instancias organizativas "de clase" y no por una pura vinculación emotiva con un liderazgo personal.

Aquí entramos a un plano en el cual, aun dentro de una misma matriz, las experiencias históricas comienzan a diversificarse y

aparecen rasgos diferenciales de sociedad en sociedad, que tienen que ver con los pesos relativos de las formas institucionales asumidas por la acción política de las clases populares en cada caso y con las características particulares de los procesos de agregación y desagregación de la clase obrera con respecto al compromiso nacional-popular.

Si el caso chileno es el más desviado del resto (en cuanto fue el que mayores similitudes mostró con el modelo clásico), el proceso en la Argentina de Perón difiere, a su vez, del que tuvo lugar en el Brasil de Vargas y Goulart y éste con el del México de Cárdenas o con la relación que se establece en Bolivia entre MNR y sindicatos desde los 50. El tipo de sindicatos y de partidos de masas, y la relación entre ambas formas y el estado, fueron diversos en cada situación, lo que a la vez influirá sobre las peculiaridades de la desagregación del populismo, pero en todas, en grado mayor o menor, las características del compromiso nacional-popular como parte de la historia de las clases subalternas pueden ser generalizadas a través de las características centrales del sindicalismo.

El sindicalismo, que aparece como la instancia de mediación privilegiada para la inserción de las masas en el estado, fue en todos los casos un sindicalismo político. Esto es, definía su acción en nombre de todos los asalariados, tenía como principal interlocutor al estado y no a la empresa y buscaba colocarse en el sistema político como fuerza gubernamental. Su función era la de coordinar los intereses de la generalidad de los trabajadores, superando las heterogeneidades internas, y su objetivo principal el nivel del salario y de la ocupación. La relativa debilidad de los trabajadores en el mercado de trabajo marcó las características de la acción sindical y su relación con la política: en lo reivindicativo, como lucha por la contratación centralizada y la homogeneidad salarial; en lo institucional por el reconocimiento estatal de cuotas de poder político y económico. De tal modo la discusión clásica sobre la división de funciones entre sindicatos y partidos fue siempre retórica en estos casos latinoamericanos: desde que aparece la clase obrera moderna el movimiento sindical ha sido inmediatamente político, por los medios de lucha empleados, por las instituciones hacia las que dirigía su acción y por los fines que se planteaba y, por otro lado, la relación entre "lo social" y "lo político" se especificó como relación entre movimiento obrero y movimientos nacionales (con salvedades para el caso chileno), y no entre sindicatos y partidos de clase.

Al entrar en crisis el estado de compromiso nacional-popular

entra en crisis toda una historia de mediaciones entre clases populares y política: no es sólo una "voluntad burguesa" la que se desagrega. Salvo en Chile (y quizás Uruguay), donde la cadena era más compleja pues entre sindicalismo y estado aparecían partidos de raíz marxista como instancia de mediación, en el resto de las situaciones (aun sabiendo que un esquema general no puede capturar toda la riqueza particular de determinaciones) la clausura pospopulista del sistema político, con la exclusión del mismo de los sindicatos, implica la quiebra de una fase de desarrollo de la clase obrera, del momento más importante en el pasaje de una acción corporativa a una acción política aunque no hegemónica: se trata, pues, de una crisis interna de las clases populares que propone la necesidad de nuevos intentos de recomposición política, pero cuya trinchera defensiva principal sigue siendo el sindicalismo.

Ciertamente una recomposición había sido ya intentada desde la propia clase, con el surgimiento, hacia los años 60, de nuevas formas de comportamiento obrero que ponían en cuestión las orientaciones políticas del sindicalismo nacional-popular, y que expresaban un punto de ruptura con la forma tradicional de negociación con el estado.

Pero estos cambios –genéricamente agrupados bajo el nombre de "clasismo"– no pudieron superar casi nunca un estadio prepolítico de acción: orientados hacia la presión sobre la empresa y sobre las propias organizaciones burocratizadas del sindicalismo de masas, expresaron mejor el intento de los trabajadores por acceder al control de sus propias instituciones que la voluntad de superar la antigua acción política mediatizada a favor de una acción hegemónica, pues ésta, una vez más, tendió proyectualmente a recaer en una combinación de acción reivindicativa y finalismo socialista.

Así, la crisis de la forma populista de participación obrera no fue superada desde una política autónoma de clase que se desagregaba del bloque, sino que resultó del naufragio general del estado que la impulsó originalmente.

Frente a la actual desarticulación de la presencia sindical en los sistemas políticos, la lucha por la construcción de acción hegemónica por parte de las clases populares parece encontrar distintas alternativas. La opción planteada por el "clasismo" no ha trascendido los límites corporativos, pese a su voluntarismo, y es en esos límites donde se ha empantanado habitualmente la teoría y la práctica "consejista" y de democracia obrera directa.

Por su parte, la inexistencia virtual en casi todos los casos de partidos socialistas de masas impide considerar a su vez, como opción realista en el corto plazo, a una recomposición política de los trabajadores dirigidos por una "vanguardia" de clase. Es un hecho que en la crisis actual (entre otras cosas porque sobreviven mejor que otras organizaciones a la represión estatal), los sindicatos, aun conservando los rasgos más característicos de la etapa anterior, siguen apareciendo globalmente como la forma principal de la identidad sociopolítica de los trabajadores y expresando mejor que otras organizaciones la voluntad de resistencia de las masas.

La circunstancia permite pensar que el sindicalismo puede repetir su calidad de instrumento de agregación política, convirtiéndose en un núcleo apto para intentar el comienzo de una reorganización de los asalariados en un momento en que esos capitalismos encaran su propia reorganización y en el que colocan, como una condición para la misma, el reforzamiento de la división entre roles gremiales y roles políticos, tratando de arrinconar a los sindicatos hacia el cumplimiento de sus "funciones específicas".

Todas las evidencias indican que el papel del sindicalismo peronista en la Argentina, de la COB en Bolivia, de los nuevos o reconstruidos sindicatos brasileños, resulta decisivo para pensar cualquier posibilidad de acción política (y potencialmente de acción hegemónica) de la clase obrera, más allá de las discusiones recurrentes y abstractas sobre las limitaciones de la acción sindical. Aun en Chile y en Uruguay –sociedades en las que más claramente se dio la distinción entre acción reivindicativa y acción política, entre funciones de la organización sindical y funciones de los partidos de clase– es notorio el papel crecientemente agregador de intereses políticos generales que cumplen los sindicatos. Lo que podría plantear a la caída de las dictaduras militares (sobre todo para el caso chileno), la posibilidad de una modificación en el modelo anterior de mediación política según el cual el sindicato actuaba como instancia mediadora entre clase y partidos y los partidos como articuladores entre sindicatos y estado.[18]

Para el caso mexicano, en el cual uno de los puntos centrales de la fortaleza del sistema es la integración corporativa de los sindicatos, la discusión se encuentra abierta ya: alejada la sociedad de los círculos de fuego de la crisis política que sacude al sur del continente, pero con similares problemas de desarrollo que empujan hacia intentos de reorganización del capitalismo, los

grandes sindicatos aparecen también como un espacio privilegiado para la construcción de acción política.[19]

Por supuesto que, en la hipótesis de que el movimiento obrero organizado pueda transformarse en un centro de agregación nacional, este proceso de repolitización de los sindicatos no será lineal: implicará necesariamente rupturas, replanteo de las relaciones entre el sindicalismo y sus bases y el sindicalismo y el resto de las organizaciones sociales (incluyendo al estado), así como una dinámica de conflictos en el interior de las propias estructuras gremiales y en toda la sociedad.

Este complejo proceso excede obviamente los límites tradicionales de la acción sindical en la medida en que el movimiento gremial amplía, pero ahora "desde abajo" y contra el estado, su campo de acción al asumir las relaciones que se plantean entre la sociedad y las instituciones políticas. Esta función articuladora implica varios movimientos en el interior del propio sindicalismo. En primer lugar una lucha –que no será de ningún modo fácil– por la redefinición "vertical" del sindicalismo, en el sentido de democratizar sus estructuras colocando a la organización de empresa y a la asamblea de trabajadores como pivotes organizativos frente a la consolidación autosuficiente de las burocracias. En segundo lugar, una capacidad "horizontal" de agregación de intereses de otras categorías sociales que permita a ese espacio social constituido por el sindicalismo transformarse en un polo articulador de la acción reivindicativa de otros grupos, que coinciden en la necesidad de formular proyectos hacia "otro desarrollo".

El riesgo consiste en que este proceso lleve a una inversión simple de la teoría clásica sobre la relación entre sindicatos y partidos, reflotando los viejos temas del anarcosindicalismo. Contra lo que Ingrao califica como "palingenesia de izquierda", según la cual sería posible resolver desde la fábrica el problema del poder, o contra el "pan sindicalismo", el problema sigue siendo cómo superar una teoría "vanguardista" de la transformación social sin que sea el sindicato, inevitablemente llevado ahora a la formulación de propuestas estatales, quien quiera ocupar el lugar de los partidos.

El sentido propuesto en estas notas no es éste sino el de tratar de pensar, bajo el estímulo directo de los cambios que la coyuntura sociopolítica está produciendo en los países de antigua industrialización en América Latina, una dialéctica nueva entre movimiento social y movimiento político que, aun distinguiendo analíticamente entre acción corporativa y acción hegemónica, no

transforme esas dimensiones en institucionales, procediendo a una cosificación esencialista de categorías.

La necesidad histórica de una forma política más global, como los partidos o los movimientos, no está en discusión, en la medida en que la lucha por la democracia (que implica transformar una "forma general" como es el estado), necesita a su vez de una mediación política general, pero sí lo está la hipótesis de que esa forma debe absorber o subordinar a las demás y de que la política empieza con ella. La constitución de lo político a través de la producción de acción hegemónica supone un proceso histórico complejo del cual el partido es sólo "parte", porque no monopoliza en sí la posibilidad de la acción política, mientras le quedaría a las otras instituciones la acción reivindicativa, en una división del trabajo finalmente reaccionaria pues en toda "partidolatría" actual está la semilla de la "estadolatría" futura. Así, el partido no es el *órgano* de los trabajadores como clase, sino un momento en el desarrollo de su constitución política.

La hegemonía es el proceso a través del cual una clase se produce a sí misma como sujeto histórico. Es una construcción social, y como tal se expresa en multiplicidad de organizaciones y de prácticas por las que una clase fundamental, al reconstruir su unidad como sujeto político, es capaz de dirigir al pueblo-nación. Es el resultado de una tensión permanente entre movimientos políticos y movimientos sociales en el interior de una conflictualidad que jamás debiera clausurarse. Por ello, es plurinstitucional, y su jerarquización y articulación son impredictibles por cualquier esencialismo. En la medida en que hemos colocado en el centro de estas notas el problema de la constitución política de clase a través de la acción hegemónica, hemos intentado dejar atrás falsas antinomias que oscurecen la discusión (cuando se las plantea desde la universalidad estructural y no desde la coyuntura histórica), como la de sindicatos *versus* partidos, reformas *versus* revolución, vía armada *versus* vía legal. Todas estas parejas de contrarios no tienen valor en sí mismas; su articulación no desciende de ningún cielo marxista y son, por lo tanto, sólo inteligibles en el interior de una estrategia específica que necesariamente debe implicar la identificación del socialismo con la construcción de una voluntad colectiva nacional y popular y que debe subordinar toda táctica a esa premisa.

[1980]

Notas al capítulo III

[1] Los países que servirán de referencia para estas reflexiones son básicamente los del cono sur de América Latina (Argentina, Chile, Uruguay y Brasil), todos los cuales, junto con México y Colombia, inician un proceso de industrialización con anterioridad a la década del 30 y atraviesan hoy por grados diversos de crisis y recomposición política. Estas sociedades integrarían la categoría que Albert Hirschman calificara como de "industrialización tardía y postrera", para diferenciarlas de otras como Alemania, Italia y Rusia, por ejemplo, clásicamente agrupadas como de "industrialización tardía". Hasta aquí el criterio clasificatorio cortaría centralmente por características económicas (aun cuando ellas puedan ser ligadas, en una relación causa-efecto, con otras, sociales y culturales), pero en la medida en que el análisis que acá se intenta privilegia la dimensión política, cada una de las sociedades en consideración es definida no sólo por el tipo de relaciones entre estado y economía (patrón de desarrollo) sino también, y sobre todo, por el nivel que define las relaciones entre estado y masas (patrón de hegemonía). Por eso, una sociedad como Bolivia, cuya industrialización comienza recién después de la segunda posguerra, pero en la que la fuerza política del movimiento sindical ha alcanzado enorme gravitación, integra el referente histórico de estas notas. Pese a que no participa del mismo peldaño de desarrollo económico que el resto de los países en consideración, la densidad del sistema político boliviano y la influencia que dentro de él ejerce desde 1952 el movimiento obrero, acerca mucho más a Bolivia, para el sentido de estas notas, a Argentina y a Chile que a los países centroamericanos, por ejemplo, o a otros países andinos.

[2] En una resolución del VII Congreso de la II Internacional, realizado en Stuttgart entre el 18 y el 24 de agosto de 1907, se establece que "cada una de estas dos organizaciones (partido y sindicatos) posee la esfera de acción que le es inherente *por naturaleza*".

[3] En la misma carta Marx intenta explicar y, a la vez, trazar un balance de los objetivos que se propusiera al participar de la Primera Internacional. La finalidad principal era "reemplazar las sectas socialistas o semisocialistas por una verdadera organización de lucha de la clase obrera", a partir de su convicción de que "el desarrollo del sistema de las sectas socialistas y del verdadero movimiento obrero siempre están en relación inversa entre sí". Marx agrega que "todo movimiento en que la clase obrera se presente *como clase* en contra de las clases dominantes e intente imponérseles por presión exterior es un movimiento político". Así, la lucha por la reducción de la jornada de trabajo en una fábrica sería un movimiento económico, pero si el objetivo que se busca conseguir es una ley fijando la jornada de ocho horas, ya se trata de un movimiento político, "es decir, un movimiento de la *clase* que tiene por objeto imponer sus intereses en forma general, en una forma que posee una fuerza social de compulsión general". Cfr. Marx-Engels, *Correspondencia*, México, 1977, pp. 401-406. La distinción entre acción corporativa y acción política claramente se funda sobre los lugares institucionales hacia los que el movimiento obrero dirige su movilización (empresa o estado), y no sobre el tipo de organización que la impulsa. Toda la labor de Marx en la Primera Internacional se condensa en el intento de consolidar una organización internacional

del proletariado que pudiese superar la fractura entre lucha económica y lucha política.

[4] Un muy interesante y erudito aporte a la discusión de este problema (aunque a veces discutible por su intento de "salvar" a toda costa la originalidad del pensamiento de Lenin), puede encontrarse en la extensa introducción preparada por Leonardo Paggi para el libro de Max Adler, *Il socialismo e gli intellettuali*, Bari, 1977.

[5] Georges Sorel, *Scritti politici e filosofici*, Turín, 1975, p. 222.

[6] *Ibidem*.

[7] Un excelente resumen de la cuestión puede verse en Hubert Lagardelle, *Huelga general y socialismo*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 61, Córdoba (Argentina), 1975, en el que se incluye la famosa encuesta sobre el tema realizada en vísperas de la revolución rusa de 1905, y en los Cuadernos de Pasado y Presente números 62 y 63, *Debate sobre la huelga de masas*, en los que aparecen las repercusiones que la cuestión tuviera en la poderosa socialdemocracia alemana. Para un completo balance del momento histórico, social y cultural en el que surge la corriente sindicalista, ver Michele Maggi, *La formazione dell'egemonia in Francia (La ideologia de la Terza Repubblica tra Sorel e Durkheim)*, Bari, 1977. El mejor análisis sobre la influencia de Sorel en Gramsci se encuentra en Nicola Badaloni, *Il marxismo di Gramsci*, Turín, 1975.

[8] Rosa Luxemburg, *Obras escogidas/Escritos políticos I*, México, 1978, p. 193.

[9] *Ibidem*, p. 364. Cuando la crítica vulgar opina sobre el presunto "pan sindicalismo" de Rosa ignora absolutamente el sentido de su pensamiento. En la coyuntura del movimiento socialista alemán de la que ella participaba, sus dardos polémicos apuntaban precisamente contra la exageración de la "neutralidad" de los sindicatos en relación con el partido y eran los dirigentes gremiales sus principales adversarios en la socialdemocracia. Su defensa del "espontaneísmo", expresada en la consigna de la huelga general, iba directamente en contra de las tendencias burocráticas y frenadoras de la combatividad política de las masas que ella veía encarnada en el reformismo de los líderes gremiales. Por otra parte, es conocida su metáfora para señalar las limitaciones corporativas de toda acción sindical: se trataría, en sus palabras, de "un trabajo de Sísifo" que jamás alcanzaría por sí "la cumbre" de la revolución.

[10] En rigor, el punto específico de la relación entre partido y sindicatos fue en Lenin más retórico que sustantivo, al menos hasta 1917. En contraste con los casos alemán e inglés, los sindicatos eran casi inexistentes en la Rusia zarista y por lo pronto tan ilegales como el partido en la mayoría de las coyunturas. Cuando emergen durante la revolución de 1905 quedan eclipsados por los soviets y durante el período de reacción posterior virtualmente desaparecen. En 1917 otra vez su acción se oscurece detrás de la presencia central de los soviets y no tienen ninguna participación destacada en la toma del poder en octubre. El primer congreso pan ruso de sindicatos se reunió recién en 1918. Cuando en el *¿Qué hacer?* Lenin se refiere a "la lucha económica" característica del sindicalismo, piensa que en el caso ruso ella es llevada a cabo "por asociaciones profesionales de carácter provisional y por medio de octavillas", es decir, a través de formas institucionales muy precarias. La lucha económica –dice Lenin– "en los países libres se llama lucha gremial, sindical o tradeunionista", pero ése no sería el caso ruso. En cambio, la relación importante entre organizaciones de masas y partido es la que se planteará con los soviets, organizaciones "espontáneas" de la clase a las que Lenin apoyará entusiastamente en 1905 tras algunas vacilaciones (y en contra de buena parte de la dirección bolchevique), en la medida en que a su juicio eran

instituciones aptas para el desarrollo de formas de "doble poder", pues eran capaces de fusionar la lucha económica con la lucha política. Específicamente el problema de las relaciones entre partido y sindicatos será planteado por Lenin recién en los primeros años del poder soviético, sobre todo en su conocida polémica contra Trotsky, Bujarin y la oposición obrera. En ella, si bien es Lenin quien acuña la desdichada calificación para los sindicatos de "correa de transmisión" entre las masas y el partido, trata a la vez de mantener una posición intermedia entre el estatalismo de Trotsky y el pansindicalismo de la dirección obrera, reivindicando niveles de autonomía para la organización sindical frente al partido y al estado. Sobre el tema ver Isaac Deutscher, *Los sindicatos soviéticos*, México, 1970; el comentario de E. H. Carr a dicho libro en *1917, antes y después*, Barcelona, 1970, pp. 147 a 159 y Oskar Anweiler, *Los soviets en Rusia (1905-1921)*, Madrid, 1975, además, por supuesto del *¿Qué hacer?* y la recopilación de textos de Lenin, *Acerca de los sindicatos*, Moscú, 1978, especialmente páginas 379 a 406 y 435 a 481.

[11] "Sindicatos y consejos", en *L'Ordine Nuovo*, 12 de junio de 1920.

[12] "La organización económica y el socialismo", en *Il Grido del Popolo*, 9 de febrero de 1918.

[13] "Democracia obrera", en *L'Ordine Nuovo*, 21 de junio de 1920.

[14] Cfr. Charles S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe*, Princeton University Press, 1975. Sobre la misma cuestión puede verse en español la notable recopilación de trabajos de Franz Neumann realizada por Marcuse, *El estado democrático y el estado autoritario*, Buenos Aires, 1975, especialmente los capítulos 1 y 2.

Para una excelente comparación entre procesos de desarrollo capitalista y procesos de cambio político en Europa y América Latina, ver James R. Kurth, "Industrial Change and Political Change: a European Perspective", en David Collier (ed.) *The new authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1979, pp. 319 a 362. Dentro de la extensa literatura existente sobre corporativismo en América Latina cabe destacar el libro de Alfred Stepan, *The State and Society, Peru in Comparative Perspective*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1978, especialmente los capítulos 1, 2 y 3.

[15] Cfr. Alessandro Pizzorno, "Los sindicatos y la acción política" en VVAA *Economía y política en la acción sindical*, Cuadernos de Pasado y Presente nº. 44, Córdoba (Argentina), 1973. Este texto plantea el mejor enfoque que conocemos en español acerca de la nueva problemática de la acción sindical. Por cierto que una nueva visión de la acción obrera que trata de elaborar esquemas de lucha articulada en la fábrica, en la sociedad y en el estado, y no ver a cada una de esas realidades como aspectos parciales de los que se encargarían distintos agentes, es un patrimonio no sólo teórico sino político del movimiento obrero italiano, sobre todo desde principios de la década de los 60. Ver, entre muchos otros, los textos de Bruno Trentin recopilados en *Da sfruttati a produttori*, Bari, 1977. Particularmente iluminadores sobre la cuestión son los artículos de Trentin y Pizzorno incluidos en *Problemi del movimento sindacale in Italia, 1943-1973*, incluidos en los Anali Feltrinelli, 1974/75, y el trabajo de Pizzorno "Scambio politico e identita collettiva nel conflitto di classe", en C. Crouch y A. Pizzorno, *Conflitti in Europa. Lota di classe, sindacati e Stato dopo il 68*, Milán, 1978, pp. 407 a 434. Para un enfoque político del punto, ver a Pietro Ingrao, "La nueva frontera del sindicato", en *Las masas y el poder*, Barcelona, 1978, pp. 119 a 131.

[16] Reinhardt Bendix, *Estado nacional y ciudadanía*, Buenos Aires, 1972, p. 76. Bendix distingue dos situaciones con referencia a la incorporación de las clases populares en el sistema político. La clásica, en la que la ciudadanía es adquirida en el interior de una comunidad ya existente, a través de una secuencia que pasa

primero por la consecución de "derechos civiles" (liberalismo) y se amplía luego a la adquisición de "derechos políticos" (democracia). Se trataría del modelo hegemónico originario caracterizado por la absorción de temas democráticos en el discurso liberal. La otra situación, propia del tardocapitalismo, implica "la modificación de la comunidad política para que la plena ciudadanía sea posible".

[17] Cfr. Silvia Sigal y Juan Carlos Torre, "Una reflexión en torno a los movimientos laborales en América Latina", en Rubén Kaztman y José Luis Reyna, *Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*, México, 1979.

[18] Algunas interesantes hipótesis sobre el caso chileno pueden verse en Guillermo Campero Q., "Las nuevas condiciones en las relaciones de trabajo y la acción política en Chile", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLI, vol. XLI, nº. 2, abril-junio de 1979, pp. 481-493.

Actualmente la coyuntura chilena parece marcar un proceso de reformulación de las relaciones clásicas entre partido(s) y sindicatos en el sentido de una mayor autonomía de los segundos *vis à vis* los primeros, motivada, entre otras cosas, por las dificultades que origina la actividad ilegal para ejercer una política de control centralizado, pese al notorio papel que han jugado y juegan cuadros partidarios en el impulso organizativo inicial de los diferentes movimientos de masas. Éste sería un caso típico en el que las condiciones de clausura de los mecanismos tradicionales del sistema político plantean una ampliación del campo de acción sindical a través de la emergencia de una dimensión estatal y de la necesidad de coordinación horizontal por parte de los sindicatos de "reivindicaciones generales", que surgen de una sociedad en la cual la representación política se ha militarizado.

[19] Un aporte polémico importante para esta discusión es el trabajo de Arnaldo Córdova, *La política de masas y el futuro de la izquierda en México*, México, 1979.

IV. Gramsci y el análisis de coyuntura (algunas notas) *

I

Buscando una definición tendiente a especificar el carácter de su aporte fundamental al marxismo, se ha llamado a Gramsci "teórico de las superestructuras".[1] Más aún: el propio Althusser, crítico tenaz del presunto "historicismo" gramsciano, expresa en uno de sus textos mejores (impensable, por otra parte, sin el estímulo directo de las ideas de Gramsci) que no conoce a otro autor sino a éste capaz de haber producido (luego de Mao y Lenin) un discurso teórico referido al tema clave de "la eficacia específica de las superestructuras" y de haber generado, además de "visiones absolutamente originales" sobre el problema, conceptos nuevos como el de hegemonía, "notable ejemplo de un esbozo de solución teórica a los problemas de la interpretación de lo económico y lo político".[2]

"Teórico de las superestructuras"; productor, en un nivel eminente, de un esbozo sistemático acerca de la eficacia específica con que las determinaciones surgidas de la superestructura *condicionan* la determinación "en última instancia" de la economía, para lo cual ha elaborado no sólo "imágenes" empíricas sino también el primer desarrollo de una batería de conceptos pertinentes, ¿por qué no llamar a Gramsci, si se quiere calificar su aporte,

* Ponencia presentada al seminario sobre "Análisis de coyuntura", organizado por CLACSO, en Lima, Perú, enero de 1977; publicada en la *Revista Mexicana de Sociología.*

como principal "teórico de la coyuntura"? Pero seguramente no estamos frente a un problema de condecoraciones. Al fin, el tema de la oposición entre estructura y acontecimiento marca todo el debate sustantivo de las ciencias sociales y ha sido –como señala Granger– "la fuente principal de los problemas epistemológicos" en ese terreno. Nominalismo, Realismo, Empirismo, Formalismo, Historicismo-Especulativo: ¿qué tiene que decir el marxismo frente a esa querella secular? El marxismo, en efecto, que ha autodefinido su voluntad de conocimiento como "el análisis concreto de una situación concreta". Hay en ese sentido una línea de textos, de elaboraciones parciales, de preguntas abiertas a la posibilidad de construir conceptos que tornen aprehensible "el episodio" por un pensamiento estructural. Desde ese apunte genial de Marx –la *Introducción* de 1857– siguiendo por los textos de Lenin sobre la dialéctica redactados en 1914, verdadera matriz teórica de la práctica revolucionaria de 1917,[3] y el *corpus* filosófico-político de Mao,[4] hasta toda la obra –fragmentaria, dispersa, pero absolutamente coherente– de Gramsci, redactada antes de la prisión y durante la década de martirios carcelarios. He aquí, ciertamente, las líneas esenciales de un discurso epistemológico rico aunque no sistemático. A su lado conviven otros fragmentos, trozos apretados donde se entrecruza la historia del pensamiento con la historia de las prácticas revolucionarias: reflexiones polémicas volcadas en la correspondencia de Marx y Engels; estudios históricos donde la complejidad del análisis de coyuntura alcanza a ser descrita pero no teorizada (*El 18 Brumario*, como ejemplo clásico); por fin, el proceso mismo de las grandes revoluciones en las que la realimentación de teoría y práctica da lugar a lecciones "abiertas" que pueden codificarse.

Es en el interior de este desarrollo donde revaloramos a Gramsci, porque toda su reflexión no lleva sino al intento de colocar las bases –gnoseológicas y también sustantivas– para el estudio y la resolución de las coyunturas a través del diseño de un "canon metodológico" (la expresión aparece reiteradamente en los *Cuadernos de la cárcel*) que permita relacionar las estructuras con la actualidad. El análisis de una coyuntura no es otra cosa, en Gramsci, que el examen de un haz de relaciones contradictorias (relaciones de fuerza), en cuya combinación particular un nivel de ellas –las "económicas"– opera como límite de variación, "o sea, permite controlar el grado de realismo y de posibilidades de realización de las diversas ideologías que nacieron (...) en el terreno de las contradicciones que generó durante su desarrollo".

Encuentro de temporalidades específicas que desembocan en un "acontecimiento", la coyuntura implica el conocimiento del desarrollo desigual de las relaciones de fuerza en cada uno de los niveles que, articuladamente, componen *lo social* como objeto real y como concepto. *Lo social*, entonces como síntesis de muchas determinaciones, en la línea de la *Introducción* de 1857: "unidad de lo múltiple". Pero estas determinaciones, que no son otra cosa que relaciones sociales, expresan el ritmo de sus historias propias, irreductibles. Ése es el sentido que adquiere para Gramsci su definición del materialismo histórico como "historicismo integral", más allá de los equívocos a que pueda dar lugar la expresión poco feliz. Entre "estructura" y "acontecimiento", la historia no es una invitada: es la condición de posibilidad para reconstruir el modo *particular* de articulación de las determinaciones; la herramienta que permite leer tanto al "acontecimiento" como a la "estructura", en su forma "coyuntural", esto eso, como "momento actual" de las contradicciones sociales, como "dialéctica de la totalidad concreta", en la expresión de Kosik.[5] El estudio de la coyuntura puede dejar de ser antropología ingenua, descripción de casos o, inversamente, extrapolación de un nivel (la economía como "factor") al que se "dinamiza" en la política. Cabe aquí una reflexión (pronunciada desde el marxismo y desde su oficio de historiador) por Pierre Vilar: "Confesemos que nos falta la teoría de la articulación entre el funcionamiento global de las sociedades y la incubación de los acontecimientos."[6] Tratar de precisar lo que Gramsci aporta como contribución al problema no implica la creencia ingenua en resolverlo. Quedó dicho que no se trata de un dilema exclusivo del marxismo sino que está en el núcleo de la discusión en las ciencias sociales contemporáneas: "todo debe ser construido –iba a decir inventado– en lo que concierne a la coyuntura", ha opinado Braudel.

Dentro de esta limitación nos interesará ver:

1) las líneas generales del aparato conceptual gramsciano en lo que hace a articulación entre "base" y "superestructuras";

2) su posibilidad de instrumentalización para la construcción de la ciencia política.

II

En el análisis de los elementos que conforman la aportación gramsciana a la problemática en cuestión es posible aislar tres "temas" centrales:

1) la preocupación, en el campo del análisis de una situación, por las *condiciones suficientes* que la producen, más allá de la "determinación en última instancia" que la contiene;

2) la aprehensión de cada sociedad como un *concreto* histórico, como un producto complejo que se condensa como *sistema hegemónico* y no meramente como "modo de producción" o como "formación social", entendida ésta como "entrelazamiento de varios modos de producción";

3) por fin, como nota metodológica, la insistencia en lo que "weberianamente" podríamos calificar como el desplazamiento de una problemática que busca "deducir" los acontecimientos particulares de leyes generales hacia otra que pretende capturar "conexiones causales concretas", que remiten a leyes generales pero entendidas como límites de variación posible de los fenómenos en consideración.

En el desarrollo de estos "temas" la producción de Gramsci –a través de un hilo que arranca desde sus escritos de juventud hasta sus cuadernos de la cárcel– irá tentando la elaboración de una batería de conceptos pertinentes, aunque a menudo el grado de maduración de los mismos sea insuficiente para articularse en un sistema de proposiciones y sólo queden como indicaciones para la investigación, como reglas heurísticas.

Si Gramsci puede ser calificado como "teórico de la coyuntura", el título lo deriva no tanto de sus trabajos puntuales sobre episodios históricos (aunque en su obra haya ejemplos notables como los textos sobre *Il Risorgimento* o sobre la cuestión meridional) sino porque en el núcleo de su discurso instala el problema de las relaciones –orgánicas y también analíticas– entre "estructura" y "superestructura". En una de las notas críticas sobre el "Manual" de Bujarin, escribe: "No está tratado este punto fundamental: cómo nace el movimiento histórico sobre la base de la estructura (. . .) *Éste es, en definitiva, el punto crucial de todos los problemas en torno a la filosofía de la praxis*.[7]

Y en efecto, alrededor de este "punto crucial" Gramsci anuda toda su reflexión, cuyo sentido último es la crítica al reduccionismo economicista "no sólo en la teoría de la historiografía sino

también y especialmente en la teoría y en la práctica política" (*Mach.* 59). Toda la obra gramsciana, como teórico y como dirigente político no puede ser leída sino como crítica al economicismo y como fundamentación de la "primacía de la política" en el análisis de las coyunturas. Metodológicamente ello implica una redefinición de las relaciones entre estructura y superestructura. "Es el problema de las relaciones entre estructura y superestructuras el que es necesario plantear exactamente y resolver *para llegar a un análisis justo de las fuerzas que operan en la historia en un período determinado y definir su relación*" (*Mach.* 67).

El análisis de las coyunturas –en su lenguaje, el análisis de "las situaciones" (*Mach.* 65)– como cruce de temporalidades específicas, como resultado del desigual grado de desarrollo de las distintas "relaciones de fuerzas" es el análisis, en el interior del "acontecimiento", de los límites puestos por los datos de la "estructura" combinados con la eficacia específica con que actúa –como aceleración o como bloqueo– la articulación compleja de las "superestructuras".

Frente a una lectura posible del Prefacio de Marx a la *Contribución a la crítica de la economía política* (lectura socialdemócrata o stalinista) en que la estructura es presentada como "anatomía de la sociedad civil" y las superestructuras como "apariencia", Gramsci propone alternativamente, utilizando una expresión de Sorel, el concepto de *bloque histórico* para dar cuenta de la relación orgánica que se da entre esas dos áreas de relaciones como clave para la dialéctica social.

Hay un rechazo expreso de algunas "metáforas" marxianas vertidas en el citado prefacio que han sido la base metodológica del reduccionismo, incapaz de superar la causalidad mecánica, o su retoque inadecuado: la causalidad funcionalista de la "acción recíproca". Dice Gramsci: "La expresión tradicional de que la 'anatomía' de la sociedad está constituida por la 'economía' es una simple metáfora tomada de las discusiones habidas en torno a las ciencias naturales y a la clasificación de las especies animales, clasificaciones que entraron en su fase 'científica' cuando se comenzó a partir de la anatomía y no de caracteres secundarios y accidentales. La metáfora estaba justificada también por su 'popularidad', puesto que ofrecía a un público no refinado intelectualmente un esquema de fácil comprensión (...) Las ciencias experimentales y naturales han sido, en cierta época, un 'modelo', un 'tipo' y puesto que las ciencias sociales (la política y la historiografía) buscaban un fundamento objetivo y científica-

mente adaptado a lograr para sí mismas la seguridad y energía de las ciencias naturales, es fácil comprender que hayan recurrido a éstas para crearse un lenguaje" (*M. S.* 77). Y en otra nota de los cuadernos amplía sobre los efectos negativos de esta "metáfora" aunque sin referirse esta vez explícitamente a ella: "La ley de causalidad, la búsqueda de la regularidad, normalidad, uniformidad, sustituyen a la dialéctica histórica. Pero ¿cómo de este modo de concebir puede deducirse la superación, la "subversión' de la praxis? El efecto, mecánicamente, no puede jamás superar la causa o el sistema de causas; de allí que no puede tener otro desarrollo que el chato y vulgar evolucionismo" (*M. S.* 138).

La observación gramsciana coloca a su pensamiento ante la posibilidad –que no despliega explícitamente– de redefinir de manera total una problemática teórica que en el interior del marxismo (menos por las limitaciones de Marx que por las de sus discípulos) ha sido motivo permanente de equívocos: desde la postulación de un pleno economicismo hasta los intentos confusos del viejo Engels por "dialectizar" el larvado sustancialismo que preside la metáfora arquitectónica ("tópica", en la expresión de Althusser de la "base" y las "superestructuras", presentes en sus cartas a Bloch, Schmidt y Borgius (Starkenburg).

La propuesta de Gramsci –mucho más un programa que un desarrollo– se inserta en cambio lógicamente en las notas metodológicas de la *Introducción* de 1857 a la *Contribución a la crítica de la economía política* (texto marxiano que sin embargo no cita en los *Cuadernos*), en el que la metáfora "espacial" no aparece y la realidad social es vista como una "totalidad orgánica" cuyo conocimiento implica una elaboración en espiral hacia círculos cada vez más "concretos", esto es, más complejos de determinaciones múltiples. Es allí donde Marx –que acaba de releer la *Lógica* de Hegel– plantea, a propósito de la relación entre las diversas relaciones económicas, de manera más clara su concepción acerca de la articulación entre los distintos niveles de lo real. Dice Marx: "El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, *sino que constituyen las articulaciones de una totalidad, diferenciaciones dentro de una unidad*. La producción trasciende tanto más allá de sí misma en la determinación opuesta de la producción, como más allá de los otros momentos. A partir de ella el proceso recomienza nuevamente. Se comprende que el cambio y el consumo no pueden ser lo trascendente. Y lo mismo puede decirse de la distribución en tanto que distribución de los productos. Pero como distribución

de los agentes de la producción constituye un momento de la producción. Una producción determinada, por lo tanto, determina un consumo, una distribución, un intercambio determinados *y relaciones recíprocas determinadas de estos diferentes momentos*. A decir verdad, también la producción, *bajo su forma unilateral*, está a su vez determinada por los otros momentos. Por ejemplo cuando el mercado o sea la esfera del cambio, se extiende, la producción amplía su ámbito y se subdivide más en profundidad. Al darse transformaciones de la distribución se dan cambios en la producción del caso, por ejemplo, de la concentración del capital o de una distinta distribución de la población en la ciudad y en el campo, etcétera. Finalmente, las necesidades del consumo determinan la producción. Entre los diferentes momentos tiene lugar una acción recíproca. *Esto ocurre siempre en los conjuntos orgánicos*".[8]

La tematización gramsciana de las relaciones entre "base" y "superestructura" se instala en ese espacio. "La estructura y las superestructuras forman un bloque histórico, o sea que el conjunto complejo, contradictorio y discorde de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción" (*M. S.* 48). Ambas constituyen una "unidad orgánica" ("unidad de los contrarios y de los distintos") que sólo puede ser abstraída metodológicamente. El concepto de "bloque histórico" aprehende plenamente esta unidad "en cuanto las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma, siendo esta distinción de contenido y forma puramente didascálica, puesto que las fuerzas materiales no serían concebidas históricamente sin forma y las ideologías serían caprichos individuales sin la fuerza material" (*M. S.* 58).

Si en tanto concepto, el bloque histórico implica la unidad (como desarrollo "interrelativo y recíproco", *M. S.* 228) entre estructura y superestructura, cuando alude a la realidad histórica que recorta en el tiempo, un "bloque histórico" es el resultado de un juego de relaciones de fuerzas sociales, articulado sistemáticamente a través de la hegemonía que un grupo social ejerce sobre el conjunto. Un bloque histórico no es, pues, un agregado mecánico de "hechos materiales" y de "hechos de conciencia", sino un "sistema hegemónico". Dentro de él, ¿qué rol juega la estructura? Es cierto que no se hallan en sus textos desarrollos abundantes sobre el problema. Por un lado, aparece ligada a la noción de límite que contiene a los actos políticos: como "el elemento menos variable del desarrollo histórico" (*M. S.* 165); como conjunto de fuerzas sociales "objetiva, independiente de la

voluntad de los hombres, que puede ser medida con los sistemas de las ciencias exactas o físicas" (*Mach.* 71); como indicador de si existen en la sociedad condiciones para su transformación; en fin, como patrón para controlar el grado de realismo o de utopía de las superestructuras. Retomando la afirmación de Marx en el Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, la estructura marcaría dos restricciones al movimiento social:

1) ninguna sociedad se propone tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes o no estén, al menos, en vías de aparición y desarrollo;

2) ninguna sociedad desaparece y puede ser sustituida si antes no desarrolló todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones" (*Mach.* 67).

Pero esta definición como elemento duradero, mensurable, determinador de límites, no parece agotar la presentación que Gramsci hace del concepto. La estructura, en la concepción marxista, no es como cree Croce un "dios oculto", un "nóumeno" (*Mach.* 34). Y en otra nota, agrega: "Si el concepto de estructura es concebido especulativamente, se convierte por cierto en un 'dios oculto'; pero la verdad es que no debe ser concebido especulativamente sino históricamente, *como el conjunto de las relaciones sociales en las cuales se mueven y obran los hombres reales*, como un conjunto de condiciones objetivas que pueden y deben ser estudiadas con los métodos de la 'filología" y no de la 'especulación' " (*M. S.* 190). La estructura no es "algo inmóvil y absoluto" sino "la realidad misma en movimiento" (*M. S.* 229). Y en el mismo párrafo añade: "La afirmación de las *Tesis sobre Feuerbach* sobre el 'educador que debe ser educado', ¿no concibe una relación necesaria de reacción activa del hombre sobre la estructura, afirmando la unidad del proceso real?"

La estructura, como conjunto de condiciones materiales, es expresión de una relación social, y por lo tanto, de un determinado período histórico. Como "cristalización de toda la historia pasada y base de la historia presente y futura [es] un documento y al mismo tiempo una fuerza activa actual de propulsión", pero no en el sentido "físico o metafísico" de causa (*M. S.* 165). Si las "condiciones materiales" deben ser consideradas "como el pasado, la tradición, concretamente entendidos, objetivamente comprobables y mensurables" (*M. S.* 220), "condición del presente y del porvenir", ello no les otorga carácter de absoluto; su eficacia histórica no puede estudiarse al margen de su articulación con las superestructuras.

En este esquema, la proposición marxiana respecto de que los hombres toman conciencia de los conflictos de la estructura en el terreno de las superestructuras "debe ser considerada como afirmación de valor gnoseológico y no puramente psicológico y moral" (*M. S.* 48). ¿Qué significa esto? Definir para la superestructura un status de "realidad" y no de "apariencia". "Para la filosofía de la praxis las superestructuras son una realidad (o se tornan realidad cuando no son puras lucubraciones individuales) objetiva y operante; ella afirma explícitamente que los hombres toman conciencia de su posición social y, por tanto, de sus objetivos, en el terreno de las ideologías, lo que no es una pequeña afirmación de realidad; la misma filosofía de la praxis es una superestructura, es el terreno en que determinados grupos sociales toman conciencia de su propio ser social, de sus fuerzas, de sus objetivos, de su devenir" (*M. S.* 235).

La unidad orgánica entre estructura y superestructura, el reconocimiento de sus dos "realidades" como una articulación que se expresa en un "bloque histórico", encontrará en el concepto de *hegemonía* su clave teórica. "El rasgo esencial de la más moderna filosofía de la praxis consiste precisamente en el concepto histórico-político de hegemonía". Es alrededor de este concepto que puede centrarse el desarrollo de los aportes de Gramsci como principal protagonista, en el campo de la ciencia política, "de aquella maduración del socialismo que ya se había realizado en el campo de la ciencia económica gracias a los estudios de Marx, Lenin, Rosa Luxemburg, Bujarin".[9]

III

Lo que interesa ahora es tratar de ver de qué modo el discurso propedéutico sobre el "bloque histórico", que permite plantear como unidad a lo que suele ser un reiterado dualismo (que desemboca en "economicismo" o "ideologismo", según cuál extremo se enfatice), se expresa en conceptos más operacionales para la ciencia política y para la práctica política.

El punto de arranque lógico es su conocida definición del estado, como combinación de coerción y consenso, como articulación entre sociedad civil y sociedad política. El estado no es sólo

el aparato de gobierno, el conjunto de instituciones públicas encargadas de dictar las leyes y hacerlas cumplir. El estado bajo el capitalismo (y sólo allí es lícito hablar de estado para referirse al poder político) es un estado hegemónico, *el producto de determinadas relaciones de fuerzas sociales*, "el complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio, sino también logra obtener el consenso activo de los gobernados" (*Mach.* 108). Criticando a Croce, señalará que la característica del marxismo "consiste en la reivindicación del momento de la hegemonía como esencial en su concepción estatal y en la valorización del hecho cultural (. . .) como necesario junto a los meramente económicos y políticos" (*M. S.* 189).

En ese sentido, integran el estado capitalista, como "trincheras" que lo protegen de la irrupción del elemento económico inmediato, el conjunto de instituciones llamadas "privadas", agrupadas en el concepto de sociedad civil y que corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en la sociedad. Familia, iglesias, escuelas, sindicatos, partidos, medios masivos de comunicación, son algunos de estos organismos definidos como espacio en el que se estructura la hegemonía de una clase, pero también donde se expresa el conflicto social. Son las instituciones de la sociedad civil; *el escenario de la lucha política de clases.*

El razonamiento gramsciano se implanta sobre la primacía de la política, no como "esencia" sino como momento superior de la totalidad de las relaciones de fuerzas sociales. Si para analizar las condiciones de funcionamiento de un sistema hegemónico debe considerarse a la economía como su "determinación en última instancia", para operar su desestructuración el camino es inverso: lo dominante son los conflictos en el plano de la política.

La definición amplia de estado virtualmente identifica a éste con el concepto de superestructura. Explícitamente Gramsci señala que "el sistema de las superestructuras debe ser concebido como distinciones de la política" (*Mach.* 34). El papel de la ciencia política en la construcción de una ciencia social global pasa así a ser decisivo: "Es evidente que todas las cuestiones esenciales de la sociología no son más que cuestiones de la ciencia política" (*Mach.* 108). Por fin, "es en la fase de la lucha por la hegemonía [que] se desarrolla la ciencia política" (*M. S.* 98).

La vinculación de la función de hegemonía con el concepto *estatal* de sociedad civil redimensiona los rasgos de la primera. La hegemonía aparece como la potencialidad de un grupo social

para *dirigir* (ideológica y culturalmente) a otros grupos sociales aliados, pero a través de su organización en aparatos de naturaleza predominantemente política. Esta concepción "institucionalista" de la hegemonía aleja los esquemas gramscianos de otros modelos de legitimidad erigidos exclusivamente sobre el consenso ideológico. La hegemonía se expresa como existencia "real", histórica, a partir de aparatos hegemónicos (las instituciones de la sociedad civil) que en conjunto articulan, como particularidad, a cada sociedad y a cada una de sus etapas como "sistema hegemónico". *Ninguna situación puede ser analizada fuera de las relaciones de fuerza al interior de las instituciones.*

El concepto de hegemonía tiene como espacio de constitución al campo de las relaciones políticas: grupo hegemónico es aquel que representa los intereses *políticos* del conjunto de grupos que dirige. En ese sentido el concepto se deslinda tanto del nivel económico como del nivel ideológico, entendido éste como meramente simbólico.

Como unidad de análisis para la teoría y la práctica políticas, una sociedad histórica no es ni un "modo de producción" ni una "formación social" (como articulación de modos de producción); es un sistema hegemónico, vale decir una totalidad concreta cuyos elementos constituyentes están ordenados en una combinación particular cuyo factor de cohesión es el poder político (estatal en sentido amplio). Se trata, pues, de un modo particular (irrepetible) de articulación entre estructura y superestructuras. Pero el análisis de una coyuntura en el interior del sistema hegemónico supone un paso más: *determinar el nivel específico de desarrollo (desigual) de las relaciones de fuerza en los distintos niveles que componen la totalidad social.*

"Un estudio sobre la forma en que es preciso analizar las 'situaciones', o sea la forma en que es preciso establecer los diversos grados de relaciones de fuerza, puede prestarse a una exposición elemental de ciencia y arte político, entendida como un conjunto de cánones prácticos de investigación y de observaciones particulares, útiles para subrayar el interés por la realidad efectiva y suscitar intuiciones políticas más rigurosas y vigorosas" (*Mach.* 65). Esta frase precede a los conocidos apuntes de Gramsci sobre "Análisis de las situaciones". Es allí donde aparece la distinción entre los diversos momentos o grados de las mismas:

1) relación de fuerzas sociales (remitidas al concepto de estructura: relaciones de producción; grupos sociales);

2) relación de fuerzas políticas (homogeneidad y organización

de los grupos), que puede ser dividida en niveles: económico-corporativo, económico-social y político.

Marcando este último "el neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas", el momento de la hegemonía.

Estos momentos se influyen recíprocamente y se articulan a través de una doble combinación: "horizontal" (según clases) y "vertical" (según regiones); "cada una de estas combinaciones puede ser representada por su propia expresión organizada, económica y política" (*Mach.* 72). Por fin, estas relaciones internas al estado-nación se combinan con las relaciones de fuerza internacionales en un modelo aún más complejo porque a menudo se trata de la articulación entre secciones territoriales de estado diferentes.

Pero es a partir de las relaciones sociales nacionales que debe emprenderse el análisis. "En realidad, la relación 'nacional' es el resultado de una combinación original, única (en cierto sentido) y que debe ser concebida en esa originalidad y unicidad si se desea dominarla y dirigirla (. . .) La clase dirigente merece ese nombre sólo en cuanto interpreta exactamente esa combinación, de la que ella misma es un componente (. . .) El concepto de hegemonía es aquel en el que se anudan las exigencias de carácter nacional . . ." (*Mach.* 148 y 149).

Articulación compleja de relaciones sociales diversas y con temporalidades propias, una coyuntura en el interior de un sistema hegemónico contiene, dialécticamente, los elementos de su desestructuración. El reverso de la teoría gramsciana de la sociedad como sistema hegemónico, es su teoría de la crisis como lucha contrahegemónica. ¿Cuándo puede decirse que un sistema ha entrado en crisis? Sólo cuando esa crisis es social, política, "orgánica". Sólo, en fin, cuando se presenta una crisis de hegemonía, "crisis del estado en su conjunto" (*Mach.* 77).

Éstas pueden o no tener como estímulo a una crisis económica; más aún, en caso que ella se presente "sólo puede crear un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que hacen a todo el desarrollo ulterior de la vida estatal (. . .) En todo caso, la ruptura del equilibrio de fuerzas no ocurre por causas mecánicas inmediatas de empobrecimiento del grupo social que tiene interés en romper el equilibrio y de hecho lo rompe; ocurre por el contrario, en el cuadro de conflictos superiores al mundo económico inmediato, vinculados al 'prestigio' de la clase (intereses económicos futuros), a una exasperación del sentimiento de independencia,

de autonomía y de poder. La cuestión particular del malestar o bienestar económico como causa de nuevas realidades históricas es un aspecto parcial de la cuestión de las relaciones de fuerza en sus diversos grados" (*Mach.* 74 y 75).

Incluso aunque la crisis sea de hegemonía, orgánica, su irrupción no garantiza una salida revolucionaria: ello depende de las características de la relación política de fuerzas. "Si falta este proceso de desarrollo que permite pasar de un momento a otro (. . .) la situación permanece sin cambios y pueden darse conclusiones contradictorias (. . .) El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta desde hace largo tiempo, que se puede hacer avanzar cuando se juzga que una situación es favorable (y es favorable sólo en la medida en que una tal fuerza existe y esté impregnada de ardor combativo)" (*Mach.* 75 y 76).

IV

En la medida en que el análisis de una coyuntura como *predicción política* implica el estudio específico de un haz de determinaciones complejas que configuran una situación en cierto sentido irrepetible, para cuya definición "lo económico" es sólo un límite objetivo y las relaciones entre los grupos sociales implican grados de desarrollo distinto en niveles de actividad diversos (las relaciones objetivas sociales, las relaciones de fuerza política o "sistemas hegemónicos en el interior del estado", las relaciones políticas inmediatas o "potencialmente militares"), ¿no implica esa perspectiva de análisis reales riesgos de "historicismo"?

La consideración de este tema nos lleva a un punto central de la polémica gramsciana contra la unilateralidad economicista: el de su actitud frente al problema de la previsión en política y en general frente a la categoría de ley en ciencias sociales.

"Es cierto que prever significa solamente ver bien el presente y el pasado en cuanto movimiento; ver bien, es decir, identificar con exactitud los elementos fundamentales y permanentes del proceso. Pero es absurdo pensar en una previsión puramente 'objetiva' " (*Mach.* 63). Prever implica "actuar" sobre la realidad con un programa y es este aspecto "subjetivo" de la previsión el que

la hace fuerte. Una determinada concepción del mundo (y esto vale también para el materialismo histórico) puede identificar mejor que otra los elementos fundamentales de la coyuntura en análisis, pero "no contiene en sí misma un poder superior de capacidad de previsión". "En realidad, se puede prever 'científicamente' la lucha *pero no sus momentos concretos, los cuales sólo pueden ser el resultado de fuerzas contrastantes, en continuo movimiento, jamás reductibles a cantidades fijas, puesto que en ellas la cantidad deviene calidad*" (*M. S.* 139). Y agrega: "Realmente se prevé en la medida en que se obra, en que se aplica un esfuerzo voluntario y, por tanto, se contribuye concretamente a crear el resultado 'previsto'." "Esto va contra la manera habitual de considerar la cuestión. Generalmente se piensa que todo acto de previsión presupone la determinación de leyes de regularidad del tipo de las leyes de las ciencias naturales. Pero como esas leyes no existen en el sentido absoluto o mecánico, no se tiene en cuenta la voluntad de los demás y no se 'prevé' su aplicación. Se construye por lo tanto sobre una hipótesis arbitraria y no sobre la realidad" (*Mach.* 64).

Pero esta intuición, que se acerca al concepto moderno de ley en ciencias sociales,[10] no implica "historicismo", en tanto éste postule la imposibilidad de descubrir regularidades en los hechos sociales. "Ciertamente, la filosofía de la praxis se realiza en el estudio concreto de la historia pasada y en la actual actividad de creación de nueva historia. *Pero se puede hacer la teoría de la historia y de la política, puesto que si los hechos son siempre individuales y mudables en el flujo del movimiento histórico, los conceptos pueden ser teorizados. De otra manera no se podría saber siquiera qué es el movimiento o la dialéctica y se caería en una nueva forma de nominalismo*" (*M. S.* 129). Se trata, nuevamente, del problema de la unidad orgánica de lo real y de las distinciones analíticas en el pensamiento. "La indagación de una serie de hechos para hallar sus relaciones presupone un concepto que permita distinguir dicha serie de hechos de otras", señala (*M. S.* 160). Pero esta necesidad de fijar conceptos "sin los cuales la realidad no podría ser comprendida", no deja de hacer imprescindible el recordar que "realidad en movimiento y concepto de la realidad, si lógicamente pueden ser separados, históricamente deben ser concebidos como unidad inseparable" (*M. S.* 214).

Un análisis de coyuntura, en Gramsci, equivale a la posibilidad de *formular una "previsión". Si es posible presentar un canon metodológico* para internarse en el mismo (y Gramsci lo hace) es a con-

dición de considerar las situaciones como una *relación* entre fuerzas, como un *producto* de actores sociales que se oponen y articulan entre sí y poseen distinto grado de organización y coherencia. La complejidad de los lazos que integran una coyuntura no puede ser reducida a "expresión inmediata de la estructura": "la política es, de hecho, en cada ocasión el reflejo de las tendencias de desarrollo de la estructura, tendencias que no tienen por qué realizarse necesariamente" (*M. S.* 102). Sobre el proceso en acto sólo pueden trazarse hipótesis, pero no prever la "necesariedad" de un desenlace determinado.

En este sentido, la apreciación de los hechos jamás puede ser "exacta". Ciertamente el analista debe ser capaz de distinguir, de la totalidad de los movimientos políticos e ideológicos de los grupos que actúan en la escena social, aquellos que son "orgánicos" de aquellos que son "ocasionales". El no poder encontrar la relación justa es fuente de error: sea éste "un exceso de economicismo o doctrinarismo pedante" o, a la inversa, "un exceso de ideologismo". "En un caso se sobreestiman las causas mecánicas; en el otro se exalta el elemento voluntarista e individual" (*Mach.* 68). Para esta dilucidación no existen "reglas" específicas en la obra gramsciana, aunque aparezcan ejemplos notables de puesta en práctica de la distinción en su trabajo de 1926 sobre "la cuestión meridional", verdadero modelo de análisis marxista de una "situación". La necesidad de discriminar entre "orgánico" y "ocasional" en el estudio de los comportamientos de las fuerzas queda, sobre todo, como una advertencia para el analista: "El nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento y, en consecuencia, de investigación, es difícilmente establecido con exactitud; y si el error es grave en la historiografía, es aún más grave en el arte político, cuando no se trata de reconstruir la historia pasada sino de construir la presente y la futura" (*Mach.* 68).

En la coyuntura intervienen también elementos aleatorios; acciones que no pueden ser imputadas como "racionales" en términos de intereses objetivos, pueden ser el resultado de un "error de cálculo por parte de los dirigentes de las clases dominantes" (*M. S.* 102). Este "error" no es adjudicable a la clase sino a su élite política circunstancial: a través de crisis internas que llevan al reemplazo de la élite fracasada, el mismo es (o puede ser) corregido y superado.

Simultáneamente, otro elemento que interviene en la configuración de las coyunturas políticas es la necesidad interna, organizativa, de los grupos sociales. La "racionalidad" de sus actos, en

esos casos, no se liga directamente con las relaciones sociales objetivas, sino con sus necesidades políticas de consolidación y coherencia. Ésta, como la anterior restricción al carácter "orgánico" de los comportamientos políticos, queda también en Gramsci como mera indicación heurística, sobre la que pueden fundarse hipótesis durante la marcha del proceso, pero cuya validez sólo puede comprobarse *ex post*.

Lo que Gramsci propone, en fin, es un marco teórico para rescatar las relaciones entre "base" y "superestructuras" como momentos articulados de una "totalidad orgánica", por lo que una coyuntura aparece como un producto complejo de múltiples determinaciones de origen diverso, en el que las relaciones sociales objetivas adquieren, como punto de partida, un peso mayor pero no el carácter de determinación inmediata. No existe necesariedad aprioristica para el desenlace de una coyuntura, fuera de la praxis histórica. "La observación más importante a plantear a propósito de todo análisis concreto de las relaciones de fuerzas es la siguiente: que tales análisis no pueden y no deben convertirse en fines en sí mismos (a menos que se escriba un capítulo de historia del pasado) y que adquieren un significado sólo en cuanto sirven para justificar una acción práctica, una iniciativa de voluntad. Ellos muestran cuáles son los puntos de menor resistencia donde la fuerza de la voluntad puede ser aplicada de manera más fructífera" (*Mach.* 75).

[1977]

Notas al capítulo IV

[1] La expresión es de Jacques Texier.
[2] "Contradicción y sobredeterminación", en *La revolución teórica de Marx*, 1971, p. 94.
[3] Sobre el tema, ver el excelente artículo de Michael Lowy, "De la gran lógica de Hegel a la estación finlandesa de Petrogrado", en *Dialéctica y revolución*, 1975, pp. 117-136.
[4] Me refiero a los dos trabajos, "Acerca de la práctica" y "Acerca de la contradicción".
[5] Karel Kosik, *Dialéctica de lo concreto*, México, 1976, especialmente capítulos 1 y 2.
[6] "Historia marxista, historia en construcción", en VVAA, *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, SEP-SETENTAS, México, 1976, p. 156.
[7] *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, México, 1975, p. 133. A partir de ahora citaré las referencias a dicho libro en el texto como *M. S.*, seguido del número de página. Similar criterio adoptaré para las referencias al otro libro utilizado en estas notas, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, México, 1975, a las que citaré como *Mach*.
[8] Karl Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política*, Cuadernos de Pasado y Presente, nº. 1, 1974, p. 56.
[9] Umberto Cerroni, *Teoría política y socialismo*, México, 1976, p. 149.
[10] Sobre el tema, un excelente desarrollo en Luciano Gallino, "Gramsci y las ciencias sociales", en VVAA, *Gramsci y las ciencias sociales*, Cuadernos de Pasado y Presente nº. 19, 1974, especialmente pp. 7 a 10.

Índice de nombres